Cuentos para Algernon

AÑO IV

Kris Dikeman
Seth Fried
Theodora Goss
Eileen Gunn
Rhys Hughes
Ursula K. Le Guin
Ken Liu
Ian McDonald
Maureen F. McHugh
Jeff Noon
Hannu Rajaniemi
Ekaterina Sedia

http://cuentosparaalgernon.wordpress.com

Cuentos para Algernon

Año IV

Traducido del inglés por Marcheto

Más relatos en Cuentos para Algernon

Traducido por Marcheto

Portada diseñada por Jean Mallart inspirándose en una ilustración de Beatrix Potter

Versión en libro electrónico adaptada por johansolo

Índice

Presentación

Error de bit único, Ken Liu

Presencia, Maureen F. McHugh

Desmadre en el supermercado, Kris Dikeman

El aria de la reina de la noche, Ian McDonald

Reconciliación, Eileen Gunn

No res, Jeff Noon

Especial Italo Calvino

El palacio de la memoria, Rhys Hughes

Por el cosmos con Qfwfq, Ursula K. Le Guin

Hola de nuevo, Seth Fried

Acerca de las costumbres de elaboración de libros en determinadas especies, Ken Liu

Breve enciclopedia de los mares lunares, Ekaterina Sedia

El planeta de la suprema felicidad, Rhys Hughes

Los planetas invisibles, Hannu Rajaniemi

«Cimeria», del *Boletín de Antropología Imaginaria*, Theodora Goss

Presentación

Un año más tengo el placer de presentar un nuevo volumen de la serie de antologías del blog **Cuentos para Algernon**, en la que se recoge casi la totalidad de los textos aparecidos en el mismo durante su cuarto año de vida, entre noviembre de 2015 y octubre de 2016. Al igual que las anteriores, *Cuentos para Algernon: Año IV* es una antología de carácter gratuito y legal, gracias a que los propietarios de los derechos de las obras que aquí aparecen los han cedido de manera altruista para que se publicaran tanto en el blog como en esta antología. Muchísimas gracias a todos ellos.

En esta ocasión son catorce los textos incluidos en la misma, trece cuentos y una reseña. La mitad de ellos forman parte del Especial Italo Calvino que ha ocupado gran parte de este cuarto año (y que continuará durante los primeros meses del quinto), y están agrupados en la segunda mitad del volumen, por lo que el orden de aparición en el blog no se corresponde exactamente con el orden de los textos en la antología.

Y si antes decía que la antología recoge la casi totalidad de los textos aparecidos en **Cuentos para Algernon**, es porque hay un relato que no he podido incluir en la misma. Se trata de «Muerte del doctor de la isla», de ese gran clásico vivo que es Gene Wolfe, un cuento lleno de magia que nadie debería perderse, así que os animo a que hagáis un pequeño esfuerzo y paséis por el blog donde lo podéis leer online, y más teniendo en cuenta que por desgracia últimamente no es nada habitual que se traduzcan relatos de este autor a nuestro idioma.

Y, puesto que tengo claro que esta antología no pertenece ni a la categoría de Los Libros Demasiado Caros Que Podrías Esperar a Comprarlos Cuando Los Revendan A Mitad De Precio, ni a la de los Libros Idem De Idem Cuando Los Reediten En Bolsillo, ni a la de los Libros Que Podrías Pedir A Alguien Que Te Preste, ni a la de los Libros Que Todos Han Leído Conque Es Casi Como Si Los Hubieras Leído También Tú, ni a la de los Libros Hechos Para Otros Usos Que La Lectura, ni a la de los Libros Ya Leídos Sin Necesidad Siquiera De Abrirlos Pues Pertenecen A La Categoría De Lo Ya Leído Antes Aun De Haber Sido Escrito; y confío en que tampoco pertenezca a la los Libros Que Puedes Prescindir de Leer, ni a la de los Libros Que Si Tuvieras Más Vidas Que Vivir Ciertamente Los Leerías También De Buen Grado Pero Por Desgracia Los Días Que Tienes Que Vivir Son Los Que Son; espero que pertenezcan a la de Novedades Cuyo Autor O Tema Te Atrae, o incluso como mal menor a la de Libros Que Podrías Apartar Para Leerlos A Lo Mejor Este Verano, y que le deis una oportunidad y disfrutéis con ella tanto como yo he disfrutado seleccionando y traduciendo los textos que la componen.

Error de bit único

Ken Liu

Presentación

Ken Liu es sin duda alguna uno de los autores más populares de **Cuentos para Algernon**, como demuestra el hecho de que haya sido el más votado en las dos primeras encuestas anuales del blog. Así que abrimos esta cuarta antología con un nuevo relato suyo.

Error de bit único (Single-Bit Error) se publicó por primera vez en 2009 en *Thoughtcrime Experiments*, antología editada por Sumana Harihareswara y Leonard Richardson, que buscaba dar a conocer relatos de ciencia ficción y fantasía que tenían en común que previamente habían sido rechazados por otros editores. Porque a pesar de lo satisfecho que estaba Ken con este cuento, llegó a ser rechazado en unas treinta ocasiones antes de conseguir ser publicado, lo que no quita para que a partir de ese momento haya gozado de mejor suerte, porque no solo ha sido traducido al chino sino que ha tenido un par de reimpresiones en inglés. De todas maneras, la traducción que podéis leer aquí corresponde a la versión del relato que está disponible en la página web de Ken, que no es exactamente idéntica a la publicada en su origen.

Es posible que algunos de vosotros os percatéis de que *Error de bit único* tiene algunos puntos en común con el que posiblemente sea mi relato favorito de Ted Chiang (no digo cuál para evitar spoilers). Y, hasta tal punto existen esas similitudes, que Ken le pidió permiso antes de publicar este cuento. No obstante, *Error de bit único* no debe interpretarse solo como un homenaje, sino como una obra totalmente nueva que explora ideas y temas similares a los del cuento de Chiang, aunque con una perspectiva totalmente original y distinta.

Y, para finalizar, quiero dejar constancia de mi inmenso agradecimiento a Ken. Si él no me hubiera dado su autorización para publicar *Quedarse atrás*, el relato con el que se inauguró **Cuentos para Algernon**, es probable que el proyecto hubiera quedado en agua de borrajas y no hubierais podido leer los más de cincuenta cuentos que ya he publicado. Así que, *once again, thanks a million, Ken!*

Error de bit único

Ken Liu

Antes de conocer a Lydia, la vida de Tyler, al igual que la vida de la mayoría de las personas, entrañaba un acopio constante de nombres nuevos.

Los nombres no eran más que signos taquigráficos para los recuerdos, y el joven Tyler todavía no entendía que en la vida cada nombre se define dos veces: la primera como una promesa de futuro, y otra vez más adelante cuando se convierte en un resumen del pasado.

—¿Y qué pasó después?

—Nada —dijo su abuela—, que vivieron felices y comieron perdices.

—¿Para siempre?

—Para siempre.

Hasta que su abuela le leyó *La bella durmiente*, Tyler creía que todos los cuentos terminaban como los terminaban sus padres: «Y vivieron, a ratos incluso felices, hasta el día de su muerte».

Tyler y el resto de los demás niños evitaban al nuevo porque era más grande que cualquiera de ellos y los miraba como si anduviera buscando pelea. Pero aquel día, el único sitio libre que quedaba en la clase de Educación Plástica de la señora Younge era el que estaba al lado de Tyler, y así fue como Owen Last y Tyler se convirtieron en grandes amigos.

Tyler la observó hasta que paró la música. Y cuando estaba a punto de pedirle que bailara con él apareció su acompañante. «Así que es posible enamorarse en media hora», pensó. Escribió «Amber Ria» en un trozo de papel y lo metió en una botella de cerveza que cerró herméticamente con papel de aluminio antes de lanzarla a las aguas del estrecho de Long Island tan lejos como pudo.

San Francisco no era más que un punto en el mapa hasta que vio las focas tomando el sol en el turístico barrio de Fisherman's Wharf.

En la sesión de micrófono abierto del café leyó un poema que se titulaba «Atracción, obsesión, deseo y devoción». No entendía por qué todas las mujeres se estaban riendo hasta que la que estaba sentada junto a Owen le enseñó los anuncios de perfume en la revista que tenía en la mano. Lena Lyman y Tyler salieron juntos exactamente dos meses. El perfume favorito de ella se llamaba Envidia.

Tyler no supo cómo se llamaba aquella brillante estrella que había en el cielo hasta que al trasladarse a un nuevo apartamento encontró un atlas del firmamento, abandonado en la cocina junto a un cuenco con mandarinas recientes. Siempre que pensaba en Sirio, la estrella del perro, notaba un sabor dulce en la lengua.

∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞

La primera vez que Tyler la vio fue en un contenedor que había detrás de Wholly Place, a dos manzanas de su apartamento. Se había acercado a la parte de atrás de la tienda en busca de algunas cajas vacías en las que llevarse a casa las patatas ecológicas y las pechugas de pollos criados en libertad (en Wholly Place no eran partidarios de utilizar ni papel ni plástico).

Ella estaba de pie en el contenedor, alzando hacia el sol un enorme frasco de aceitunas que acababa de caducar. Una camiseta sin mangas de algodón azul oscuro realzaba los pliegues y hoyuelos de los codos. Su cabello pelirrojo aclarado por el sol estaba recogido en deslavazados mechones con

un pasador negro en lo alto de la cabeza. Las pecas salpicaban su pálido rostro aportándole color y vitalidad.

Entonces se volvió hacia él mientras dejaba el frasco de aceitunas encima de un montón de otros artículos que había rescatado del contenedor. Tenía los labios agrietados, esos labios tan típicos de los que fuman cigarrillos riéndose de las estadísticas, y los ojos del color de las alas de las mariposas nocturnas. «Va a sonreír», tuvo la certeza Tyler, y deseó saber si tenía los dientes blancos y torcidos.

Tyler pensó que era la mujer más bella que jamás había visto.

«Seguro que sabes que la mayor parte de la comida que tiran aquí se sigue pudiendo comer durante como poco otra semana… —le dijo a Tyler, y luego le hizo un gesto para que se acercara—. Ven a echarme una mano».

Y sí, estaba sonriendo.

∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞

Creemos conocer unas cuantas cosas sobre el funcionamiento de la memoria. Creemos que los recuerdos de lo que ha acontecido realmente, como puede ser lo que hemos tomado para cenar; de lo que podría haber sucedido pero que no llegó a suceder, como esa réplica ingeniosa que se nos ocurrió demasiado tarde; y de lo que sencillamente es imposible que haya tenido lugar, como la imagen de un rayo de sol reflejándose en los ojos de un ángel, se codifican de la misma manera a nivel neuronal. Para distinguir entre unos y otros se requiere lógica y razonamiento, además de un cierto grado de direccionamiento indirecto. Esto resulta preocupante para aquellas personas que consideran que nuestra interpretación de la realidad se basa en los recuerdos: si no somos capaces de diferenciar entre los distintos tipos, se nos podría hacer creer cualquier cosa.

Si tanto filosofía como religión aportan un consuelo es porque ambas ayudan a los hombres a clasificar los tipos de recuerdos y a mantener bajo control la frágil realidad de su vida consciente.

∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞

De pequeño, la persona favorita de Tyler en este mundo era su abuela, porque, a diferencia de sus padres, que eran de la opinión de que a los niños siempre había que decirles la verdad tal y como la veían los adultos, ella le ayudaba a cubrir sus lagunas de conocimiento: Papá Noel, el ratoncito Pérez, Dios… Y mientras que sus padres siempre estaban ocupadísimos y con frecuencia parecían un tanto demasiado circunspectos, su abuela transmitía una sensación de paz y una ligereza que le

levantaba el ánimo. En varias ocasiones estando sus padres ausentes, lo llevó con ella a la iglesia. Tyler se acordaba de cómo le habían gustado los cánticos y las coloridas cristaleras, y de lo seguro que se había sentido en ese lugar tan amplio y vacío, sentado en un banco duro, con la calidez de ella a su vera.

Cuando su abuela murió, Tyler se sintió abrumado por la pena. Sin embargo, y al igual que les sucede a la mayoría de los adultos, al hacerse mayor ya solo fue capaz de recordar la intensidad de ese amor infantil de un modo abstracto. Cometiendo el tan habitual error de identificar madurez con valía, dio por sentado que al amor que había sentido de niño por su abuela le debía de haber faltado fuerza y profundidad.

Sin embargo, durante muchos años después de su muerte, a Tyler lo torturó el recuerdo de una determinada visita de su abuela. Él tenía unos cinco años, y los dos estaban enzarzados en una partida de algún juego en la mesa de la cocina. Al balancear las piernas presa de la excitación, Tyler la golpeó varias veces en las espinillas. Su abuela le pidió que parara y él se negó riendo entre dientes. Cuando por fin ella lo miró con cara de pocos amigos y lo amenazó con dejar de jugar si no paraba, Tyler le soltó que ojalá se pudriera en el infierno.

Tyler todavía veía en su cabeza cómo ella se había quedado pálida, el rostro tenso, y entonces, por única vez hasta donde él alcanzaba a recordar, la mujer se había echado a llorar. Tyler tampoco había olvidado su propio y absoluto desconcierto. «Que te pudras en el infierno» no era más que algo que había oído por ahí. Sus padres no eran demasiado religiosos, así que para él «infierno» era una palabra sin demasiado misterio ni poder. Por aquel entonces tan solo tenía una vaga idea de que el infierno era un lugar al que nadie quería ir, como un sótano oscuro o el incluso más oscuro ático. También se acordaba de su propio resentimiento al verla llorar y no ser capaz siquiera de entender el motivo.

Este recuerdo le hizo sentir culpable ya en la adolescencia. Para él resumía todas sus inseguridades y miedos sobre su propia crueldad, ignorancia y la posibilidad de que en realidad no fuera una buena persona. El hecho de que hubiera causado a alguien que le quería tanto dolor casi sin esfuerzo y sin ninguna empatía era algo que le preocupaba profundamente.

Cuando un día estaba mirando un viejo álbum de fotografías familiares se topó con una imagen de la cocina de la casa donde habían vivido. Le sorprendió descubrir que la pequeña cocina contaba con una isla central y que en modo alguno había suficiente espacio para la mesa de su recuerdo.

El descubrimiento de ese pequeño error de su memoria provocó una cascada de revelaciones. En ese momento se acordó de que siempre comían en el comedor, mientras que para los juegos de mesa siempre empleaban la mesita del salón. El hecho cuyo recuerdo tanto sufrimiento le había causado a lo largo de esos años era imposible que hubiera sucedido, y toda la escena tenía que ser producto de su imaginación.

Le pareció que la explicación de lo que en realidad había sucedido era bastante sencilla. Lo más probable es que la muerte de su abuela le hubiera hecho sentir desamparado y culpable y, en plena con-

fusión y a partir de elementos de los cuentos que leía, su imaginación había fabricado de la nada esa escena para castigarse a sí mismo. Se trataba del tipo de fantasía que se le podía haber ocurrido a cualquier niño de corta edad que hubiera perdido a algún familiar cercano. Al caer en ello, la imagen de su abuela llorando perdió intensidad en su memoria y se fue volviendo cada vez menos verosímil.

A Tyler le pareció que había tenido mucha suerte al haber descubierto ese pequeño error en su falso recuerdo, el cual le había permitido llegar a distinguir entre realidad y fantasía. Y sintió que se trataba de un momento crucial en su proceso de maduración como persona.

No obstante, reconoció para sí mismo que el descubrimiento le había entristecido un tanto. Por imaginario que fuera, el recuerdo era una parte constituyente de su amor por su abuela; cuando perdió su convincente aura de verdad, fue como si una parte de ella hubiera muerto con él. Tyler no tenía un nombre para el vacío que le dejó.

∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞

El mejor helado de pistacho del mundo era el de la heladería Dora's en la pequeña ciudad de Los Aldamas. Tyler lo sabía porque fue estando allí, con el aire acondicionado enfriándoles la nuca y los rayos de sol colándose por las grietas de los cristales cubiertos de polvo, mientras estaban compartiendo una copa pequeña de helado de pistacho, cuando Lydia le dijo, «Sí, claro que quiero. Buena idea».

Un mes antes, Tyler le había ayudado a llevar las aceitunas, el pan y el zumo de uva que había encontrado en el contenedor hasta su apartamento, que resultó estar en el mismo edificio que el suyo, solo que en un piso más abajo. El escaso mobiliario del mismo estaba constituido por cajas de cartón cubiertas con sábanas. Era como estar en el escenario de una obra de teatro minimalista.

Lydia extendió una sábana en el suelo y en mitad de la tarde organizaron un pícnic en su estudio de cuatro por tres metros. Ella partió varios trozos de pan y se los pasó, y luego bebieron zumo de uva directamente de la botella.

—Eucaristía a la Lydia —dijo ella con el mismo tono con el que cualquiera podría decir, «pollo a la calabresa, la receta de mi abuela», sin que sonara en absoluto a broma. Y a continuación le ofreció una aceituna del frasco.

Habían pasado muchos años desde la última vez que había ido a la iglesia con su abuela, y Tyler no supo qué decir. Sin embargo, deseaba quedarse con ella y contemplar su rostro, el cual, aunque solo lucía puntuales sonrisas, estaba bañado por una felicidad que Tyler sentía como una ola de calor.

Tyler le habló de su trabajo como programador de base de datos en un banco y de sus noches garabateando en su cuaderno y recitando en cafés llenos de humo ante otros jóvenes con los mismos sueños que él. Le enumeró una selección de los nombres más importantes en su vida y le contó las historias que tenían detrás. Y, mientras hablaba, no dejó de maravillarse ante su rostro y ante lo locamente enamorado que ya estaba de ella.

Tyler le preguntó cosas. Quería conocer la vida de la mujer de la que se estaba enamorando, comprender la colección de nombres de ella.

Lydia se había criado en New Camden, una pequeña ciudad como otras miles, una de esas poblaciones que parecen haber sido abandonadas a la deriva a lo largo de las carreteras que unen Boston con Nueva York. La llamaron Lydia por su abuela, que había muerto antes de que ella naciera. De pequeña, su madre la llamaba «Guisantillo», porque era regordeta y le encantaba el sol; su padre, «Princesa», porque era lo que creía que todos los padres llamaban a sus hijas.

Durante gran parte de sus primeros años de instituto, no supo quién era. Sus padres se peleaban y, cuando por fin dejaron de pelearse, su padre quería que ella siguiera llamándose Lydia Getty y su madre quería que se llamara Lydia O'Scannlain. Pasaba los veranos en el nuevo hogar de su padre en Arizona, donde lo acompañaba las noches en las que él se reunía con sus amigos. Ellos la llamaban «la pequeña tahúr», porque les ganaba al póquer. Por aquel entonces, sus compañeras de instituto la llamaban Lydia O'Hara, porque su color favorito era el escarlata. Los chicos no tenían un nombre para ella porque, que se supiera, todavía no había besado a ninguno.

Los últimos años del instituto fue Lydia, *la porrera*, y era popular entre los chicos por motivos un tanto turbios. Su madre la llamaba de todo, cosas que prefería no recordar. En una ocasión, un muchacho la llevó en coche a un edificio en Boston, donde mujeres y hombres airados esgrimiendo pancartas y carteles flanqueaban el camino que tuvo que recorrer sola, estremeciéndose al oír lo que la llamaban. Después, cuando estaba acostada recuperándose en una pequeña habitación blanca, una enfermera le dijo que no hiciera caso del follón del exterior y que intentara pensar en sí misma como en Una Joven Muy Valiente.

Se quedó dormida y se despertó sobresaltada al notar temblar la habitación. Su vida se transformó en ese momento porque se le apareció el ángel Ambriel, el ángel con ojos del color de las alas de las mariposas nocturnas.

Al contrario de lo que se desprende de la mayoría de los testimonios de apariciones de ángeles, le explicó Lydia a Tyler, que no acababa de entender lo que estaba escuchando, los ángeles no entablan conversación con la persona ante la que se presentan. La fuerza del suceso se deriva en su integridad de la presencia del propio ángel, que es una parte de la esencia de Dios.

Al igual que la de millones de otras personas, aunque la vida de Lydia no había estado plagada de terribles sufrimientos, sí que incluía hasta ese momento el número suficiente de decepciones y traiciones

como para haberle hecho perder la poca fe que la iglesia había sido capaz de inculcarle. Dios ocupaba en su realidad la misma categoría que los neutrinos.

Lydia miró al ángel y sintió cómo la luz de Ambriel le atravesaba los ojos y le inundaba la mente, y el dolor fue tan maravilloso que la posibilidad de cerrar los ojos le resultó inconcebible. Todo lo que había aprendido en su vida sobre todas las cosas estaba totalmente equivocado, era de lo más irrelevante. La luz de Ambriel iluminó los ensordecedores silencios entre sus padres; las cicatrices viejas y recientes de ese juego de suma cero conocido como vida social en un instituto; las pequeñas, desconcertantes y desesperadas inconsistencias de una vida ordinaria. Bajo esa luz, todo se veía coherente, sensato y, ante todo, bello.

Lydia se transformó por completo en ese instante. Estaba tan llena de amor hacia Dios que por fin entendió por qué el infierno es realmente la ausencia de Dios y no tiene nada que ver ni con el fuego ni con el azufre.

Tyler comprendió entonces por qué el rostro de Lydia había cautivado su corazón. En su rostro veía huellas de esa felicidad propia de los bienaventurados. Los bienaventurados carecen de miedos, puesto que esta no es más que otra palabra para designar los deseos insatisfechos, y la verdadera presencia de Dios, incluso a través de la intermediación de un ángel, hizo que todos los deseos insatisfechos de Lydia pasaran a ser irrelevantes para ella. El único miedo que queda tras ver a un ángel es el miedo a ser privado de la presencia de Dios. No obstante, como el único requisito para llegar a Él es amarlo y es imposible no amarlo tras haber experimentado la dicha de su presencia, la salvación de Lydia estaba garantizada.

En ese momento, Lydia descubrió quién era. Ella era una de los Salvados. Lo que no quería decir que tuviera que dejar las drogas y no volver a blasfemar, ni que tuviera que ponerse una túnica blanca y deambular por las calles metiendo panfletos por debajo de las puertas. Lo único que quería decir es que ahora podía continuar con su vida y todo lo que hiciera en el futuro estaría colmado de dicha porque amaba a Dios.

Así que Tyler se había enamorado de Lydia por esa luz divina, porque a pesar de lo tenue que era cuando le alcanzaba tras refractarse a través de ella, todavía resultaba deslumbrante.

La llevó con él a los recitales de poesía, donde Lydia conoció a sus amigos aspirantes a poetas que se congregaban en esos cafés cargados de humo ubicados en sótanos. Cuando leía desde el capullo de luz del foco, Tyler buscaba por el débilmente iluminado local su rostro radiante con el brillante halo de cabello pelirrojo, porque ella sonreía cuando le escuchaba y él adoraba ver su sonrisa.

Porque ella no sabía que un aleluya también podía ser un pareado; porque olía a jabón y a sol; porque cuando le decía que lo acompañaría a mirar las estrellas era exactamente eso lo que quería decir; porque cuando él se burló de la gente que decía «almóndiga» le hizo mirarlo en el diccionario para que se enterara de que esa palabra sí que existía; porque sabía que él siempre notaba con una fracción de segundo de antelación que ella se iba a echar a reír.

Aunque al principio los amigos de Tyler no sabían demasiado bien qué decir tras oír a Lydia contar la historia de su encuentro con Ambriel, ella les cayó bien enseguida porque no era en absoluto lo que se esperaban de alguien que aseguraba ver ángeles. Aguantaba bebiendo más que cualquiera de ellos —incluso que Owen, al que todavía parecía pegarle más lanzarse a la carretera en una motocicleta que estar en una oficina— y cuando se emborrachaba le guiñaba un ojo a Tyler y le susurraba, «Soy peligrosa y te voy a comer de un bocado».

Los domingos, Lydia no iba a la iglesia. Nunca iba a iglesias porque no tenían nada que ofrecerle y, en cualquier caso, a la mayor parte de las congregaciones de la ciudad les incomodaba su historia. En lugar de eso, Lydia llevaba a Tyler a reuniones de personas que habían presenciado la aparición de algún ángel o que ansiaban presenciarla. Estas reuniones se celebraban en sótanos de iglesias y bibliotecas, y siempre conllevaban mucho plegado de sillas y abundante café rancio, además de una gran abundancia de desesperación y de frases sacadas de los pasillos de libros de autoayuda. Tyler se preguntaba con frecuencia qué pintaba él allí, hasta que veía la luz en el rostro de Lydia cuando ella contaba su historia.

Otros días se dedicaban a vagar por las calles de la ciudad después del trabajo. También hacían pequeñas excursiones por carretera a pueblos desperdigados por la costa del Pacífico. Hablaban de todo y de nada, y Tyler, deseando creer, no dejaba ni un instante de contemplar el rostro de Lydia.

El mes que transcurrió entre el día que se la encontró en el contenedor y el día en que mientras le daba helado de pistacho ella le dijo que sí, que se casaría con él, fue el más feliz de la vida de Tyler.

El único problema era que Tyler seguía sin creer en Dios.

∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞

Volviendo de Las Aldamas, Lydia se quedó dormida en el asiento del acompañante. La carretera era recta y llana, y no había demasiado tráfico. Tyler activó el control de velocidad de crucero y estiró las piernas. Alargó la mano hacia la de Lydia y volvió la cabeza para contemplar un instante la estampa de la muchacha dormida.

Cuando más adelante Tyler intentara acordarse de lo que había sentido mientras veía morir lentamente a Lydia en el asiento contiguo al suyo, el cuerpo de ella cabeza abajo y con el cinturón de seguridad manteniéndolo en su sitio, la espalda retorcida en un ángulo imposible, los brazos atrapados por el techo hundido del coche, se sorprendería al descubrir que no recordaba haber sentido ni el más mínimo dolor en su propio cuerpo.

Pero eso no podía haber sido así. Tenía las dos piernas rotas y, a juzgar por las quemaduras que le cubrían el rostro y los brazos, el calor de las llamas tenía que haber sido intenso en su lado de los restos

del coche. Cuando finalmente se recuperó lo suficiente como para poder sentarse por sí mismo en el hospital, también descubrió que la ceguera de su ojo izquierdo sería permanente.

Pero en cualquier caso, el hecho era que lo único que Tyler conseguía recordar era lo tranquila e impávida que estaba Lydia mientras le decía que sabía que iba a morir, que no le dolía nada y que lo vería en el Cielo.

Y entonces abrió más los ojos y dijo, «Hola, Ambriel».

Tyler se retorció en el asiento, intentando girarse y mirar lo que ella estaba viendo, a pesar de saber que no iba a ver nada. El volante se le interpuso así que lo dejó tras unos pocos segundos. Unos pocos segundos de los que se arrepentiría más adelante porque apartó los ojos del rostro de Lydia, y durante esos pocos segundos ella murió.

∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞

Si Tyler hubiera sido religioso, la promesa de que se reuniría con Lydia en el Cielo podía haberlo reconfortado. O hubiera podido enfadarse con Dios y clamar contra Él hasta haber sido capaz de aceptar su vida igual que Job había aceptado la suya. Pero Tyler no creía ni en el Cielo ni en Dios.

Sin embargo, su falta de fe tampoco le podía proporcionar consuelo alguno, porque él la amaba por esa luz que había en ella y para la que Tyler no tenía ni un nombre ni una explicación aparte de lo que Lydia le había contado. La fe de ella era lo que él amaba.

Persistir en su falta de fe sería como mantener que la dicha de Lydia era una mera ilusión, lo que destruiría la esencia misma de su memoria; pero creer le obligaría a derribar sus barreras mentales entre fantasía y realidad, y a abrazar como un hecho lo que consideraba una alucinación. Mientras Lydia estaba viva, Tyler podía posponer esa decisión tanto tiempo como siguiera enamorado; pero su muerte le iba a obligar a tomar una decisión.

∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞

Cuando Tyler por fin se recuperó, se encerró en sí mismo y se distanció de sus amigos. Dejó el trabajo y desconectó el teléfono.

Y se volcó en averiguar todo lo que pudo sobre el accidente para intentar comprender lo que había sucedido. Era difícil, porque los investigadores no habían conseguido descubrir gran cosa y quedaban muchos interrogantes por responder, pero él tenía montones de tiempo.

∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞

«Gran parte del trabajo de un programador —leyó Tyler— consiste en desenredar el entramado de relaciones que resuelven el direccionamiento indirecto entre variables y valores».

Las variables son el equivalente a los nombres en las memorias electrónicas. En lugar de trabajar con *bytes* individuales, podemos asignar un nombre a un bloque de memoria mediante una variable. Las variables pueden ser utilizadas para nombrar cualquier cosa: posiciones del acelerador, números de la seguridad social, una subrutina que borra el disco…

Por desgracia, no hay manera de saber si una variable está apuntando a lo que dice estar apuntando, o de saber si siquiera está apuntando a algo. Cuando trabajamos con bits, el número de mariposas en Costa Rica tiene exactamente la misma pinta que la velocidad de la tormenta tropical frente a la costa de Australia.

Esto resulta problemático para cualquier programador, puesto que la endeble certeza de la corrección de cualquier programa se fundamenta en la correspondencia entre variables y valores. Si se consigue convencer al ordenador de que una variable se está refiriendo a algo real cuando en realidad está apuntando al vacío, entonces cualquier cosa es posible.

Para ayudar a los programadores a mantener la distinción entre la realidad firme y el desastre monumental se introdujeron los sistemas de tipos, que son constructos matemáticos incorporados a los lenguajes de programación para garantizar que una variable definida para las posiciones del acelerador no apunta, por ejemplo, al valor de la aceleración del coche en un momento dado. Los sistemas de tipos impusieron la consolidación de un orden infalible frente a la locura de un océano de bits amoral.

∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞

Al igual que otros muchos sistemas modernos de control de velocidad de crucero, el del coche de Tyler se basaba en un microordenador en el que se ejecutaba un programa dedicado.

Como es lógico, era muy importante que este programa cumpliera con su función correctamente. El programa del coche de Tyler lo había escrito un meticuloso programador que era consciente de que había vidas humanas que iban a depender de que su programa estuviera bien. Y no solo eso, estaba escrito en un lenguaje con un sistema de tipos muy fuerte; tan fuerte, que existía una demostración matemática que probaba que, por inteligente o descuidado que fuera el programador, si un programa superaba la comprobación de tipos, estaría garantizado que nunca iba a permitir que una variable

declarada para apuntar al nivel de combustible apuntara a la subrutina de cambio de marchas. Esto era lo más cercano a la infalibilidad que podías llegar a estar en el mundo de los bits.

Todo lo anterior hace al caso para dejar claro que Tyler tenía motivos fundados para poder relajarse y recostarse en su asiento.

∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞

«Unos dos mil años atrás —leyó también Tyler—, allá por la época de Cristo, en la región del cielo dominada por la constelación Casiopea había una vieja estrella moribunda, que una noche de invierno se convirtió en supernova».

De esa explosión emergieron innumerables protones y neutrones, que se alejaron a gran velocidad de los restos de la estrella constituyendo los llamados rayos cósmicos. La mayoría de esas partículas continuarán atravesando el vacío del espacio a toda velocidad hasta el final de los tiempos, sin que su destino tenga por qué preocuparnos.

Sin embargo, un protón en concreto llegó a la Tierra ese soleado mes de julio tras viajar en solitario por la oscuridad durante dos mil años. Se zambulló en la ionosfera, esquivando con gracia las líneas de los campos magnéticos terrestres, y luego continuó a través del cada vez más espeso aire sin apenas frenarse. Y hubiera seguido hasta hundirse ese mismo día en el desierto californiano de no haber sido porque algo se interpuso en su camino.

Justo en ese instante, Lydia estaba dormida y Tyler había apartado un momento los ojos de la carretera para mirarla. Incluso en sueños, su rostro seguía irradiando esa luminosidad de los bienaventurados. Y su coche se cruzó en el camino del solitario protón escapado de la muerte de una estrella tanto tiempo atrás.

El protón no prestó demasiada atención al chasis metálico, y los polímeros plásticos lo interesaron incluso menos. Los atravesó y durante un instante pareció que continuaría su viaje… hasta que se encontró con una partícula infinitesimal de silicio y, por primera vez en dos mil años, se despertó su interés por la materia tangible, así que decidió golpearla y hacer que sus electrones salieran despedidos.

∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞

Resultó que la partícula de silicio formaba parte de un condensador. Había millones de condensadores y transistores exactamente iguales a ese, todos parte del circuito integrado que constituía

la memoria del ordenador donde se ejecutaba el programa que controlaba el automóvil de Tyler en ese momento. Se mire como se mire, está claro que la ausencia de esos electrones era un hecho carente de toda relevancia en el esquema de las cosas, pero fue suficiente.

La pérdida de esos electrones tuvo como consecuencia que el bit que representaba un 1 fuera interpretado como un 0, y ese bit resultó estar ubicado en el interior de una celda de memoria que correspondía a una variable. La alteración en ese bit hizo que esta variable, que debía proporcionar la dirección de la subrutina que hacía los cálculos relativos a las posiciones del acelerador, pasara a apuntar al valor del flujo de combustible, exactamente a 1024 *bytes* de donde debería haber estado apuntando. Justo el tipo de violación que el sistema de tipos del lenguaje en que estaba escrito el programa estaba diseñado para evitar. Una variable que tuviera que apuntar a una subrutina nunca debería haber podido apuntar a un dato numérico; pero una vez que esto había sucedido, cualquier cosa era posible.

∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞

Si un error en un solo bit en una placa base podía violar el sistema de tipos matemáticamente perfecto de un lenguaje de programación, razonó Tyler, ¿no era concebible que un error en un solo bit en el cerebro pudiera saltarse el sistema que permite distinguir entre enfermeras y ángeles? Bastaría con que una conexión neuronal se rompiera y se restableciese en otro punto al azar, en uno donde no corresponda, para que todas las barreras entre los distintos tipos de memoria se desmoronasen.

Así que la visión de Ambriel que había tenido Lydia, y por supuesto que también su fe, era simple y llanamente la consecuencia de un fallo de las neuronas, un fallo que podía haber sido provocado por la fatiga, por el estrés, por una partícula elemental perdida o, de hecho, por cualquier cosa, aquel día largo tiempo atrás en la clínica de Boston. En realidad se trataba del mismo proceso que había evocado el recuerdo de su abuela llorando por su culpa.

Para entender cómo se llega a la fe, te basta con un error de bit único, pensó Tyler.

En contra de lo que se podría haber esperado, esta teoría ni le restó valor a la fe de Lydia ni la degradó en modo alguno a los ojos de Tyler, puesto que esta explicación le permitía comprender la vida de Lydia de una manera racional. Al llamar *error* a la *fe* de Lydia estaba utilizando un direccionamiento indirecto que salvaba la brecha entre sus respectivos mundos.

Y no solo eso, una vez que comprendes un error lo puedes provocar. Alguien competente técnicamente puede abrir una brecha en el mejor sistema de seguridad basado en *software* provocando de manera deliberada errores en el *hardware*. ¿Y acaso una persona racional no podría inducirse la fe en sí misma de ese mismo modo?

Tyler decidió que intentaría provocar un error en un bit de su propio cerebro. Si la única manera que tenía de reunirse con Lydia era ir al Cielo, entonces, si lo analizaba racionalmente, no tenía más remedio que forzarse a creer en Dios.

∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞

Una posibilidad era debilitar el cuerpo. Inanición, deshidratación, exposición a los elementos. Los errores eran más probables cuando las defensas del cuerpo estaban bajas. Esta era la vía de los místicos del desierto, y Tyler decidió que sería lo primero que probaría.

Con el coche de alquiler se dirigió hacia el sur y luego hacia el este hasta que estuvo en Arizona, cerca de la frontera con México, del linde, y luego del corazón del desierto de Sonora. Condujo hasta que las carreteras dejaron de ser carreteras, y entonces caminó. Caminó hasta que decidió que ya era incapaz de encontrar el camino de vuelta, y luego continuó caminando todavía más. Llegó un momento en que se encontró rodeado por todas partes por grupos de cactus saguaro. Para entonces tenía mucha hambre y sed, así que se sentó y esperó a que le fallara el cuerpo.

—No te lo tomes a mal —le había dicho Owen antes de que se marchara—, pero yo pensaba que nunca llegarías a poeta. Me parecía que no tenías suficiente imaginación. Y ahora creo que tienes demasiada.

Tyler llevaba varias semanas sin ver a Owen, el tiempo que había pasado encerrado en su apartamento intentando comprender la muerte de Lydia. Los dos estaban sentados en su café favorito mientras en el exterior estaba lloviendo, uno de esos escasos chaparrones otoñales.

—En realidad a los programadores lo que se nos da bien no son los números, sino las palabras —señaló Tyler—. Los que son buenos con los números se dedican al *hardware*.

—Y al parecer lo que estás planeando es realizar un trabajillo de *hardware*. Lo que me estás diciendo es que quieres *hackear* tu propio cerebro para implantarle la religión.

—Echo de menos a Lydia —dijo Tyler en lugar de discutir.

—No será como la fe auténtica —le aseguró Owen en lugar de decirle que dejara de hacer locuras y continuara adelante con su vida, algo que Tyler le agradeció—. Incluso aunque funcione. Incluso aunque tengas visiones de ángeles cantando hosannas.

—¿Cómo sabes cómo es la fe auténtica? Tú tampoco crees en Dios.

—No necesito creer en Dios para decirte que no lo vas a conseguir. Quieres creer en Dios porque amas a Lydia, pero ya has decidido que creer en Dios es un error, un disparate, sin siquiera haberlo experimentado. Quieres obligarte a aceptar una verdad que ya has decidido que es una mentira, y ese es un abismo que no puede salvarse.

—No has entendido la lógica de mi planteamiento. ¿De qué me sirve una explicación racional de la fe si no compruebo la hipótesis?

—Si estás buscando una estrella que casi no se ve —dijo Owen moviendo la cabeza negativamente—, no la verás si miras directamente hacia donde está. Tienes que desviar la mirada y dejar que pille desprevenidos a tus ojos. Hay cosas que no pueden ser examinadas directamente.

—Direccionamiento indirecto entonces —le dijo Tyler al cactus saguaro que tenía a su lado antes de echarse a reír.

¿Cuánto tiempo llevaba sentado en el desierto? Tenía la sensación de que días. La noche estaba cayendo e iba a ser fría.

—Siempre piensas demasiado —le echó en cara el cactus.

—¿Eres tú, Lydia?

«Es una buena señal», pensó Tyler. Las alucinaciones auditivas siempre eran lo primero, ¿verdad? Pero la voz no sonaba como la de Lydia. Se oía demasiado lejana y débil, como una armónica de cristal. Miró a su alrededor en busca de un ángel.

—Así que crees que tenía una avería en el cerebro, que todo se reducía a una conexión fallida —dijo el cactus.

—No, una avería no. —Ese no era el nombre adecuado. Ese era el problema. Necesitaba el nombre correcto.

Quería explicarle todo sobre las variables, los errores de bit único y los sistemas de tipos de las memorias. Quería explicarle cuánto deseaba pasar por su misma experiencia para así poder estar con ella; pero tenía mucha hambre y sed y se sentía mareado, así que lo único que dijo fue:

—Te echo de menos.

Unas luces brillantes se estaban aproximando hacia él en la oscuridad. Se quedó a la espera de esa sensación de ser atravesado por la luz, de ser arrollado por la certeza de que todo iba a ir bien, del amor, de ser salvado. Se quedó a la espera de que las barreras de su mente se derrumbasen.

Las luces se detuvieron delante de él. Varias figuras aparecieron en medio del resplandor, con halos luminosos a modo de cabello y el cuerpo perfilado por el fuego. Le sorprendió un tanto que la luz no fuera tan brillante como se había esperado. Resultaba doloroso mirarla, pero nada que ver con lo que Lydia le había descrito. ¿Qué clase de ángeles eran estos?

«A lo mejor es porque ahora solo tengo un ojo», se dijo.

—Tranquilo, ahora todo va ir bien —le aseguró Owen.

Lo llevaron a la parte de atrás del automóvil del guarda y comenzaron el largo camino de vuelta a casa.

∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞

Lo siguiente que probó fueron las drogas, pero los efectos no eran permanentes. Con la meditación tan solo se cansaba. Leyó sobre la terapia de *electroshock*, pero ningún psiquiatra accedió a sus peticiones. «Usted no necesita terapia —le dijeron—. Váyase a casa y lea la Biblia. Porque encima a mí me inhabilitarían».

Incluso acudió a alguna iglesia, pero la fe de los feligreses le parecía vacía. No sentía nada sentado en los bancos, articulando las palabras de los himnos, escuchando los sermones que le parecían carentes de sentido.

«Quiero creer, pero no puedo». Miraba a su alrededor; nadie tenía esa luz en el rostro que había visto en Lydia. «Os pensáis que creéis, pero no es así. No creéis de verdad, no como Lydia».

Owen nunca le dijo, «Ya te lo había dicho».

Owen por fin consiguió convencerle para que volviera a acudir por las noches a los cafés. A Tyler le parecía que los poemas que se leían eran espantosos. ¿Por qué nadie estaba escribiendo sobre la ausencia de esa luz? ¿Por qué nadie estaba escribiendo sobre la persistencia de la memoria o sobre ese sistema de tipos que era al mismo tiempo tan frágil y tan difícil de vulnerar? ¿Por qué nadie estaba escribiendo sobre el dolor derivado de la incapacidad de creer?

Con el tiempo consiguió un nuevo trabajo como programador de base de datos en un banco y empezó a escribir otra vez, e incluso consiguió que le publicaran algunos poemas. Sus amigos lo invitaron a salir para celebrarlo. Tyler estaba entusiasmado y feliz, y una chica que no se parecía ni de lejos a Lydia se lo llevó a su casa, a pesar de las cicatrices que tenía en el rostro.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Tyler.

— Stephanie —respondió ella antes de apagar la luz.

Y siempre se acordaría de ella como Stephanie, la que no se parecía ni de lejos a Lydia.

Tyler pasó página.

∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞

—¿Puedes ir buscar a Lydia para que cenemos? —le pidió Jess a Tyler desde la cocina.

Tyler estaba todavía en el salón recogiendo los últimos platos de papel, servilletas y globos desinflados que quedaban de la fiesta de cumpleaños que habían celebrado antes. Bajó por las escaleras y

entró al garaje. La puerta estaba abierta, y por el hueco de la misma vio a Lydia tumbada en el césped de delante de la casa, con la mirada levantada hacia el vespertino cielo invernal.

—Eh, amiguita —le dijo mientras caminaba hasta ella—, hora de cenar.

—Solo un par de minutos más, por favor…

Tyler se agachó y se sentó en el césped a su lado.

—Está refrescando. ¿A qué estás esperando?

—Estoy mirando Sirio. Está a ocho coma seis años luz de distancia, así que la luz que estamos viendo ahora salió de Sirio hace ocho años y siete meses. Yo cumplo hoy ocho años, y mamá dice que nací prematura, con nueve semanas de adelanto, y al atardecer. Quiero ver la luz que salió de Sirio justo cuando fui concebida.

—¿Justo cuando fuiste… concebida?

—Me diste ese libro, ¿no te acuerdas?

Tyler iba a puntualizar que aunque naciera al atardecer eso no quería decir que necesariamente fuera concebida al atardecer, pero decidió callarse. Algunos detalles podían quedarse para más adelante.

—Por eso merece la pena esperar —dijo.

Esperaron juntos, temblando un poco. Todavía estaban a principios del invierno, pero ya se notaba que ese año iba a ser frío. Tyler a veces echaba de menos los templados inviernos californianos.

—Creo que he descubierto por qué debajo de mi cama hay tanto polvo —comentó Lydia.

—¿Y por qué es?

—He leído que el polvo está hecho de los meteoritos que se queman en el cielo. Como mi cuarto está en el ático, está más cerca de las estrellas que el resto de la casa, así que es lógico que yo tenga más polvo que tú y mamá.

Tyler la miró y se sintió abrumado por su amor hacia ella. Se parecía muchísimo a él: racional, lúcida, impávida ante los hechos… En sus cuentos de hadas, en lugar de polvos mágicos había polvo de estrellas. No creía en Dios y Tyler se alegraba de ello. Al igual que él, sería inmune a los errores de bit único.

—Como os tenga que decir otra vez que entréis, los dos os quedáis sin cenar esta noche.

Jess estaba plantada en la puerta del garaje, con la luz de la entrada iluminándola desde atrás y haciéndola refulgir.

—Mira, mamá parece un ángel —dijo Lydia antes de levantarse y correr hacia la luz.

Tyler se quedó donde estaba un instante más. Miró Sirio, la estrella del perro, y las otras estrellas que brillaban y estallaban en el cielo, miró toda esa luz que le llegaba desde distintas distancias y,

por lo tanto, desde distintas épocas. Cayó en la cuenta de que estaba siendo bombardeado de manera simultánea por protones y fotones generados en el momento en que Lydia fue concebida; en el momento en que Lydia, la otra Lydia, había muerto; en el momento en que él había nacido; en el momento en que San Agustín había robado unas peras, y en el momento en que Cristo había sido crucificado. Se sintió ligeramente mareado.

Ambriel eligió ese momento para presentarse ante él.

∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞

«Así que esto es lo que se siente».

Tyler estaba tan colmado de amor hacia Dios que se estremeció. La belleza de sus designios le hizo llorar. Comprendió por qué había conocido a Lydia, por qué ella había muerto, y por qué había fracasado en sus anteriores intentos de llegar a Él. Ansió sentir esa luz eternamente. Anheló estar en el Paraíso. Fue el momento más dichoso de su vida, porque al experimentar lo mismo que había experimentado Lydia por fin estaba con ella. Recordar lo que sentía cuando estaba enamorado de Lydia fue incluso mejor que enamorarse por primera vez. El sistema de tipos se estaba viniendo abajo.

Sin embargo, había un detalle que estaba mal.

Se acordó de que justo antes de que Ambriel apareciera, él estaba mirando Sirio. Durante una fracción de segundo le había dado la sensación de que la estrella brillaba con algo más de fuerza. Fue algo casi imperceptible, un ligerísimo centelleo. Podía haber sido cualquier cosa: una distorsión atmosférica, la sombra de una nube al pasar, una ilusión óptica…

O a lo mejor había sido una erupción solar en Sirio justo en ese momento, ocho coma seis años luz atrás, cuando Lydia fue concebida. A lo mejor un protón de esa explosión había viajado por el vacío del espacio durante todos esos años sin prestar la más mínima atención a nada de lo que se había cruzado en su camino. ¿Acaso no era posible que hubiera atravesado la ionosfera y la estratosfera terrestres, las nubes y las alas de los pájaros? ¿Acaso no era posible que finalmente hubiera entrado en el ojo de Tyler ese atardecer invernal, atravesándolo hasta las profundidades de su ser y, al pasar por el hipotálamo, hubiera decidido hacer que algunos electrones salieran despedidos?

No fue más que un pequeño error, algo apenas fuera de lo normal, pero fue suficiente. Fue suficiente para permitirle distinguir realidad e ilusiones.

En cuanto se percató de ello, Ambriel desapareció. El sistema de tipos resistió.

Tyler supo que estaba condenado. A recordar durante el resto de su vida esa sensación de éxtasis, ese amor a Dios, esa dulzura de la existencia. Había creído, aunque solo hubiera sido durante un instante. Había estado con Lydia, pero entonces había mirado. Y se había enfrentado a la ausencia de Dios.

Ese momento perduraría para siempre en su memoria, y siempre sabría que había sido un error en un solo bit el que le había proporcionado ese recuerdo para a continuación arrebatarle la realidad del mismo.

Tyler vivió, a ratos incluso feliz, hasta el día de su muerte.

Copyright © 2009 Ken Liu

Revista
SUPERSONIC
¡5 NOMINACIONES A LOS IGNOTUS!

www.supersonicmagazine.com

Presencia

Maureen F. McHugh

Presentación

Maureen F. McHugh es conocida por quienes seguís **Cuentos para Algernon**, puesto que anteriormente ya habéis podido leer su relato *La hija de Frankenstein*. Así que, sin más preámbulo, pasemos a hablar de este nuevo cuento de esta autora.

Presencia (*Presence*), relato nominado a los premios Hugo de 2003, se publicó por primera vez en marzo de 2002 en la revista *The Magazine of Fantasy & Science Fiction*. Unos meses más tarde, Gardner Dozois lo incluyó en *The Year's Best Science Fiction: Twentieth Annual Collection*, su prestigiosa antología anual con la mejor ciencia ficción breve del año, y también se puede leer en *Mothers & Other Monsters*, la primera de las colecciones de relatos de la propia Maureen, publicada por la interesante editorial Small Beer Press bajo licencia Creative Commons, que puede descargarse íntegramente en la página de dicha editorial. Al igual que *La hija de Frankenstein*, se trata de un emotivo relato de ciencia ficción de futuro cercano que plantea una situación que ¿ojalá? tengamos a la vuelta de la esquina.

Ya por último, vaya de nuevo mi agradecimiento para la editorial Small Beer Press, que nos permite disfrutar gratuitamente de este y de más cuentos de sus autores, y, muy especialmente, para la propia Maureen. *Thanks a million, Maureen!*

Presencia

Maureen F. McHugh

Mila está sentada en su mesa en Ohio y coge el mango de la nueva maquinilla de afeitar desechable en… ¿Shen Zhen, en China?, ¿en Juárez, en México? No recuerda dónde están ensamblando las piezas. Mueve la cámara hacia la izquierda y hacia la derecha, y decide que debe de ser Shen Zhen, porque cuando mira a su alrededor no hay nadie más en su campo visual. La diferencia horaria es de doce horas. En China son las once de la noche, así que la única actividad corresponde a otro ingeniero de producción trabajando telepresencialmente: manipuladores por control remoto revisando un cubo lleno de bisagras dos mesas más allá en un círculo de luz. Las fábricas son lugares sucios y poco

iluminados, pero las cámaras necesitan luz, así que las estaciones telepresenciales son islas en la oscuridad.

Levanta la pieza de plástico azul oscuro y la sitúa delante de la máquina de medición de coordenadas, y espera a que esta mida la cavidad. Calcula que alrededor de un veinte por ciento no se ajustan a las especificaciones, pero llevan tanto retraso en el lanzamiento de las maquinillas que no pueden permitirse esperar a que el vendedor les proporcione una nueva remesa; así que al día siguiente, los mal pagados empleados chinos del departamento de materias primas de Shen Zhen tendrán que inspeccionar a mano las piezas, descartar las malas y pasar las demás a la sección de embalaje.

Suena el teléfono.

Se quita los manipuladores y el visor. La pantalla del teléfono muestra el número de su casa y Mila da un respingo.

—Hola —dice su marido, Gus—. Hola, ¿quién es?

—Soy Mila —responde ella—, soy Mila, cariño.

—¿Mila? Eso es lo que decía la tecla de marcación abreviada. ¿Dónde estás?

—Estoy en el trabajo.

—¿En P&G?

—No, cariño, ahora trabajo en Gillette. Tú también has trabajado en Gillette.

—Yo no —dice él con recelo.

Gus tiene alzhéimer a sus cincuenta y siete años.

—¿Dónde está Cathy? —le pregunta Mila.

—¿Cathy? —Gus baja la voz—, ¿se llama así? Te llamaba porque ella estaba aquí. ¿Qué está haciendo en nuestra casa?

—Está en casa para ayudarte —responde Mila sabiendo que no va servir de nada.

Cathy es la nueva cuidadora. Ya lleva casi tres semanas a cargo de Gus durante el día, pero él sigue telefoneando para preguntar quién es.

—Es negra —dice Gus—. Aunque no es que eso me importe. ¿Es del barrio? ¿Es amiga de Dan?

Dan es su hijo. Tiene veinticinco años y vive en Boulder.

—¿Tienes hambre? —le pregunta Mila—. Cathy puede prepararte un sándwich. ¿Te apetece un sándwich?

—No necesito que me ayuden —dice Gus—. ¿Dónde está mi coche? ¿Está en el taller?

—Sí —responde Mila, aprovechando el cambio de tema.

—No es verdad. Me estás mintiendo. En casa hay una mujer, una desconocida, y es ella quien ha cogido mi coche.

—No, cielo —le asegura Mila—. ¿Quieres que vaya a comer a casa?

Son las once; podría salir a almorzar temprano. Aunque no es que le apetezca demasiado ir a casa si Gus está agitado.

Gus cuelga el teléfono.

«Hijo de puta», piensa Mila, y luego agarra su bolso.

∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞

Cathy está en la puerta, sujetándose los codos con las manos. Tiene veinticinco años y Gus es el primer trabajo que le asigna la agencia de servicios domiciliarios de asistencia a la salud. A Mila le cae bien, e incluso le gustan sus largas uñas pulidas y bellamente decoradas

—Señora Schuster… el señor Schuster se ha escapado. Iba a seguir su localizador, pero se ha llevado mi receptor. Lo siento, lo tenía en el bolso y ni se me pasó por la cabeza que lo fuera a coger…

—¡Oh, Dios! —exclama Mila.

Corre al piso de arriba y coge su receptor de la mesilla de noche. Lo enciende y ve que Gus está a menos de trescientos metros. La flecha indicadora dice que no se dirige hacia Glenwood, donde está todo el tráfico, sino hacia el extremo sin salida de la calle o quizás hacia el estanque.

—Lo siento, señora Schuster —se disculpa Cathy.

—No está lejos. No es culpa tuya. Es muy astuto.

Bajan los escalones de la entrada. Cathy es muy joven. Ahora mismo está muy preocupada y continúa abrazándose nerviosamente los codos como si le dolieran las costillas. Tiene las uñas rosas, adornadas con largos trazos que parecen los rayos de un amanecer. Sigue de cerca a Mila, arrastrando sus zapatos planos. Es una chica tranquila, que no se suele alterar, y por eso Mila había tenido esperanzas de que a Gus le cayera bien.

Encuentran a Gus al doblar la esquina y girar hacia el extremo sin salida de la calle. Está en el jardín lateral de una casa a cuyos dueños Mila no conoce… y menos mal que durante el día en la vivienda nunca hay nadie, salvo los niños. Está en cuclillas con los pantalones bajados junto a un arriate; Mila vislumbra los vellosos muslos y cruza los dedos para que no se lo esté haciendo en los pantalones. Detrás de él se alzan espigas de malvarrosas rosa pálido.

—¡Gus! —le llama.

Él le hace un gesto indicándole que se vaya.

—Gus —insiste ella, con Cathy todavía a la zaga—, Gus, ¿qué estás haciendo?

—¿Es que no se puede ir tranquilo al baño? —dice él, y suena tan a Gus que, si Mila no estuviera acostumbrada a toda esta locura, quizás se hubiera echado a llorar.

Pero no llora. Porque le trae sin cuidado. Y es en ese momento cuando decide que todo esto tiene que terminar. Porque le trae sin el más mínimo cuidado.

∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞

«En ocasiones se puede curar el alzhéimer, pero lo que no es posible es curar a la persona que tiene alzhéimer —explica el vídeo informativo sobre el tratamiento—. Podemos reparar el cerebro y reemplazar las neuronas dañadas con tejido cerebral nuevo, pero no podemos reemplazar los recuerdos perdidos». «El alzhéimer siempre ha sido así —piensa Mila—, una enfermedad progresiva e insidiosa, que se lleva a la persona a la que conocías y te deja a este desconocido desorientado y cascarrabias». El vídeo continúa explicando cómo el tratamiento (que es casi plenamente efectivo en alrededor de solo el treinta por ciento de los casos, pero que detiene el progreso de la enfermedad en un noventa por ciento y proporciona una cierta mejoría funcional en prácticamente la totalidad de los mismos) no puede reparar las zonas del cerebro que han sido destruidas.

Mila es ingeniero de calidad. Y está acostumbrada a moverse en este campo, entre porcentajes y estimaciones, afirmaciones seguras sobre grupos grandes y tan solo conjeturas sobre individuos particulares. Así que es capaz de traducirlo: «Podemos prometerle todo, pero lo que no podemos prometerle es que le vaya a suceder a Gus».

En cualquier caso, Gus ya no está allí, salvo en los raros momentos en los que todavía se impone la fuerza de la costumbre.

Cuando se lo diagnosticaron, Gus y ella hablaron de si debían probar este tratamiento. Se habían sentado en la mesa de la cocina, un par de ingenieros, y habían examinado la cuestión con detenimiento. Gus había dicho que no. «Hay bastantes probabilidades de que en cinco años volvamos a tener el alzhéimer aquí —había dicho—. Y nos encontraremos con que habremos gastado todo este dinero en un tratamiento que no habrá servido de nada, y ¿qué pasará contigo entonces?».

En algunos casos, el alzhéimer reaparece a los cinco años. No obstante, el tratamiento solo lleva siete años aplicándose, así que ¿quién sabe?

Gus había pintado un diagrama con las ventajas. En el mejor de los casos, se curaría; pero lo más probable sería que lo único que consiguieran fuese gastar un montón de dinero para ralentizar la en-

fermedad. «E incluso aunque me cure, el alzhéimer podría atacar de nuevo —había dicho—. No creo que quiera tener esta enfermedad durante mucho tiempo. Y sé que no quiero tenerla dos veces».

Para ser un hombre tiene las manos pequeñas, pero no delicadas, aunque pueda sonar a eso. Sus manos son perfectas; las uñas, limpias y lisas, sin que tuviera que andar arreglándoselas continuamente. Había sido muy mañoso con los lápices; era bueno haciendo dibujos técnicos antes de que se empezara a utilizar el ordenador, y su diagrama de ventajas e inconvenientes en un trozo de papel de la impresora le había quedado elegante y claro. «No llores», le había dicho Gus.

Gus no sabía qué hacer cuando ella lloraba. Durante los treinta años de su matrimonio, cuando había tenido que llorar (que siempre era por la noche, al menos por lo que ella recordaba), Mila había bajado al piso de abajo una vez él ya estaba acostado, se había sentado en el sofá y había llorado. Le hubiera gustado que Gus la consolara, pero en el matrimonio se aprende cuáles son los límites de la otra persona. Y los de uno mismo.

Con lo que saque de la venta de la casa, Mila puede hacer que introduzcan una enzima en el cerebro de Gus que limpiará la placa alzheímica que ha remplazado gran parte de su estructura neural. Y luego introducirán células no diferenciadas, y una sustancia llamada Transglycyn que contendrá un virus que le dirá al ADN del interior de esas células que cree las neuronas que constituirán el nuevo cerebro de Gus.

Mila telefonea a Dan, que está en Boulder.

—Creía que papá y tú no queríais ese tratamiento —dice Dan.

—Eso creía yo también —responde ella—. Pero no sabía cómo iba a ser esto.

Dan se queda en silencio. Silencio digital. Un silencio en el que se oiría el vuelo de una mosca.

—¿Quieres que vaya a casa? —pregunta Dan.

—No. No, tú quédate ahí. Acabas de empezar en el nuevo trabajo.

Dan es chef. Había estudiado en el Instituto Culinario Estadounidense y pasado un par de años trabajando como jefe de partida en el restaurante Four Seasons de Nueva York. Y ahora Étienne Corot va a abrir un nuevo restaurante en Boulder llamado, cómo no, Corot, y Dan ha conseguido trabajo como segundo jefe de cocina. Es un ascenso. El siguiente paso para conseguir hacerse un nombre, y así algún día poder abrir su propio restaurante.

—No pierdas de vista el Schuster's —le dice Mila.

Se trata de un vieja broma entre ellos, lo de que él va a abrir un restaurante de lujo que se llamará Schuster's. Y ambos están de acuerdo en que Schuster's suena a nombre de restaurante franquiciado.

—Artesia —dice él.

—¿Artesia?

—Es el último nombre —explica Dan. Desde que empezó en el Instituto Culinario, los dos han estado proponiendo nombres para el restaurante que abrirá algún día—. ¿Te gusta?

—Si consigo no pensar en la ciudad ganadera de Nuevo México que también se llama así.

—¡Venga ya! —dice Dan, y Mila se lo imagina en el otro extremo de la línea telefónica, la cabeza gacha, igual que su padre.

Dan es un par de centímetros más alto que Gus y tiene sus mismos largos brazos y piernas. Por desgracia, también ha heredado las entradas de su padre y, a sus veinticinco años, sus sienes ya desnudas despiertan en Mila sentimientos de protección y ternura.

—Puedo coger un avión —ofrece él.

—No es una operación —le dice Mila repentinamente irritada. Le gustaría que Dan fuese, pero tampoco iba a servir de nada—. Y me iba a cansar de estar ahí sentada contigo, cogidos de la mano, esperando estos tres meses mientras eliminan la placa, porque ni tú ni yo vamos a notar que esté pasando nada.

—Vale.

—Dan, tengo la sensación de que me estoy gastando tu dinero.

—El dinero me trae sin cuidado. Y además no me gusta hablar del dinero de ese modo. Lo que pasa es que como papá se negó a someterse al tratamiento me da un poco de mal rollo.

—Ya lo sé, pero es que ya no siento que esta persona siga siendo tu padre.

—Después del tratamiento no será papá, ¿verdad?

—No. No, pero al menos es posible que sea una persona capaz de cuidar de sí misma.

—Mira, mamá —dice él, con voz adulta y seria—. Eres tú quien está ahí, quien se está enfrentando a ello todos los días. Haz lo que tengas que hacer. No te preocupes por mí.

Mila siente cómo los ojos se le inundan de lágrimas.

—De acuerdo, cielo —dice—. Bueno, tienes cosas que hacer…

—Llámame si quieres que vaya.

Mila quiere que cuelgue antes de empezar a llorar.

—Lo haré.

—Te quiero, mamá.

Sabe que se ha dado cuenta de que estaba llorando.

∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞

—No estoy enfermo —dice Gus.

—Es solo una revisión —le asegura Mila.

Gus está sentado en calzoncillos y camiseta en la mesa de examen del consultorio. Tiempo atrás, cuando lo veía así, le recitaba la lista de todo de aquello que le gustaba en él: la nariz, los ojos azules hechos para mirar a lo lejos, el hueco de la clavícula, las largas piernas… «Enséñame el trasero», le decía, y él se volvía y lo sacudía frente a ella, y los dos se partían de risa como un par de críos.

—Ya hemos esperado bastante —se queja Gus.

—Tampoco llevamos tanto —dice Mila, y, en ese momento, el doctor llama y abre la puerta. Lo acompaña una ATS, una mujer negra, con un carrito.

—¿Quién es usted? —pregunta Gus.

—Soy el doctor Feingold.

Y tiene paciencia, el doctor Feingold. El día anterior estuvo reunido con ellos una hora, y esa misma mañana han estado hablando unos minutos antes de que a Gus le hicieran el análisis de sangre. Pero Gus no se acuerda. Estaba peor de lo normal. Están en Atlanta para el tratamiento. Lexington, en Kentucky, y Windsor, en Ontario, también tienen clínicas donde se aplica, pero el doctor Feingold ha trabajado con Raymond Miller, el especialista que lo ha desarrollado. Por eso Mila ha elegido Atlanta.

Gus está inquieto.

—Usted no es mi médico —dice.

—Soy un especialista, señor Schuster —le explica el doctor Feingold—. Voy a ayudarle con sus problemas de memoria.

Gus mira a Mila.

—Es cierto —le asegura ella.

—Quieres hacerme daño. Me vas a matar, ¿verdad?

—No, cielo. Estás enfermo. Tienes alzhéimer. Estoy intentando ayudarte.

—Me has estado envenenando.

«¿Será porque tiene miedo?, ¿porque todo le resulta completamente extraño?»

—Si quiere, puede vestirse —interviene el doctor Feingold—, y podemos intentarlo de nuevo dentro de una hora.

—No quiero intentar nada —afirma Gus.

Se pone de pie. Lleva unos calcetines deportivos blancos y tiene las pantorrillas enjutas de un anciano. La enfermedad lo ha envejecido mucho más allá de sus cincuenta y siete años. En cierto modo, Mila lo está matando. Gus no va a regresar jamás, y ahora ella lo va a reemplazar con un desconocido.

—Tómense su tiempo —dice el doctor.

Es la primera vez que Mila está en la consulta de un médico que no tiene una agenda apretadísima. Aunque también es la primera vez que paga 74.000 dólares por una consulta, que es lo que va a costar la inyección de Transglycyn que le van a poner ese día a Gus para limpiar la placa del cerebro. Bueno, no es solo la visita y el Transglycyn. Se van a quedar un par de días más durante los que Gus va a estar monitorizado.

—¡Que os den! —suelta Gus, volviéndose a sentar—. ¡Anda y que os den a todos!

—Muy bien, señor Schuster —dice el doctor Feingold. La ATS acerca el carrito y el doctor Feingold continúa—: Voy a ponerle una inyección, señor Schuster.

—¡Que os den! —repite Gus.

Gus no solía decir cosas sí antes.

El Transglycyn con la enzima debe ser inyectado en la columna vertebral, pero el doctor Feingold coge una jeringuilla hipodérmica y le pone una inyección a Gus en la parte interior del codo.

—¡Quédese tumbado un momento! —le dice el doctor.

Gus se queda en silencio.

—¿No se pone en la espalda? —pregunta Mila.

—Así es, pero ahora mismo lo que quiero es que se calme un poco, así que le he puesto algo para tranquilizarlo.

—No me había comentado nada de esto —se queja Mila.

—No quiero que cambie de opinión mientras le estamos inyectando la enzima. Esto lo relajará y lo hará más manejable.

—Manejable… —repite Mila. Debería quejarse: lo están drogando y no se lo habían advertido. Pero está más que acostumbrada a que Gus no sea manejable. Manejable suena bien. Suena estupendamente—. ¿Es un tranquilizante? —pregunta.

—Es un nuevo fármaco —asegura el doctor Feingold mientras escribe en el informe de Gus—. La mayoría de los tranquilizantes pueden hacer que los pacientes con alzhéimer se pongan todavía más

nerviosos.

—Tengo alzhéimer —les interrumpe Gus—. El alzhéimer hace que me ponga nervioso. Pero a veces lo sé.

—Sí, señor Schuster, así es —dice el doctor Feingold—. Esta es Vicki. Me ayuda siempre con esto, y lo hacemos muy bien, pero cuando lo coloquemos de costado necesito que se quede muy quieto, ¿de acuerdo?

Gus, que odiaba que los médicos lo trataran con condescendencia, responde medio grogui por la inyección, «De acuerdo». Gus, que durante una colonoscopia, con un buen colocón producto de la sedación, le preguntó al médico si ya habían llegado al íleon, porque, incluso con el cerebro mecido por los opiáceos, le gustaba enterarse de todo.

Entre Vicki y el doctor colocan a Gus de costado.

—¿Está cómodo, señor Schuster? —pregunta Vicki, con el acento sureño de Atlanta.

El doctor sale de la consulta. Regresa con otras dos personas, dos hombres, y le colocan a Gus un almohadón detrás de las rodillas, para que no le resulte fácil girarse, y luego otro en la nuca.

—¿Está bien, señor Schuster? —le pregunta el doctor Feingold—. ¿Está cómodo?

—Bien —masculla Gus.

Vicki le levanta la camiseta y deja al aire la nudosa columna. El doctor Feingold marca un punto con un bolígrafo negro. Le palpa la espalda como una mujer ciega, el rostro ausente por la concentración, y luego coge una jeringuilla y dice:

—Va a notar un pinchazo, señor Schuster, que hará que se le adormezca la piel de la espalda, ¿de acuerdo?

Y le pone otra inyección a Gus.

Gus dice, «Ay», con solemnidad.

El doctor Feingold y Vicki hacen algunas marcas más con el bolígrafo. Y luego, con otra jeringuilla, el doctor le pone cuidadosamente otra inyección en la espalda. Deja dentro la aguja durante un instante y retira la parte donde está el fármaco. Vicki la coge y le da otra jeringa, y él la encaja en la aguja hipodérmica e inyecta el contenido.

Mila no está segura de si es más analgésico o de si es el Transglycyn.

—Muy bien, señor Schuster —dice el doctor—. Ya hemos terminado con el fármaco, pero quédese tumbado sin moverse unos minutos.

—¿Es como cuando te hacen una punción lumbar? —pregunta Mila—. ¿Le va a doler luego la cabeza?

El doctor Feingold mueve la cabeza negativamente.

—No, señora Schuster, esto es todo. Cuando se sienta con fuerzas para sentarse, puede hacerlo.

Así que ya está en su interior. Pronto empezará a devorar la placa de su cerebro.

Aunque las zonas que deje limpias ya habían dejado de ser Gus. Así que no es que Gus vaya a perder nada que no hubiera perdido ya. Pero, a pesar de ello, a Mila le molesta pensar en ese mejunje, el Transglycyn, moviéndose por los senderos gris plateado de sus neuronas, limpiando ese queso suizo en que se ha convertido el cerebro de Gus por culpa de la enfermedad. Y luego, ¿qué?, ¿quedan agujeros en el cerebro? Agujeros rellenos de fluido, el tejido poroso como una esponja, y el pobre Gus caminando arrastrando los pies, colérico y desesperado.

Le gustaría acariciar su pobre cabeza. Pero está tranquilo, sedado, y quizás sea mejor que lo deje en paz.

∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞

La clínica se parece más a un hotel que a un hospital; la cama tiene una colcha con flores y encima de la cabecera hay un cuadro con un jarrón con rosas color crema y melocotón. Tras haber pasado el día sedado, Gus está inquieto. No quiere irse a la cama. Si Mila se acuesta, intentará salir al pasillo, aunque la puerta está cerrada por dentro para impedírselo. Junto a la puerta hay un teclado, y Mila ha utilizado como clave la fecha del cumpleaños de Dan. No cree que Gus sepa ya cuándo es el cumpleaños de Dan. Un cartel en la puerta dice que, en caso de incendio, todas se abrirán automáticamente. Gus pasa los dedos por la rendija que queda entre la jamba y la pared.

—Quiero salir —dice, y ella le dice que no puede—. Quiero salir —insiste él.

—No estamos en casa, tenemos que quedarnos aquí dentro —le explica Mila.

—Quiero salir —repite Gus, una y otra vez, mucho después de que Mila haya dejado de responderle.

Por fin acaba sentándose y mira la televisión durante cinco minutos, pero luego se levanta y se acerca de nuevo a la puerta.

—Vámonos a casa —dice esta vez, y, cuando ella no responde, sus largos dedos corren como arañas arriba y abajo por el borde de la puerta.

Se sienta, se levanta y se queda junto a la puerta durante varios minutos, veinte, treinta minutos seguidos, hasta que ella, ciega de cansancio y con los ojos ardiéndole por las lágrimas, le acaba gritando:

—¡No se puede salir!

Durante un instante, Gus la mira, perplejo. Luego se vuelve de nuevo hacia la puerta y repite quejumbrosamente:

—Quiero salir.

Llega un momento en que Mila se le acerca y, tomando sus manos entre las suyas, le dice:

—Los dos estamos atrapados.

Se siente mareada por la fatiga, pero si llora él todavía se pondrá peor. Gus la mira y luego retoma su examen de la puerta, con los dedos revoloteando como polillas. Mila apaga la luz y él empieza a gemir, «Aaay, aaay, aaay…», hasta que ella vuelve a encenderla.

Finalmente, Mila lo aparta a un lado y sale, dejándolo encerrado en la habitación. Baja a la sala de espera, se sienta en un sofá y levanta los pies descalzos para meterlos dentro del camisón. La sala está desierta. Se plantea el quedarse a dormir allí durante unas horas. Se siente vacía y vulnerable. Echa la cabeza hacia atrás y cierra los ojos; le llega un ruido lejano, del sistema de ventilación, y ese extraño vacío audible de las habitaciones grandes, y nota cómo al momento su cerebro se lanza en picado hacia una especie de pesadilla en la que se va quedando dormida pensando en que alguien está enfermo y en que tiene que hacer algo al respecto, y, cuando se despierta con un sobresalto, una ola de agotamiento anega todo su cuerpo

No puede quedarse en la sala. ¿Estará Gus gimiendo en la habitación?

Cuando abre la puerta, allí está Gus de pie, pero Mila tiene la extraña sensación de que es posible que no se haya percatado de que se había marchado.

Alrededor de las tres y cuarto de la madrugada, por fin consigue convencerle de que se acueste, pero se vuelve a levantar poco después de las seis.

Al día siguiente, Mila pregunta si puede deberse a lo que le han inyectado, pero no es eso, por supuesto. Es la sensación de extrañeza. La habitación extraña, el lugar extraño, el alzhéimer, su cerebro devastado.

El asistente social sugiere que, hasta que estén preparados para introducir las células y estimular el crecimiento neuronal, Gus debería quedarse en una residencia para ancianos con demencia.

Incluso aunque se lo pudiera permitir, Mila piensa que debería negarse. Cuando reesculpan su cerebro, Gus será una persona distinta, pero seguirán casados, y ella quiere estar con él y participar en todo el proceso, de manera que, tal vez, su nuevo marido, el nuevo Gus, sea todavía alguien a quien ella ame. O al menos alguien con quien pueda seguir estando casada.

∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞

Mila tiene suerte de poder permitirse el tratamiento. Se trata de un tratamiento experimental, por lo que el seguro no lo cubre. Gus y ella habían guardado para su jubilación algo del dinero de sus padres,

pero no puede tocarlo porque, según su gestor, eso sería como la explosión de una bomba de relojería que haría que su impuesto por incremento de patrimonio saliera despedido hacia las nubes. Pero sí que pueden vender la casa.

Vende la casa por 217.000 dólares. La primera mitad del tratamiento cuesta unos 74.000; la segunda, algo más de 38.000. La terapia física debería costar poco más de 2.100 dólares al mes. La asistencia domiciliaria contratada a través de una agencia, alrededor de 32.000 (el seguro ya no seguirá pagándola al tratarse de un tratamiento experimental). Y eso sin contar los billetes de avión y montones de gastos imprevistos. Al menos la casa está totalmente pagada, y su gestor se las arregla para conseguir que le queden 30.000 dólares para la entrada de un pequeño adosado.

El adosado tiene dos pisos, un patio trasero del tamaño de un sello postal y unos gastos de comunidad de 223 dólares al mes. La cuota mensual de la hipoteca es de 739 dólares.

El salón y la cocina están en el piso de abajo y en el de arriba hay dos dormitorios. La alfombra es gris pálido, y los muebles de salón de Mila, que son de unos anticuados e intensos tonos marfil, ocre y rojo, no encajan demasiado bien, pero tampoco quedan tan mal.

—¿Por qué está aquí nuestro sofá? —pregunta lastimeramente Gus—. ¿Cuándo podemos marcharnos a casa?

∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞

Una noche, cuando Gus dice que quiere irse a casa, Mila lo monta en el coche y arranca. Cuando Dan era un bebé y no conseguían que se durmiera, el sonido del motor del coche lo calmaba, y ahora parece ejercer el mismo efecto sobre Gus, que se acomoda contento en el asiento del pasajero de su sedán Honda de siete años y, mientras ella conduce, acaricia el reposabrazos y tararea. Al principio Mila no está segura de si el tarareo significa que está nervioso, pero pasado un rato decide que suena contento.

—¿Te gustan los paseos en coche? —le pregunta.

Gus no responde, pero continúa tarareando, «la, la, la, la».

∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞

Otra noche se despierta sola en la cama. Los enfermos de alzhéimer no duermen demasiado. Antes, cuando Gus o Dan se levantaban por la noche, los oía, pero últimamente está demasiado cansada.

Lo encuentra en la cocina, sacando de la nevera el bol con macarrones con salsa de queso, que está tapado con papel de aluminio porque Mila se ha quedado sin film transparente.

—¿Tienes hambre? —le pregunta.

—Ya lo hago yo —dice Gus.

Su voz suena normal y segura. Mete el bol en el microondas.

—No puedes meterlo en el microondas, cielo —le avisa Mila—. Primero tienes que quitar el papel de aluminio que lo tapa.

Mila odia el hecho de que solo lo llama cielo cuando está molesta con él o cuando no quiere hacerlo enfadar. La hace sentir pasiva agresiva, o algo así.

Gus cierra la puerta del microondas y aprieta el botón para programar el tiempo.

—Gus, no hagas eso.

Mila alarga el brazo y abre la puerta del microondas, y Gus la aparta de un empujón.

—Gus, para.

Alarga de nuevo el brazo hacia la puerta y él la vuelve a apartar con otro empujón.

—Déjalo —le dice Gus.

—No se puede. Tiene papel de aluminio.

«Por el amor de Dios, Gus es ingeniero. O lo era.»

Mila intenta detenerlo. Le agarra el antebrazo con la mano, y él se vuelve hacia ella con una mueca de ira en el rostro, libera el brazo y le da un puñetazo en la cara.

Sigue siendo un hombre alto y fuerte, y el puñetazo la derriba.

Mila ni siquiera sabe cómo reaccionar. Nadie le ha pegado un puñetazo desde que tenía unos doce años, y aquel fue un puñetazo bastante torpe, aunque le hizo sangrar la nariz. El golpe le impide pensar mientras yace sobre el suelo de la cocina. Gus aprieta el botón y el microondas comienza a funcionar.

Mila se palpa el rostro. Tiene un corte en el labio y nota el sabor a sangre. Le duele la cara.

La luz oscila cuando en el microondas salta un arco eléctrico. No se siente capaz de levantarse y hacer algo al respecto. Gus mira con cara de pocos amigos. No a ella, sino al microondas.

Mila se sienta y se examina la cara. Con la lengua nota que tiene un diente flojo. Gus no le presta ninguna atención. Está observando el microondas. Concentrado. Es una parodia del ingeniero resolviendo un problema.

En el microondas, los arcos voltaicos empiezan a saltar ya en serio y Gus retrocede.

Mila se queda sentada en el suelo hasta que del microondas empieza a salir humo, y solo entonces se levanta. Ni siquiera tiene ganas de llorar, aunque le duelen la mejilla y la boca. Aprieta el botón para pararlo, lo saca de su hueco y lo desenchufa. Dejándolo medio fuera, va hasta el fregadero y escupe saliva ensangrentada. Se aclara la boca y luego limpia el fregadero.

—Sube y acuéstate —dice.

Gus la mira. «¿Estará enfadado?», piensa Mila mientras retrocede fuera de su alcance. Tiene miedo. Gus no es un niño, es un hombre corpulento. ¿Va a enfadarse con ella porque sigue teniendo hambre?

—Te voy a calentar un poco de sopa —le ofrece Mila—. ¿Te parece?

Gus aparta la mirada, con la boca entreabierta.

Mila coge una manopla de cocina, abre con cuidado el humeante microondas y saca los macarrones. El bol de cerámica se ha partido por la mitad y el papel de aluminio está ennegrecido, pero consigue sujetarlo todo bien junto hasta que lo tira a la basura. Gus se sienta. Mila saca el microondas al jardín. No cree que esté ardiendo por dentro, pero tampoco está segura. Y no puede sentarse a vigilarlo y dejar a Gus solo. Así que si empieza a arder, pues mala suerte. Y además la hierba está húmeda.

Cuando vuelve adentro, se encuentra a Gus en el salón comiendo helado directamente del envase con una cuchara de servir. Tanto él como el sofá están manchados de helado.

Le da miedo acercársele, así que se sienta en una silla y lo mira comer.

No puede quitarse de encima la sensación de que el hombre que tiene delante no debería ser Gus, porque el Gus con el que ella ha estado casada nunca, nunca jamás le hubiera pegado. El Gus con el que estaba casada tenía ciertas características inalienables: su limpieza, casi maniática; su meticulosidad; su desesperada necesidad de ser bueno, de ser muy bueno. Pero este hombre sigue siendo Gus. Incluso con el helado chorreándole por las piernas y por el sofá. ¿Qué es exactamente Gus? ¿Qué es lo que define la *gusnidad*? ¿Con qué se casó? No es solo con ese cuerpo tan familiar. En su interior también hay algo de Gus. Algo que está presente aunque ella no consiga dar con ello; aunque tal vez sean tan solo los hábitos propios de la *gusnidad*.

Más tarde, cuando Gus se acuesta pringado de helado, Mila tira el envase aunque todavía está medio lleno. En el exterior, el microondas sigue inerte sobre el césped, oliendo ligeramente a electrodoméstico recalentado. Mila sube y se acuesta en el otro dormitorio.

Intenta decidir qué hacer. El Transglycyn está devorando la placa, pero Gus no empezará a mejorar hasta que reemplacen las neuronas y crezcan las nuevas, y a Atlanta todavía no tienen que volver hasta dentro de un mes. Además, Mila no va a empezar a apreciar ninguna mejoría hasta tres meses después de este segundo viaje.

Menudo cabrón… menudo cabrón es el alzhéimer.

No sabe qué hacer. Ni siquiera puede permitirse pedir unos días de permiso en el trabajo. Así que decide que el sábado contratará un cuidador, reservará una habitación en un hotel y dormirá unas horas. Le sentará bien. Cuando no esté tan cansada pensará mejor.

∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞

Su mejor amiga en el trabajo es Phyllis, que también es ingeniero de calidad. Cada vez hay más y más ingenieros de calidad que son mujeres, y Phyllis dice que es por eso por lo que los ingenieros de calidad ganan diez mil dólares menos al año que los de diseño y los de producción. «Es como Recursos Humanos —asegura—. Se ha convertido en el gueto femenino de la ingeniería». Lo de gueto femenino es un tanto irónico, viniendo de Phyllis, que mide menos de un metro sesenta, pesa cerca de noventa kilos y lleva su canoso pelo muy corto.

Phyllis se pasa por el cubículo de Mila a media mañana y le pregunta:

—Y bien, ¿cómo sigue el viejo cabrón?

Phyllis había conocido a Gus cuando todavía era Gus.

—Pues hecho todo un cabronazo —responde Mila, y aparta la vista del monitor del ordenador para mirar a Phyllis, con el lateral del rostro totalmente amoratado.

—¡Uf, Dios!, pero ¿qué te ha pasado?

—Gus me tumbó de un puñetazo.

—¡Dios!

En la cafetería, sentada con una taza de café delante de ella, Phyllis comenta sarcásticamente, «¡Tienes un aspecto impresionante!», lo cual es un alivio, porque el sobresalto inicial de Phyllis, el que se hubiera quedado sin palabras, era casi más de lo que Mila podía soportar. Si Phyllis no era capaz de hacer bromas sobre el asunto…

Lo que Phyllis no le dice es, «Tienes que meterlo en una residencia». Y lo que sí le dice es, «Gus estaría horrorizado».

—Sí —dice Mila, enormemente agradecida—, ¿verdad que lo estaría?

∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞

Van a la clínica de Cleveland, donde anestesian a Gus para extraerle un poco de médula espinal. La médula congelada es enviada a Atlanta para que allí puedan extraer células madre no diferenciadas, que le serán inyectadas para reemplazar las neuronas que faltan.

Durante los dos días posteriores a la anestesia, Gus está inquieto. Le falla el equilibrio y le duele la cadera en el punto de donde le extrajeron la médula espinal, y llama zorra a Mila.

Dos semanas más tarde van a Atlanta, y el procedimiento para inyectar las células no diferenciadas y el virus catalizador es casi idéntico al de la primera vez. Gus intenta pegarle en otras dos ocasiones: una en la clínica de Atlanta y la otra cuando ya están de vuelta en su adosado; pero como ahora le tiene miedo, Mila está atenta y consigue esquivarlo las dos veces. Se lo avisa a Iris, la nueva cuidadora —Cathy se ha marchado porque su novio tiene un primo en Tampa que le puede conseguir trabajo—. Iris tiene treinta y pico años, es fornida y no demasiado simpática, sin llegar a ser antipática. Le dice a Mila que con ella Gus nunca se porta así. Mila se pregunta si estará mintiendo, aunque ¿por qué iba a mentirle?

¿Acaso Iris está insinuando que Gus la prefiere a ella? Siempre tiene la sensación de que Iris piensa que debería estar más en casa, que debería ser la propia Mila quien estuviera cuidando de Gus.

A Gus le gusta salir a dar paseos en coche… a veces. Los dos suben al coche de Mila.

—¿Adónde vamos? —pregunta Gus.

—A terapia —responde ella. «Y ahora empezará a ponerse nervioso», piensa.

Pero Gus baja la ventana y, mientras ve pasar los árboles, reclina la cabeza hacia atrás y canturrea.

—¿Estás contento, mi saxofonista? —le pregunta Mila.

Ahora mismo se encuentran en una situación estacionaria: Gus no va a mejorar ni a empeorar hasta que suceda algo con las células que le han introducido en el cerebro. Tres meses hasta que noten alguna diferencia, como poco. Pero ahora, un mes después de que le inyectaran las células nuevas en su cerebro plagado de agujeros, le van a hacer algunas pruebas para tenerlas como referencia.

Es de lo más razonable. «Es una pena que cuando estamos sanos no nos hagamos pruebas patrón», piensa Mila. A lo mejor, ella misma debería hacerse una. Mila Schuster, resultados brutos de las funciones cognitivas a los cincuenta y un años. Y así, si la demencia la atrapara entre sus fauces, podrían hacer el seguimiento de todo el proceso. Sí, señor, hacer pruebas patrón a toda la población, igual que a las mujeres entre los cuarenta y cinco y los cincuenta años se les hacen mamografías para tenerlas luego como referencia.

Salvo que ya haya empezado. En el trabajo se le olvidan cosas. Aunque sabe que es por lo preocupada que está con todo lo del alzhéimer. «Lapsos de viejo», así es como Allen, uno de los cuidadores a domicilio, llamaba a esas ocasiones en las que uno se encuentra en la cocina sin conseguir recordar qué es lo que ha ido a buscar.

Si un día tuviera alzhéimer, ¿quién la cuidaría? Gus y ella acabarían en una residencia, los dos con pañales y sin reconocerse el uno al otro.

Gus canturrea.

—Saxofonista —le dice Mila.

Esa ruina en la que se ha convertido Gus tiene algo que despierta su cariño, a pesar de todo el miedo, la rabia y el abatimiento. Es la ruina de todo un cerebro, del ingeniero que tantas veces podía dar con la solución de un problema y decir, «Justo, eso es. Cuanto más fuerte sea el plástico del asa, más frágil va a ser. Tenemos que disminuir ligeramente la resistencia para que pueda doblarse, porque si no se va a romper. Sobre todo si le da el sol y los rayos ultravioleta empiezan a descomponerlo».

«Tenías un cerebro tan estupendo… —piensa Mila—. Tú lo explicabas y entonces yo lo veía, y todo el mundo lo veía, era algo obvio. Pero todo es obvio una vez se entiende.»

Van a terapia a un lugar llamado Centro de Rehabilitación Baobab, que está en un centro comercial. La tienda estrella del complejo es una ferretería Sears, que es como un supermercado Sears que solo vende herramientas. Por dentro, el centro de rehabilitación es como cualquier compañía de seguros o de créditos hipotecarios: hay macetas con ficus delante de las ventanas y un complicado laberinto de cubículos como los que hay en los edificios de oficinas más antiguos. En una ocasión, años atrás, Gus y Mila iban caminando juntos por su oficina, y de repente él se agachó un poco para quedar a la altura de ella, que mide un metro sesenta, y le dijo, «Para ti sí que es un laberinto». Fue entonces cuando Mila se percató por primera vez de que Gus veía por encima de las mamparas de los cubículos, y que por lo tanto para él no eran verdaderas paredes.

También ahora Gus está mirando por encima de las mamparas.

Su terapeuta es una joven, que sale a recibirlos.

—Señor Schuster, señora Schuster, soy Eileen.

A Mila le gusta que le hable a Gus. A él puede que le importe o no, pero ella piensa que eso es signo de que en ese centro las cosas no se hacen a la ligera.

Eileen los acompaña por entre los cubículos hasta una habitación de verdad con una mesa y estanterías en la pared.

—Señora Schuster, me gustaría que esta primera vez se quedara con nosotros —dice.

A Mila ni se le había pasado por la cabeza el no quedarse, aunque de pronto se muere de ganas de que la dejen marchar. Podría ir a dar una vuelta. O a echar una cabezadita. Pero lo más probable es que Gus se disguste si lo deja con una desconocida.

Y prácticamente todo el mundo es un desconocido para Gus.

Gus se sienta a la mesa, un tanto desconcertado.

Eileen coge de una estantería un puzle de grandes piezas de madera y le dice:

—Señor Schuster, ¿le gusta hacer puzles?

—No —responde Gus.

¿Le gustaba a Gus hacer puzles? ¿No es la ingeniería una especie de puzle? Mila no consigue recordar a Gus haciendo nunca un puzle normal… si bien es cierto que siempre estaban ocupadísimos. Su vida no propiciaba exactamente el que se sentaran a hacer puzles. Durante una temporada, Gus construyó telescopios. Y luego maquetas de cohetes. Hacía unos cohetes preciosos. Se sentaba delante de la televisión y lijaba los alerones para conseguir una forma totalmente aerodinámica, con el polvillo cayéndole en una toalla o en el regazo, y luego los pegaba al cuerpo del cohete utilizando un pegamento de acción lenta, y, finalmente, cuando ya estaban casi fijos, se mojaba el dedo con alcohol de desinfectar y lo pasaba por la juntura para dejar la ensambladura lisa y perfecta. Hacía unos cohetes preciosos y luego los lanzaba, poniendo en peligro todo su trabajo.

—Probemos a hacer un puzle —propone Eileen.

∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞

—¿Mila? —Es Gus quien está al teléfono.

—Seguimos dentro de un momento —le dice Mila a Roger, el ingeniero de producción del proyecto en el que está trabajando.

—Espera, solo necesito una firma y ya te dejo en paz… —dice Roger.

—Es Gus —le explica Mila.

—Mila, cielo, lo siento, pero tengo cuatro mil piezas en Auditoría de Calidad.

Roger quiere que le firme la autorización para que esas piezas sean utilizadas, a pesar de que no se ajustan totalmente a las especificaciones, y Mila está casi segura de que él tiene razón y se pueden utilizar, pero su trabajo consiste en estar segura.

—Mila —dice Gus en su oído —, creo que tengo abejas dentro de la cabeza.

Roger conocía a Gus. Y Roger es un cabronazo miope al que lo único que le importa son cuatro mil piezas de plástico ABS. Bueno, en realidad Roger únicamente está haciendo su trabajo. Es una persona concienzuda.

—Te prometo que puedes estar tranquila —le asegura Roger—. He montado veinte y funcionan bien.

Mila suspira.

—Mila… —dice Gus—, ¿me oyes? Creo que tengo abejas dentro de la cabeza.

—¿Qué quieres decir, cariño?

—Me pica dentro de la cabeza.

Gus no debería sentir nada durante el tratamiento. En el cerebro no hay terminaciones nerviosas, no puede estar sintiendo nada. Ya han pasado cuatro meses desde la segunda fase del tratamiento.

—Te pica dentro de la cabeza —repite Mila.

—Eso es —le asegura Gus—. ¿Me puedes venir a recoger? Ya estoy preparado para irme a casa.

Gus está en casa, por supuesto, con Iris, la cuidadora; pero si Mila le dice que está en casa se enfadará.

—Enseguida paso a recogerte. Déjame hablar con Iris.

—Me pica la cabeza —insiste Gus—. Por dentro.

—Sí, cariño. Déjame hablar con Iris.

Gus no quiere pasarle el teléfono a Iris. Quiere… algo. Quiere que Mila haga algo que alivie sus picores de cabeza, o lo que sea que le esté pasando. Mila no sabe qué es lo que Gus sabe sobre el tratamiento. A lo mejor se ha inventado esta historia para que ella vaya a recogerlo y se lo lleve a casa. O a lo mejor es que realmente le pasa algo raro. Se trata de un tratamiento experimental. A lo mejor esta extravagancia es también fruto del alzhéimer. O a lo mejor le duele la cabeza y esta es su manera de expresarlo.

—Son abejas —repite Gus.

Por fin deja que Mila hable con Iris.

—¿Tiene fiebre? ¿Te parece que le pasa algo? —le pregunta.

—No, hoy se está portando estupendamente, señora Schuster —responde Iris—. Creo que las células cerebrales deben de estar volviendo a crecer, porque estos últimos días se ha portado muy bien.

—¿Hace falta que vaya a casa?

—No. Es que ha insistido en llamarla. No sé de dónde ha sacado eso de las abejas, a mí no me lo había dicho.

A lo mejor el tejido en su cerebro está siendo rechazado, aunque eso no debería suceder. Son células madre nuevas. Y de su propio cuerpo. Aunque tal vez haya habido algún error.

Cuando Mila llega a casa, Gus no lo menciona.

Sentada frente a él en la mesa durante la cena, no es capaz de decidir si Gus está mejor o no. ¿Maneja mejor el tenedor?

—Gus, ¿quieres que miremos unas fotos después de la cena? —le pregunta.

—Vale.

Lo sienta en el sofá y saca un álbum de fotos. Lo ha cogido al azar, y resulta ser de cuando Dan iba a primero.

—Este es Dan —señala Mila—, nuestro hijo.

—Ajá —dice Gus.

Sus ojos vagan por la página. Pasa a la siguiente, sin mirar realmente.

¡Es tanto lo que se ha perdido…! Si Gus recupera la lucidez, tendrá que volverle a enseñar su pasado.

Hay una fotografía de Dan sentado encima de una gran calabaza. A un lado hay alguien, un desconocido, y también se ve una hilera de calabazas, a la venta claramente. Dan está sentado con el rostro levantado, sonriendo con esa sonrisa exagerada que ponía siempre que le sacaban una foto. Tendría unos seis años.

Mila no recuerda dónde tomaron la fotografía.

¿De qué se disfrazó Dan para Halloween ese año? Mila le hacía los disfraces. ¿Fue ese el año en que iba de caballero?, ¿el año en que Mila le hizo un escudo, pero como pesaba demasiado lo terminó llevando Gus? No, porque el escudo lo hizo en el garaje de la casa que estaba en Talladega Trail, y cuando se mudaron allí Dan ya tenía ocho años. A Dan el escudo le había decepcionado, aunque no recordaba por qué. Era por algo del emblema. Ni siquiera se acordaba del emblema, tan solo recordaba que el escudo era rojo y blanco. Le había llevado horas el hacerlo. Había sido un desastre, aunque Dan lo había seguido utilizando durante un par de años en sus batallas con espadas de juguete en el césped de delante de la casa.

¿Cuántos recuerdos tiene una persona? ¿Y cuántos merece la pena conservar?

—¿Quién es esa? —pregunta Gus, señalando.

—Es mi madre. ¿Te acuerdas de mi madre?

—Claro —responde Gus, lo que no quiere decir nada, y añade—: La baraja.

—Sí, mi madre jugaba al *bridge*.

—Y al póquer, con Dan.

«Esa mente de urraca, dispersa y fragmentada —piensa Mila—. No se acuerda de dónde vive, pero sí de que mi madre le enseñó a Dan a jugar al póquer.»

—¿Y este quién es? —pregunta Gus.

—Es el vecino que teníamos en South Bend —responde Mila. Por suerte, su nombre está escrito junto a la foto—. Mike. Es Mike. Era bombero voluntario, ¿te acuerdas?

Gus no está mirando las fotos, sino el cuarto.

—Creo que ya estoy preparado para que nos vayamos a casa —dice.

—Vale. Nos iremos dentro de unos minutos.

Eso lo deja satisfecho hasta que se olvida y se lo vuelve a decir.

∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞

Dan entra por la puerta con su maleta.

—Es bonita, mamá —dice—. Es francamente bonita. Por lo que me contabas, pensaba que estabais viviendo en un tugurio.

Mila se echa a reír, encantada de verlo y tremendamente agradecida.

—No dije que estuviera tan mal.

—No es nada del otro mundo —dice él, con la voz más aguda para imitar la de ella—, tan solo cuatro paredes, pero no está mal.

—¿Quién está ahí? —pregunta Gus.

—Soy yo, papá. Dan. —Su rostro se crispa por… ¿la preocupación? Por los nervios, decide Mila.

—¿Dan? —repite su padre.

—Hola, papá —le saluda Dan—. Soy yo, Dan, tu hijo. —Examina el rostro de su padre en busca de indicios de reconocimiento.

Es uno de los días buenos de Gus, y Mila solo tiene un instante de pavor antes de que Gus diga:

—Dan, estás de visita, hola. —Y a continuación, con esa asombrosa normalidad con la que se comporta a veces, añade—: ¿Qué tal te ha ido el vuelo?

Dan sonríe.

—Estupendamente, papá, estupendamente.

¿Es el tratamiento lo que hace que Gus recuerde?, ¿o es simplemente uno de esos momentos puntuales?

Dan ha ido a casa para Navidad. Le dice a Mila que es su regalo de Navidad, para que así ella tenga un respiro. Aunque no es un respiro, porque Mila ha estado limpiando e intentando comprar regalos por internet. ¡Y menos mal que está internet! Le ha comprado a Dan varios CD y libros de cocina, y un precioso juego de cuchillos alemanes que él siempre había querido pero que no se compraba porque

nunca cocina en casa. Se ha gastado demasiado dinero, y además, ¿qué se le puede comprar a Gus? Le ha comprado bombones para un paladar que se ha vuelto infantil. Un par de alegres camisas bien gruesas. Y un puzle.

—No puedo creer que estés aquí —le dice Mila, y siente cómo su rostro se estira en una sonrisa demasiado amplia.

—Estoy aquí. Claro que estoy aquí. ¿Dónde más podría estar? Lisa os manda recuerdos.

Lisa es su nueva novia.

—Podías haberla traído —le dice Mila.

Gus está de pie, ausente y apático.

—Papá, he conocido a una chica estupenda.

Mila le ha hablado a Gus de Lisa, pero sobre todo por oír su propia cháchara y porque a Gus parece tranquilizarle el oírla parlotear. No sabe si habrá reparado en el nombre con esas migajas de mente que le ha dejado la urraca.

—No la he traído porque pensé que bastante trastorno ibais a tener ya conmigo.

Gus ni siquiera parece que esté intentando seguir la conversación.

—Te enseñaré tu cuarto —le dice Mila.

Va a instalar a Dan en el cuarto de invitados, así que ella tendrá que dormir con Gus. Esta semana Gus se ha estado acostando a las diez o incluso antes. Y ha dormido hasta primera hora de la mañana, hasta las cinco o las seis. «Tiene que ser por el tratamiento», piensa Mila.

∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞

Para Nochebuena, Dan prepara un fabuloso festín. En Nochebuena solían tomar rosbif, y luego se pasaban todo el día de Navidad comiendo sándwiches de rosbif; sin embargo, estos últimos años, Mila se ha limitado a preparar una comida normal para ellos dos. Dan prepara un asado navideño y un pudin para acompañarlo. También hay salsa de castañas, patatas asadas y una ensalada con granada y aliño de champán. «Y para postre, *crème brûlée*. He cogido prestado un soplete de Corot's», dice Dan, blandiendo un pequeño soplete portátil como los de los catálogos de instrumentos de cocina para *gourmets*. Y añade riéndose, «¡Esta va a ser la mejor Navidad de nuestras vidas!», su chanza particular durante años: una alusión irónica a todos esos especiales navideños de la televisión.

Gus está haciendo un puzle. Los ha estado haciendo en las sesiones de terapia, y la terapeuta (distinta a la de la primera vez, que ahora está de baja maternal) dice que hay síntomas claros de que las células

están aglutinándose, de que están rellenando los huecos. A Gus le gustan los puzles. Mila le compra los que son para niños de ocho a doce años. Tienen puesto un CD de Cannonball Adderley. Mila se relaja un poco. La Navidad nunca ha sido una época en la que pasen cosas buenas, no según su propia experiencia. Siempre ha pensado que es porque hay demasiado en juego, con todas esas expectativas de que esa sea la mejor Navidad de la vida.

Sin embargo, en ese momento, siente una profunda gratitud.

—¿Necesitas ayuda? —grita en dirección a la cocina. Dan le ha dicho que no puede entrar so pena de muerte.

—No —le responde Dan.

El olor de la grasa del asado lo inunda todo. Mila ha estado alimentándose de precocinados para microondas y de la comida para llevar que compra en la tienda de comestibles y en el restaurante chino.

—¿Por qué has quitado el microondas? —pregunta Dan desde la cocina.

—Tuvo un cortocircuito —responde ella.

Gus no aparta la mirada del puzle. ¿Tendrá algún ligero recuerdo de aquella noche? Fue después de que le limpiaran la placa del cerebro, así que no debería ser algo que hubiera perdido. Pero ¿acaso lo ha tenido alguna vez? ¿Es consciente de lo que está viviendo, de cada momento, o para él son como granos de arena?

—¿Estás ahí? —susurra.

A las seis de la tarde hay más comida de la que tres personas podrían llegar a comer en un mes. Dan ha cortado el asado y ha colocado elegantemente las lonchas ya limpias en los platos (y Mila ve que la de Gus ya está troceada, y sus ojos se llenan de gratitud). El asado, cocinado a la perfección, está colocado encima de una salsa marrón con una espiral de salsa de rábano picante. En su plato y en el de Dan hay una flor hecha de zanahoria sobre unas hojas de laurel; Gus tiene la flor, pero ninguna hoja de laurel que le pueda parecer comestible. La ensalada reluce y los granos de granada parecen granates. Ella y Dan tienen vino en el vaso, y Gus tiene zumo.

—¡Dios mío! —musita. Es una cena para adultos en una casa que lo único que ha visto ha sido lasaña congelada y comida china para llevar—. ¡Oh, Dan!, ¡qué maravilla!

—¡Más me vale! Vivo de esto.

—Gus, ven a comer la cena que ha preparado Dan —dice Mila.

—No tengo hambre.

—Entonces ven y hazme compañía mientras como.

A veces va y a veces no. Esa noche va y ella lo acompaña hasta su asiento.

—Es Nochebuena, papá —dice Dan—. Y tenemos rosbif para cenar.

A Mila le gustaría decirle que no se esfuerce tanto, que se limite a dejar que Gus vaya a su aire, pero después de todo ese trabajo… «Por favor, que vaya todo bien», piensa.

—¿Rosbif? —repite Gus. Coge el tenedor y come un trozo—. Está bueno.

Mila y Dan se sonríen y ella come un bocado.

—¿Dónde has comprado esta carne? —pregunta.

—En el supermercado.

—No me lo creo…

—Pues créetelo. Lo que pasa es que llevas tantos años cocinando que ya no te acuerdas de cómo sabe cuando lo único que has hecho ha sido olerlo. Todos mis talentos culinarios los he heredado de ti, mamá.

No es cierto. Dan es igual que su padre: igual de meditabundo, con su misma meticulosidad. Cocinar es siempre como hacer un puzle. Para ella cocinar era un entretenimiento. Dan cocina con la misma profunda obsesión con la que Gus construía maquetas de cohetes.

—No me gusta eso —dice Gus.

—¿El qué? —le pregunta Dan.

—Eso. —Gus señala hacia la espiral de rábano picante—. Está asqueroso.

—¿El rábano picante? —dice Dan—. Pero si siempre te ha gustado.

A Gus le volvía loco el rábano picante. Y el *wasabi*, el chile picante y el jengibre. Le gustaba el regaliz, el *kimchi*, el queso azul y cualquier cosa con un sabor fuerte.

—Está asqueroso —repite Gus.

—Te pondré un poco sin rábano —interviene Mila antes de que Dan se ponga a discutir. «No le contradigas nunca. No tiene importancia», le dice mentalmente—. Ya no está acostumbrado a los sabores fuertes —le comenta de pasada a Dan, confiando en que Gus no preste atención, en no tener que dar más explicaciones.

—Ya voy yo —se ofrece Dan—. Tú siéntate.

Dan trae un plato.

—¿Qué es lo que has estado comiendo, papá?, ¿requesón? Mamá, ¿no debería comer cosas con distintos sabores para… no sé, estimularle o algo así?

Gus frunce el ceño.

—Déjalo —le pide Mila.

Como si no fuera suficientemente difícil ya sin necesidad de que Dan le empiece a echar cosas en cara…

Gus se ha refugiado en las comidas prácticamente insulsas y come igual que un crío de tres años. Macarrones gratinados. Sándwiches de queso a la plancha. Sopa de tomate. Helado. Y ella le ha dejado porque era lo más sencillo. Se le pasa por la cabeza contarle a Dan que Gus le ha pegado, que la última temporada ha sido muy difícil.

Es posible que invitar a Dan haya sido un error. Gus necesita una rutina, sin nada que lo trastorne.

—¿Qué tal está, papá? —pregunta Dan.

—Bien —responde Gus.

Gus se come el rosbif sin salsa de rábano, las patatas y la salsa de castañas. Rebaña el platito de la *crème brûlée* con el dedo índice mientras Dan lo mira, sonriendo estupefacto.

Y entonces, ahíto, sube al piso de arriba y se acuesta vestido. Una hora más tarde, Mila sube, lo descalza y lo tapa. Gus duerme plácidamente, como un niño, hasta casi las siete de la mañana del día de Navidad.

∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞

—Estoy mejorando —anuncia Gus un día de febrero tras terminar la sesión de terapia.

—Sí, así es —dice Mila.

Ahora va a terapia tres veces por semana, donde hace el tipo de ejercicios que se emplean con los niños con problemas de integración sensorial. Mucho tocar y moverse. Las noches de los días que ha tenido terapia, se acuesta temprano, agotado.

—Me acuerdo mejor de las cosas —asegura Gus.

Eso también es cierto. Se acuerda de que viven en el adosado, por ejemplo. Ya no le pide que se vayan a casa, aunque dice que le gustaría que siguieran viviendo en su antigua casa. Y en esa afirmación a Mila le parece percibir una cierto matiz recriminatorio.

∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞

—¿Te apetece que cenemos fuera? —le pregunta Mila una noche.

Llevan sin salir a comer… bueno, años. Ya ha perdido la costumbre.

Mila decide ir a Applebee's, donde la comida es tranquilizadoramente insulsa. Ahora mismo, Gus podría ser alguien que ha sufrido una apoplejía. Ya no tiene la expresión ausente. Hay alguien ahí, aunque a veces Mila tiene la sensación de que se trata de un desconocido.

Después de la cena van a alquilar un DVD. Gus vaga por entre las estanterías de DVD y se detiene en la zona del videoclub donde todavía tienen cintas de vídeo.

—Esta la hemos visto —dice Gus.

—Sí, con Dan.

—Dan es mi hijo —dice Gus, tentativamente, aunque por lo que ella sabe nunca ha llegado a olvidar quién es Dan.

—Dan es tu hijo —confirma Mila.

—Pero ya es mayor.

—Cierto.

—Elígeme una película —le pide Gus.

—¿Qué te parece una película que te gustaba?

Mila elige *Planeta prohibido*. La tenían en vídeo hasta que se mudaron al adosado. Había tirado todas las viejas cintas de vídeo de Gus cuando se trasladaron porque no tenían suficiente espacio. Gus tenía todas las películas de la saga de *La guerra de las galaxias*, incluso las pésimas. Y todas las de *Star Trek*, y *2001, Blade Runner* y la primera y tercera de *Regreso al futuro*.

—Esta es una de tus favoritas —le dice—. Hiciste una maqueta del cohete.

De niño, a Dan le encantaba que le contaran cosas de cuando era un bebé, y a Gus ahora le pasa lo mismo con lo relativo a su forma de ser anterior. Gus le da la vuelta al DVD, una y otra vez.

Una vez en casa, lo mete en el reproductor y se sienta frente a la pantalla. Tras unos minutos pone mala cara.

—Es vieja —dice.

—Es un clásico —le explica Mila.

—Es una tontería. A mí no me gustaba esto.

Mila está a punto de decirle que era su favorita. La habían visto cuando salían juntos, sentados los dos en el sofá. Gus le había puesto todas sus películas de ciencia ficción y las habían visto en la televisión. No obstante, se calla, no empieza una pelea. Cuando se enfada, Gus recae en el comportamiento típico del alzhéimer: intranquilo, andando de un lado a otro, para terminar encerrándose en sí mismo.

Mila enciende la televisión y va cambiando de canal.

—Espera —le pide él—, retrocede.

Ella va retrocediendo hasta que le dice que pare. Es un programa de esos de policías, de los que hoy en día ve todo el mundo. Está rodado en directo con tres cámaras, y a ella le parece un cruce entre *Cops* y la vieja comedia *Vida y milagros del capitán Miller*.[1] A ratos es más o menos gracioso, como las series cómicas, y a ratos está plagado de tacos y de idiotas con tatuajes de más y dientes de menos.

— Este programa no me gusta—comenta Mila.

—A mí sí —dice Gus. Y lo ve hasta el final.

∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞

Mila despide al cuidador de Gus.

Iris los dejó al cambiarse de agencia, Mila no sabe por qué, y entonces les mandaron a William. Por suerte, para cuando empezó William, no pasaba nada aunque Gus se quedara solo algunos ratos, porque William nunca llegaba antes de las ocho y media y ella se tenía que marchar al trabajo antes de las ocho. Era un veinteañero agradable y desmañado, pero a Gus parecía caerle bien. ¿Sería porque era un hombre en lugar de una mujer?

—Gracias por aguantarme —le dice Gus, y William sonríe.

—Me alegro muchísimo de que esté mejor, señor Schuster —le dice William—. Es la primera vez que me tengo que ir porque un paciente ha mejorado.

—Has sido de gran ayuda —le asegura Gus.

Gus ya puede quedarse solo. Hay muchísimas cosas que todavía no sabe, que se entremezclan con todas las cosas extrañas que sí que sabe. Sin embargo, ya es capaz de seguir instrucciones. El último terapeuta (durante los diez meses que Gus lleva yendo a terapia han tenido cuatro, y el último es un hombre joven y paciente llamado Chris), el último terapeuta dice que Gus tiene la capacidad necesaria para llegar a ser prácticamente normal. Tan solo es una cuestión de reaprendizaje. Y está reaprendiendo como si fuera mucho más joven de lo que en realidad es, porque esas nuevas neuronas están estableciendo conexiones.

Esas nuevas neuronas generan una cierta inquietud. Los niños van estableciendo más y más conexiones hasta que llegan a la pubertad, y entonces parece como si el cerebro las organizara, eliminando unas y reforzando otras, para ser más eficiente en otros campos. Nadie sabe qué va a pasar con Gus. Y, por supuesto, el factor desencadenante del alzhéimer todavía sigue latente. Es posible que dentro de diez años comience a empeorar de nuevo.

—Te estoy enormemente agradecido —le dice a Mila cuando William ya se ha marchado—. Has tenido que pasar tanto por mí…

—No tiene importancia. Tú harías lo mismo por mí.

Aunque no sabe qué es lo que haría Gus. No sabe si le gusta este nuevo Gus. Este niño grande.

—Yo haría lo mismo por ti —repite él.

—¿Seguro que no me meterías en una residencia?, ¿y me visitarías solo una vez al mes? —Intenta decirlo con un tono que no pueda dar lugar a dudas, que cualquiera se pueda percatar de que el comentario es solo una broma.

Pero Gus no se percata. Las bromas lo ponen nervioso.

—No, te lo prometo, Mila —le dice—. Cuidaría de ti igual que tú has cuidado de mí.

—Lo sé, cielo. Solo era una broma.

Gus frunce el ceño.

—Venga, vamos a revisar los deberes —le dice ella.

Gus está estudiando para obtener el diploma de secundaria. Es un objetivo que fijaron entre el terapeuta y él. Mila iba a decir que Gus no solo tenía el título de ingeniero, sino que también contaba con el certificado necesario para ejercer como tal, pero claro, ese era el antiguo Gus.

Está estudiando la Guerra Civil, y Mila le revisa los deberes antes de que se vaya a clase.

—Creo que me gustaría ir a la universidad —dice Gus.

—¿Qué quieres estudiar?

«¿Ingeniería?», está a punto de decir Mila, pero la realidad es que a Gus no le gustan las matemáticas. La aritmética nunca fue lo suyo, pero la matemática pura (álgebra, cálculo, ecuaciones diferenciales…) se le daba estupendamente. Sin embargo, ahora ya no tiene la paciencia necesaria para los ejercicios de fracciones y de raíces cuadradas.

—No lo sé. A lo mejor quiero ser terapeuta. Creo que quiero ayudar a la gente.

«Ayúdame a mí», piensa Mila, pero rápidamente aparta el pensamiento de la cabeza. Gus está ahí y está mejorando. Ya no está en cuclillas entre las malvarrosas. Ya no le tiene miedo. Y, aunque es posible que ya no lo quiera como a un marido, la verdad es que todavía lo quiere.

—¿Cómo se llamaba ese chico? —pregunta Gus, mirando hacia la calle con los ojos entornados.

Se refiere al cuidador.

Durante unos instantes, Mila no consigue acordarse, y siente cómo el miedo le encoge el estómago. Le ha empezado a ocurrir últimamente; cuando se olvida de algo siente ese pánico repentino. ¿Tendrá alzhéimer?

—William —responde—. Se llama William.

—Era agradable —comenta Gus.

—Sí —dice Mila, con la voz y el rostro tranquilos, pero con el corazón latiéndole demasiado deprisa.

Copyright © 2002 Maureen F. McHugh

El texto original (y por lo tanto también mi traducción) está publicado bajo licencia Creative Commons Attribution-NonCommercial-ShareAlike 3.0.

Notas a la traducción de *Presencia*

[1] *Cops* es una serie de telerrealidad estadounidense de gran éxito que sigue y graba a policías auténticos durante su trabajo diario. *Vida y milagros del capitán Miller* fue una serie cómica de ficción cuyos protagonistas eran los agentes de una comisaría de Nueva York, y que fue emitida en EEUU entre 1975 y 1982.

Desmadre en el supermercado

Kris Dikeman

Presentación

Kris Dikeman vive y trabaja en Nueva York, y ha publicado una docena de relatos en antologías y conocidas revistas del género. En la actualidad está escribiendo la que va a ser su primera novela.

Desmadre en el supermercado (*Madhouse on Aisle 12*) apareció en 2015 en *Daily Science Fiction*, revista *online* diaria que publica relatos de muy corta extensión. Se trata de una nueva muestra de *flash fiction* humorística, que espero que con sus menos de mil palabras os arranque unas cuantas sonrisas, o incluso carcajadas.

Y, como supongo que estaréis con ganas de uniros al desmadre, termino ya. Eso sí, no sin antes dejar constancia de mi agradecimiento a Kris por permitirme tener aquí su divertidísimo relato. *Thanks a million, Kris!*

Desmadre en el supermercado

Kris Dikeman

Alargo la mano para coger un paquete de galletas con trocitos de chocolate.

—Grasas parcialmente hidrogenadas —dicen las galletas—. Incluso aceite de palma. Acabarías antes apuñalándote en el corazón. Porque encima llevamos en esta estantería… ocho meses como poco.

Echo el paquete en el carro y continúo hacia el pasillo de los productos lácteos, donde agarro una garrafa de leche semidesnatada.

—¿No eres un poco mayorcita para esto? —me pregunta la leche—. Que ya no tienes enzimas. Y además el envase es de plástico, como puedes ver. Me habrá contaminado con todos esos mortíferos PVC que libera. Aunque… es posible que la hormona de crecimiento bovina los neutralice.

Vuelvo a dejar la garrafa y hago ademán de ir a coger un cartón de leche de soja con sabor a chocolate.

—En realidad no soy leche —murmura el cartón en tono avergonzado—. Soy licuado, y ¿a quién se le ocurriría beber licuado con sabor a chocolate? Hasta a mí me suena asqueroso.

—Bonitas tetas —comentan lascivamente las pechugas de pollo cuando me inclino sobre la nevera de la carne. Al menos ahora sé que son muy frescas.

—¿Cómo te encuentras? —me preguntan las alas—. ¿No tendrás un resfriado o la gripe? Porque estamos atiborradas de antibióticos que te vendrán estupendamente para todos tus males.

Cuando sigo adelante, la carne picada de pavo me susurra una advertencia:

—Ten cuidado con la ternera. Está loca, de remate.

—¡No estamos locas! —gritan todas las hamburguesas al unísono—. ¡Pero si ni siquiera somos de ternera!

—Soy una jirafa —me confía un solomillo.

—Soy el rey de Suecia —dice una bandeja de costillas.

—¡Somos babuinos! —se desgañita un chuletón.

—Sí, eso, ¡babuinooos! —se unen al clamor el resto de los filetes—. ¡Uh, uh, uh!

—Yo no estoy loca —dice un kilo de carne picada de ternera que está colocada un poco apartada del resto—. Tengo certificación ecológica y de trato humanitario. Soy de una vaca que se llamaba Eloise, que retozó por praderas bañadas por el sol, y que durante toda su vida tan solo comió tréboles frescos y dulce hierba. Un quinteto de cuerda tocó «La mañana», de *Peer Gynt*, mientras entraba en el

matadero y se dirigía a la sala de sacrificio, donde primero fue aturdida. Todo con mucho gusto, como yo.

Me acerco.

—Puedo ser tuya por tan solo cuarenta dólares el kilo —dice.

Sigo adelante.

—¿Qué estás haciendo? —me pregunta un paquete de beicon—. Aléjate de mí. Tengo demasiado sodio, por no hablar de los nitratos que son cancerígenos.

Con el carro avanzando entre bamboleos, recorro el resto del pasillo, los gritos histéricos de los perritos calientes clavándoseme en los oídos.

Desde un expositor de sopas enlatadas llegan unos tímidos golpecitos.

—Hola, ¿hay alguien ahí? ¿En qué año estamos? Hola…

—*Che tragedia!* —exclama la salsa para espaguetis—. *Sono pieno di sciroppo di mais*.

—Entre el sirope de maíz de la salsa, y mis propios azúcares y harinas excesivamente procesados, billete directo a Villa Diabetes —señala la caja de macarrones con buena intención.

En el pasillo del café está teniendo lugar un debate político-socioeconómico.

—¡Piensa en los recolectores! —grita un paquete de descafeinado.

No me entretengo y continúo sin pararme hasta la sección de frutas y verduras.

Alargo la mano hacia una bolsa de espinacas. Está callada. Demasiado callada. La cojo y me la acerco al oído.

—A… a veces —me susurra— en la planta de procesamiento… pues… pues que no siempre se lavan las manos.

Vuelvo a dejarla. Las naranjas ecológicas se ríen entre dientes groseramente, hasta que una piña les amarga la diversión.

—No son verdaderamente ecológicas —asegura.

Se desata un coro de protestas airadas. Una de las naranjas más pequeñas, cubierta de manchas marrones, habla en representación del grupo:

—¡Por supuesto que somos ecológicas! ¡Mira lo enanas que somos y la mala pinta que tenemos!

—¿Cuánto combustible fósil se ha necesitado para traeros desde Chile? —pregunta la piña.

Las naranjas enmudecen.

—Si bien es cierto —reconoce la piña— que dado que a lo largo de la historia las empresas frutícolas han causado estragos en el Tercer Mundo, yo misma también podría estar manchada de sangre.

Echo una mirada al carro. Hasta el momento, solo el paquete de galletas. Lo devuelvo a la estantería.

—Sabia decisión —dicen—. Van a ser más bien doce meses los que llevamos aquí. Y, como vieras el almacén, se te iban a poner los pelos de punta.

Vuelvo a colocar el carro en su sitio y salgo del comercio. Las cajas de manzanas y peras de una tiendecita de comestibles que hay en la esquina me silban y se mofan de mí cuando paso por delante.

Me suenan las tripas. En casa todavía me quedan unos cuantos paquetes de *ramen*. Los tallarines gritan algo justo antes de sumergirse en el agua hirviendo, pero al menos es en japonés.

Copyright © Kris Dikeman 2015

El aria de la reina de la noche

Ian McDonald

Presentación

Ian McDonald es sin lugar a dudas uno de los más prestigiosos autores contemporáneos del género fantástico. Nacido en Manchester en 1960, se crió en Irlanda del Norte, donde continúa residiendo en la actualidad. A lo largo de sus más de treinta años de carrera, ha publicado alrededor de una docena de novelas y más de medio centenar de relatos, que le han hecho acreedor de numerosos galardones, tanto en las categorías breves como en la de novela (Hugo, Locus, BSFA, Sturgeon… por citar algunos de los más conocidos por aquí). A pesar de tan brillante trayectoria, solo cuatro de sus novelas se han publicado en español y, por supuesto, la inmensa mayoría de su obra breve también está inédita en nuestro idioma.

El aria de la reina de la noche (*The Queen of the Night's Aria*) se publicó en 2013 en la antología *Old Mars*, editada por Gardner Dozois y George R. R. Martin, y ganadora del premio Locus, que recogía relatos centrados en Marte cuyo principal objetivo fuera entretener y divertir, en una especie de homenaje al espíritu de las obras de la Edad de Oro de la ciencia ficción. Posteriormente, este cuento se incluyó no solo en la antología de lo mejor de 2013 editada por el propio Dozois, sino también en la de Jonathan Strahan, además de en la última colección del propio autor, *The Best of Ian McDonald*, que, según su propio título, recopila lo mejor de su obra.

Tal como decía, *El aria de la reina de la noche* transcurre en el planeta Marte y es una peculiar secuela de *La guerra de los mundos* de H. G. Wells. Melómano ya desde su título, se trata de un maravilloso

relato con un cierto aire pulp; una historia agridulce, pero francamente divertida, que cuenta con un par de protagonistas entrañables, sufridos y difícilmente olvidables. Esta es posiblemente la obra más extensa (y una de las más complicadas de traducir) que he publicado en **Cuentos para Algernon** hasta este momento, pero creo que su calidad merecía el esfuerzo. Así que espero que os guste tanto como a mí.

Ya por último, vaya mi agradecimiento para Ian McDonald, no solo por permitirme compartir su extraordinario relato con todos vosotros, sino por la amabilidad con la que me ha contestado todas mis dudas y cuestiones referentes a la traducción del mismo. *Thanks a million, Ian!*

El aria de la reina de la noche

Ian McDonald

—¡Dios!, todavía en el puñetero Marte.

El conde Jack Fitzgerald, virtuoso, maestro, sopratutto, estaba mirando por la ventana de la suite Torre Celestial del hotel Gran Valle, ataviado con tan solo su camisa. Las torres y moradas de Unshaina, la Ciudad Esculpida, se precipitaban a sus pies en una cascada de rellanos y gradas. Teleféricos avanzaban entre chirridos por cables vertiginosos tendidos entre los pináculos cincelados de las Colonias Reales, donde dioses pétreos de múltiples cuerpos reposaban sobre pilares de kilómetro y medio de alto; por encima de ellos, los cosmonarcas de la IX Flota se cernían en el cielo encarnado. Todavía más arriba estaban las cornisas del Gran Valle, cinceladas en forma de matacanes y almenas caladas; y, en lo más alto, en el límite de la atmósfera, sombras crepusculares engalanadas con luces de fondeo: las naves de la Flota Interestelar. Una silla-ascensor transportada por un escuadrón de twavs pasó por delante del ventanal en su agitado descenso al ritmo de los golpes de las alas de los portadores. En la silla viajaba un humano con el largo sobretodo de los funcionarios de la Fuerza Expedicionaria. Con una mano aferraba una valija diplomática; con la otra, los cables del arnés de la silla. Por debajo de las gafas antipolvo, la boca estaba abierta en un gesto de pavor.

—¡Dios, mira eso! Me están entrando náuseas. Maldito esbirro gubernamental, ¿cómo te atreves a hacer que se me revuelva el estómago nada más levantarme? En la vida me vas a meter en uno de esos cacharros, Faisal, en la vida. Esos bichos se te cagan encima. Es cierto, lo he visto. El fondo del valle está cubierto por más de cien metros de guano de murciélago marciano.

Vengo de una familia sutil y de pies ligeros; pero, a pesar de toda mi discreción, nunca conseguía pillar al conde Jack desprevenido: los tenores tienen buen oído.

—Maestro, la Commanderie ha dado directrices. «Murciélagos marcianos» no es una denominación admisible. El término oficial es «la civilización twav».

—Tonterías. Murciélagos marcianos es lo que parecen, así que murciélagos marcianos es lo que son. Ninguna civilización ha sido erigida sobre la base de la defecación aérea. ¿Dónde está mi té? Necesito un té.

Le alargué al Maestro su taza de té matutino. Sorbió un trago largo y sonoro; la falta de etiqueta era parte de su imagen profesional: el Conde Rural de Kildare, que es como insistía en aparecer siempre en los programas. A pesar de los títulos y tratamientos honoríficos, el conde Jack Fitzgerald había dejado atrás la cumbre de su carrera, no así su automitologización. El título aristocrático era una distinción pontificia otorgada a su abuelo, un tendero insulso y devoto, que sin embargo en Athy era considerado poco menos que un santo. Las manzanas del piadoso frutero se hubieran echado a perder de haber visto la patente indiferencia de su nieto hacia la religión y sus enseñanzas morales. Por fortuna, no había ningún otro cuerpo deshaciendo la cama tamaño triple de la suite Torre Celestial. El conde James Fitzgerald vació la taza, irguió por completo sus ciento noventa y ocho centímetros de estatura, metió para dentro el generoso estómago y, con unos cuantos chasquidos, ahuyentó calambres y rigidez de las articulaciones.

—Dios te bendiga, muchacho. Eres el único que sabe preparar un té que no parece aguachirle.

Durante los últimos seis meses, desde mucho antes de esta gira por Marte, le había estado echando de tapadillo un chispazo en el té matinal.

—Y ¿les cautivamos? ¿Los hombretones lloraron como niños y las mujeres ovularon?

—El Estado Mayor estaba encantado.

—Lo estaría, pero el jodido encantamiento no alcanzó sus bolsillos. Un poco de consideración no hubiera estado de más. Menudos zopencos.

Una actuación gratuita en la Commanderie para los generales, almirantes y cosmomariscales era prácticamente de rigor para todos los artistas terrestres que iban de gira por el frente marciano. Las estrellas de los espectáculos para el ejército y la marina solían ser *strippers* y bailarinas exóticas. Desde el piano te fijas en muchas cosas, como en el cosmolord condecoradísimo que echa una cabezadita durante el *Popurrí de canciones irlandesas tradicionales* del Maestro, si bien es cierto que según las noticias acababa de regresar de una dura campaña contra las colmenas sirtianas.

—Ferid Bey desea veros.

—Ese otomanillo detestable. ¿Qué es lo que quiere? Más dinero, seguro. No pienso verlo. Me echaría a perder el día. Abjuro de él.

—A las once, Maestro. En el hotel Canal.

El conde Jack infló los mofletes con resignación.

—¿Cómo?, ¿que no se puede permitir el Gran Valle con el porcentaje que sisa? Aunque tampoco lo iban a dejar entrar; deberían poner un aviso: «Prohibida la entrada a perros, uniformes y mánager».

Nosotros tampoco nos podíamos permitir el Gran Valle, pero tales verdades es mejor confiarlas a la discreción de un acompañante. No iba a ser la primera vez que me tocara tirar de labia para que nos perdonaran la cuenta del hotel.

—Reservaré transporte.

—Si es necesario. —Su atención volvía a estar centrada en el panorama del cañón de la gran ciudad de los twavs. El sol había salido por encima del borde, y las sombras de columnas, torres y chapiteles tallados en la roca virgen se precipitaban por las laderas del Gran Valle. Atraídas por la luz, bandadas de twavs salían por las aberturas de sus refugios—. ¿No quedará por casualidad una pizca de ese té tuyo tan especial?

Tomé la taza y el platito de la mano que había alargado hacia mí.

—Claro que sí, Maestro.

—Gracias, muchacho. Desde luego que sin ti estaría perdido. Perdido del todo.

Con un gesto de la mano me despidió de su presencia.

—Gracias. Y, Maestro… —El conde apartó la mirada del ventanal—. Los pantalones.

∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞

Para ser un hombre tan corpulento, el conde James Fitzgerald vomitaba de lo más discretamente. Se inclinó por el borde de la aerosilla, una breve convulsión, y cayó como una sola lámina por entre los pináculos esculpidos de Unshaina. El conde se limpió los labios con un enorme pañuelo blanquísimo y fin, listo. Me culparía a mí, culparía a los portadores de la aerosilla, culparía a la civilización twav al completo, pero nunca a las tres tazas del té especial que se había tomado mientras le preparaba el equipaje ni a la botella que era su eterna compañera en la mesita de noche.

En esta ocasión, el momento de liquidar la factura del hotel había resultado ser todo un desafío. Nunca se lo contaría al conde Jack, pero los tiempos en los que me bastaba con mencionar el nombre del Conde Rural de Kildare para salirme con la mía quedaban ya muy lejos.

—Dejan el equipaje —había señalado el encargado. Era armenio. Nunca había oído hablar de Irlanda, y del condado de Kildare mucho menos.

—Vamos a volver, sí —había dicho yo.

—Y dejan el equipaje.

—¡La Virgen del copón bendito! —exclamó el conde Jack cuando los dos portadores de la aerosilla se posaron en la plataforma de aterrizaje del hotel Gran Valle—. ¿Qué es lo que pretendes, maricón

infiel?, ¿matarme? Tengo el corazón delicado, y bien delicado, magullado tras décadas de envidias profesionales y críticas ponzoñosas.

—Es el camino más rápido y directo.

—Zarandeado de aquí para allá en un murcitaxi de mierda y sin dinero esperándome al final del camino, eso casi seguro —masculló el conde Jack mientras se abrochaba el cinturón de seguridad y los twavs tensaban los arneses y comenzaban a elevarlo.

El conde Jack dejó escapar un gritito cuando la aerosilla se lanzó por encima del precipicio de más de kilómetro y medio, en cuyo fondo estaban las agujas de las Colonias Bajas, esa hilera de picas clavadas en la roca roja del Gran Valle. Se mantuvo aferrado a los arneses, con los nudillos blancos y gimiendo de tanto en tanto, mientras los porteadores twavs lo llevaban balanceándose por entre las veloces cabinas del teleférico y rodeando las torres pétreas llenas de oquedades donde estaban sus guaridas.

Yo disfruté bastante con la carrera. Mi vida no ha abundado en emociones: acepté el trabajo de acompañante del Maestro para evitar tener que encargarme del papeleo de los ingresos por derechos de autor de sus grabaciones, que era el puesto de entrada de más categoría al que podía aspirar en este negocio con mi nivel de formación musical. *Glamouroso*, lo era; excitante, no. El *glamour* no es más que un entorno más de trabajo. Uno se recupera con bastante rapidez del deslumbramiento provocado por las celebridades. La última vez que me había sentido exaltado había sido la última noche antes de nuestra partida hacia Marte. ¡Naves! ¡Viajes espaciales! ¡Uf!, la víspera del despegue apenas pegué ojo. Pronto descubrí que los viajes espaciales se parecen un montón a los cruceros marítimos, aunque sin cubiertas de paseo ni excursiones, y con muchísima menos gente. Y comida muchísimo peor. No obstante, por tediosa y vocinglera que me pudiera resultar la compañía, el que ellos tuvieran que pasar tres meses encerrados con el conde Jack me proporcionaba un cierto grado de placer.

Yo siento un interés personal por esta guerra. Mi abuelo fue uno de los mártires que murieron en Horsell Common durante los minutos iniciales de la invasión. Pertenecía a la primera generación de mi familia que nació en Inglaterra. Había estado rezando en Shah Jehan, la mezquita de Woking, y fue desintegrado por el rayo calórico del trípode de combate uliri. Fueron miles los que cayeron ese día y, aunque hemos tardado dos generaciones en dominar la tecnología uliri para así poder mantener nuestros cielos fuera de peligro, y en preparar una flota con la que lanzar la operación Justicia Infinita, el grito sigue vivo: «¡Acordaos de Shah Jehan!». Yo estuve entre el gentío que se arremolinó alrededor del cráter en el mismísimo Horsell Common, mientras otros se agolpaban en otros cráteres de la invasión, en lo alto de colinas, en playas, en riberas de ríos, en tejados, en lugares santos, en cualquier sitio desde donde se pudiera ver el cielo abierto para contemplar cómo se iluminaba la noche con los propulsores de nuestra flota expedicionaria. Las palabras en mis labios, y en los labios de todos los demás en esa fría noche de noviembre, eran, «Justicia. Justicia»; pero, en mi corazón, eran, «¡Acordaos de Shah Jehan!».

¡Que reine la alegría!, nos dijo nuestro primer ministro cuando las tropas que habían sido lanzadas sobre Marte capturaron Unshaina, sometieron a la civilización twav y convirtieron el Gran Valle en nuestra fábrica de municiones y cuartel general en ese planeta. Resulta más difícil mantener el fervor patriótico cuando esas naves están a meses de distancia y en el lado opuesto del sol, y encima nadie se cree ni por asomo la propaganda de que los twavs eran la taimada mente-colmena militar de la maquinaria bélica uliri. Y cuando esa historia se vino abajo, tampoco nos tragamos la segunda ración de propaganda: que los twavs estaban esclavizados telepáticamente por los uliri, y nuestra liberación les traería la libertad y la democracia. A mi parecer, una especie que alcanza una consciencia especial cuando sus miembros están juntos, ya sea volando o en las guaridas, es la encarnación de la mismísima esencia del *demos* griego. Y los dioses de múltiples cuerpos que coronan los flautados chapiteles de Unshaina simbolizan la verdad de que los mejores, los más creativos, los más brillantes de entre los nuestros, pueden ser toda la divinidad que necesitamos.

Yo llevo mucho tiempo sin rezar.

El conde Jack dejó escapar un leve gemido cuando su aerosilla se abatió bruscamente por entre las compactas púas de piedra de las Agujas de Alabastro. La capataz de los porteadores silbó instrucciones a su equipo (el registro más bajo de su lenguaje se sitúa en el límite superior de nuestro rango auditivo), que con gran habilidad trazó una espiral descendente que pasó junto a colmenas, a través de arcos y por debajo de contrafuertes en nuestro camino hacia las terrazas del Gran Muelle Occidental en el Gran Canal. Entre las rocas sinuosamente esculpidas de ese lugar, los humanos habían construido albergues y almacenes de carga y descarga, económicos y con revestimiento de falsa piedra. El hotel Canal era efectivamente económico, aunque ese no era su principal atractivo: los apetitos de Ferid Bey se satisfacían mejor en hospedajes baratos y próximos a los muelles.

Mientras el conde Jack en plena histeria lloriqueaba y juraba que nunca volvería a ser capaz de caminar en tierra firme sin tambalearse, nunca, yo le entregué a la capataz un generoso puñado de platillos y ella entrelazó las manos inferiores en un gesto de respeto.

∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞

—Estamos pelados —dijo Ferid Bey.

Estábamos sentados tomando café en la terraza del hotel Canal, mirando a los estibadores twavs cargar e izar paletas desde las escotillas abiertas de las gabarras. He dicho «café»: era el sucedáneo de la Fuerza Expedicionaria, asqueroso, flojo y con un inquietante chorrito de algo excrementicio. Ferid Bey, que como ciudadano del gran Imperio otomano entendía de cafés, ponía mala cara con cada trago. He dicho «terraza»: situada junto a los cubos de basura, era un rincón para dos mesas, por donde corría un aire que levantaba el polvo en un remolino perpetuo. Ferid Bey, con las gafas an-

tipolvo puestas y sin quitarse el pañuelo que llevaba alrededor de la cabeza, tomaba sorbitos de su execrable café.

—¿Cómo que pelados? —bramó el conde Jack con su voz de sopratutto a máxima potencia. Sobresaltados, algunos twavs se alejaron volando de las mercancías, gorjeando en el límite de lo audible—. Ya has ido otra vez a que te dieran por culo los putos, ¿verdad?

La debilidad de Ferid Bey por los cachas era por todos conocida, y sobre todo por aquellos que a la mañana siguiente te registran la cartera. Ferid Bey lanzó un fuerte resoplido antes de decir:

—En realidad, Jack, esta vez se trata de ti.

A menudo me pregunto si el lento declive de la carrera del conde Jack pudiera ser parcialmente atribuible al hecho de que, tras años de trato diario, el representante había empezado a sonar como el cliente. Al conde, los ojos se le salieron de las órbitas. Su presión arterial estaba bastante mal: yo había visto los resultados del chequeo médico que le habían hecho antes del despegue.

—Culos en los asientos, Jack, es en los asientos donde tienen que estar los culos, y no lo estamos consiguiendo.

—Desparramé mis perlas ante bufones galoneados y sus novias cacareantes, y ellos ¡me las lanzaron a la cara! —vociferó el conde Jack—. He actuado en La Scala, lo sabes bien, ¡La Scala! Y ante el Papa. Más me valdría actuar ante los murciélagos espaciales. Al menos ellos aprecian un do alto. No, Ferid, no y no: consígueme públicos mejores.

—No estamos para hacer ascos a ningún público —farfulló Ferid Bey, y luego añadió ya en voz alta—: Tengo una gira para ti.

El conde Jack estaba que no cabía en sus zapatos.

—¿Cuántas noches?

—Cinco.

—¿Tantas salas de conciertos tienen en este mundo de mierda?

—No se trata tanto de conciertos —Ferid Bey intentó ocultar tanto rostro como pudo detrás del pañuelo, las gafas y la taza de té— como de funciones.

—¿El ejército? —El rostro del conde Jack había palidecido y su voz se había ablandado, el presagio de un arrebato de ira del tamaño del Olympus Mons del que ya había sido testigo en numerosas ocasiones. Por fortuna, yo nunca había sido su destinatario—. ¿Esos sorches de mierda que son tan merluzos que les tienen que decir con qué extremo del láser apuntar al enemigo?

—Sí, Jack.

—¿La gira sería… por el interior?

—Lo sería.

—¿Sería… cerca del frente?

—Te he ampliado las coberturas.

—Bien, resulta tranquilizador saber que a mis ex esposas y a mi mánager no les faltará de nada.

—He negociado unos honorarios acordes con el riesgo.

—¿Cuál es el riesgo?

—Es zona de guerra, Jack.

—¿Cuáles son los honorarios?

—Mil quinientos platillos. Por actuación.

—Dime que no necesitamos hacerlo, muchacho —me pidió el conde Jack.

—El encargado del Gran Valle tiene secuestrado nuestro equipaje —dije—. Necesitamos hacerlo.

—Tú vienes conmigo.

El dedo acusador del conde Jack se cernió a un par de centímetros del puente de la nariz de su representante. Ferid Bey extendió las manos con gesto de resignación.

—Lo haría si pudiera, Jack. De verdad de la buena. Pero me han llegado rumores sobre una posible grabación de un concierto aquí, en Unshaina, y en la ciudad hay varios representantes de los grandes casinos de Venus a la caza de talentos, o al menos eso es lo que me han dicho.

—¿De Venus? —Las ciudades-nube, en eterna deriva por la zona de tormentas, eran las joyas más refulgentes del circuito interplanetario. Las legendarias villas suponían un descenso largo, cómodo y bien remunerado desde la cumbre de la carrera—. ¿Cinco noches?

—Solo cinco noches. Luego nos vamos.

—¿Con las cláusulas habituales?

—Faltaría más.

El conde Jack se rió, su risa explosiva y profunda como un cañón.

—Lo haremos. Nuestros bravos legionarios necesitan brío y agallas. ¿Cuándo salimos?

—Os he reservado pasajes en el *Emperatriz de Marte* desde el muelle O Redonda. A las ocho. En punto.

El conde Jack hizo un mohín.

—Soy propenso a marearme.

—Se trata de un canal. Y, en cualquier caso, la Commanderie ha requisado todos los transportes aéreos. Al parecer está en marcha una ofensiva importante.

—Lo soportaré.

—Estás haciendo lo correcto, Jack —dijo Ferid Bey—. Por cierto, otra cosa; Faisal, ¿no podrías pagar el café? —Yo sospechaba que existía un motivo por el que Ferid Bey nos había hecho venir hasta este destartalado hostal para bateleros—. Y, ya puestos, ¿podrías también hacerte cargo de mi cuenta del hotel?

El conde Jack ya estaba escuchando los distantes aplausos del público, olfateando como una polilla de lo más peculiar el débil pero inconfundible olor de la feromona de la celebridad.

—Y… ¿soy cabeza de cartel?

—Eso siempre, Jack —aseguró Ferid Bey—. Siempre.

∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞

Desde nuestra mesa en la cubierta de paseo del *Emperatriz de Marte* observábamos los cosmonarcas que nos sobrevolaban. Estaban a bastante altura y sus cascos atrapaban la luz vespertina, que en el canal ya se había difuminado. Perdí la cuenta después de treinta; el sonido de sus muchos motores se entremezclaba componiendo un terrible estruendo. Las vibraciones provocaban ondas en el champán de las copas que teníamos en una mesita con reborde, en la popa de la barcaza. Una para mí, siempre intacta: yo no bebía, pero me gustaba hacerle compañía al conde Jack. Él era un hombre que anhelaba la atención de los demás; sin ella se volvía translúcido e insustancial. Sus esperanzas de contar con otra audiencia de involuntarios pasajeros a los que cautivar, intimidar y acobardar con sus incesantes historias del mundo del espectáculo se habían visto frustradas. El *Emperatriz de Marte era un remolcador que arrastraba doce gabarras, con capacidad para ocho pasajeros, de los cuales nosotros éramos los dos únicos. Yo era toda su compañía. Lo había sido las veces suficientes como para conocer sus anécdotas tan en profundidad como conocía la música de su espectáculo. No obstante, escuché y reí, porque lo que importa no es la historia sino la manera en que se cuenta*.

—Hacia el este —dijo el conde Jack.

Yo no lo corregí; él nunca había comprendido que en Marte el Oeste era el Este, y el Este era el Oeste. «Amanecer, Este; puesta de sol, Oeste, muchacho», afirmaba. Contemplamos cómo la flota, una inmensa punta de flecha que atestaba el cielo, se dirigía hacia las colinas por donde se ocultaba el sol en el cercano horizonte. El Gran Valle había desembocado en una cuenca lo suficientemente ancha como para que se vieran las laderas del cañón, un terreno que contenía su propio terreno. «Vaya con Dios la flota», había dicho el conde, que durante este viaje se estaba mostrando inusitadamente

callado y meditabundo. Y no era por la ausencia de una audiencia cautiva. La flota, el intenso tráfico del canal —desde que habíamos empezado esta primera botella de lo que el conde Jack denominaba su «reconstitucional vespertino», yo ya había contado ocho remolcadores que se dirigían canal arriba hacia Unshaina procedentes del frente—, le habían hecho darse cuenta cabal de que iba rumbo a la guerra. Nada de imágenes de guerra, ni de crónicas de guerra, ni de rumores de guerra, sino de la propia guerra. Por primera vez, tal vez se estaba replanteando lo de la gira.

—¿Hace que te duelan las articulaciones, Faisal?

—¿Cómo dice, Maestro?

—La gravedad. O, más bien, la falta de gravedad. Muñecas, tobillos, dedos, todas las articulaciones que se flexionan. Joder, cómo duelen las mariconas. Los pulgares son lo peor. Hubiera dicho que iba a ser lo contrario, al ser aquí todo tan ligero, pero para nada. A duras penas consigo levantar la copa hasta los labios.

A mí me parecía que llevaba la copa de la mesa a los labios con bastante éxito. El conde Jack se sirvió otro reconstitucional vespertino y se recostó en la silla. Las oscuras aguas verdes del canal se deslizaban bajo el casco. Los crepúsculos marcianos eran apresurados e intensos. La guerra había arrasado estos terrenos antaño populosos y fértiles, y había dejado cicatrices de vidrio negro en las llanuras aluviales, allá donde los rayos calóricos habían surcado el regolito marciano. El viento que se levantaba al atardecer, el *tharseen, de dirección variable en función de en qué extremo del Gran Valle fuera de noche, arrancaba melancólicas sonatas de flauta de los quebrantados pilares que habían albergado las guaridas de los twavs*.

—Qué mundo tan horrendo… —comentó el conde Jack tras la segunda copa.

—A mí me parece bastante tranquilo. Tiene su belleza particular. Melancólica.

—No, Marte no. Por doquier. Todo es jodidamente horrendo, por doquier, y va a peor. Sobre todo desde la guerra. Con la guerra todo se vuelve cruel. Cruel y espantoso. La guerra quiere que todo sea como ella. Es horrible, Faisal.

—Sí. Creo que hemos ido demasiado lejos. Estamos arrasando civilizaciones enteras. Unshaina es más antigua que cualquier ciudad terrestre. Hemos alcanzado un punto en que ya no se trata de hacer justicia, sino que estamos luchando porque disfrutamos con ello.

—La guerra no, Faisal. Ya no estoy hablando de esta guerra de mierda. No te me despistes. Envejecer. Eso es lo que es verdaderamente horrible. Más y más y más viejo sin que pueda hacer nada por evitarlo. Lo noto en las articulaciones, Faisal. Este puto planeta me hace sentir viejo. Un largo y lento declive hacia la incapacidad, imbecilidad e incontinencia. ¿Qué es lo que tengo? Un garguero decente. Nada más. Y no durará eternamente. Ni inversiones ni propiedades, y los *royalties* de las grabaciones se han ido a tomar por culo. La puñetera Hacienda me ha desplumado. Visto y no visto. Limpio. Y esos capullos todavía no me han quitado las manos de encima. Me han amenazado, ¿sabes?, con

arrestarme. ¿Qué coño es esto?, ¿la prisión de Marshalsea? Soy caballero papal. Empuño la espada del mismísimo Santo Padre.

—Lo único que quieren es vuestro dinero —dije. Al conde Jack siempre le había molestado pagar abogados y contables y, como consecuencia, había firmado contratos de grabación desastrosos y solo había hecho la declaración de la renta cuando ya tenía en la puerta a los agentes judiciales dispuestos a expropiarle. La gira completa por Marte apenas alcanzaría para pagar sus impuestos pendientes más los intereses—. Y luego os dejarán en paz.

—No, no me dejarán. Nunca me dejarán en paz. Saben que el conde Jack es presa fácil. Volverán, esos despreciables almojarifes. Una vez han probado tu sangre, no te los puedes quitar de encima. Parásitos. Estoy infestado de parásitos fiscales. Impuestos, guerra y vejez. Consiguen que todo resulte inútil, vulgar, y burdo.

Rayos de luz blanca refulgían por el horizonte crepuscular. No habría sabido decir si iban del cielo a la tierra o de la tierra al cielo. La flota ya no estaba a la vista. Los rayos caloricos bailaron en el confín del mundo, titilaron y se apagaron. Nuevos haces de luz ocuparon su lugar. Destellos de más allá del horizonte cercano otorgaron a las colinas un momentáneo relieve. Grité cuando el borde del mundo se convirtió en una empalizada parpadeante de rayos caloricos. El conde Jack se había puesto en pie, el rostro iluminado por los centelleos. Segundos más tarde nos alcanzó el ruido sordo de las primeras explosiones en la lejanía. Los tripulantes twavs se agitaron en sus perchas. Yo alcanzaba a oír el registro más bajo de su consternación como un chirrido agudo. El mundo estaba ribeteado por un carnaval de rayos y fogonazos. Vi cómo un arco de fuego descendía desde el cielo y terminaba en un destello blanco por detrás del horizonte. No me quedaba duda alguna de que había presenciado el fin de un cosmonarca con toda su tripulación, pero había sido un bello espectáculo. El cielo resplandecía con los más espléndidos fuegos artificiales… El conde Jack miraba maravillado, los ojos como platos. Levantó una mano para protegérselos cuando una tremenda explosión a media altura tiñó la noche de blanco. Sombras nítidas corrieron por la cubierta; los twavs se alzaron en medio de un estrépito de alas.

—Oh, los pobres muchachos, los pobres muchachos… —susurró el conde Jack.

El sonido de la explosión nos alcanzó e hizo vibrar los cristales de la cabina del piloto, hizo vibrar la botella y las copas de la mesa. Sentí cómo la detonación sacudía mis entrañas, sacudía mi estómago y tripas. Los rayos se apagaron con un parpadeo y la oscuridad se adueñó del horizonte.

Habíamos contemplado una terrible y gran batalla, pero quién había luchado, quién había ganado, quién había sido derrotado (si es que había habido vencedores y vencidos), cuál había sido su objetivo… todo eso lo desconocíamos. Habíamos presenciado algo terrible, bello e incomprensible. Cogí mi copa, que no había probado hasta entonces, y bebí un trago.

—Vaya por Dios —dijo el conde Jack todavía en pie—, y yo que siempre había pensado que no bebías… Por motivos religiosos y todo eso.

—No, no bebo por motivos musicales. Hace que me duelan las articulaciones.

Me bebí el champán. Podría haber sido vinagre, podría haber sido el mejor champán al alcance de la humanidad, que no me hubiera enterado. Vacié la copa.

—Mi querido muchacho… —dijo el conde Jack sirviéndome otro antes de servirse otro a sí mismo, y juntos contemplamos el resplandor de las llamas lejanas en el confín del mundo.

∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞

En el campamento Vengador actuamos sobre un escenario improvisado encima de toneles vacíos de cerveza, ante una audiencia que medio llenaba el recinto, pero que fue menguando a lo largo del concierto hasta quedar reducida a tan solo seis filas. Un brigadier que había estado bebiendo sin cesar durante toda la actuación intentó hacer subir a sus soldados al escenario para que bailaran durante el *Popurrí de canciones irlandesas tradicionales*, pero ellos se negaron con buen criterio. El brigadier se hizo un lío con sus propios pies cuando estaba intentando engatusar al conde Jack para que bailara con él *Walls of Limerick*, se cayó del escenario y se abrió la cabeza con el borde de un barril de cerveza.

En el centro de mando regional de Sirtia, el público fue menos ambiguo: nos echaron a botellazos. La primera botella llegó girando por los aires cuando el conde Jack todavía estaba entrando en el escenario, los brazos abiertos de par en par para lanzarse a por el que se había convertido en su tema más popular: *I'll Take You Home Again, Kathleen*. Aguantó durante *Blaze Away*, *Nessun dorma*, e *Il mio tesoro*, hasta que una botella de cerveza clara marca Exportaciones Marcianas lanzada con buena puntería descargó su contenido de orina tibia sobre su pechera postiza. Terminó *The Garden Where the Praties Grow*, hizo una reverencia y se marchó sin más. Salí tras él justo cuando la primera descarga de sillas plegables alcanzaba el escenario. Sin una palabra ni una mirada, fue derecho hasta su tienda y se desnudó.

—Las he tenido peores en el teatro Empire de Glasgow —dijo, la voz firme por el orgullo. Nunca había sentido tanta admiración por él—. ¿Puedes hacer algo con esto, muchacho? —Me alargó su traje de gala, mojado y maloliente—. Y prepárame un baño.

Cogimos el dinero, todo y en efectivo, y seguimos adelante, adentrándonos más y más en el laberinto de canales de infinitas ramificaciones, cada vez más cerca del frente.

La lancha era una patrullera rápida de la Fuerza Expedicionaria, con una torreta de rayos calóricos a proa y otra instalada en una cabina junto al puesto del capitán. El piano cupo a duras penas, y mejor no hablar de nosotros y de los cuatro hurraños miembros de la tripulación, que fumaban sin cesar e intentaban escandalizar al conde Jack con ese repugnante lenguaje de las tropas espaciales. Puestos

a soltar palabrotas, el conde les daba mil vueltas, pero guardó un digno silencio mientras nuestra pequeña embarcación se abría paso por el inextricable laberinto de los canales de Nyx; las frondas púrpuras de los helechos arbóreos se inclinaban sobre las tranquilas aguas verdes de Marte y soltaban sobre ellas esas monedas doradas que eran las vainas de sus semillas, a las cuales les brotaba un propulsor en forma de sacacorchos que las impulsaba por el agua. Este era el territorio de los oont, y sus esbeltas siluetas con forma de garza encaramadas en la popa de sus bateas vivientes nos acompañaban en todo momento. De tanto en tanto, en las cuencas y canales más anchos, vislumbrábamos alguno de sus legendarios barcos orgánicos de ruedas o de sus ciudades de azulejos azul pálido construidas sobre pilotes. La tripulación trataba a los oont con manifiesto desprecio y mataba el rato apuntándoles con las armas de la lancha. Los oont habían aceptado el protectorado de la Commanderie pacíficamente, y sus ciudades y naves, junto con su forma de vida solitaria y hermética, no se habían visto alterados. Nuestro capitán los consideraba una raza de traidores y cobardes innatos. Solo aquellas especies que requerían un toque de los rayos caloricos para ser domeñadas eran dignas de confianza.

A lo largo de ochocientos kilómetros, Gran Canal arriba y por el laberinto de Nyx, los estibadores twavs habían izado y vuelto a depositar en el suelo con precisión y delicadeza mi piano. Tuvo que ser el ejército terrano el que lo dejara caer. Al pie de la pasarela oí el disonante estrépito, y cuando me volví vi la red para mercancías sobre el embarcadero y a los soldados sonriendo. Sentí el impulso de lanzarme a arrancar el embalaje para comprobar si había quedado algo. No se trataba de mi piano —nunca hubiera expuesto mi Bosendorfer a las veleidades de los viajes espaciales—, pero era un piano vertical pasable de una empresa especializada en alquileres interplanetarios, y le había cogido cariño. Es lo que tienen los pianos. Son como los perros. Seguí caminando. Eso era algo que había aprendido del conde Jack. Dignidad, siempre dignidad.

Oudeman era una base-taller de la III Cosmoflota. Caminamos a la sombra de los cosmonarcas que flotaban por encima de nuestras cabezas. Los mecánicos con mono se apiñaban alrededor de las naves, bajaban motores utilizando cabrestantes, abrían secciones de los cascos, vaciaban celdas de gas… Me resultó evidente que la flota había sufrido graves daños recientemente en alguna desastrosa batalla. Heridas en la piel que llegaban hasta los mismísimos huesos; boquetes que atravesaban los redondeados cascos de extremo a extremo. Soportes de motores que terminaban en goterones fundidos. Cabinas de tripulación y torretas de armamento arrancadas de cuajo. Algunas naves habían salido tan terriblemente malparadas que eran meros esqueletos flotantes con un puñado de células elevadoras alrededor de su columna desnuda.

De las tripulaciones que habían combatido en tal desastre no había rastro.

El comandante de la base, el *yuzbashi* Osman, nos recibió en persona. Era un gran fan suyo, un gran fan. Un fervoroso fan de toda la vida. Había visto al Maestro en todos sus conciertos en Estambul. Siempre ocupaba el mismo asiento. Tenía todas sus grabaciones. Las ponía todos los días y había

intentado educar a sus oficiales subalternos durante las cenas en el comedor; pero los hombres de las nuevas generaciones eran toscos e incultos: competentes técnicamente, pero apenas mejores que los reclutas *devsirme*. Con una palmada llamó a los twavs para que se llevaran nuestro equipaje. Yo no hablaba su idioma, pero por las reacciones de los reclutas que habían dejado caer mi piano comprendí que cualquier otra falta de respeto no sería tolerada. El comandante desalojó el baño turco del campamento para nuestro uso exclusivo. Sudoroso, y tras haberse sometido al vapor y restregado hasta quedar limpio, un radiante conde Jack irrumpió en la tienda comedor con el mismo paso firme con el que hubiera salido al escenario de La Scala. Estuvo divertido, ingenioso, encantador y soberbio. La mayor parte de los *onbasis* y *mulazims* bisoños que estaban presentes en la cena en su honor no hablaban inglés, pero su carisma trascendía los idiomas, y ellos sonrieron y se carcajearon de buena gana.

—¿Has visto esto? —me dijo el conde Jack en la tienda entre bastidores que era nuestro camerino mientras sacaba del cubo de hielo una chorreante botella de champán—. Krug. Me han traído mi champán Krug. ¡Qué muchachos tan encantadores!

Durante la cena me había percatado de la parvedad de algunas de las viandas que nos eran ofrecidas, por lo que me maravillé ante el esfuerzo que se tenía que haber tomado, ante la dedicación personal que habría necesitado el *yuzbashi* para cumplir una cláusula que solo estaba allí con el objeto de comprobar que el contrato hubiera sido leído. El conde Jack volvió a introducir la botella en el hielo a medio derretir.

—Volveré contigo luego, hermosura, con mi corazón rebosante de melodías y los pies ligeros por los aplausos de mi público. Soy una estrella, Faisal. Soy una auténtica estrella. Ahora déjame solo, muchacho.

El conde Jack requería un lugar y unos instantes de aislamiento para preparar su salida a escena. Era entonces cuando el conde James Fitzgerald se convertía en el Conde Rural de Kildare. Se trataba de una transformación profundamente privada y que sabía nunca me sería permitido presenciar. El escenario era una plataforma temporal montada con piezas de recambio de los cosmonarcas. Las naves que se cernían sobre nosotros iluminaban el escenario con sus reflectores. Un foco me fue siguiendo cuando me dirigí hacia el piano. Hice una reverencia, agradeciendo los aplausos del público, eché para atrás los faldones del frac y me senté. Eso es todo lo que el acompañante tiene que hacer.

Toqué unos *glissandi* para comprobar que el piano seguía sonando tras la irrespetuosa manipulación por parte del personal del puerto. Aceptable para el nefasto oído de los mecánicos de la cosmoflota. Luego toqué la breve obertura para concitar en el público esa expectación imprescindible, y a continuación pasé directamente a la música de la entrada del conde Jack. El foco lo atrapó cuando apareció majestuosamente en el escenario, con *I'll Take You Home Again, Kathleen* brotando de su amplio pecho. Estaba radiante. Todas las miradas se clavaron en él. El silencio en la profunda noche marciana era el más sepulcral que jamás había oído. El conde Jack avanzó a grandes zancadas hasta el frente

del escenario. El foco lo adoraba. Él se deleitó con los aplausos como si fuera el final del concierto en lugar del primer tema. Era un *showman* descarado. Alcé las manos hacia el teclado para empezar con *Torna a Surriento*.

Y la noche se convirtió en una explosión de imponentes flores de fuego. El público se mantuvo inmóvil en sus asientos durante unos instantes, como si, quién sabe cómo, el conde Jack hubiera conseguido hacerse con los más pasmosos efectos operísticos. Entonces las alarmas atronaron por todo el campamento. Tanto el conde Jack como yo vimos perfectamente las sombras arácnidas de los trípodes de combate, altos como árboles, caminando por entre las llamas. Los rayos calóricos refulgieron, igual que albas espadas, mientras el público se desperdigaba para ocupar sus posiciones y tomar las armas. Sin embargo, el conde Jack se mantuvo bajo el foco hasta que un *onbasi* saltó sobre él, y lo placó y derribó fuera de la línea de fuego justo cuando un rayo calórico dibujaba un arco a diez mil grados por el escenario. El *onbasi* ni hablaba inglés ni falta que hizo. Corrimos. Miré por encima del hombro en una ocasión. Sabía qué es lo que iba a ver, pero tenía que verlo: mi piano, ese mismo piano vertical alquilado, barato y resistente, que había viajado conmigo a través de cien millones de kilómetros por el espacio, por salas de conciertos y espléndidos teatros de ópera, por vías férreas y carreteras cubiertas de polvo, por tranquilos canales verdes, mi piano, explotando en una fuente de centelleantes macillos y latigueantes alambres medio derretidos. Un trípode de combate pasó por encima de nosotros, con las extremidades de los rayos girando en busca de nuevos objetivos. Levanté la mirada hacia el cúmulo de tentáculos que se entrelazaban bajo su cuerpo, y entonces la pezuña metálica que avanzaba por el aire me sobrepasó, para terminar descendiendo resueltamente justo sobre la tienda que era nuestro camerino.

—¡Mi Krug! —gritó el conde Jack.

Un rayo cortó un abrasador arco de lava en el suelo justo delante de mí. Tuve suerte: ni se los ve venir ni se los oye rebotar ni hay manera de evitarlos. Son luz sin más. Con lo más que puedes contar es con estar moviéndote en la dirección adecuada a la velocidad adecuada: con tener suerte. Nuestro *onbasi* no la tuvo. Corrió hacia el rayo y se esfumó convertido en una ráfaga de cenizas. Una muerte tan rápida, tan total, que iba más allá de la mera muerte: era aniquilación.

—¡Maestro! ¡Sígame!

El conde Jack se había quedado de pie, mirando de hito en hito, petrificado. Lo cogí de la mano, su palma todavía húmeda por el sudor del concierto, y rodeé el extremo de la cicatriz todavía humeante. Nos agachamos, corrimos encogidos, zigzagueamos, ataviados con el frac y la pajarita. No teníamos un motivo fundado para ello, salvo que lo habíamos visto hacer en las películas de guerra. La maquinaria bélica uliri avanzaba a grandes trancos por el campamento, abriendo por el mismo resplandecientes senderos de lava con sus rayos mientras sus brazos armados buscaban nuevos objetivos. No obstante, nuestros soldados habían alcanzado sus posiciones defensivas y estaban plantando cara, volviendo contra los uliri su propia arma con el apoyo de una auténtica

lluvia de proyectiles. Los soldados que se habían encargado de los focos ahora se habían vuelto hacia los rayos calóricos. Los cosmonarcas estaban soltando amarras, con artilleros en las torretas buscando las cabezas de múltiples ojos de los trípodes uliri. El que había matado al valiente *onbasi* de una manera tan horrorosa estaba plantado en el río, con las cavidades de los ojos girando de aquí para allá, a la caza de blancos. Una de las extremidades armadas apuntó hacia nosotros y el orificio del rayo se abrió. Tras un momento de vacilación, siguió buscando. Unos cables de escalada descendieron por entre las patas. Nos escabullimos y escondimos detrás de una pila de barriles, aunque tampoco es que nos hubieran podido salvar de nada. En ese momento, un misil dibujó una estela roja en mitad de la noche. La articulación de la rodilla delantera izquierda de la máquina bélica saltó por los aires. El trípode se tambaleó, intentando mantener el equilibrio sobre dos patas, y entonces un cosmonarca sobrevoló la orilla del canal a baja altura y con un tajo abrasador de un rayo calórico seccionó la extremidad delantera derecha a la altura del muslo. El monstruo titubeó, perdió el equilibrio y se desplomó sobre el suelo en medio de un gran estruendo y una lluvia de salpicaduras, justo encima de la lancha que nos tenía que haber conducido hasta un lugar seguro. La hizo añicos. Las escotillas de emergencia se abrieron, y por ellas se escurrieron unas pálidas siluetas que escaparon hacia tierra deslizándose por el casco. Cuando el cosmonarca abrió fuego, empujé al suelo al conde Jack. Las balas silbaron a nuestro alrededor. Los ojos del conde Jack estaban abiertos como platos por el miedo y por algo más, algo que no había imaginado en él: la excitación. La guerra puede ser cruel y espantosa y horrenda, tal como él había perorado en el *Emperatriz de Marte*, pero poseía un poder terrible y primigenio. Vislumbré la misma emoción, el mismo júbilo, la misma fuerza que había dominado a las audiencias desde Tipperary hasta Tombuctú. Eso es lo que vi, y supe que, si alguna vez regresábamos a la Tierra y a Inglaterra, yo siempre sería el acompañante, el amanuense, el muchacho; y que, aunque cantara ante una sala vacía, el conde John Fitzgerald siempre sería el Maestro, sopratutto. En mi interior tan solo había miedo, un miedo sólido. Tal vez por eso se puede considerar que fui valiente. Las armas enmudecieron. Miré por encima de los barriles. Los plateados cuerpos uliri estaban desparramados por el muelle. Vi sangre púrpura diluyéndose por el canal como pintura en agua.

El cosmonarca viró y se quedó flotando a baja altura sobre el canal. Una rampa de abordaje descendió hasta tocar el suelo. Un tripulante se agachó en lo alto de la misma y nos hizo imperiosas señales indicándonos que subiéramos.

—¡Corra, Maestro, corra! —grité antes de obligar al conde Jack a incorporarse.

Corrimos. A nuestro alrededor, los rayos calóricos hendían el aire y bailaban un siniestro tango. Una máquina bélica en llamas pasó a nuestro lado trastabillando a ciegas, aplastando bajo sus pies tiendas, barracas y cobertizos de reparaciones; dejando a su paso cortinas de fuego. Diez pasos hasta la base de la rampa. Oí un sonido que me dejó helado: un fuerte alarido proveniente de las colinas más allá del campamento, que resonó de horizonte a horizonte, yendo y viniendo, una onda que avanzaba y retrocedía, una ola rompiente de sonido. Nunca antes lo había oído, aunque me habían hablado de

él: el grito de guerra de la infantería padva uliri. Una mano aferró la mía: como si de una cadena humana se tratara, el tripulante nos arrastró al conde Jack y a mí hasta el interior de la bodega de la tropa. Mientras la rampa se cerraba, vislumbré la línea del horizonte borboteando y fluyendo, como si una brillante pátina de barniz plateado estuviera bajando por la colina hacia nosotros. Padvas. Miles. Mientras el cosmonarca se elevaba y el casco se cerraba herméticamente, alcancé a ver por última, por ultimísima vez, al *yuzbashi* Osman alzando la mirada hacia nosotros. Levantó la mano a modo de saludo. Luego se giró, desenvainó la espada y, con un grito que atravesó incluso el ruido del motor de la nave, hasta el último de los jenízaros del campamento Oudeman desenfundó su acero. Las puntas de las espadas lanzaron destellos, y entonces los soldados cargaron. El cosmonarca viró en el aire y ya no vi nada más.

—¿Has visto eso? —me pregunto el conde Jack aferrándome los hombros. Aunque estaba pálido por la impresión, sus dedos tenían una fuerza demencial—. ¿Lo has visto? ¡Qué horror! ¡Qué horror tan horroroso! Y, sin embargo, ¡qué maravilla! ¡Hay que ver!, qué misterio, Faisal, ¡qué misterio! —exclamó mientras las lágrimas corrían por su rostro embadurnado de ceniza.

∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞

Escapamos por el Laberinto de la Noche. No teníamos duda alguna de que nos estaban persiguiendo a través del entramado de angostos cañones. El transmisor del cosmocapitán captó fugaces señales que evocaban lo que todos habíamos oído: gritos terribles; ecos de ecos en los reductos pétreos de Noctis, lejanos, pero que ni un solo momento conseguíamos dejar atrás. La bodega principal del cosmonarca carecía de ventanas y, aunque el cosmocapitán no hablaba inglés, nos dejó bien claro que nada de acercarnos a los miembros de la tripulación, ya estuvieran en la sala de máquinas, en las torretas de los artilleros, en el puente o en los puestos de los pilotos. Así que nos sentamos en la dura malla de acero de la débilmente iluminada bodega de carga, y fingimos estar entretenidos contándonos esas viejas historias de músicos que ya nos habíamos contado en innumerables ocasiones anteriores, interrumpiéndonos cada vez que nuestros poco selectivos oídos nos deparaban detonaciones de la guerra que se desarrollaba en el exterior. El oído es un sentido mucho más primario que la vista. Ver es comprender. Oír es percibir. Los ojos se pueden cerrar. Los oídos siempre están abiertos. El Maestro interrumpió el tantas veces narrado relato de aquella vez en la que había cantado para el Papa, de lo delgadas que eran las toallas y de cómo en la Santa Sede habían resultado ser unos capullos agarrados. Tal como ya he dicho, su oído era casi sobrenaturalmente fino. Sus ojos se abrieron como platos. Los combabejorros twavs posados en las perchas de sus habitáculos en la nave se revolvieron bajo las escamas de sus corazas, brillantes como petróleo sobre agua, y cambiaron el agarre de sus armas. Una fracción de segundo más tarde oí los gritos. Balbuceantes y rítmicos, se alzaron cubriendo tres octavas, desde un zumbido de bajo hasta un aullido enervante de soprano. Dos detrás

de nosotros, haciendo brotar entre ellos acordes y armónicos, como en una pieza experimental de música serial. Respondió otro, por delante. Y otro, a lo lejos, con el laberinto pétreo esculpido por el viento actuando a modo de sordina. Un quinto, cerca, a nuestra derecha. De un lado a otro, llamada y respuesta. Me tapé las orejas con las manos, no por el dolor de los estridentes registros más agudos, sino por la espantosa musicalidad de estas voces invisibles. Cantaban escalas y armónicos desconocidos para mí, pero su música apelaba al músico que había en mi interior.

Y de pronto se callaron. Hasta el último nervio en el cosmonarca, tanto humano como twav, estaba crispado. El silencio era inmenso. Aunque mi túrquico dé solo para lo justo, me resulta indispensable (lo bastante bueno como para saber lo que Ferid Bey está diciendo en realidad), y me acordé de las pocas palabras que había alcanzado a oír cuando el cosmocapitán había informado a la tripulación. El asalto al campamento Oudeman había formado parte de una ofensiva sorpresa de las reinas guerreras tarsianas. Se habían producido intensos ataques a lo largo de un frente de ochocientos kilómetros entre Arsai y Urania. Máquinas bélicas, tropas de asalto… hasta la Flota Interestelar había sido atacada: escuadrón tras escuadrón de cohetes lanzados para desviar de la ofensiva de la superficie la inmensa potencia de fuego de nuestros acorazados orbitales. Y brotando del suelo, cosas que no se parecían a nada que nadie hubiera visto hasta entonces, que hacían salir huyendo en desbandada a batallones enteros, que arrasaban líneas de trincheras y machacaban los reductos dejándolos convertidos en arena. Mientras intentaba imaginarme la roja tierra abriéndose y a algo que superaba cualquier pesadilla alzándose desde el suelo, no pude evitar un siniestro pensamiento: ¿no habría novedades igual de terribles en el cielo? Esta parte de lo que había oído me la guardé para mí. De lo más sencillo: llevaba mintiendo de manera rutinaria al conde Jack desde el primer día en que había colocado mis partituras en el piano.

—Lo que daría por un trago —dijo el conde Jack—, si es que en este *barquadero* tuvieran algo así. Me conformaría hasta con poder oler el tapón de un Jameson.

El champán de la cubierta del *Emperatriz de Marte* debía de haberme corrompido, porque, en ese momento, de mil amores hubiera acompañado al Maestro. Más que unido: hubiera llegado al fondo de la botella de Jameson sacándole varios cuerpos de ventaja.

En el puente, un apéndice de cristal que sobresalía del cuerpo sustentador del cosmonarca, el cosmocapitán impartía órdenes desde su puesto en la columna direccional. La tripulación se movía de aquí para allá a nuestro alrededor. Los combabejorros tornaron el tono de su plumaje del azul a un amarillo brillante. Sentí moverse la cubierta bajo mis pies… resultaba de lo más desorientador, de lo más desagradable, esa sensación de que todo aquello que es sólido y estable se está tambaleando, de que no queda nada a lo que aferrarse. Los motores retumbaban; el capitán debía de haber acelerado en nuestro discurrir por entre las rocas pulidas por el viento. Estábamos volando por un monstruoso órgano de tubos pétreos. Alcé la mirada por la escalerilla que subía al puente. El mundo al otro lado del cristal estaba teñido de rosa. Llevábamos toda la noche corriendo por el Laberinto de la Noche, esa maraña

de canales, quebradas y arcos de piedra sin cartografiar, cuyo origen los humanos sospechábamos no era totalmente natural. Vi muros de roca por encima de mí. Volábamos bajo, pegados a los limosos cauces y canales. El sol naciente proyectaba láminas de luz sobre los acanalados muros de piedra cortados a pico. En la Tierra no hay nada comparable a la belleza del amanecer en Marte, no obstante lo cual, deseé con todas mis fuerzas estar allí en lugar de en este espantoso lugar.

—Faisal.

—Maestro.

—Cuando volvamos recuérdame que despida a ese cabronazo seboso de Ferid.

Sonreí, y el conde Jack Fitzgerald empezó a cantar. *Galway Bay*, la tonada más manida y sentimental de toda esa falsa parafernalia irlandesa que se han sacado de la manga («¿Has estado alguna vez en la Bahía de Galway? Incesto y deportes gaélicos. De lo único que saben, lo único que les gusta»), pero nunca lo había oído cantarla así. Si no lo hubiera tenido sentado en la cubierta frente a mí, apoyado en un mamparo, hubiera dudado de que fuera su voz. Sonaba suave, pero resonante, perfecta como la porcelana, dulce como una rosa y cargada de una inocencia elevada y ligera. Era la voz de la infancia, el niño entonando las melodías que su abuela le había enseñado. Este era el Conde Rural de Kildare. No había ni un alma en el cosmonarca, ni terrana ni marciana, que no estuviera escuchando; pero él no cantaba para ellos. No necesitaba público ni acompañante: era una actuación privada con un único destinatario.

El cosmonarca fue zarandeado por un contundente impacto. El hechizo se había roto. Se alzaron gritos en el aflautado lenguaje twav y en túrquico. El cosmonarca se estremeció, como sacudido por el puño de un ser divino, y entonces, con un chirrido de metal y piel de nave desgarrándose, la torreta del artillero que teníamos justo encima fue arrancada de su lugar: arma, artillero y un fragmento de dos metros de casco. Una cara nos miró desde el exterior. Una cara que llenaba sobradamente el tajo en el casco, una pesadilla de seis ojos distribuidos alrededor de un pico trifurcado. El pico se abrió. Hileras de dientes chirriantes se movían en su interior. Nos azotó la ráfaga de hedor alienígena de un alarido que ululó a lo largo de tres octavas y terminó en un chillido que arrancó el aliento de nuestros pulmones y la voluntad de nuestro corazón. Otros le respondieron, por todas partes. Y, de pronto, la cara desapareció. Un instante de conmoción (solo un instante, nada más), y el cosmocapitán empezó a gritar órdenes. Los twavs abandonaron las perchas, entre chasquidos de sus alas, y salieron en tropel por el agujero del casco. Oí los zumbidos de los rifles láser calentándose, seguido del más fuerte crepitar y chisporroteo de nuestros propios rayos calóricos defensivos.

Pensaba que nunca oiría algo peor que el grito que había atravesado el casco profanado. El aullido, en el exterior, invisible, fue como el grito que yo mismo podría lanzar si me arrancaran la columna vertebral del cuerpo en vida. Tan solo una suposición: una de esas criaturas se había topado con un rayo calórico.

No volvimos a ver a ninguno de los combabejorros.

El cosmonarca volvió a estremecerse al ser alcanzado por un nuevo impacto. El conde Jack se lanzó hacia delante cuando unas garras se clavaron en el casco y abrieron tres desgarrones de arriba abajo en el mamparo. La nave se escoró; resbalamos por la cubierta con nuestros fracs y pecheras postizas manchados de hollín. La popa se sacudió al ser alcanzada una vez más; vislumbré negrura, y un momento después no había rastro de la torreta de cola y la parte posterior del cosmonarca quedaba a cielo abierto. A través de la abertura vi una criatura voladora con cuatro alas que se alejaba de nosotros ascendiendo por entre los arcos de piedra rosácea de ese laberinto infinito. Era enorme. No se me da bien lo de comparar dimensiones —soy una persona auditiva, no visual—, pero tenía el tamaño de nuestro propio y renqueante cosmonarca. La criatura plegó parcialmente las alas para franquear un arco antes de virar en lo alto y perfilarse contra el cielo encarnado, y yo vislumbré reflejos plateados en la nuca y entre las piernas. Mecanismos, aparatos, tripulación uliri.

Mientras estaba pasmado ante la absoluta imposibilidad del horror que estaba contemplando, el cosmonarca recibió un nuevo impacto, tan fuerte que salimos despedidos hasta el extremo opuesto de la bodega. Unas garras herradas con acero y del tamaño de cimitarras perforaron el saliente de cristal del puente como si de la piel de una naranja madura se tratara. El monstruo marciano alado arrancó el puente del casco y, con una sacudida de su extremidad (lo estaba sujetando con total soltura, como si fuera ligero como un lápiz), lo lanzó girando por el aire. Vi caer una figura de su interior y cerré los ojos. Oí al conde Jack farfullar los ensalmos de su fe.

Privado de todo control, el cosmonarca dio un violento bandazo. Los mecánicos corrían a nuestro alrededor, chillándose lacónicamente los unos a los otros, luchando por recuperar el control, por hacernos descender hasta un aterrizaje del que pudiéramos salir con vida. Ahora ya no teníamos ninguna esperanza de poder escapar. ¿Qué eran esas criaturas, esos cazadores de pesadilla del Laberinto de la Noche? La piel se rasgó, las riostras rechinaron y se combaron cuando el cosmonarca rozó una chimenea pétrea. Nos escoramos y entramos en barrena.

—¡Hemos perdido los motores de babor! —me desgañité, traduciendo los cada vez más fríos y desesperados intercambios de palabras de los mecánicos.

Estábamos descendiendo, pero demasiado rápido… demasiado rápido. El maquinista jefe gritó una orden fácilmente traducible a cualquier idioma: «Preparaos para el impacto». Me enrollé correas de sujeción de la carga alrededor de los brazos y me aferré con todas mis fuerzas. Los pianistas tienen los dedos fuertes.

—¡San Patricio y la Virgen María! —exclamó a voz en grito el conde Jack, y nos estrellamos.

El impacto fue tan fuerte, tan tremendo, que me dejó sin aliento, sin ideas, sin pensamientos, salvo el de que la muerte era segura y que la última, la ultimísima cosa que iba a ver jamás sería una gota de baba producto del terror en el regordete labio inferior del conde Jack Fitzgerald, y que nunca me había fijado en lo carnosos, lo besables que eran esos labios. La muerte es una capitulación dulcísima.

No morimos. Rebotamos. Un choque más fuerte. La estructura del cosmonarca gimió y se quebró.

Cables chisporroteantes cayeron a nuestro alrededor. No obstante lo cual, ni nos paramos ni morimos. Recuerdo pensar, «No vuelques; como volquemos, estamos muertos, todos», y entonces supe que viviríamos. Zarandeados, golpeados, aturdidos, pero sobreviviríamos. El cadáver del cosmonarca se deslizó hasta detenerse bruscamente con un crujido al chocar contra las rocas del tamaño de una casa situadas al pie de la pared del cañón. Vislumbré la luz del día a través de cinco puntos del casco profanado de la nave. Me quedé sin palabras ante tal belleza. Daba igual que los monstruos siguieran sobrevolándonos en el cielo, yo tenía que salir de la nave.

—¡Jack! ¡Jack! —grité. El conde tenía los ojos como platos, el rostro pálido por la conmoción—. ¡Maestro!

Miró y me vio. Lo tomé de la mano y juntos escapamos de las ruinas humeantes del cosmonarca. Como los miembros de la tripulación habían recibido entrenamiento militar, se habían dado más prisa en huir y ya estaban alejándose a la carrera de los restos de la nave. Sentí pasar una sombra por encima de mí. Levanté la vista. Emergiendo del diminuto átomo que era el sol… qué horror, ¡qué horror! Por primera vez, y en toda su integridad, vi una de las criaturas que nos habían estado dando caza, y mi corazón se estremeció. Con sus cuatro alas, se lanzó en picado con espantosa rapidez y agilidad, atrapó a los hombres que corrían y los levantó por los aires, cada uno empalado en una garra-cimitarra. Se cernió sobre nosotros y alcancé a percibir la calidez y el hedor nauseabundos del aliento de su pico y de una ráfaga de aire levantada por sus alas. Esta, esta era la muerte para la que había sido reservado. Nada tan sencillo como estrellarme. El monstruo volador me miró, miró al conde Jack con sus seis ojos, con los principales y los secundarios. Y entonces, con un aullido chirriante y terrible, como de las almas de los mecánicos muertos empalados en sus garras, y con un golpe de viento producto de sus alas, se elevó y alejó majestuosamente.

Habíamos quedado marcados de por vida.

∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞

La ironía es la moneda con la que nos paga el tiempo. Habíamos quedado marcados de por vida, pero por tres veces contemplé la idea de asesinar al conde Jack Fitzgerald. Coger una roca y golpearlo con ella hasta matarlo, estrangularlo con su pajarita, simplemente alejarme caminando y abandonarlo en los áridos barrancos a merced de los carroñeros.

Utilizando el cauce de agua que teníamos a mano, y un trozo de papel que tiré en él y que mostró un flujo perezoso pero claro, razoné que debíamos seguir el canal. Mis conocimientos de la retorcida geografía del Laberinto de la Noche eran escasos (como los de todo el mundo, sospecho), pero sabía con certeza que todas las aguas fluían hacia el Gran Canal, que era la columna vertebral y el sistema nervioso de la operación Justicia Infinita. Sugerí que debíamos beber, y el conde Jack me ordenó que

mirara hacia otro lado mientras se arrodillaba para beber las aguas marcianas de gusto extrañamente metálico. Echamos a andar acompañados por el sonido de los infames gritos que se oían a lo lejos, en las alturas, por entre los pináculos de las paredes del cañón.

El sol todavía no había atravesado dos dedos de ese cielo tan estrecho del territorio de los cañones cuando el conde Jack lanzó un suspiro inmenso y teatral y se sentó en un noray para barcazas que había en la orilla del canal.

—Muchacho, ni por asomo puedo dar otro paso sin algo de sustento material.

Le señalé la extensión alienígena de pliegues, polvo, agua y cielo rojo; y aludí a su aridez.

—Veo arbustos —dijo el conde Jack—. Y veo frutos en esos arbustos.

—Podrían ser mortalmente venenosos, Maestro.

—Lo que es bueno para los marcianos no puede perturbar el robusto tracto digestivo terrano —afirmó el conde Jack—. Y, por Dios, en cualquier caso, mejor una muerte rápida que una prolongada inanición.

Discutir era inútil. El conde Jack cogió una única fruta, ovoide y púrpura, y le dio un delicado mordisquillo. Esperamos. El sol atravesó su franja de cielo.

—Continúo obstinándome en seguir vivo —anunció el conde Jack antes de comerse el resto de la fruta—. La textura de un plátano al que le falta un pelín para estar maduro, y el sabor de un anís suave. Tolerable. Y el estómago está lleno.

Cuando todavía no había transcurrido ni media hora desde que habíamos echado a andar de nuevo, el conde Jack pidió hacer una parada.

—Las tripas, Faisal, las tripas.

Se agachó detrás de una roca. Oí gruñidos, maldiciones y otros ruidos más líquidos. Reapareció pálido y sudoroso.

—¿Cómo os encontráis?

—Más ligero, muchacho, más ligero.

Esa fue la primera de las veces en las que me planteé matarlo.

La fruta no solo había abierto sus intestinos. El silencio de los cañones debía de resultarle agobiante, porque se dedicó a hablar. Válgame Dios, lo que habló. Tuve el placer de que me fuera ofrecida la opinión del conde Jack Fitzgerald en relación a todo, desde cómo debería haber estado planchándole las camisas de gala (al parecer hubiera necesitado una segunda tabla de planchar en miniatura especialmente diseñada para cuellos y puños), hasta cómo se debería estar gestionando la guerra entre los mundos.

Intenté hacerlo callar cantando, confiando (sabiendo) que era incapaz de resistirse ante una oportunidad de lucirse y brillar. Entoné desgañitándome *Blaze Away*, con mi pasable voz de barítono, y seguí con *The Soldier's Dream*, cualquier cosa siempre que tuviera un buen ritmo de marcha. Mi voz resonó enérgicamente por entre los rebordes rocosos.

El conde Jack me tocó el brazo suavemente.

—Muchacho, muchachito mío. No. Solo consigues que lo intolerable resulte insoportable.

Y esa fue la segunda vez en la que estuve cerca de asesinarlo físicamente. No obstante, nos dimos cuenta de que para sobrevivir, si bien lo contrario era una posibilidad que no podíamos aceptar, porque con toda seguridad nos habría destrozado el corazón y nos habría matado…, comprendimos que para tener alguna esperanza de regresar al territorio ocupado, tendríamos que proceder como algo más que maestro y acompañante. Así que, finalmente, hablamos, de hombre a hombre. Yo le hablé de mi infancia en la agradable localidad de clase media de Woking, de la Real Academia de Música de Londres, y de cómo me había dado cuenta, de un modo tranquilo, demoledor, pero totalmente irrefutable, de que nunca sería un gran concertista. Nunca tocaría ni en el Albert Hall ni en el Marinsky ni en el Carnegie Hall. Vi a un conde Jack que nunca antes había visto, sincero detrás de su bravuconería, humano y compasivo. Vi más allá del intérprete. Vi todo un artista. Él me confió sus miedos: que los días de pontífices y grandes teatros como el Palladium lo hubieran cegado. Se había percatado demasiado tarde de que llegaría una noche en la cual los focos se desplazarían hacia otro, y él se enfrentaría al largo y sombrío camino de salida del escenario. Pero tenía planes; sí, tenía planes. Una larga caminata por un terreno difícil ayuda maravillosamente a que la mente se concentre. Pagaría a Hacienda lo que debía y seguiría con Ferid Bey solo el tiempo necesario para garantizarse la residencia en Venus. Y cuando su periplo por los mundos hubiera terminado y ya tuviera suficiente polvo estelar bajo las uñas, regresaría a Irlanda, al condado de Kildare, compraría algunos terrenos en los que establecerse entre las turberas y se convertiría en un rubicundo y enchalecado lugareño. Solo cantaría para la Iglesia, en misas especiales, fiestas de guardar, y celebraciones y tómbolas parroquiales; vislumbraba una época en la que podría volver a caer prendado de la religión, no por una fe personal, sino por la comodidad y la seguridad de lo que nos resulta familiar.

—¿Ha pensado en casarse? —pregunté.

Al conde Jack nunca le habían faltado las admiradoras, aunque ya no lanzaran al escenario prendas de ropa interior como habían hecho en la época en la que su cabello y bigote eran negros y brillantes, y en los que él se secaba el rostro con ellas y las volvía a lanzar ante los gritos de aprobación de la multitud. «En el público todas las tenían mojadas, muchacho». Aunque yo no había visto nada que hiciera pensar en una relación que hubiera durado más allá de una noche y un desayuno con champán.

—Nunca he visto la necesidad, muchacho. No soy de los que se casan, ¿Y tú, Faisal?

—Yo tampoco soy de los que se casan.

—Lo sé. Siempre lo he sabido. Pero eso es lo que este mundo de mierda necesita. Lo que necesita de verdad. Mujeres, Faisal. Mujeres. Deja a unos cuantos hombres solos y enseguida se ponen de acuerdo para arrasarlo todo. Las mujeres son una fuerza civilizadora.

Doblamos una abrupta curva en el canal y nos encontramos con una escena que silenció incluso al conde Jack. En ese lugar se había librado una batalla, una guerra de abnegación y destrucción absolutas. Pero, ¿quién había ganado?, ¿quién había perdido? No habríamos sabido decirlo. Los trípodes de combate uliri yacían sobre salientes y arcos como arañas muertas y resecas. Los restos de los cosmonarcas estaban empalados en agujas de piedra, encajados en grietas en las rocas, en escolleras. Fragmentos de blindaje, humano y uliri, estaban desparramados por el suelo del cañón. Los cascos y las corazas estaban vacíos, limpiados mucho tiempo atrás por los carroñeros que se escondían de la luz del lejano sol y que roían y desgarraban por la noche. Nos rodeaba un paisaje de chapas de casco de nave, abrazaderas, riostras, tanques destrozados, y revoltijos de cables y mecanismos que no podíamos ni empezar a identificar. Lo peor, lo más terrible de todo, el casco de una nave interestelar, derretido por el fuego de la reentrada, aplastado como una fruta blanda, yacía atravesado en el cañón, de lado a lado, el casco perforado de un costado a otro por agujeros tan grandes que un cosmonarca hubiera pudiera volar a través de ellos.

El conde Jack levantó los ojos y luego las manos hacia la nave derribada.

—¡Dios! Tal vez nunca vuelva a cantar en el Hammersmith Palais.

Le respondieron unos carrillones, un repique de metal chocando contra metal. Esto era la locura definitiva, el momento en el que comprendíamos que estábamos muertos (que habíamos muerto cuando el cosmonarca se había estrellado) y que esa guerra era el Infierno. Entonces sentí temblar el suelo bajo las suelas de mis zapatos negros, los buenos, los de los conciertos, y comprendí. Metal chocando contra metal, restos de naves contra restos de naves. La tierra se estremeció, el polvo se levantó. Los despojos de la guerra comenzaron a rebullir y a moverse. El terreno se agitó, mis pies carecían de estabilidad, no había nada a lo que aferrarse, ningún puntal a excepción del conde Jack. Nos abrazamos mientras el polvo se levantaba ante nosotros y la chatarra comenzaba a deslizarse y a rodar. El suelo se elevó, arriba, cada vez más arriba, y esa fue la tercera vez en que estuve a punto de matarlo, porque todavía no comprendía por completo lo que estaba sucediendo y me imaginé que si detenía al conde Jack también detendría toda esa locura. Esto era obra suya; de algún modo había invocado y hecho brotar del suelo a algún ancestral demonio marciano. Y entonces, una brillante cabeza taladradora emergió de la tierra, y polvo y rocas saltaron por los aires cuando la máquina emergió del suelo como un topo. Se levantó cinco, diez metros por encima de nosotros, un cilindro de metal recubierto de costras de tierra y terminado en un barreno, que a continuación sacó unos pies metálicos de unas trampillas situadas a lo largo del vientre, cayó hacia delante y se quedó inmóvil a un tiro de piedra de nosotros. Detrás de la cabeza taladradora, que todavía estaba girando, se abrieron bruscamente algunas compuertas que se desplegaron como pétalos de una flor. Vislumbré

algo plateado contorsionándose en la oscuridad del interior. Padvas uliri salieron en tropel, con sus tentáculos franqueando con destreza la roca y el metal maltrechos. Llevaban cascos en los cráneos, unas corazas delicadamente trabajadas blindaban su manto respiratorio, y en sus palpos esgrimían rifles. Levantamos las manos. Nos rodearon y, en silencio absoluto, nos condujeron al interior de las tenebrosas fauces del topo mecánico marciano.

∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞

El coche arácnido nos dejó ante la entrada de ónice en una plataforma de arenisca pulida mediante rayos calóricos. Las puntas metálicas de los tentáculos de nuestros guardas tamborilearon en la reflectante piedra. La puerta alcanzaba cinco veces la altura de un humano —tenía que resultar abrumadora para los uliri, que eran más bajos— y estaba dividida en tres partes, conforme a lo habitual en la arquitectura uliri, y decorada con unos bellísimos diseños en altorrelieve de tentáculos entrelazados, tan complejos como los motivos de entramados celtas. Un punto de luz apareció en el centro de la puerta y se dividió hasta convertirse en tres líneas: una brillante Y, que se abrió lentamente hacia el exterior y hacia arriba. No teníamos posibilidad alguna, salvo entrar.

¡Qué ciegos habíamos estado los humanos!, ¡cuán seguros de que nuestro dominio del cielo y el espacio nos otorgaba el dominio de este mundo! Ni nuestros bombardeos desde el espacio ni las ofensivas masivas de los cosmonarcas habían hecho retroceder a los uliri, solo los habían empujado a adentrarse más en las profundidades. Mientras las grandes colmenas de Sirtia y Tempe ardían y eran machacadas, los proles uliri habían estado perforando más allá de las raíces de sus núcleos geotermales, bajando hacia el corazón todavía caliente de su mundo, explotando sus recursos energéticos y minerales. En vertical y en horizontal; de colmenas a nidos y a manufacturas; de reductos bajo tierra a fortalezas en el subsuelo, una red de túneles, excavaciones y tubos de vacío subterráneos tan cuantiosos, tan profundos y tan extendidos, que Tarsia era como una esponja. En las profundidades, en las tinieblas caldeadas por el magma, habían erigido una sociedad que quedaba muy lejos del alcance de nuestras bombas espaciales. Tomándose su tiempo; encajando los planes; lanzando sus tentáculos por debajo de nuestros campamentos, bases y centros de mando; congregando sus fuerzas forjadas al calor de los volcanes para enviarlas contra nosotros.

No recuerdo gran cosa del viaje en el topo mecánico, salvo que fue interminablemente largo y hacia abajo en su mayor parte, y que olía fuertemente a ácido acético. El conde Jack, con su extremada sensibilidad, se cubrió con discreción la nariz y boca con un pañuelo. Yo no alcanzaba entender su reticencia: los uliri tenían miles de razones mejores para habernos convertido en cenizas que una afrenta a su perfume personal.

Nuestros captores no demostraron rudeza ni amabilidad, que se corresponden con emociones humanas. La lección que nos costó aprender después del ataque de Horsell Common fue que las emo-

ciones marcianas son marcianas. Ellos no sienten amor, ira, desprecio, deseo de venganza ni celos. Ni nos atacaron movidos por el odio ni se defienden movidos por el amor. Tienen sus propias necesidades, motivaciones y emociones. Así que solo aparentaban estar acompañándonos amablemente desde las compuertas abiertas del topo mecánico (uno entre cientos, alineados en silos, con el mundo de la superficie como objetivo) hasta el interior de una enorme dársena subterránea calentada con roca del núcleo y a lo largo de un muelle que llevaba hasta una estación, donde cabinas de cristal con forma de araña colgaban de sus numerosos brazos de un monorraíl. La cabina-araña aceleró con repentina fuerza. Nos adentramos en un túnel sin iluminación, y al salir nos encontramos en medio de una ciudad subterránea, con hileras e hileras de ventanas iluminadas y calles descendiendo hacia una neblina de rojo fulgor. Atravesando cataratas submarinas, atravesando inmensas granjas cilíndricas que brillaban con la luz del sol perdido. Por patios de armas y de maniobras tan abarrotados de padvas como la playa lo está de granos de arena. Fábricas, tanques de cría, plantas tecnológicas en las que centellaban los arcos eléctricos de soldadura y el acero fundido. Vi pozos de kilómetros de profundidad, apuntalados con contrafuertes, arcos y agujas, que bajaban más y más y más, como una catedral puesta del revés, lo de fuera dentro. Y esas esbeltas bóvedas y agujas de piedra estaban festoneadas con terribles criaturas aladas, aquellos mismos monstruos de cuatro alas que nos habían arrancado del cielo y, con toda facilidad, tan como si nada, habían desmembrado a nuestra tripulación. Y a nosotros nos habían permitido vivir.

Yo no tenía duda alguna de que habíamos sido escogidos. Y no tenía duda alguna del motivo.

Zarandeados en una nueva mudanza, atravesando otro estruendoso y aterrador túnel, para salir a una descomunal galería de silos de lanzamiento: cientos, pegados los unos a los otros, cargados con gruesos cohetes atestados de baterías de misiles y torretas para la artillería. Temí por nuestra tan ponderada Flota Interestelar y, al caer en la cuenta, temí más por mí mismo. Ni siquiera la escala de valores alienígena de los uliri justificaría que nos estuvieran mostrando tanto de existir la más remota posibilidad de que pudiéramos llevar de vuelta la información a la Commanderie.

El conde Jack se percató de ello en ese mismo instante.

—¡La Virgen del copón bendito, Faisal! —susurró.

Adelante, a través del perforado, agusanado, minado y excavado y taladrado y vaciado subsuelo de Marte. Las puertas de ónice ya estaban abiertas de par en par, y una guardia de padvas nos rodeó y obligó a atravesarlas. La arenisca adoptó la forma de una larga pasarela a cuyos lados se alzaban asientos, filas y más filas de hueveras de obsidiana, en cada una de las cuales había un uliri (proles, gestas, padvas, dignas) distribuidos en función del rango y color del manto. Por los detalles de los grabados de sus cascos y corazas, supuse que eran figuras de gran relevancia. Un parlamento, un cónclave, un gabinete. No obstante, la verdadera autoridad estaba al final de la larga pasarela: la mismísima reina de Noctis. Nunca se había capturado la imagen, ni recuperado el cadáver una reina uliri, ni tampoco había sido hecha prisionera. Eran criaturas legendarias. La realidad super-

aba en todos los sentidos nuestras imaginaciones creadoras de mitos. Era inmensa. Inundaba la cámara como un amanecer. Su piel era dorada; las delicadas escamas con forma de diamante de su manto lo hacían parecer una armadura de cuento de hadas. Los inseminadores se iban relevando para trasladar huevos desde sus múltiples oviscaptos tatuados, recubriéndolos con una luminosa lecha. Tenía los párpados y la base de los tentáculos perforados por anillos de rango y jerarquía. Su coraza y casco refulgían con joyas y las más delicadas filigranas. Toda ella irradiaba poderío, majestuosidad y belleza incontestable. Nuestros zapatos de gala repiquetearon sobre la piedra bruñida.

—Acompáñame, Faisal —me dijo el conde Jack en un susurro—. Rápido. —La guardia se detuvo, pero el conde Jack siguió avanzando a grandes zancadas. Se puso en posición de firme con todos los ojos regios clavados sobre él. Dio un taconazo e hizo una pequeña reverencia formal. Yo estaba un paso detrás—. Después de lo del Papa esto no es nada.

Un tentáculo se arrastró hacia nosotros. Resistí el impulso de retroceder, incluso cuando la piel del palpo se retrajo y una cabeza humana quedó al descubierto. Y no una cabeza humana cualquiera: la cabeza del *yuzbashi* Osman, el melómano del campamento Oudeman, al que habíamos visto por última vez al frente de una carga audaz y conmovedora (y a la larga inútil) contra las hordas padvas. Ahora el horror estaba completo. El *yuzbashi* abrió los ojos y dejó escapar un suspiro ahogado. La cabeza me miró de arriba abajo y a continuación pasó a examinar al conde más concienzudamente.

—Conde Jack Fitzgerald de Kildare de Irlanda. Sed bienvenido. Soy Nehenner Repooltu Sevenniggog Dethprip: por derecho, lid y aclamación, la legítima reina de Noctis. Y soy vuestra fan número uno.

∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞

Un dedo de ron en ese té tan especial del conde Jack. Y luego, por la suerte, por la guerra, por la locura, añadí con disimulo otro más. Llamé a la puerta, esperé a que respondiera y entré en el camerino. Ya podíamos estar en mitad del laberinto de cámaras bajo el salón de la reina marciana, kilómetros por debajo de las arenas de Marte, que las formas debían ser respetadas. Las formas eran lo único que nos quedaba.

—¡Muchacho!

La arquitectura uliri no encajaba con las proporciones humanas. Proles uliri habían estado trabajando (el olor penetrante y cosquilleante a piedra chamuscada era fuerte), pero todavía tenía que agacharme para franquear la puerta. El conde Jack estaba sentado frente a un espejo de obsidiana pulida con rayos caloricos. Se ajustó la pajarita blanca. El conde llenaba el minúsculo cubículo, no obstante lo cual cogió el té con un ademán operístico y tomó un sorbo prolongado y rural.

—¡Vaya! ¡Excelente! Excelente. Mis arrestos reforzados a tope. ¡Dios!, bien que los voy a necesitar hoy. ¿Has puesto una chispita extra, pillín?

—Sí, Maestro.

—Un ron sorprendentemente bueno. Y el té no está mal. Me pregunto de dónde los sacarán…

—La ignorancia es una bendición, Maestro.

—En eso tienes toda la razón. —Se terminó la taza—. ¿Y qué tal es el piano?

—Como el ron. Lo único es que creo que fabricado por ellos mismos.

—Los trabajos delicados se les dan bien, a los zánganos-currantes estos. Con esas puntas de los tentáculos tan finas y diestras que tienen… Maestros artesanos por naturaleza. Me pregunto si serían buenos pianistas. Faisal… ¡Ay, Dios mío!, ¡escúchame, escúchame! Henos aquí, como si fuéramos una caja de música a cuerda, listos para entretener y deleitar. Una canción, una melodía, un par de danzas. Nosotros, el último vestigio de belleza en este planeta ignorante, muertos y enterrados en una asquerosa fosa subterránea de depravación cefalópoda. ¿Y hay alguien que sepa que estamos vivos? Que alguien nos ayude, por el amor de Dios, ¡que alguien nos ayude! Ferid Bey, él hará algo. Tiene que hacerlo. Como mínimo, empezará a buscarnos cuando el dinero no se materialice.

—Supongo que Ferid Bey ya habrá cobrado el seguro.

Cogí la taza y el plato. Estábamos en un aprieto tan grave, tan terrible, que no nos atrevíamos a mirarlo cara a cara. La reina de Noctis nos había dejado bien claro que contaba con que actuáramos ante ella de manera indefinida, pájaros cantores en una jaula. Nunca confraternices con los fans. Ese había sido uno de los primeros sermones que me había echado el conde Jack. Los fans piensan que les perteneces.

—¡Cabrón! —rugió el conde Jack—. ¡Cabronazo de mierda! Lo mato, lo mato. Cuando vuelva… —Entonces cayó en la cuenta de que nunca íbamos a volver; de que tal vez nunca volviéramos a sentir la lánguida calidez del sol, pequeño y lejano; de que estos túneles de techo bajo podían ser nuestro hogar por el resto de nuestras vidas…, y el del otro el único rostro humano que íbamos a ver jamás. El conde se lamentó, bramando como un buey—. ¿Cómo va a ser esto el canto de cisne del conde Jack Fitzgerald? Prostituyéndome para una calamara reina marciana superovuladora… ¡Ay!, ¡el horror, el horror! Déjame solo, Faisal, déjame solo. Tengo que prepararme.

El olor avinagrado de los uliri casi me provocó arcadas cuando pisé el escenario. Siempre he sentido una peculiar repugnancia hacia el vinagre. Las luces me deslumbraron, pero mi nariz me dijo que debía de haber miles de uliri en las numerosas filas de asientos de la sala de conciertos. El lenguaje uliri se compone no solo de sonidos hablados sino también de roces y colores del manto, y la fricción de los tentáculos llenaba el auditorio de un susurro como de hojas secas. Eché para atrás los faldones, me senté frente al piano y ejecuté unas escalas de calentamiento. En efecto, se trataba de un instrumento excelente. Estaba irreprochablemente afinado, y la resistencia y el peso de las teclas eran perfectos. Un inmenso brillo dorado bañó el fondo de la enorme sala: la reina había llegado en su gravtrono flotante. Las manos me temblaban de rabia fútil. ¿Quién le había otorgado el derecho

a ser la fan número uno del conde Jack? La reina nos había explicado en su cámara privada (un foso rebosante de aceite dulce y fragante capaz de soportar su monstruoso peso, en el que estaba cómodamente instalada) cómo había oído por primera vez la música del conde Jack Fitzgerald. Más bien, fue la cabeza del pobre Osman la que lo explicó. Cuando ella era una minúscula alevín en los criaderos reales (antes de las terribles guerras intestinas entre las reinas, de las que solo una podía sobrevivir) y tras la derrota de la Tercera Hueste uliri en la batalla del fuerte orbital Tokugawa, la Tierra había despertado su curiosidad. Había escuchado la radio terrana, y la ópera ligera la había cautivado: las excitantes coloraturas, el poderío sensual del tenor, la conmovedora dignidad del contrabajo. Y, en particular, se había enamorado (o el equivalente uliri de enamorarse) del encanto y la labia del conde Jack Fitzgerald. Irlanda la fascinó (una Isla Esmeralda, constituida por una única piedra preciosa gigantesca, un país verde donde habitan hombrecillos verdes), ¡tan extraordinaria!, ¡tan maravillosa!, ¡tan mágica! Incluso había hecho que sus proles construyeran una maqueta de Athy de tamaño real en una de las criptas que no se usaban de los criaderos del Nido Real. La ópera y la emotiva voz del tenor operístico se convirtieron en sus pasiones, y juró que si sobrevivía al Soricidio construiría una ópera sin par en Marte, en el corazón del Laberinto de la Noche, y que atraería a los más grandes cantantes y músicos de la Tierra para que mostraran a los uliri lo que ella consideraba el arte humano supremo. Había sobrevivido y devorado a todas sus hermanas, apoderándose de sus experiencias y memorias, y había construido su teatro de la ópera, el mayor de todo el Sistema Solar; pero la guerra se había interpuesto. La Tierra había atacado, y las ancestrales y hermosas colmenas uliri de Enetria e Issidy habían sido machacadas como huevos infértiles. Ella había buscado refugio bajo tierra, en su auditorio vacío y virginal, pero, en plenas labores de excavación, forja y construcción, se había enterado de que el conde Jack Fitzgerald había llegado a Marte para actuar ante las tropas, justo cuando las Reinas Unidas estaban preparando una prolongada ofensiva, así que había aprovechado la oportunidad.

La idea de esa pequeña réplica de Athy, tan lejos del sol, más verde que la propia Athy, me hizo gritar en mis pesadillas.

Una vez completado el calentamiento, me enderecé frente al piano. Flexioné los dedos y ataqué los primeros compases de *I'll Take You Home Again, Kathleen*. Y entonces apareció el conde Jack Fitzgerald, los brazos abiertos de par en par, el pañuelo en una mano, sonriendo de oreja a oreja, las palabras brotando de sus labios. Profesional, cabal, maravilloso. Mi devoción hacia él alcanzaba las mayores cotas cuando se dirigía hacia los focos. El auditorio destelló con débiles fogonazos de color: uliri iluminando sus mantos bioluminiscentes, su equivalente al aplauso.

El conde Jack se interrumpió en mitad de una frase. Levanté las manos del teclado como si el marfil estuviera envenenado. El silencio fue repentino y vasto. Todos los destellos se paralizaron, y luego se fueron apagando suavemente.

—No —dijo el conde en voz baja—. Eso no va a servir.

Alzó las manos y se las mostró al público, primero una y después la otra. Y entonces las juntó en una

palmada que retumbó en la inmensa negrura. Una palmada, dos, tres. Esperó. Entonces oí el sonido de un único par de tentáculos golpeándose entre sí. No fue una palmada, ni por asomo, pero fue un aplauso. Otro se le unió, y un tercero y un cuarto, hasta que olas de lentos palmoteos tentaculares inundaron el auditorio. El conde Jack levantó las manos: basta. Al momento se hizo el silencio. Entonces él se aplaudió a sí mismo, y me aplaudió a mí, y yo a él. Los uliri pillaron la idea al vuelo. Se oyeron aplausos provenientes de todas las filas, niveles y vigas del salón de conciertos de la reina marciana.

—Bien, intentémoslo de nuevo —dijo el conde Jack y, sin previo aviso, abandonó el escenario pomposamente.

Lo vi entre bambalinas indicándome que exprimiera el momento al máximo. Conté un minuto largo antes de empezar a tocar la introducción de *I'll Take You Home Again, Kathleen*. Entonces apareció él, los brazos abiertos de par en par, pañuelo en mano, sonriendo de oreja a oreja. Y la sala de conciertos estalló. Un aplauso: un aplauso entusiasta, resonante, potente, que rompió como un océano de un extremo a otro de la sala, ola sobre ola sobre ola, y más y más y más.

El conde Jack me guiñó el ojo mientras se adentraba con majestuosidad en el resplandor de los focos para recibir el mayor aplauso de su vida.

—¡Vaya público, Faisal!, ¡vaya público!

Copyright © 2013 Ian McDonald

Reconciliación

Eileen Gunn

Presentación

Eileen Gunn es una autora y editora estadounidense que, a lo largo de su extensa carrera, ha publicado alrededor de una treintena de relatos. A pesar de no ser excesivamente prolífica, ha sido finalista de la mayoría de los galardones más destacados del género, y en 2005 ganó el premio Nebula con la obra que tengo el honor de presentaros aquí.

Reconciliación (*Coming To Terms*) se publicó por primera vez en *Stable Strategies and Others* (Tachyon Publications, 2004), una de las tres recopilaciones de relatos de la autora, que fue nominada a los premios World Fantasy Award, Philip K. Dick y James Tiptree Jr. de 2005. Y, no solo eso, sino que

como decía, el propio cuento también triunfó en la categoría de relato corto de los Nebula, que otorga la Asociación de Escritores de Ciencia Ficción y Fantasía de Estados Unidos.

Este relato es en cierta manera un homenaje a otro de los autores de **Cuentos para Algernon**, Avram Davidson, que al parecer tenía la costumbre de llenar sus libros de anotaciones. Aunque Eileen no fue amiga suya, ayudó al hijo de Avram a recoger las pertenencias de su padre tras el fallecimiento de este, y de ahí nació la idea que está detrás de esta historia. Y, a pesar de su aparente sencillez, no debió de ser un relato fácil de escribir, ya que tardó diez años en conseguir darle su forma definitiva.

Espero que aprovechéis la oportunidad de descubrir este emotivo cuento que inexplicablemente estaba hasta ahora inédito en español. Y, por supuesto, muchísimas gracias, Eileen, por haberme dado la oportunidad de compartir tu maravillosa historia con los lectores de habla hispana.

Reconciliación

Eileen Gunn

La vida se escapaba del cuerpo del anciano. Yació en la cama durante más de un mes, en el hospital y en una residencia, en mundos de dolor. Primero luchó por controlar su muerte, luego por controlar su vida una vez más. Hacia el final, renunció a su deseo de control, hasta donde fue capaz. Seguía encargando a todas las visitas una lista de tareas, pero sabía que no podía controlar si las mismas se llevaban a cabo.

Así que, de manera concienzuda, empezó a desenmarañar la madeja del pasado. Tornó a los viejos misterios y enigmas, y reflexionó largamente sobre la vida y motivaciones de personas muertas largo tiempo atrás. Elaboró teorías para explicar las pueriles crueldades de los matones de la clase. Hizo planes para comprarse una casita; para recuperar su terreno de Guatemala; para publicar ensayos, ficción, fragmentos de prosa… Tomó plátanos, pan de centeno y las comidas del hospital y la residencia, y se puso la dentadura postiza cuando tenía alguna visita. Decidió dejar de preocuparse por las cosas que no podía arreglar y se esforzó por ceñirse a su propósito.

Entonces, los músculos de su corazón, exhaustos tras tres mil millones de latidos y debilitados por la neumonía, diabetes y el estrés de un temperamento colérico, se detuvieron un instante y ya no fueron capaces de arrancar de nuevo. Una enfermera pidió ayuda y, junto con un equipo de auxiliares, consiguió traerlo de vuelta. Él le apretó la mano, pero el corazón volvió a fallarle y lo dejaron morir. El tenue flujo de impulsos electroquímicos que eran la base de su sistema nervioso central se ralentizó y se detuvo, y el orden que el anciano había impuesto en el universo comenzó a desintegrarse, liberando calor.

Su cuerpo se enfrió. Un empleado de la funeraria vino y se lo llevó. Un auxiliar de enfermería recogió

sus pertenencias, tiró algunos papeles sin importancia y metió lo demás en una bolsa de plástico. Volvieron a hacer la cama: alguien la estaba esperando.

Algunos amigos fueron a visitarlo y se encontraron con que había fallecido. La noticia corrió, un espasmo de pesar ante la desaparición de una mente aguda, una inteligencia brillante, un amigo generoso. Los favores aplazados ya no se dispensarían. Las palabras ásperas, fuera cual fuera el motivo o la causa, ya no podrían ser retiradas.

Murió con un libro recién salido al mercado, un ensayo en el último número de una publicación de carácter general y un relato a punto de aparecer en una conocida revista. Dejó tras de sí una respetable cantidad de trabajo, y una pila de manuscritos inéditos a los que su fallecimiento hizo más comerciales. Sus amigos continuaron recibiendo sus postales y cartas días después de su muerte.

Transcurridas varias semanas, su hija, afligida por la muerte de su padre, pero no demasiado contenta de tener que cargar con la responsabilidad, llegó desde otro estado para recoger sus papeles y libros, y disponer de algún modo del resto de sus pertenencias. Abrió la puerta con la llave y entró en el silencioso apartamento con olor a cerrado.

El espíritu del anciano seguía estando fuertemente presente: siempre había dejado su sello en todas sus posesiones relevantes.

Un paraguas con el mango tallado en forma de cabeza de ganso estaba apoyado contra la pared detrás de la puerta. Una etiqueta que colgaba del cuello, decía con la caligrafía de su padre: «Regalado gentilmente por Arthur Detweiler, a quien conocí en la sala de lectura de la biblioteca pública una lluviosa tarde de marzo».

Recorrió con la mirada el abarrotado apartamento de dos habitaciones. Precarias pilas de manuscritos y útiles de escritura. Montañas de ropa, trapos y vajilla sucia. Un puñado de CD sin caja esparcidos por el escritorio. Rimeros de libros, libros, libros.

Nunca antes había estado allí. Su padre se había trasladado, no mucho antes de su muerte, a este último apeadero remoto de su itinerante vida. La desorganización reinaba en el apartamento, que había entrado en la vida del anciano demasiado recientemente para que se lo pudiera llamar su hogar. Algunas pertenencias estaban en cajas de cartón, todavía sin desembalar desde este último traslado o desde el anterior.

Por un instante se le pasó por la cabeza la posibilidad de que alguien se hubiera colado en la casa con la intención de robar sus escasas pertenencias y las hubiera metido en cajas para llevárselas. Cuando su padre vivía en su anterior domicilio, había entrado un chaval con un cuchillo y le había exigido que le entregara los cuarenta dólares de la cartera. La posibilidad de que alguien hubiera podido entrar y registrar las cosas de su padre mientras este yacía moribundo en el hospital la hizo sentir enojada. Aunque bueno, se dijo, da igual. Su padre no se había llevado el dinero, pero seguro que tampoco había dejado demasiado en casa. Sus posesiones valiosas eran su mente, su perseverancia

y sus dotes como escritor, y todo eso, eso sí que se lo había llevado consigo.

Adecentar el lugar le pareció una tarea de enormes proporciones, excesiva para encararla de buenas a primeras. Se prepararía un té antes. Si es que había té.

En la cocina había trozos de papel pegados por las superficies, encajados en las aberturas, metidos en botes. Un pedazo de papel pautado amarillo, pegado en la parte de delante del frigorífico, decía, «Este cacho de nevera, ¿para qué? Soy un anciano y no cocino».

Tampoco cocinabas de joven, pensó la hija. Un perrito caliente cuando ella iba a comer, comida china si se quedaba para la cena. De adolescente, intentando forjar una vida normal para este extravagante padre, había tratado de cocinar para él cuando lo visitaba, pero su padre no tenía paciencia con sus meteduras de pata.

En el horno, un papelito estaba pegado delante del reloj, tapando la esfera, «Ni caso a este reloj. Los relojes de horno siempre funcionan mal».

Notas cuadradas estaban pegadas por todo el horno:

«Por las mañana me preparo una taza de café, con permiso de mi estómago.»

«¡Una freidora! ¿Qué es lo que pretenden?, ¿matarme?»

«Hay que limpiar el horno. Mi madre se arrodillaba y lo limpiaba todas las semanas. Ella horneaba su propio pan, y todas las noches cocinaba algo caliente para la cena. Por las mañanas nos preparaba copos de avena hervidos, nada de esos desayunos de confleiks tostados instantáneos. Se confeccionaba su propia ropa, y también la de mi hermana. Lleva muerta treinta y cinco años y aún la echo de menos.»

La joven suspiró. Dentro de treinta y cinco años, ¿echaría de menos a su padre? A lo mejor vamos echando a la gente cada vez más de menos al irnos haciendo mayores, se dijo, aunque ella había aceptado la ausencia de su padre muchos años antes.

Cuando él se había trasladado a vivir a la otra punta del país, en busca de trabajo o de una mujer, había dejado por completo de sentirse su hija, de sentirse bajo su protección. Todavía no lo echaba de menos: no tenía la sensación de que hubiera muerto, sino de que simplemente se había marchado a otro lugar.

Llenó un cazo pequeño con agua y lo puso a hervir, luego abrió la puerta del armario contiguo al horno: una lata de levadura en polvo, una caja de cartón, un salero y un pimentero, vinagre, especias…

Al apartar un frasco de hierbas aromáticas, cayó una nota amarilla. «El olor del serpol, dice Plinio, ahuyenta las serpientes. Por otra parte, Dionisio de Siracusa lo considera afrodisiaco. Y tengo entendido que los egipcios utilizaban esta hierba para embalsamar, así que a lo mejor todavía acabo necesitando entero este paquete tan grande».

Metió la mano por detrás de las hierbas y alcanzó una caja de bolsitas de té de una marca blanca de supermercado. Mejor que nada. Escrito en la caja: «Mi madre bebió té Red Rose durante toda su vida, y yo me preguntaba cómo podía conformarse con beber un té que se llamaba rosa roja estando como estaba el mundo lleno de aromáticos tés con nombres tan seductores como Lapsang Souchong, Gunpowder o Caravana Rusa. Guardo esta caja para las visitas de paladar poco atrevido. En la lata que pone "Levadura en polvo" hay té bueno. ¿Por qué ahí? Ni idea».

Cogió la lata de la levadura en polvo. En el interior de la tapa había pegada una notita amarilla, que decía con caligrafía diminuta, «El famoso té verde de Uji, donde existe un templo dedicado a Inari atendido por musgosos zorros de piedra con baberos rojos». Su padre había pasado varios años en Japón estudiando zen. En opinión de ella, la experiencia no lo había convertido en una persona más tranquila, más tolerante, más en sintonía con el universo, ni en ninguna de esas cosas en las que ella creía que las religiones orientales te convertirían.

¿Y un infusor de té? Abrió el cajón de debajo de la encimera. Allí no había notas, pero entre los cuchillos y palas de cocina encontró un infusor de bambú. Lo cogió. En el mango, con trazos finos e inseguros de tinta negra, estaban escritas las palabras, «Se sale igual que si fuera un colador».

Sentada en el raído sillón de la sala de estar del apartamento, con una taza de té verde apoyada sobre el brazo del mismo, evaluó la situación. El contrato de arrendamiento vencía en una semana, y no tenía intención alguna de pagar otro mes de alquiler. Era mejor empezar ordenando y empaquetando los libros, y luego echar un vistazo al resto de cosas para ver qué podía vender y qué podía donar. Su intención no era conservar demasiado. ¿Realmente se habría leído su padre todos estos libros?

De niña, a ella le gustaba leer; pero a la lectura había que dedicarle mucho tiempo, tiempo que se pasaba íntegramente en la cabeza de otra persona. Las películas y la televisión se pueden mirar acompañado. A eso se reducía la cuestión: a cuánto tiempo se quiere estar solo, con un libro por toda compañía.

En el apartamento de su padre comprendió hasta qué punto los libros, y su compañía, habían sido el centro de su vida. No era solo que él creara libros; en cierto modo, los libros lo creaban a él. Él era la suma de los libros que había leído y de los que había escrito. Y ahora, lo único que quedaba eran los libros. Y ella misma.

Cuando era más joven, ella había considerado los libros, tanto los que su padre leía como los que escribía, rivales por su cariño. Y ya hacía mucho tiempo que se había retirado de la competición.

Cerrado sobre el escritorio, junto a la máquina de escribir, había un diccionario descomunal, el *Webster's Third New International Dictionary*. Lo abrió. La encuadernación estaba destrozada, y la tapa cayó flácidamente sobre la mesa dejando a la vista la portada. El nombre del director estaba marcado con un asterisco de tinta roja, y la caligrafía de su padre cubría la parte inferior de la página: «El doctor Gove fue mi profesor de Lengua Inglesa durante mi primer año en la Universidad de Nueva York,

en el viejo campus del Bronx allá por 1940. Me dijo que nunca había tenido un alumno tan prometedor como yo en primero», decía en rojo. Debajo, en negro: «Mis intentos por restablecer el contacto con él han resultado infructuosos».

Más tarde, en la página de los créditos editoriales de un ejemplar barato y forrado con plástico de otro diccionario, el *Webster Ninth Collegiate*, encontró una inscripción en rojo: «Asunto: ¿P. B. Gove?», y, de nuevo en negro: «P. B. Gove está muerto».

Como también lo estaba su padre. Y como también lo acabaría estando ella, tras dejar tras de sí todos los restos de su vida para que alguien los recogiera. Con esto en mente, las pequeñas notas amarillas cobraban sentido. Al igual que sus obras, las notas le permitían a su padre prolongar la duración de su vida, eran ganchos que se clavarían en la vida de otras personas cuando él ya no estuviera.

En el dormitorio había un montón de cajas vacías, ¿las cajas de donde habían salido los libros? Arrastró unas cuantas hasta la sala de estar y empezó a meter libros. Una caja para los que iba a conservar; otra para los que iba a vender; una tercera para los que no tenían ningún valor e iba a donar.

Había muchos para vender. Comprobó con cuidado que no tuvieran papelitos amarillos, pero lo único que encontró fueron anotaciones en los márgenes. Su padre mantenía un diálogo con todos los libros que leía, a veces polemizando sobre los hechos, a veces simplemente interrumpiendo el discurso del autor con sus propias evocaciones.

«Desembarcar de los transportes de tropas no era tan fácil como da a entender esta descripción.»

«Cuando estuve en Samarcanda en 1969, esta mezquita estaba abierta al público. Los azulejos de mayólica del *iwan* están entre los más maravillosos que jamás he visto.»

«1357 es el año que con más frecuencia aparece citado para esta batalla, aunque, en realidad, sin duda se libró en 1358.»

Frunció el ceño al ver las menudas anotaciones que seguro que iban a rebajar el precio de reventa del libro. ¿Por qué demonios habría llenado de comentarios todos esos ejemplares tan valiosos? Parecía una muestra de falta de respeto.

Abrió el *Diario* de Samuel Pepys y leyó la extensa nota que su padre había escrito en el interior. «Los libros son memoria —decía—. Recuerdan sus contenidos y los transmiten. Saben quién reivindica su propiedad, por quién fueron regalados y en ocasión de qué. Median, en sus márgenes, los desacuerdos entre lector y autor». Al parecer, los libros de su padre cargaban con una tremenda responsabilidad. ¿Podrían actuar como mediadores y solventar esa laguna de una década entre su padre y ella? ¿Puedes hacer las paces con alguien después de que haya muerto?

Mientras trabajaba, se percató de algo que la extrañó: las estanterías, que acostumbraban a ser lo más ordenado en todos los lugares en los que su padre había vivido, mostraban una cierta desorganización. Había huecos entre los volúmenes, aunque se veían pocos libros junto a la cama o por encima del

escritorio. En el cuarto de baño encontró tan solo uno sobre el alfabeto griego; otro sobre arquitectura islámica, y un ejemplar encuadernado en tela barata del tomo Ed-Fu de la Enciclopedia Británica, edición décimo primera. ¿Qué libros faltarían? De nuevo volvió a preguntarse si alguien habría tocado las cosas de su padre.

Los siguientes días no pasaron volando, pero pasaron. Se terminó el té japonés de su padre y se comió un paquete de *crackers* sin abrir que había encontrado en el armario. Encargó pizza por teléfono. Bebió demasiada Pepsi Light.

Embaló las cartas y manuscritos para enviárselos a una biblioteca de Kansas que estaba dispuesta a quedarse con los papeles de su padre. Encontró numerosas fotografías de desconocidos, y unas pocas de personas que sí que le sonaban.

Una polaroid de su madre, a los veinte años tal vez, con un vestido naranja ridículo y unas recias botas de piel. Otra de su padre, ya un hombre de mediana edad, con ella de bebé en brazos. Sus rostros parecían reflejar tan solo una cosa: esperanza en el futuro.

Un barato marco doble plegable con una imagen borrosa de su padre de niño, dormido en el césped delante de un bloque de pisos, emparejada con otra de ella en una pose similar. Se parecían, pensó, un par de críos flacuchos con el pelo oscuro y muy corto. Curioso que su padre se hubiera percatado…

Encontró una fotografía minúscula, de tan solo unos seis centímetros cuadrados, de su padre durante la Segunda Guerra Mundial. Un adolescente delgaducho con pantalones de camuflaje y casco, posando con una ametralladora, y una foto similar de otro muchacho, en cuyo dorso decía: «Woody Herald, muerto en Guadalcanal». Nunca había oído hablar de Woody Herald, y su padre, empero, había guardado esa foto durante cincuenta años.

Clasificó libros, pero también leyó. No estaba avanzando tanto como le hubiera gustado. Los libros en los que él había escrito eran numerosísimos, y los estaba leyendo en completo desorden. Lo sabía porque él fechaba sus comentarios. Habría podido, no era irrealizable, ordenarlos e ir descubriendo los intereses y estados de ánimo de su padre al ir desfilando los mismos frente a ella. A lo mejor Woody Herald aparecía en alguna anotación. A lo mejor su madre y ella también estaban ahí.

Continuó encontrando notas amarillas. En el cajón de arriba de la cómoda, su padre guardaba carteras viejas, relojes que no funcionaban y gemelos, una docena de cajas de gemelos. ¿Cuándo crees, pensó, que se pondría camisas de puño francés? Abrió una caja al azar. En el interior había una nota amarilla: «Antes se podía saber la edad y posición social de un hombre gracias a sus gemelos. Hoy en día tienes que mirarle la camisa entera. Si es que lleva».

Tras la irritación inicial al descubrir que su padre había escrito en los libros, fue sintiendo, a medida que leía, que él había compartido más de sí mismo en ellos de lo que jamás lo había hecho en vida. Quizás debiera conservarlos: si los soltaba por el mundo (ya fueran vendiéndolos o donándolos),

perdían su significado, se desligaban de su lugar legítimo. ¿Para quién había escrito las anotaciones?, se preguntó, ¿para ella? ¿Cómo podía saber que las leería? Se encontró apartando todos los ejemplares con los márgenes escritos, para enviarlos a su propia casa en lugar de venderlos, incluso aquellos que no le llamaban la atención.

Avanzada la tarde del tercer día ya estaba agotada, con numerosos libros todavía sin clasificar. A esas alturas ya debería haber sido mayor que las otras, pero, por lo que fuera, la pila de libros de los que iba a desprenderse era la más pequeña.

La física de la asimetría del tiempo. ¿Guardarlo o no? Lo abrió: estaba lleno de apretadas ecuaciones que demostraban que el tiempo no fluye hacia atrás. Era imposible que su padre hubiera entendido eso, pensó. Lo volvió a dejar en la pila. ¿Por qué tendría ese libro? Se arrellanó en el sillón, colocó los pies en el escabel y se permitió echar una cabezadita, tan solo unos instantes.

La despertó un sonido en el extremo opuesto de la sala, un ruido en la ventana. La hoja se abrió deslizándose, y un crío de aspecto faunesco se coló en el interior. Al ser mucho más grande que el niño, se sintió más sorprendida que asustada. ¿Sería él quien había revuelto los papeles de su padre? A lo mejor era un chiquillo del vecindario con el que su padre acostumbraba a charlar y al que daba caramelos. Esa posibilidad la molestó. ¿Qué clase de niño, y encima tan pequeño, robaría a un muerto?

La habitación estaba iluminada únicamente por la luz que entraba desde la calle. El crío avanzó en la oscuridad, evitando los lugares en los que, por lo que ella sabía, había cajas de libros y pilas de trastos. Se acercó a la estantería de las obras escritas por su padre, que todavía estaban sin empaquetar, cogió un ejemplar, lo abrió y comenzó a hojearlo, pasando las páginas de una en una. ¿Qué estaba buscando?, se preguntó. Estaba demasiado oscuro para leer. Lo observó desde las sombras, desde la parte más sombría de la sombría habitación, mientras iba examinando un libro detrás de otro, página por página. Finalmente le habló:

—Sea lo que sea lo que andas buscando, no está ahí.

El niño se volvió, sus ojos enormes y brillantes incluso en la oscuridad. Ella se levantó del sillón y avanzó hacia él.

—¿Qué estás haciendo? ¿Cómo puedes ver?

El oscuro pelo muy corto y ligeramente rizado, grandes ojos oscuros. Era menudo, de tal vez unos nueve años, y le resultó extrañamente familiar. ¿Lo habría visto merodeando fuera?

—¿Quién eres?

El crío no se movió, igual que un ratón o una ardilla que saben que los estás observando. Ella se acercó más.

—No tengas miedo. ¿Qué estabas buscando? —El chiquillo no parecía respirar siquiera—. ¿Te llevaste los otros libros?

Ni un sonido. Los ojos del niño atrapaban la luz y la reflejaban.

¿Sería mudo? ¿Podría oírla?

Sin previo aviso, el niño saltó sobre ella como un mono y la derribó, pataleando, arañando y mordiendo, intentando alcanzar sus ojos. Al principio, ella solo pretendía quitárselo de encima, pero no era tan fácil. Para ser tan pequeño, el chiquillo peleaba con mucha fiereza. Cuando el niño le apretó la tráquea, ella sintió un auténtico y repentino miedo. Reuniendo unas fuerzas que ignoraba poseer, levantó los brazos por entre los de él y los empujó hacia afuera por los codos, obligándolo a soltarle la garganta y haciéndole perder el equilibrio. Lo empujó a un lado y lo tumbó, con la cara contra la alfombra, y luego se le sentó encima. Se percató de que había dejado de forcejear. Le levantó la cabeza con precaución, tirando del pelo, y notó que se movía desmadejadamente. Le había roto el cuello. Se puso de pie y se arrodilló a su lado. No es que estuviera inconsciente. Estaba muerto, y parecía incluso más pequeño que antes.

¿Qué se supone que hay que hacer? Tenía que llamar a la policía. Ella no quería matarlo. ¿La creerían? ¿Por qué no iban a creerla? Se incorporó, tambaleándose. ¿Cómo podía deshacer lo que acababa de hacer? ¿Qué es lo que tendría que haber hecho de otra manera?

Sin atreverse a encender la luz, atravesó con cuidado el sombrío cuarto camino de la cocina. Llenó un vaso de agua en el grifo y se lo tomó de un trago. Se quedó plantada allí sin moverse durante un minuto, dos minutos. Luego regresó a la sala de estar. Llamaría a la policía.

Se acercó al niño muerto. En la oscuridad, el cadáver apenas se distinguía de las pilas en las que había clasificado los libros por el suelo. Seguía resultándole extrañamente familiar, con un aire a su padre de niño, pensó. A esa foto suya de pequeño dormido en el césped.

Cerca de la cabeza del chiquillo había un papelito amarillo. Lo cogió.

«Chéjov escribió: “Solo los tontos y los charlatanes lo saben y lo entienden todo”.»

—Totalmente de acuerdo —dijo—, pero ¿es posible saber y entender algo? ¿Es irrecuperable el pasado? ¿Es posible hacer las paces con los muertos?

Se arrodilló junto al cuerpo. ¿Se parecía a su padre? ¿Se parecía a ella? Las preguntas quedaron sin respuesta. No había cuerpo alguno; tan solo más y más montones de libros.

Se agachó y cogió uno de la pila que había sido el niño. *La física de la asimetría del tiempo*. Tomó el bolígrafo, abrió el volumen y escribió en la guarda: «Por motivos desconocidos para la física, el tiempo solo fluye en una dirección. La mente y el corazón, curiosamente, transcienden el tiempo».

Copyright © 2004 Eileen Gunn

Todos los derechos reservados, incluidos los de reproducción en formato electrónico, papel y en internet.

Primera publicación en *Stable Strategies and Others*, Eileen Gunn (Tachyon Publications, San Francisco 2004).

No res

Jeff Noon

Presentación

Jeff Noon es un autor al que creo que todos los seguidores de **Cuentos para Algernon** ya conocéis, dado que en las anteriores antologías ya se incluían dos cuentos suyos: *Destino cero* y *La llave del gabinete de la noche*. Y, como este último fue el ganador en el apartado de relato favorito de nuestra última encuesta anual (*ex aequo* con otra de las obras de la tercera temporada), tengo el placer de compartir con todos vosotros un nuevo cuento suyo.

No res (*No Rez*) fue publicado en 2015 en el número 260 de la revista Interzone, y fue uno de los finalistas de los premios British Science Fiction Awards de 2016. Es un original relato de ciencia ficción con un toque un tanto experimental en su forma, y supone el espectacular regreso al género de este autor tras un paréntesis de varios años durante los que no había publicado nada por los cauces editoriales tradicionales, aunque de nuevo os recomiendo que, si vuestro inglés os lo permite, no dejéis de seguir su cuenta de Twitter donde tuitea verdaderas joyitas hiperbreves. También me gustaría aprovechar para destacar que recientemente acaba de publicar su primera novela tras dicho paréntesis. Se trata de *Mappalujo*, escrita en colaboración con Steve Beard.

Y, ya por último, enhorabuena a Jeff por el resultado de la encuesta y, sobre todo un millón de gracias por su tremenda amabilidad, porque no solo me ha cedido este tercer cuento de mil amores, sino que también ha contestado y aclarado todas mis dudas relacionadas con la traducción del mismo, que no ha sido sencilla. *Thanks a million, Jeff!*

No res

Jeff Noon

Despertar igual todas las mañanas, en la oscuridad

La oscuridad del ojo

Esperando que con el día llegue, el primer

pixelillo

Ya, ya está ahí brillando, ahora ya más, cuadraditos de luz verde

formando números

7:15 el reloj

ahora naranja ahora amarillo, blanco, rojo

un píxel por centímetro cuadrado, y ahora cuatro, ocho, dieciséis

adelante, apartando a un lado el sueño, mi mundo acomodándose en mi visión:

¡ay!, mis queridos cuadraditos y cubos de luz y color, agrupándose, haciendo resplandecer la habitación ante mis ojos. Mi visión parpadea con un *plic*…

`> QUEREMOS SER SU BANCO. MÁXIMA GARANTÍA Y SEGURIDAD. TARIFAS REDUCIDAS PARA CLIENTES DE RES BAJA`

¡Joder!, primer pop-up, apenas despierto. Siempre son los jodidos sacacuartos los que atacan desde primera hora, cabrones

borrarlo con un parpadeo, ojalá pudiera

Arriba. Vestido. Gruñido para Tom cuando sale del baño su pálida piel borrosa (menos mal). He soñado, ¿verdad? Sí ¿con qué? Raro, no suelo soñar. Al parecer demasiados pocos píxeles en el cerebro, se contagia, o eso dicen:

Tal como ves el mundo, así piensas en él

> NO DEJES QUE TUS OJOS SUFRAN LA FEALDAD. MUNDOVISION BRILLO DORADO: EL MEJOR SISTEMA DE FILTRADO DEL MUNDO. DEMO DISPONIBLE

Sí, pilla esa demo. Un subidón de cinco segundos de Alt-Res. Resérvala para más tarde, guárdala con las otras. Bonita colección ya y, quizás, si ves a Katie un día de estos la uses entonces. Quizás…

Ahora a la calle. En la bici. La gloria. Ya están aquí los píxeles extra del incremento de res cortesía de la empresa. Y aquí estoy, pedaleando por la ciudad, capturando el mundo con mis siete cámaras, robando el mundo, transmitiendo el mundo en directo a la oficina central y de allí a los grandes centros de datos, en el extranjero, o allá en los confines, tengo entendido, bloques gigantes de hormigón llenos de máquinas, de luces parpadeantes. Se oyen historias, que solo un par de personas se encargan de todo mientras la información recogida de la nación fluye y crece y burbujea y sale disparada alejándose sin dejar de circular por la web, la trama de nuestras vidas, y aquí y ahora, yo a toda velocidad por las calles en mi pixel-bici, soy el buscador de de ¡de vida! ¡Joder!, subidón de la leche, igual que en esos juegos a los que solía jugar, los de disparar en primera persona, genial, así de golpe, el mundo estallando frente a mí en luces y colores y muros de sonido [***] ¡Uf!, ¡por los pel os ! Un coche rojo zumbando por el borde de mi campo vis ual, un repentino fundido a negro, ¿qué coñ o ? Jod er ¿Por qué ?, digo yo. Casi me la pego.

> CIUDADANO, RECUERDE: SE ES LO QUE SE VE

Tengo que… Leches. Qué acojone. Tú sigue pedaleando, pedaleando. Tengo que comentárselo a esa tecnofriki de Bella: menuda vida tan rara lleva, en su zulo sombrío, pegándole a la bebida todo el santo día, con ese rollo de que un día va a dar con la mierda esa del hiperpíxel y todos esos chismes tan raros que monta… Uf ya está volviendo… sí, ya veo bien sí, mejor ahora. Un poco. De vuelta a la normalidad, a seguir capturando la ciudad con mis objetivos, mientras monto en mi bici, zigzagueando por entre los coches como jamás ningún otro ciclista, nunca jamás, ¡miradme todos!

> TITULARES: HOY EN EL PARLAMENTO SE DEBATIRÁN NUEVAS LEYES SOBRE LA ALTA RESOLUCIÓN…

Adelante. Mi ciudad, hoy seré tus ojos, te ensalzaré en mi flujo de datos, continuo, toda tu miríada de píxeles iluminándose al unísono.

> LOS DISIDENTES CONFIAN EN PODER CONSEGUIR CIERTO GRADO DE PRIVACIDAD PARA LA CIUDADANÍA, PERO LOS REPRESENTANTES DE LOS GRUPOS EMPRESARIALES…

Cuántos pop-ups visuales hoy… Ojalá pudiera permitirme una mundovisión mejor y más limpia. Vale. Contrólate. Ve con cuidado.

> … PRESIONAN PARA QUE SE LIBEREN PÍXELES EXTRA EN LA REALIDAD

En el pasado fuimos cazadores, luego recolectores. Luego obreros. Luego proveedores de servicios. Ahora streamers, internautas, usuarios, hojeadores de la red. Cazadores de píxeles, yonquis de las imágenes, fanáticos de la hiperrealidad, soñadores. Buscadores de la resolución dorada, esa visión que te proporciona tu vida en su integridad, solo belleza, pura, limpia y filtrada de todo dolor, toda fealdad, todo sufrimiento y duda. ¡La gloria!, ¿te imaginas?

> Y AHORA LAS CIFRAS DE PÍXELES PARA HOY, PROPORCIONADAS POR EL INSTITUTO DE METEOROLOGÍA A LAS 8.00…

Yo soy mi punto de vista, mi PDV, nada más

> BORROSIDAD ESPORÁDICA Y MÁS TARDE COBERTURA CON BUENA RESOLUCIÓN. EN EL SUR ES POSIBLE QUE SE PRODUZCAN DESDIBUJAMIENTOS EN LOS BORDES, ASÍ QUE, SI SU RES ES BAJA Y ESTÁN EN ESA ZONA, EXTREMEN LAS PRECAUCIONES

Terminado el turno de la mañana, de vuelta a la central. Fuera de mi horario Píxeles esfumándose de mi visión mientras aparco la bici… Nada de despilfarros, no en el Ojo Inglés, el stream de realidad número uno del país, actualizado al segundo, ¡hasta el último de los segundos! en tiempo real.

Cafetería. Ahí está… Katie, ¿verdad? Cuesta, a veces saber, recién desmontado de la bici, ajustándose a los niveles de res más bajos. Despampanante. Siempre consigue los mejores streams…

Monta una señora máquina, recoge más realidad que cualquiera de nosotros. Podría invitarla a salir, quizás

Debería, sí. Gastar todas las demos que tengo guardadas en una noche alucinante, ¿te imaginas?

> ¡LA RESOLUCION ES DINERO! SÉ RICO EN IMÁGENES, HOY MISMO. TE LO MERECES

Sí Tocar su carne, ¿te imaginas? y sus ojos, viendo mi cara, nítida, llena de belleza, a mí ¿te imaginas? Sí, compartir las demos (tengo guardadas unas doce) Visión mutua: dos PDV contemplando el esplendor del otro, ¿te imaginas?, vida, como podría ser vivida

Menudo orgasmo ¿te imaginas?: hasta la última de las doce demos tomadas de golpe ¡Pum! La bomba.

Mierda, está ¡eh! ¿cómo? Joder me está hablando… Sus palabras, entrecortadas como las mías… probablemente comparta mi nivel de res, genial, mejor así, lo dicen todos: limítate a tu propio nivel de res, porque… Nadie quiere imaginarse a a otra persona viéndolo feo. Joder, no

> AVISO DE TU PROVEEDOR DE MUNDOVISION: EN ESTOS MOMENTOS ESTAMOS EXPERIMENTANDO FLUCTUACIONES EN LAS CAPAS DE REALIDAD SECUNDARIAS

Labios, moveos, respondedle: Claro, sí, por supuesto (sin decir realmente nada, nada de nada) Pero fíjate ahora, en la bruma de mi PDV, sus ojos, cristales de hielo verde de pronto nítidos como si me hubiera metido un chute de hiperrealismo, gratis, ¡zas! Esos ojos, resplandecientes, tal como son… ¡Uf!, se fue, la visión el color. Y ella también, caminando. Creo que la he pifiado, pero tal vez se lo pida otra vez más adelante en unos días, sí, me arriesgue…

¡Vamos allá! A toda leche por la calle en mi fiel máquina, a tope gracias a la visión cortesía de la empresa, volando, cantando como un loco, todas mis cámaras abiertas de par en par para recibir el mundo, pedaleando sin parar, por entre los bosques que no dejan de crecer de antenas de radio, desde donde se transmite el mundo todos los días, todas las noches, constantemente, la realidad actualizada, yo alimentándola, y alimentándome de ella, fundiéndome con ella, ¿te imaginas?: yo,

limpio de toda fisura, pitidos, chisporroteos, borrones. Y un día, lo juro… Se acabarán los cuadraditos, los píxeles, se acabará toda esa mierda de la res baja, y encima implantes mejores, que sustituyan a esta porquería de lentes, que tengo desde cuándo, ¿desde los dieciséis? Joder. ¿De veras? ¡Lárgate, visión borrosa! Seré el rey número uno del Ojo que todo lo ve, ¡¡¡vais a ver!!! ¡Ah!, genial, será genial…

Luego. De vuelta en casa. Tommy mirándome igual que siempre, como si lo supiera todo, como, guiño, guiño. Siempre he sospechado que tiene más píxeles, pero lo oculta, un pequeño alijo propio, del que nunca suelta prenda, eso es algo que odio, pero cuando me mira, es como si me tuviera calado, como si fuera transparente, gracias a algún tipo de sofisticada visión, estoy seguro

> RECUERDA: ERES LO QUE VES. ERES LO QUE VES

El trabajo de Tommy: vender su imagen a compañías de texturas. De vez en cuando se lo reconoce, se lo ve un momento en paisajes de pixelmundos modelados, con marca de agua, una figura de pie, o paseando por un patio o por un puerto deportivo, un guaperas, una mano apuntando hacia el futuro, o hacia un barco, o hacia lo que sea, orgulloso, seguro de sí mismo, y tanto que sí, pero cómo me gustaría darle un puñetazo un día, cómo me gustaría…

¿Qué coño soy yo? ¿Qué aspecto tengo ? Espejo: solo veo lo que puedo ver, una cabeza pixelada con res de baja a media, filtrada por mis lentes. Me pregunto: ¿qué aspecto tengo realmente?

A la calle. Camina despacio. Una copa, la necesito… lo noto, me duelen los ojos, el mundo, la ciudad, la luna llena, señales de tráfico, gente toda borrosa, todos los pequeños cubos de vida enredados, apelotonados, rompiéndose, interferencias de estática, la putada de mi nivel de res, y de mis tecnoojos cutres. Mira: un par de esos duendes-cámara flotantes que bailotean y dan vueltas sin parar lanzándose a por mí, sus centelleantes objetivillos minúsculos deseando capturar mi imagen, streamearme. Cada vez hay más, últimamente se meten por todas partes, siguiéndote, siguiéndote… los llaman el futuro de la mundovisión… algunas empresas de ciclocams ya se han ido a pique… ¡joder!, ¿qué haría yo entonces, si…?

> ¿NECESITAS MÁS PÍXELES? ¡POR SUPUESTO QUE SÍ! TODOS NECESITAMOS MÁS PÍXELES. RECARGA YA MISMO EN NUESTRO PROVEEDOR MÁS CERCANO

Necesito más píxeles sí necesito más píxeles, ya mismo más píxeles…

Te inculcan el impulso de comprar. Los pop-ups lo consiguen a veces, pero ¿qué puedes hacer? Voy al quiosco de la esquina, a meterme una dosis de Baja, y mantenerla estable. Una puta semana hasta que cobre. Mucho antes ya voy a estar en las últimas, viviendo con cuatro o seis píxeles al día un bufón con la visión desbaratada. Pero me siento como si ya si ya se me acabara, ¿qué me pasa? Demasiados fallos técnicos. Joder, cierra los ojos, muévete en la oscuridad, sí, descansa aquí, tranquilo un rato, pero hasta la oscuridad se está deshaciendo: cubitos negros que se fragmentan y se alejan deslizándose por los confines de la grisura, como si la noche se estuviera desmoronando, desmoronando…

No soy capaz de enfrentarme al bar después de todo, demasiada gente, demasiados puntos de vista, todos sobre mí, y mi imagen ligeramente distinta en cada uno, según su nivel de píxeles y de los diversos retoques tecnológicos: el ruido, el caos de la visión. Esos apagones hoy en la bici… A lo mejor no son para nada culpa del PDV de la compañía, sino a lo mejor ¿no seré yo? Pero ¿qué? ¿Qué he hecho mal? ¿Vista enferma? Leches, espero que no, de verdad

La Luna con su nauseabundo brillo amarillo, el borde irregular… la farola cegándome, demasiado borroso, toda la gente figuras deformes y en colores chillones, las chicas con vestidos que deslumbran la vista, los tíos encendidos de odio, tambaleándose borrachos, mirándome, los rostros fluctuando, deshaciéndose

Todos estamos atrapados en el tiempo presente, en cómo es, este instante justo este, ahora y ahora, este instante, y este ahora y ahora ahora y ahora ahora ahora ahora ahora no hay escapatoria ahora y ahora… la puta madre, tengo que largarme, calles demasiado ab arrotadas, demasiado información para mi nivel de pix eles, no… puedo… puedo … no pued o fi ltrarlo com o es deb ido…

Un callejón sí aquí está oscuro, mejor ahora, descansa, respira, Aiden. Aiden, Aiden, saldrás de esta… Te sigue un duende, objetivos tope brillantes, observándome… ¡DÉJAME EN PAZ! Tengo, tengo que agarrarlo en el aire, no llego, no, inténtalo de nuevo, no, justo no alcanzo… con estrujarlo una vez lo reventaría, imágenes derramándose ¿te imaginas?, sí, bañándome las manos, solo con que… lo agarre, nada, mierda… Media vuelta, corre, no te pares, sigue, estos callejones tortuosos … sin luces…

Espera, no tiene salida, una puerta metálica cerrada… la parte de atrás de un club, o algo por el estilo

Atrapado, sin escapatoria

Eres lo que ves, recuerda… en cada instante que pasa

Ahora, y ahora y ahora ahora ahora

ahoraahoraahora ahora ahoraahoraahoraahoraahora

el duende me ha visto

me tambaleo, caigo

cómo…

se me nubla la vista

todo negro

[***]

Ahoraahora ahora ahora despierta… ¿qué?

Frío, en el suelo, encogido, ¿cómo?

¿Cuánto tiempo? ¿cuánto tiempo he estado inconsciente? ¿Qué es ese color rojo, una mancha de… sangre sí sangre en mis manos? ¿Qué es eso? No veo bien, mira mira ahora…

Un cadáver, ¿quién? Inmóvil frío, frío, tan frío al tacto, no veo, un borrón, un chico, ¿o es un hombre? Sí Joder frío, muerto mis manos, la sangre, ¿cómo ha sucedido esto?

Vale, tranquilo, no te pongas nervioso, venga venga venga contrólate. Observa. Respira. Fíjate bien. ¡Controla tus puñeteros píxeles, chaval! Mira. El cuerpo. ¡Concéntrate!

Vale. Un hombre. No me suena, la cara. Y lleno de sangre, igual que mis… manos. No me suena de nada, vestido de gris, un hombre de negocios. ¿Cómo ha muerto? ¿Cuchillo?, ¿pistola? Pero no he oído nada… no, nada. No sé…

plic

Espera, con una demo lo apaño. Tengo alguna en el bolsillo, material de fiar. Bolsillo. Sí, ábrela y vacíala, bien, por las sienes, ay, mis pobres implantes de saldo… y ahora a tope con la visión, sí…

¡YA!

¡Ah!, qué maravilla de mundo de luz y color, tan nítido. El cuerpo. Tan nítido, tan presente, así filtrado. Sí, este ya no está en este mundo. Punto final. Heridas brutales, un arrebato, nada que hacer por él. Y ahí, en la punta de los dedos, como si estuviera alargando la mano para tocarlo, para cogerlo, para quedárselo. Qué es eso, una cajita negra [***] Mierda. Oscuridad ya, de golpe, solo unos segundos, como siempre después de una demo, oscuridad, hasta que vuelve la res baja de costumbre.

El duende-cámara sigue flotando ahí, vigilándome todavía… He quedado registrado, me han visto, hay testigos…

Ruido. Sirenas, los polis, y mis manos tan rojas, bañadas de sangre… Tendré que… tendré que correr…

En casa ya. A salvo. Eso espero. Pero sigo temblando. Ya he gastado otra demo más cuando llegué, lo primero, solo por el colocón, el subidón de hiperbrillo, lo necesitaba, como un trago de whiskey para los ojos.

A solas. Tommy ha salido. Bien…

`> ¡HIPERBRILLO! ¡HIPERBRILLO! NADA FAVORECE TANTO AL MUNDO COMO EL HIPERBRILLO. CONTRÁTALO YA MISMO…`

Ya estamos. Visipops automáticos durante otra hora, seguro, castigo por utilizar la demo. Así es como es, la vida.

La cajita. En mi cama. Sí, ahora mía. Robada. Metal negro, mate, guarnecida con filigranas de plata. Caliente al tacto. Robada. ¡Dios!, ¿por qué? No es propio de mí, para nada. ¿Qué es?, me pregunto. Nada en el canal de noticias todavía, sobre el cadáver. ¿Quién será?

¿Por qué murió? Una agresión salvaje. ¿Tal vez fuera solo un robo que se torció? Pero ¿por qué dejar la caja? Entonces ¿es que no vale nada? Y digo yo… si yo… bueno, si la abro… no, no puedo abrirla, no se mueve, sellada, ¿no tiene por dónde abrirse? ¿Y esto? Mis dedos localizan un pequeño saliente, y aprieto… sonido siseante… *sssssssss*. Raro… No sien… Siento. Nada. Ahora a dormir, a dormir…

ERES LO QUE VES

Espera. Pero los duendes que nos siguen, ¿me siguieron? ¡Piensa! Y si me… grabaron ahí, si quedé registrado, en el callejón junto al cadáver. Rumores: que los duendes ven la realidad, la de verdad, el mundo tal como es, lo que nunca se ve, nunca se siente, nunca se oye, el mundo detrás del velo de píxeles… me pregunto qué, qué pinta tengo, ahí… Res cero, lo llaman, NO RES. El mundo sin nada interpuesto, fríamente analógico, ay, da miedo, me dan, me dan escalofríos… náuseas. Las historias que corren sobre lo que queda, desnudo de píxeles: un lugar de suciedad, podredumbre, ruinas, malas hierbas, herrumbre, basura, polvo, silencio, el vacío, ratas, plagas, enfermedad, el Desierto de lo Real…

Arriba. Por fin he dormido bien, ese sueño, qué era, tan nítido, como si pudiera ver hasta el último detalle de la vida. Ni brumas, ni borrones, ni bordes que se deshacen. Extraño. En el sueño: mi rostro totalmente cubierto por una tela azul, ¿por qué? Me siento…

Lo que estoy viendo ahora la habitación… mi habitación, tan nítida. Tan vívida, resplandeciente, tan puñeteramente vívida, viva ante mis ojos, ante mis sentidos, mis manos tocando el tablero de la mesa, donde se siente hasta la última veta, todos los detalles al momento, filtrados primorosamente, alcanzando la excelencia. Perfeccionados, mientras… mientras voy percibiendo la habitación a través de mis sentidos: tan nítida, tan acogedora, coño, tan jodidamente acogedora, todo, mío, mi mundo, mío…

Bici. Joder, qué genial. La gloria. La calzada. La calzada es velocidad líquida y aquí voy echando leches tan a gusto calle abajo camino del punto de fuga que se mueve ante mí solo unos pocos pasos por delante como si lo pudiera pillar uno de estos días con solo seguir pedaleando así con solo seguir avanzando y refulgiendo sí este es el verdadero hiperbrillo el mundo más perfecto que jamás ha existido y yo estoy en él sí formo parte de él sin visipops ni uno solo yo mismo por el centro captando transmitiendo rozando apenas el asfalto y zigzagueando con total soltura por entre los vertiginosos coches nadie puede pillarme nadie puede detenerme, porque ahora por fin veo, sí joder siento el mundo en cada poro, y ahí, veo una figura, no tan nítida, borrosa, no, por favor, no te desdibujes, todavía no, déjame quedarme aquí en este mundo, en esta versión del mundo, pero qué raro, la figura se mueve, su silueta delante de mí mientras pedaleo, una mujer, parece, el rostro sin rasgos, cubierto con una tela azul ajustada, raro, sin apartarse en ningún momento de mí, ¿quién, quién es? [***] Vaya, despierto, dónde… en casa.

Pero no recuerdo cómo llegué aquí.

De vuelta a la normalidad. Res baja. La puta villacuadrados. Con sus desmoronamientos de siempre.

La hora, mira la hora. ¡La hostia puta!, hoy he faltado al trabajo, ¿verdad? Tan solo he estado pedaleando por las calles de la ciudad porque me apetecía, horas y horas. Me pregunto qué habrán grabado las cámaras de la bici; me gustaría verlo. Se necesita un código. Sí, pero mereció la pena, faltar al trabajo, solo por disfrutar del paseo en bici y del mundo mientras pedaleaba por él. Sin duda. ¿No lo habré soñado? ¿Qué dices? Joder. Bueno, solo quizás.

Pero ninguna mierda emergente por ahora. Nada del acostumbrado aluvión de anuncios y noticias de primera hora de la mañana. ¿Y eso por qué?

La caja. Sigue aquí. Me pregunto qué es, tal vez algún tipo de invento, el futuro de la tecnología de perfeccionamiento de la recepción sensorial. ¿Qué tal otra vez? No. Contente, contente…

En casa de Bella. Charlando en la penumbra, sombras, su rostro tras la refractamáscara, contra, como ella dice, los entrometidos rayos de los artilugios de publicidad segmentada, son invisibles, nanoduendes, o eso asegura ella, como motas de polvo en el aire, colándose por las grietas de las paredes, del techo, grabándolo todo, por todas partes…

Menuda chiflada. Aunque bueno…

Me da una dosis de corriente de píxeles, un chute de un minuto, algo que ha preparado ella a partir de material hackeado… está bien, pero nada comparado con los efectos de la hipercaja, como la llamo. Pero no puedo contárselo. No, todavía no. Secreto. Pero ¿por qué? Solo para mí. ¿De verdad? Vale. ¿Es prudente? Hazte el tonto. Di solo lo de los duendes-cámara: que necesitas acceder a una grabación, tal y tal hora, lugar, cuando estaba en el callejón, ese momento desmayado, el muerto en el suelo frío, necesito necesito saber qué sucedió…

El negocio legal de Bella es la venta de imágenes, toda una biblioteca que ha ido recopilando a lo largo de años: flores, campos, puestas de sol, cohetes despegando, bailarines medio desnudos, jugadores marcando goles, multitudes que ovacionan o que causan disturbios, lo que sea que necesites para completar tu realidad. Pequeños extras, accesorios para la vida. Algunas imágenes tienen marca de agua, porque las ha robado, pero ¿a quién le importa?

Algunas de las mejores cosas que he visto en mi vida, en toda, toda mi vida… tenían marca de agua. Como aquella vez con Katie, cuando yo… mierda, céntrate…

Siempre da gusto observar a Bella tirar abajo una protección, o abrir un resquicio para colarse, sus dedos en la consola, moviéndose, en realidad jugando, para ella es lo mismo… de vuelta al DOS, su sistema favorito, retrotecnología. La consola iluminándose bajo sus manos, la pantalla llenándose de imágenes, y allí, allí estoy yo… fíjate ahora…

Esa noche. La calle. Tal como me ven los duendes, pero qué raro, nada que ver con los rumores, sino un manchón gris por toda la pantalla, con solo un puntito aislado de res alta flotando de aquí para allá; explicación de Bella: una ley de privacidad o algo así, los duendes solo pueden enfocar una cosa detrás de otra, lo considerado importante: yo, ahí, por ejemplo, por el callejón, siguiéndome… el final del callejón… una entrada, ahí, el cuerpo del hombre… muerto, ahí, yo… mirando el cadáver… tambaleándome, esa sensación, me acuerdo…

Negro. Igual que yo, igual que yo entonces, esa noche, ahora la pantalla. ¡Plof! ¿Qué? ¿Ahora qué? ¿Dónde? Bella teclea, maneja los controles, maldice. Nada. Pantalla muerta. Vacía. Cero revelaciones. Hasta… hasta que el mundo encaja de nuevo en su lugar, se vuelve a ver y yo aparezco otra

vez en modo duende, sirenas ululando en el cielo nocturno, ululando, y yo, ese joven ahí, ese joven asustado con sangre en las manos, yo, yo mismo, corriendo corriendo…

Bella me advierte: alguien está protegiendo a la víctima. Lo han borrado. Me dice: Aiden, cielo, ten cuidado.

En casa de nuevo. Directo a la caja, no puedo resistirme. Imposible. Sí. Tengo que hacerlo. Qué ansias. Me escuece el recuerdo, tengo que volver a sentir esa sensación de vida, bien cerca, esa dosis de visión celestial, recibir ese flujo de colores y sonido y luz. Aprieto. *Sssssssss*. Sí, un ligero perfume. ¿Tal vez vapor de algún tipo? Sí. Me pregunto…

Esta vez caminando. Despacio, paso firme. Percibiendo la ciudad en toda su belleza, magnificada, soberbia, dondequiera que miro rebosante de píxeles hasta el borde, tantísimos, miles y miles, bien apretados, tan perfectamente dispuestos en el mosaico que no distingo las junturas, los bordes, solo la suave superficie de la vida, pero con los colores intensificados, la nitidez aumentada, el contraste fijado en su nivel más alto, y todo tan sumamente agradable de mirar, tan titilante, tan vívido, la gente sobre todo, la cara, el cuerpo, me cuesta mirarlos por miedo a que los globos oculares se me derritan ante una belleza tan radiante. Y esta es la vida tal como debería ser vivida, en el nivel más alto de PDV, aquí en este paraíso… [***] Como en un montaje con cortes discontinuos, de un instante a otro, y lo que se ha perdido entre ellos, no lo sé, no me importa, los anuncios con luces de neón destellan y brillan con rojos intensos y azules y dorados refulgentes el color de la música que se aleja flotando del anuncio, por encima de mí y a mi alrededor ahora, las palabras de la canción dejando bien claro su significado, pero solo yo las oigo, solo mi visión tiene suficiente capacidad para tal volumen de datos [***] Veo los duendes mientras me siguen bailando flotando como lo que son: los ojos siempre en vela del mundo, vigilando, el millón de ojos de la ciudad, vigilando vigilando vigilando seleccionando objetivos… y qué sucede cuando todos los ojos se cierran al mismo tiempo, sí ¿entonces qué? [***] Entre la multitud solo a una persona se la sigue viendo borrosa, la figura azul de nuevo, apareciendo y desapareciendo como si existiera entre los píxeles, como si pudiera haber otro nivel de resolución más allá de este, pero ¿cómo va a haberlo?, ¿cómo va a ser el mundo más perfecto que esto? Y sin embargo allí está ella, observándome, y ahora se mueve, la mujer, su rostro sin rasgos, cubierto con algo azul, también todo su cuerpo, azul, tela azul, de la cabeza a los pies, cuando se gira como para mirarme, pero tiene los ojos tapados, y entonces echa a andar y yo la sigo, lo intento, sí…

Ahora hecho polvo. Hecho polvo. Me siento. Destrozado. Sin la res alta. Perdido. Desposeído. Sin rumbo. El efecto dura alrededor de una hora, de media. Pero no puedo dejar de usarla. No puedo. ¿Se

gastará, algún día? Horror. Sea lo que sea, ¿se acabará el vapor de la hipercaja? Se tiene que acabar, a la larga. Y entonces, y entonces ¿qué? ¿Cómo volveré a enfrentarme de nuevo al mundo, así, en esta cloaca de res baja?

Una o dos veces: breves fogonazos de res alta, pero luego nada, qué crueldad…

¿Hacia dónde nos encaminamos, y de buen grado?, me pregunto. Nos encaminamos hacia el interior del objetivo de la cámara, una sonrisa jubilosa en el rostro, los ojos ahítos de realidad streameada, siempre cambiante, siempre, siempre cambiante, dónde nos lleva ese camino, me pregunto…

Tommy ha vuelto, lo oigo. El portazo. Por qué no entra, vaya… qué raro, no es típico de él, ni llama, ni grita, ni historias de sus conquistas, ni de los siempre maravillosos viajes en los que su imagen se ha embarcado hoy por Tierra Texturizada… Vaya… ¿cómo?, no es él. ¿Quién?

Dos. Desconocidos. Hombres. Morenos. ¿Y esto? Se apagan la luces. ¿Qué? ¿Qué quieren? No… no los veo. Joder. Tengo, tengo que largarme de aquí… ya…

Ruidos, pisadas, un gruñido. Mi cuerpo doblándose cuando recibe el primer golpe. Estómago. Crac. Joder, en la cabeza, algo pesado, dónde… no puedo, tengo que moverme, tengo que arrastrarme…

Buscan mis implantes… los arrancan…

Otro golpe. Píxeles dando botes en mis ojos, rompiéndose, la habitación se deshace y yo me derrumbo, sin forma de saber hacia dónde moverme, sin mundo, sin habitación, solo formas mientras los píxeles van desapareciendo, un baile demente mientras los dos hombres dan vueltas alrededor de mí, tengo que plantar cara, pero disponen de algún tipo de visión mejorada, ambos, lo noto: saben todo sobre mí, dónde golpear, cómo engañarme, cómo defenderse, su PDV resplandeciente de potencia, ¿te imaginas?

Tengo que… ¡crac! Demo. Utilízala. Ya mismo. Chispas, destellos, de pronto, ¡listo! El primer hombre, ¡ahí! Embisto y retrocede tambaleándose [***] mierda, oscuridad, ahora dónde, dónde, crac, otra. Demo, rebusco… venga venga venga ahí está el hombre, el segundo, arremeto contra él, empujándolo

con todas las fuerzas que me quedan, contra la pared los dos, ¡crac! [***] oscuridad, dónde, oscuridad, los dos vienen a por mí, golpes por todas partes, en el suelo, buscando a tientas, crujido, demo ¿dónde? Ya, tan nítido, estos últimos segundos de felicidad visual mientras me llueven los golpes, y aquí estoy, pensando, pensando… ojalá tuviera conmigo mi hipercajita, entonces les daría una buena tunda [***] sí, una buena tunda entonces, sin esfuerzo alguno…

Se han ido. A solas. Me despierto. Cabeza dolorida, cuerpo, con heridas, con sangre. Moratones. Me duele al moverme. ¿Dónde? Me está costando… esto… orientarme

Estoy solo, seguro, no respires y escucha. ¡Escucha! Nadie. Se han ido ya, se han ido, y se han llevado lo que vinieron a buscar, la caja, el vapor, la Resolución de los Dioses, me la han robado, igual que yo se la robé a la víctima del atraco, quienquiera que fuera, y los dos hombres sabían, sabían exactamente qué querían, por qué habían venido aquí…

Me pasa algo, los ojos, se deshacen las imágenes, la visión, todos los sentidos, estoy perdiendo nitidez, la habitación…

Las habitaciones, todas, desintegrándose cuando las atravieso, estoy perdiendo…

Estoy perdiendo píxeles, se desvanecen, chisporrotean, los bordes de mi PDV se deshacen

Los implantes, estropeados debo buscar ayuda… policía o localizar a Tommy, Katie Bella sí cualquiera

No veo, ahora solo seis colores en mi visión, cinco, cuatro, en picado

No no te muevas, aguanta, ¡aguanta! Igual es temporal, tiene que serlo…

Solo dos colores ya, y unos pocos cubos, cuadrados, tan baja, tan poca definición, dónde estoy, Dónde voy a acabar… me pregunto…

plic

colores destellando, desapareciendo

un píxel

como cayendo, cayendo dormido, pero

pero ahora diferente, hundiéndome

centelleos

plic, plic, plic…

plic

cero

res cero

plic

oscuridad, oscuridad en los ojos

plic

plic

solo

oscuridad

solo…

[***]

¿Dónde?

ahora dónde

plic

despertar

despertarme

el mundo

exterior

seguir, seguir adelante

arrastrándome, tambaleándome, caminando

soy el polvo sobre la superficie de los objetos

el desgarrón en la tela

la grasa en la lente

sí, ahora lo siento

soy la veta en la madera

la combadura en el plástico

la arenilla en el motor

el polvo, la grasa, las manchas

el desperfecto, la veta, la combadura, la fricción

todo magnificado, todo espléndido, sí, por fin

soy el tacto de la carne sobre la carne

de la lengua y los dientes sobre la comida

palabras sobre labios, lágrimas en los ojos, vibraciones

soy el mundo cero, despojado de píxeles

reducido a la piel y el hueso y el aliento, puro

la niebla, la lluvia sucia y contaminada tan fresca en el rostro, alzado

el óxido que corroe los coches abandonados al borde de la carretera

ese óxido maravilloso, ese parásito de los metales

la basura y hojas revoloteando por las calles

las paredes sin pintar, la fruta podrida

los gatos y perros olisqueando en los sumideros

y yo viendo igual que ven los perros
oyendo igual que oyen ellos, excitado por los mismos olores
siguiendo rastros a través de las desoladas calles casi desiertas
y otros pocos también, aquí y allá, como yo
gente que se ha apartado del objetivo siempre vigilante de la cámara
y la propia Colleen, tan encantadora ahora
como la primera vez que salió de entre los píxeles
para hacerme una señal, para llamarme
así vestida de azul, tan extraña, su rostro todavía cubierto, todavía oculto, qué extraño
y me lleva hasta el confín de la ciudad
donde los numerosos colores de las calles, de los edificios, todos empiezan a fundirse
todos en un azul, exactamente el mismo tono que envuelve su cuerpo
las tiendas, las señales de tráfico, todo cubierto de tela azul, qué extraño
y más gente, más y más gente, toda ataviada con las mismas prendas azules
y yo también, me percato ahora, cuando alcanzamos el confín de la ciudad
vestido con el mismo azul
y ahora veo lo que durante todos estos años he olvidado
lo que todo el mundo ha olvidado, el trato que hicimos:
que nuestra ciudad, nuestra vida, nuestros amores y odios, nuestra carne, nuestro rostro
no sean más que proyecciones sobre esta inmensa pantalla azul
que se extiende a nuestro alrededor, cubriéndonos

y ahora seguimos avanzando
fuera del alcance de los proyectores, lejos
adentrándonos en el territorio más allá de la ciudad, donde los campos azules infinitos
acarician los cielos azules infinitos
sin un horizonte visible que los separe
solo el mundo azul, infinito, infinito…

hasta que el azul empieza a deshilacharse ligeramente

y por fin nos besamos, Colleen y yo

nuestros dos rostros tapados por la tela

nuestras bocas tapadas, ahora tocándose

donde nuestros dedos arrancan la tela

y ahora nuestros ojos se contemplan, destapados

la tela azul sobre nuestro rostro hecha jirones

y ahora Colleen alarga la mano hacia el cielo distante

y su mano toca el cielo, tan solo a unos palmos

el cielo de tela azul, y coge una navaja

la abre con un clic, la diminuta hoja reluciente

y la hunde en el azul

y juntos, por fin, por fin, lo atravesamos

y ahora, por fin, sí, finalmente

somos lo que vemos

Copyright © 2015 Jeff Noon

Una antología de ciencia ficción contemporánea que incluye algunas de las mejores historias actuales del género a nivel mundial.

Piezas de ciencia ficción de futuro cercano en su mayoría, inquietantes, sorprendentes, narradas con gran sensibilidad y poseedoras de un fuerte componente filosófico, de la mano de ocho destacados escritores, cinco hombres y tres mujeres, que evidencian la riqueza y solidez de la narrativa de ciencia ficción actual.

Especial Italo Calvino

El escritor italiano Italo Calvino (1923-1985) es sin duda una de las figuras fundamentales dentro de la narrativa del siglo XX. Aunque cultivó tanto la literatura realista como la fantástica, son sobre todo sus obras de esta última categoría las que le han hecho ganarse un lugar de honor en mi panteón literario personal, y en el de muchísimos otros lectores y escritores. *Las ciudades invisibles*, *Las cosmicómicas*, *Si una noche de invierno un viajero* y su trilogía de *Nuestros antepasados* son quizás sus títulos más conocidos dentro de esta faceta, y son obras que ningún aficionado a la literatura debería perderse. Por todo esto, y sobre todo como agradecimiento por las buenas horas que he pasado con sus libros, he decidido dedicarle un pequeño homenaje.

Este Especial Italo Calvino no va a incluir ningún texto del propio autor, ya que no encajan en **Cuentos para Algernon** y además la práctica totalidad de su obra puede conseguirse sin grandes problemas en español (la editorial Siruela tiene una colección dedicada íntegramente a él). En lugar de esto, vamos a tener diversos textos relacionados de una manera u otra con él, ya sea porque tienen un aire calviniano, porque están inspirados en alguna de sus obras, porque son un homenaje confeso por parte de sus autores, o incluso porque el propio Calvino tiene un papel importante en la trama. He intentado hacer una selección lo más variada posible, de manera que os vais a encontrar no solo con relatos de ciencia ficción, con relatos de fantasía y con relatos inclasificables, sino también con una reseña. Y lo mismo en cuanto a los autores, vais a tener la oportunidad de leer textos de escritores bastante conocidos, pero también de descubrir a otros inéditos hasta ahora en español.

En cualquier caso, esto tan solo es una pequeña muestra, porque la influencia de Calvino se siente en infinidad de obras que por diversos motivos no forman parte de este homenaje, como, por ejemplo, en *A Vector Alphabet of Interstellar Travel*, de Yoon Ha Lee, *Invisible Planets*, de Hao Jingfang o *If on a Winter's Night a Traveler*, de Xia Jia (estas dos últimas traducidas del chino al inglés por Ken Liu), por citar tan solo algunos relatos recientes del género.

Espero que disfrutéis con este homenaje tanto como yo he disfrutado con su preparación. Y, sobre todo, confío en que sirva para que alguien se anime a lanzarse a leer o releer a este maravilloso autor. Os aseguro que merece la pena.

El palacio de la memoria

Rhys Hughes

Presentación

Rhys Hughes es un escritor europeo (nacido y residente en Gales) de literatura fantástica en el sentido más amplio del término, que ha publicado numerosas novelas y cientos de relatos. De forma más esporádica, también escribe poesía y textos de no ficción. Su obra se caracteriza por su gran originalidad y tendencia a la experimentación y, para que os hagáis una idea, señalaré que entre los escritores que reconoce como sus principales influencias se encuentran Jorge Luis Borges, Milorad Pavić, Flann O'Brien y, por supuesto, Italo Calvino. Su obra incluye homenajes explícitos a algunos de estos autores, como *Nueva historia universal de la infamia* (Bibliópolis, 2007), creo que su único libro traducido al español, o *Ten Tributes to Calvino* y *Thirty Tributes to Calvino*, cuyos títulos lo dicen todo.

El palacio de la memoria (*The Memory Palace*) es el cuento con el que se abre su antología *Thirty Tributes to Calvino*. Según explica en la introducción de la misma, las treinta pequeñas piezas que componen esta obra no son un intento de emular a Calvino, su escritor favorito y mayor influencia, sino tan solo una manera de darle las gracias. Así que, como compartimos objetivo, no solo uno, sino hasta tres de estos breves agradecimientos de Rhys a Calvino van a ir desfilando a lo largo de este homenaje.

Ya tan solo me queda darle yo misma las gracias al propio Rhys, por su ayuda y amable colaboración en todo momento en la preparación de este especial. Y lo hago en español, puesto que tras haber residido una temporada en nuestro país lo entiende perfectamente. ¡Muchísimas gracias por todo, Rhys!

El palacio de la memoria

Rhys Hughes

El palacio de la memoria es un edificio imaginario que se utiliza para ayudar a recordar detalles. La mente puede construir uno de estos palacios sin grandes problemas, y llenar cada uno de los aposentos con uno de los objetos o palabras que se necesita recordar; y a partir de ese momento, un breve recorrido mental por el edificio nos revelará esos objetos o palabras en el orden apropiado. Como ayuda para la memoria es una idea espléndida además de sencilla, ingeniosa y clara, segura y adaptable, casi infalible.

Casi, pero no del todo. Gabriel había utilizado un palacio de la memoria durante sus años de estudiante; el mismo palacio que había ido refinando y alterando lentamente a lo largo de los años hasta que llegó a ser exactamente tal y como lo quería. Había llenado los aposentos con fragmentos de discursos de hombres ilustres; con fórmulas y ecuaciones; con los nombres de países, lagos y cordilleras; con verdades filosóficas y sus igualmente verdaderas refutaciones; con hechos.

Y ahora Gabriel era arquitecto, tras haber estudiado durante una cuarta parte de su vida en una prestigiosa universidad situada entre las riberas de dos ríos, en un país en la encrucijada entre Norte y Sur, Este y Oeste. Uno de sus sueños más preciados se había hecho por fin realidad, y le había sido encargado el diseño y construcción de una edificación de gran relevancia: la morada del gobernante de un país vecino. El gobernante en cuestión era un tirano, pero Gabriel no se atrevía a negarse.

Sus amigos le dijeron que al contrario, que si quería por supuesto que podía negarse; pero él sabía que eso era algo imposible, que sus consejos eran una muestra de desprecio de aquellos que no comprendían cómo funciona la inevitabilidad. Hiciera lo que él hiciera, el gobernante tendría su edificación; lo único que pasaría es que sería diseñado por algún otro arquitecto, y en ese caso Gabriel no podría sacar ningún beneficio del asunto. Ni siquiera su valía moral se incrementaría en una minúscula fracción a modo de compensación.

Porque negarse a aceptar el encargo supondría que el edificio nunca sería construido por él, que nunca sería algo suyo, exactamente la situación actual; en otras palabras, su negación se traduciría en que él seguiría siendo lo que era ahora: un arquitecto sin ese edificio concreto vinculado a su nombre. Y ahora, cuando tampoco tenía esa obra que lo avalara, nadie lo elogiaba por su fortaleza moral. Este era un hecho innegable.

Así que, ¿por qué debería esperar un trato distinto en el futuro? Así es como razonaba Gabriel consigo mismo mientras se dirigía, cruzando la frontera, a decirle que sí al gobernante del país vecino. Mentalmente ya estaba jugando con dimensiones, materiales y fuerzas; su imaginación estaba llena de geometría y atrevimiento; en la boca le parecía notar el sabor a polvo de ladrillo, y el olor a chispas brillantes de cinceles golpeando piedras inmensas inundaba sus dilatadas fosas nasales. Arribó a su destino al día siguiente, y fue conducido ante el tirano, el cual, con gesto benévolo aunque aterrador, asintió ante las ideas generales que le expuso el joven arquitecto. Todavía no había bocetos; todos los detalles se encontraban en un estado de agitación en el interior de la cabeza del visitante, cuajando, o expandiéndose y retorciéndose, transformándose, y reajustándose con otros detalles igualmente mutables, hasta que por fin emergiera un todo espléndido.

No obstante, el esquema básico se podía esbozar. La construcción iba a ser palacio, laberinto y biblioteca, todo en uno. Sería alta, y la sombra que proyectara sobre la ciudad a sus pies indicaría la hora con la misma exactitud que los relojes de las salas llenas de libros, pero de manera más inexorable y dramática que esos cronógrafos. Este edificio recordaría en todo momento a los ciudadanos que vivían minuto a minuto; que cualquier día podía terminar de forma prematura para ellos.

A Gabriel lo agasajaron con todos los lujos que requirió durante su estadía en el país extranjero, y un acervo considerable de mano de obra fue puesto a sus órdenes. Comenzó a trabajar al día siguiente de su llegada, pero continuó sin mostrar ningún boceto a nadie. Había decidido no hacer dibujo alguno, y permitir que el diseño que se iba materializando lentamente en su cabeza continuara encerrado ahí, a buen recaudo en su memoria, una obra de acreción orgánica, aunque no por ello menos

meticulosa.

Este método de cumplir el encargo, en apariencia caprichoso, podría haber escandalizado a los profesores de su universidad, pero la inteligencia que había detrás del proyecto era anormalmente aguda. Gabriel tenía la arquitectura en los huesos, en los nervios, en el alma; su decisión de no hacer bosquejos no era el antojo insensato de un novato, sino la aceptación de una de las idiosincrasias de la perfección: cualquier objeto o producto imaginario será superior a la plasmación material del mismo.

En definitiva, Gabriel quería que el edificio saltara de su cerebro a la realidad de la manera más directa posible, sin tener que pasar por la fase atenuante del boceto o esquema. La estructura que por fin se había condensado en su imaginación era tan sublime que traducirla a una secuencia de líneas dibujadas sobre papel sería una blasfemia contra el espíritu de la arquitectura. Y tenía la suerte de que el tirano no deseaba entrometerse en el proceso. Era libre.

Libre para poder cumplir los términos del encargo tal como y deseara. Ninguno de los capataces del equipo de trabajo se atrevía a cuestionar sus órdenes; de modo que Gabriel cerraba de tanto en tanto los ojos y se adentraba en su propia memoria, donde estaban almacenados los detalles de lo que estaba construyendo, las curvas y ángulos de ese palacio-laberinto-biblioteca increíble e imponente, y extraía la siguiente tanda de órdenes para impartir a sus obreros. Y el edificio se alzaba cada vez más y más.

Gabriel guardaba en su cabeza todos los detalles técnicos, especificaciones y pormenores sutiles del proyecto mediante su recurso habitual: el palacio de la memoria, el mismo palacio de la memoria que había refinado durante largos años. Tantos eran los detalles que tenía que recordar que llenó hasta la última de las salas de su palacio, algo que era la primera vez que le sucedía. Y dio la casualidad de que las dimensiones de ambas construcciones coincidían exactamente, como un par de gemelos de los cuales tan solo uno estuviera destinado a nacer.

Los soportales exteriores e interiores, los contrafuertes y cariátides, los finiales y cúpulas, gabletes y logias, pilastras y estilóbatos, y todas las otras florituras que eran parte esencial de la construcción estaban almacenadas en distintos lugares del palacio de la memoria; y Gabriel accedía al vestíbulo de ese edificio mágico para extraer los fragmentos necesarios, uno cada vez, tras de lo cual regresaba como un explorador que tornara de un universo de bolsillo, exhausto pero satisfecho.

El edificio se alzaba cada vez más y más alto por encima de la ciudad, y el día en que finalmente estuvo finalizado, y en que el tirano iba a inspeccionar su nueva morada por primera vez, Gabriel se alejó para contemplar su creación en su integridad.

Tuvo que caminar un buen trecho para poder verlo con claridad, porque era tan inmenso que siempre había alguna parte que quedaba oculta tras una casa o cualquier otra estructura mundana. Por fin, desde la cima de una pequeña colina en el exterior de la ciudad, pudo abarcarlo con la mirada.

Contempló lo que debería haberse esperado desde un principio, aunque por algún motivo en ningún

momento lo había anticipado. Vio su propio palacio de la memoria. Era totalmente real, sin que faltase detalle alguno. Entonces comprendió que si se adentraba en él acompañando al tirano, tal como le correspondía hacer, nunca volvería a salir. En esa primera visita se cerraría un bucle, un principio quedaría unido sin fisuras a un final, y él se extraviaría por toda la eternidad en los pasillos y estancias de su propia mente.

Porque no tenía duda alguna de que en el interior del vestíbulo de este palacio de la memoria se hallaba el vestíbulo de otro palacio de la memoria, y en el interior del vestíbulo de ese otro palacio de la memoria se encontraba el vestíbulo de un tercero, y así sucesivamente, y esto mismo era de aplicación a todas las estancias, florituras y minucias del diseño. De manera fortuita, Gabriel había construido el edificio más perfecto que era capaz de concebir, que era exactamente el mismo que asistía a su memoria manteniendo intactos los detalles.

Gabriel había dejado atrás el extrarradio de la ciudad. Sin grandes problemas habría podido dar media vuelta y huir en dirección a la frontera. Con suerte podría alcanzar su propio país donde estaría a salvo. ¿Cómo puede un hombre, empero, abandonar su propia memoria cuando la contempla, alzándose frente a él, fuera de él, conteniéndose a sí misma? La memoria de un individuo está en su interior mientras está vivo, y tras su muerte se disipa, se diluye y fragmenta; sin embargo, Gabriel tenía la ocasión de hacer de ella algo permanente.

Se le había concedido la oportunidad de adentrarse físicamente en su propia memoria, de ser recordado por ello, de alcanzar la seguridad, de perderse en el interior de un producto de su mente, en un palacio de la memoria que contenía una infinidad de palacios de la memoria, y que también lo contendría a él y a su mente y al palacio de la memoria de esta, el mismo en el que él se encontraría. Un palacio de la memoria que en realidad era una prisión de la memoria, pero una que Gabriel sabía merecer sin esperanza de liberación.

Copyright © 2014 Rhys Hughes

Por el cosmos con Qfwfq

Ursula K. Le Guin

Presentación

Ursula K. Le Guin no solo ha escrito novelas, relatos y poesías, sino que, como bien sabéis, también es la autora de numerosos textos de no ficción, uno de los cuales podéis leer en **Cuentos para Algernon**: *Un mensaje sobre los mensajes*.

La estupenda acogida que tuvo este ensayo me hizo pensar que, si ella os recomendaba un libro de Italo Calvino, le ibais a hacer mucho más caso que a mí , así que decidí *ficharla* para este homenaje en el que tengo el honor de que participe con su reseña *Por el cosmos con Qfwfq* (*Into the cosmos with Qfwfq*), de la edición en inglés de una de las colecciones de cuentos de este autor, publicada en España con el título *Todas las cosmicómicas* por la editorial Siruela en 2007; y en inglés, como *The Complete Cosmicomics*, por Penguin Classics en 2009.

Así que espero que leáis este breve texto y, a continuación, os lancéis a leer o releer todas o algunas de las cosmicómicas de Calvino. Si no habéis leído ninguna, mi recomendación es que empecéis por las originales (y aquí podéis leer la primera), es decir, aquellas que están incluidas en *Las cosmicómicas*, con las que seguro que vais a pasar un rato excelente.

Y, ya por último, quiero dejar constancia por segunda vez de mi agradecimiento a la agencia Curtis Brown, LTD (y muy en particular a Sarah), por autorizarme tan amablemente a traducir y publicar este texto, y, sobre todo, a Ursula K. Le Guin, por haber accedido a unirse a este homenaje al gran Calvino. Un millón de gracias, Ursula.

Por el cosmos con Qfwfq

Ursula K. Le Guin

Las lecturas veraniegas que más me gustan son, o bien una de esas novelas extensas, uno de esos maravillosos tochos en el que sumergirme plácidamente tumbada, o bien una colección de cuentos, para, como si de una cesta con fruta de verano se tratara, ir saboreando uno o dos por vez. Y con este libro, Italo Calvino nos ofrece una enorme cesta de cuentos: nectarinas, albaricoques, melocotones, higos… de todo.

Todas las cosmicómicas incluye el volumen *Las cosmicómicas*, la primera traducción al inglés de siete de los cuentos de *La Memoria del Mondo*, todas los relatos de *Tiempo cero*, cuatro de los incluidos en *La gran bonanza de las Antillas*, y un par no recogidos anteriormente en ningún otro libro.[1] Es un placer tener la totalidad de las cosmicómicas tras la tapa de un único volumen (una tapa preciosa, además, y un volumen de buena factura). Más de un tercio de las historias me eran completamente desconocidas y también lo serán para la mayor parte de los lectores de habla inglesa; y algunas son auténticas joyas. La traducción es enteramente satisfactoria, y la introducción de Martin McLaughlin no podía ser una mejor guía para estos relatos deslumbrantemente peculiares.

¿Qué fue Italo Calvino?, ¿un prepostmodernista? Tal vez ya sea hora de dejar de lado el modernismo y todos sus prefijos. Tras luchar en su juventud junto a la resistencia comunista de oposición a la ocupación de Italia por los nazis, Calvino llegó a ser, y nunca dejó de serlo, un escritor de fantasía intelectual de originalidad plenamente coherente. Y ¿qué es una cosmicómica, este género que inventó

mediada su carrera? Se trata a todas luces de una subespecie de la ciencia ficción, que acostumbra a consistir en la exposición de una hipótesis científica (verdaderas en su mayor parte, aunque en ocasiones no comúnmente aceptadas) que sirve de marco a una historia en la que el narrador suele ser un personaje llamado Qfwfq. De modo que nos encontramos con que «Todo en un punto» empieza así:

> *A través de los cálculos iniciados por Edwin P. Hubble sobre la velocidad de alejamiento de las galaxias, se puede determinar el momento en que toda la materia del universo se hallaba concentrada en un solo punto, antes de empezar a expandirse en el espacio.*
>
> Por supuesto que todo estaba allí —dijo el viejo Qfwfq—, ¿y dónde si no? Todavía nadie sabía que existía el espacio. Y el tiempo, ídem: ¿qué queréis que hiciéramos con el tiempo estando allí apretados como sardinas en lata?[2]

Fíjense, por favor, en las sardinas, características y esenciales del método y estilo de Calvino. A partir de este inicio, la historia se va a ir desarrollando con una lógica perfecta… al menos para todos aquellos cuya definición de lógica incluya, tal como debería ser, no solo la astrofísica moderna, sino también la paradoja de Zenón, el Aleph de Borges y la merienda del Sombrerero Loco.

Puede considerarse que los últimos relatos de Calvino no son cuentos en el sentido convencional del término, sino apólogos: ilustraciones narrativas de una apercepción, idea o teoría intelectual, o incluso de una ocurrencia. Uno de los instrumentos favoritos de la Ilustración, el apólogo se presta a la sátira y a la comedia. El *Cándido* de Voltaire es una obra maestra del género. Los apólogos ofrecen caricaturas más que personajes; ironía, en lugar de empatía. Aunque a veces personalidad y emociones se cuelan sigilosamente y llegan a ejercer su influencia, este formato también puede ser fríamente cerebral. Los apólogos de Calvino hacen juegos de palabras con la ciencia, el tiempo, el espacio y los números; y en algunos de ellos esos juegos es todo lo que hay. A los lectores que disfruten con ellos, tal vez a aquellos a quienes Wittgenstein o Eco fascinen, las piezas de *Tiempo cero* les resultarán especialmente satisfactorias; a aquellos de nosotros más enfangados en la mortalidad, sus abstracciones radicales pueden resultarnos estériles. Porque la imaginación de Calvino es totalmente radical. En «La persecución» reduce tan literalmente la historia a una persecución, que la misma no es el clímax de una película de acción sino la totalidad de la historia: el mundo reducido a una carretera, la emoción reducida al suspense, la ausencia de contexto y personalidad llevada hasta tal extremo en esta historia de autos que parece apuntar (el juego de palabras resulta inevitable) a una especie de autismo.

De igual manera, *Las ciudades invisibles* tiene su origen en una idea, en una ocurrencia; pero, esa idea de un Marco Polo ya anciano que regresa a China para describirle al Khan, también anciano, las ciudades que este no visitó en sus correrías resulta tan intrínsecamente cómica y poética, tan infinitamente sugestiva, que llevó a su autor hasta el que tal vez sea su libro más hermoso. No obstante, aunque haya cosmicómicas que son un tanto excéntricas, la mayoría son absolutamente disfrutables,

y algunas se sitúan entre las obras más sublimes de Calvino: inteligencia, humor, emotividad e ironía para destilar pura lucidez.

Las cosmicómicas versan sobre asuntos de estimulante inmensidad: los confines del espacio y el tiempo, en los que la calidez y el humor se cuelan a través de todo tipo de brechas, anomalías y trucos. La prosa leve, escueta y clara de Calvino baila sobre los años luz, salpicada en todo momento de imágenes familiares y gráficas. Como por ejemplo, las sardinas; como por ejemplo, el cielo de piedra sobre aquellos que moran en el interior de la Tierra y ven cómo «a ratos, la oscuridad es surcada por un zigzag llameante. No es un rayo, es metal incandescente que serpentea hacia abajo por una vena».

La única pega que le encuentro a esta prosa es su convención satírica o jocosa de los nombres inarticulables. Si no puedo ni decir ni oír «Qfwfq» (¿cufufcu?), ¿cómo voy a oír la cadencia de la frase donde aparece? En esto, la tendencia hacia la abstracción de Calvino supone una amenaza para el propio lenguaje al reducirlo a simbología matemática literalmente impronunciable. Ese juego se va volviendo más arriesgado, pero seguimos devorando el libro, arrastrados por el buen humor y el aplomo del narrador, sobre todo del omnipresente e insaciable Qfwfq, y encantados con sus amigos y parientes, con toda la gente que estaban allí al principio, porque ¿dónde si no?, como su abuelo, el viejo coronel Eggg, y su esposa, que se trasladaron a nuestro sistema solar justo cuando se estaba formando. «En cuatro mil millones de años que llevo aquí, ya están bastante ambientados, han conocido gente», nos explica Qfwfq. Sin embargo, los vecinos de sus abuelos, los Cavicchia, se van a marchar, se vuelven a Abruzi; y a su abuela también le gustaría hacer algún viajecito, tal vez ir a visitar a su madre en la galaxia de Andrómeda. Pero no es lo mismo, protesta el abuelo, y discuten sobre el asunto, discuten eternamente, hasta el final de los tiempos dale que te dale con «ese “siempre crees que tienes razón” y “porque tú nunca me escuchas” sin el cual la historia del universo no tendría para él ni nombre ni recuerdo ni sabor, ese altercado conyugal ininterrumpido, si por casualidad un día terminara: ¡qué desolación, qué vacío!».

La postura de Calvino ante la dualidad, ante la existencia de opuestos, es casi exclusivamente sexual. La dualidad no conduce a una síntesis, sino que es un proceso eterno, como la figura del *yin yang*, con la discusión conyugal como representación bastante ajustada. Qfwfq pertenece al género masculino, independientemente de la forma que resulte tener en cada momento: un átomo cayendo, un viajero espacial o (en el hermoso cuento «La espiral») un molusco diminuto. Por lo general, también está presente una entidad femenina, cuya esencia no es solo la diferencia, sino también la discrepancia, la resistencia, la huida: esa amada siempre femenina, que ni corresponde a ese amor ni puede ser poseída. Como el punto de vista nunca es el de ella, el cosmos calviniano puede parecer en algunos momentos sesgado hacia el principio masculino. No obstante, la que a mí me resulta más provechosa y entrañable es su omnipresente metáfora de esos amplios clanes familiares italianos, ilimitados y eternos. Calvino desarrolla, empero, su dualismo de géneros de manera profusa y con gran sentimiento en relatos como «El cielo de piedra» y su reescritura, «La otra Eurídice». Allá donde hay verdadero deseo, el varón percibe rivalidad; de forma que la dualidad se amplía hasta el eterno

triángulo… que aquí sí que es realmente eterno.

Calvino estuvo por delante de su tiempo en tantos aspectos que únicamente ahora, veinticinco años después de su muerte, su obra no solo no es percibida como algo marginal por pertenecer al género fantástico, sino que es ampliamente considerada un hito dentro del campo de la ficción, la obra de un maestro. Cuando él escribía, en los círculos literarios estaba mal visto hablar de ciencia ficción, y los cómics estaban, si es que eso era posible, incluso peor considerados. Antes del final de la década de los noventa eran pocos los críticos literarios que se imaginaban que fueran a dedicarles sesudos análisis. Si esos críticos prestaron alguna atención al nombre con el que Calvino bautizó estas historias, fue para recalcar una implicación: la comedia cósmica. No obstante, no hay duda de que la intención de Calvino también era que nos acordáramos de los planteamientos vertiginosos, los saltos e inmensas simplificaciones de la narrativa gráfica en viñetas: las tiras de historietas, los cómics… Un cuento, «El origen de los pájaros», juega directamente con esta imagen, dando instrucciones al lector de una manera sumamente característica de Calvino: «Es mejor que vosotros mismos intentéis imaginar la serie de viñetas con todas las figuritas de los personajes en su sitio, en un fondo eficazmente trazado, pero intentando al mismo tiempo no imaginaros las figuritas, y ni siquiera el fondo».

Así que, ya ven, hemos recibido instrucciones totalmente contradictorias. Tal vez si pudiéramos seguirlas podríamos estar cerca de alcanzar el estado de «capacidad negativa», que Keats consideraba el más fructífero de todos. Y yo soy de la opinión de que fue en ese estado donde Italo Calvino permaneció gran parte del tiempo.

Copyright © 2009 Ursula K. Le Guin

First published in *The Guardian*, 15 June 2009. / Publicado por primera vez el 15 de junio de 2009 en *The Guardian*.

Used by permission of Curtis Brown, Ltd. All rights reserved. / Publicado con la autorización de Curtis Brown, Ltd. Todos los derechos reservados.

Notas a la traducción de *Por el cosmos con Qfwfq*

[1] Los títulos de las obras citadas en el texto original en inglés son los siguientes: *Cosmicomics*, publicado en inglés en 1968, cuyo contenido se corresponde con, entre otras, la edición española de *Las cosmicómicas* (Minotauro, 1985); *Time and the Hunter*, publicado en inglés en 1969, y en español como *Tiempo cero* (Minotauro, 1985); y *Numbers in the Dark*, publicado en inglés en 1995, y en español como *La gran bonanza de las Antillas* (Tusquets, 1993). *La Memoria del Mondo* fue publicado en italiano en 1968 y no ha sido editado de manera independiente ni en inglés ni en español.

[2] La traducción de este y del resto de fragmentos de cuentos de Italo Calvino está tomada direc-

tamente de la edición de *Todas las cosmicómicas*, publicada por la editorial Siruela, y traducida del italiano por Ángel Sánchez-Gijón.

Hola de nuevo

Seth Fried

Presentación

Seth Fried es un escritor residente en Brooklyn cuyas historias y textos han aparecido en numerosas publicaciones (*The New Yorker*, *Electric Literature*, *One Story, McSweeney's*…). Once de estos cuentos componen su estupenda primera colección, *The Great Frustration* (Soft Skull Press, 2011).

Hola de nuevo (*Hello Again*) se publicó en 2014 en la revista *Tin House*, y posteriormente se incluyó en el número de julio de 2016 de *Lightspeed*. Según su autor, la principal dificultad con la que se encontró al escribir este relato fue conseguir reducir el número de veces que aparecía la palabra «universo», que en el primer borrador era de alrededor de ochenta, cantidad ciertamente un tanto elevada dada la brevedad del mismo. Se trata de una historia muy cosmicómica, y mi segundo intento (tras la reseña de Ursula K. Le Guin) por animaros a que leáis o releáis *Las cosmicómicas* o, incluso mejor, *Todas las cosmicómicas*. De hecho, el propio Seth recomienda en esta entrevista que si os gusta *Hola de nuevo* también leáis «Priscilla» (incluida en *Tiempo Cero* y en *Todas las cosmicómicas*), porque considera que casi con total seguridad también os va a gustar.

Para no perder las buenas costumbres, por último quiero dejar constancia de mi agradecimiento a Seth por enviarme este cuento y permitirme compartirlo con todos vosotros dentro de este pequeño homenaje a Calvino, al que creo que está encantado de haberse unido puesto que este autor es también es uno de sus favoritos. *Thanks a million, Seth!*

Hola de nuevo

Seth Fried

Tras una larga y turbulenta expansión, el universo comenzó a contraerse. La velocidad a la que había salido despedido fue superada finalmente por la fuerza gravitacional centrípeta de su propia materia en suspensión, de modo que, como si fueran viajeros fatigados, las estrellas y planetas hicieron una pausa antes de emprender el largo camino de regreso para volver a reunirse. Se juntaron en grandes

conglomerados, chocando con tanta fuerza que implosionaron en agujeros negros. De esta manera, la creación al completo se devoró a sí misma y quedó comprimida en una región increíblemente caliente y densa. La situación era idéntica por completo a las condiciones iniciales que habían precedido al *big bang*. Y, como no había nada que impidiera que esa afortunada explosión se repitiera, el universo inevitablemente salió proyectado una vez más en un ciclo que carecía de fin. Si se hubiera podido observar este movimiento de forma global a lo largo de un período imposible de tiempo, habría parecido que el universo estaba inspirando y espirando de manera regular, inspirando y espirando, inspirando y espirando.

Y lo que es más, como los distintos componentes del universo siempre salían lanzados en el mismo orden y con la misma cantidad de fuerza, el siguiente universo era siempre indistinguible del anterior. Todas las galaxias, todas las cordilleras, todas las moléculas quedaban distribuidas en el espacio y tiempo como lo habían estado en todas las otras innumerables iteraciones del universo. Incluso algo tan aparentemente accidental y caprichoso como la raza humana era reproducido a la perfección y sin variación alguna. Las personas nacían con un cuerpo compuesto exactamente de la misma materia de la que lo había estado cientos de billones de años atrás. Nacían en el mismo momento y de la misma madre, y el destino que se labraban era el mismo destino hasta su fin.

Aunque los individuos podían hacer elecciones que eran totalmente espontáneas y acordes con su propia naturaleza, siempre se encontraban con que en todo momento su coyuntura personal y todas las circunstancias externas eran idénticas, de modo que sus decisiones (aunque tomadas con total libertad) eran de manera inexorable las mismas. Ya se tratara de un asesinato impune o del descubrimiento de la penicilina, los implicados acertaban a la perfección e interpretaban sus papeles con la involuntaria perentoriedad resultado de la asunción de que nunca habían vivido ya su vida en un universo anterior. Bueno, hasta que el creciente conocimiento del universo de la raza humana alcanzó a englobar el hecho irrefutable de que el universo y todo lo que este contenía se estaba repitiendo, momento en que la humanidad se vio abocada a un estado de crisis existencial.

Después de todo, saber que todas las decisiones ya habían sido tomadas y que volverían a serlo una y otra vez, incesantemente, dejaba al libre albedrío sin gran parte de su encanto. De pronto, los comportamientos más ilógicos y privados de la gente se proyectaban por el tiempo en ambos sentidos en una simetría mareante, de manera que, aunque impresionadas ante la aparente inmensidad de su propia existencia, las personas también empezaron a sentirse despojadas de sí mismas y de cualquier influencia personal. En cierta manera, los astrólogos habían tenido razón: el destino de un individuo y la posición y el movimiento de los cuerpos celestes venían a ser lo mismo. Todas las decisiones, ya fueran meditadas o precipitadas, no eran más que proyectiles procedentes del centro del universo; y la voluntad de cualquier persona rebotaba por el espacio y el tiempo ajustándose a una pauta que había sido determinada miles de millones de años atrás por la manera en que toda la materia había salido despedida.

También cundió una peculiar sensación de soledad al saberse que tras la muerte de una persona se crearía otra versión diferenciada de ella misma. Ese futuro ente, aunque compuesto por el mismo puñado de carbono y presto a llevar la misma vida, sería independiente por completo. Un hombre en su lecho de muerte se veía obligado a aceptar la idea de que los momentos más entrañables de su vida se repetirían sin él, mientras que los más bochornosos serían revividos por un desconocido con su rostro y nombre. El moribundo, respirando entrecortadamente en una cama de hospital, sentiría envidia, compasión e incluso ira contra ese otro yo, el cual iba a vivir sus alegrías, apechugar con sus errores y adquirir penosamente toda esa experiencia ganada con tanto esfuerzo que por derecho le pertenecía solo a él.

Asimismo, un padre mirando a su hija montar en bicicleta por primera vez experimentaría una secreta, si bien innegable, sensación de distanciamiento, al comprender que todos los detalles de ese momento (la sonrisa en el rostro de la niña, sus gritos de entusiasmo, e incluso el inseguro bamboleo de la rueda delantera de la bicicleta), que en otras circunstancias le habrían parecidos tan únicos como una rúbrica, serían exactamente los mismos en el siguiente universo. Meses más tarde, cuando su hija llorara desconsoladamente en su cuarto porque sus compañeros del colegio se habían dado cuenta de que su nombre rimaba con alguna grosería, se vería obligado a aceptar el hecho de que, aunque el dolor que ella estaba experimentando era en muchos sentidos trivial, también era eterno; de que, dentro de la infinita aflicción de la vida de su hija, ese momento siempre estaría ocupado por una mortificación inútil que siempre la cambiaría del mismo modo.

Todas las cosas terribles que deberían haberse rectificado nunca serían enmendadas; y todas las cosas buenas que deberían haber sucedido en una única ocasión se convertían en algo fútil por culpa de ese renacimiento mecánico. Todas las grandes obras de arte se crearían como churros, innumerables veces: esas expresiones perfectas de la humanidad se revelarían como poco más que tics circunstanciales, eyaculaciones infinitesimales de la infinita monotonía del universo. Y a su vez, todas las atrocidades y guerras se reproducirían con idéntica angustia.

Los seres humanos sufrieron bajo el peso de este conocimiento durante miles de años. De igual manera que la visión de una luna llena sobre una inmensa llanura vacía había despertado en el hombre primitivo sus primeras sensaciones de asombro y miedo, que con el tiempo habían empujado a los humanos a subir a un cohete y lanzarse más allá de la órbita terrestre, este conocimiento se abrió paso en los sueños y pesadillas colectivos de todos los individuos, hasta cuajar en la gran esperanza tácita de que este universo podría encontrar alguna manera de comunicarse con el siguiente, y permitir así a la civilización progresar más allá de su curso en la iteración anterior.

Esta esperanza se materializó en un gran organismo internacional llamado Centro para la Materia Comprimible (CMC), cuya única misión era crear un material que pudiera resistir la compresión infinita del universo y expandirse de nuevo en cuanto se recuperaran las condiciones que se daban en esos momentos. El material se diseñaría de manera que fuera capaz de aguantar tanto las inconmen-

surables colisiones que tendrían lugar durante la formación de la Tierra, como los periodos de calor y frío extremo. Se fabricarían láminas finas del mismo en las que se grabaría en miles de lenguas, tanto clásicas como modernas, lo que los miembros del comité del CMC acordaron era «información ventajosa». Se creía que esto permitiría que por primera vez la raza humana evolucionara más rápidamente.

Una vez inventado este material, a los expertos en diseminación del CMC no les resultó complicado introducir esas láminas en una cápsula fabricada con esa misma sustancia. El equipo de diseminación también fue capaz de calcular en determinados casos la evolución de la ubicación de la cápsula durante la compresión y expansión. Si se colocaba en un lugar concreto de los montes Urales del universo actual, arribaría al siguiente en las proximidades de África occidental, uno de los principales focos de irradiación cultural en la historia de la humanidad. Si se situaba en otro punto a menos de un kilómetro de distancia, terminaría alojada en el núcleo de la Luna o a la deriva por el espacio vacío.

Unos años después de que la primera cápsula fuera colocada en la cumbre de justo la montaña apropiada, se descubrió otra mucho más antigua en las afueras de Serekunda. Los documentos que contenía esta segunda cápsula era idénticos a los que el equipo del CMC había introducido en la primera. Era evidente que, del mismo modo que la cápsula recientemente fabricada había sido dejada para el siguiente universo, esta lo había sido para que fuera encontrada por el actual. A primera vista, esto quería decir que la cápsula era un éxito. Sin embargo, cuando se consideraba el asunto con algo más de detenimiento, parecía ser la demostración irrefutable de que todos los esfuerzos habían sido en vano. El que esta cápsula más antigua no hubiese sido encontrada hasta después de que la del universo presente hubiera sido emplazada quería decir que la siguiente instancia de la humanidad no encontraría la cápsula del presente hasta unos años después de que el CMC hubiera terminado de trabajar en la siguiente. De manera que, aunque las cápsulas eran efectivamente capaces de perdurar durante extensísimos períodos de tiempo y sobrevivir a los cataclismos inimaginables que habían destruido y originado el mundo, lo único que se había logrado era enviar un mensaje que era idéntico al que el CMC del siguiente universo ya había escrito.

Eso hubiera sido el final del ambicioso intento de la humanidad por liberarse de las repeticiones de no haber sido por el descubrimiento de una tercera cápsula todavía más antigua, desenterrada por casualidad por unos obreros de la construcción durante la excavación de los cimientos de una urbanización de bloques de apartamentos en un barrio de moda a las afueras de Toronto. Cuando se envió la cápsula al CMC para su análisis, el personal del centro estableció que los documentos que contenía en su interior eran asimismo idénticos a los de la cápsula que seguía enterrada tranquilamente en los montes Urales.

Aunque la intención había sido que las cápsulas sobrevivieran hasta el siguiente universo, por supuesto que no había nada en su diseño que las impidiera durar incluso más tiempo. La que había

sido hallada a las afueras de Serekunda se encontraba en esos momentos en los laboratorios del CMC para ser examinada, y lo más probable es que llegara un día en que fuera trasladada a algún almacén donde permanecería mientras el CMC continuara funcionando. Con el tiempo sería adquirida por sucesivas entidades, se perdería o sería abandonada, así hasta llegar a su ubicación definitiva donde esperaría el final del actual universo, solo para acabar en el siguiente, ya fuera incrustada debajo del lago Michigan, a la deriva camino de Plutón o, en esta instancia, enterrada debajo de una urbanización canadiense.

Otras cápsulas aparecieron en otros lugares. Algunas eran tan antiguas que habían empezado a desintegrarse tras tantas expansiones y contracciones del universo. Y lo que era más significativo, se encontraron algunas a las que les faltaba la tapa y de las que se habían sacado los documentos. Es posible que el descubrimiento más sorprendente fuera el de una joven egiptóloga llamada Elizabeth Edlund, quien al examinar por rayos X una serie de canopes se había encontrado con que varios de ellos eran cápsulas CMC recubiertas de arcilla.

Unas décadas más tarde, una flamante disciplina dominaba las instituciones de enseñanza superior de todo el planeta. Los eruditos repasaban minuciosamente la historia del progreso de la humanidad a la búsqueda de cualquier momento en que la raza humana pudiera haber sido influenciada directamente por los documentos del CMC. Se trataba de un campo de estudio fascinante y a la vez imposible. Estaba claro que en todas las conquistas de la humanidad la información incluida en la cápsula del CMC parecía estar detrás de alguno de sus elementos. No obstante, cuando el comité había preparado esos documentos, la «información ventajosa» incluida tan solo había consistido en un resumen de los logros humanos hasta ese momento. Como era de esperar, hubo una gran controversia sobre si los documentos en cuestión podrían haber sido de manera simultánea tanto la causa como el resultado del progreso humano. El CMC no había resuelto el problema de la inmutabilidad del universo, sino que sus esfuerzos solo habían conseguido complicarlo al suscitar la cuestión de si cada uno de los universos era un fenómeno autónomo o si formaban parte de una secuencia de fenómenos interdependientes que se inducían los unos a los otros y se hacían eco entre ellos a perpetuidad.

Mientras tanto, los científicos habían empezado a comprender que, como el universo presente pasaría a los sucesivos no solo su propia cápsula sino también todas las anteriores, los universos para nada podían seguir siendo el mismo al ir acumulando cápsulas a un ritmo constante: aunque se desintegraran por las continuas implosiones y expansiones, seguían estando presentes en todos ellos, incluso aunque solo fuera como un puñado de polvo irreconocible. Además, las cápsulas también variaban continuamente de posición de una iteración a la siguiente, en un deslizamiento gradual a través del universo. Es cierto que la contribución de cada una de ellas era pequeña: en cuanto se veían sometidas a cualquier fuerza significativa, y conforme a su naturaleza, se comprimían drásticamente. No obstante, como a lo largo de las iteraciones se irían acumulando cada vez más, parecía inevitable que su presencia terminara por alterar la trayectoria inicial de la totalidad de la materia. Todas esas colisiones al azar que habían creado el universo tal como era, el sistema solar tal como era, la Tierra

tal como era, dejarían de producirse de la misma manera, y por lo tanto se engendraría un universo impredeciblemente nuevo. En resumen, la intervención humana había conseguido que el universo estuviera en condiciones de no reproducir la humanidad.

La posibilidad de la repetición infinita había resultado perturbadora desde el punto de vista de los humanos, pero esta nueva información les hizo añorar aquella creencia, y un espíritu de conservación, en cierto modo vano, se apoderó de ellos. Incluso aunque se pudieran localizar y destruir la totalidad de las cápsulas, el CMC nunca podría recuperar todas aquellas que en su deriva ya se habían alejado de la Tierra, ni impedir que el siguiente universo fabricara las suyas. Todo era inútil.

Ese mismo padre, mientras miraba a su hija hacer pacientemente los deberes de matemáticas, ahora contemplaba la posibilidad de que llegara un día en que tanto él como su hija, junto con todo recuerdo de ellos, se desvaneciera del universo, y la desesperación se apoderaba de él, como si su amor hacia ella no estuviese tanto definido por el auténtico contenido de esa emoción, sino por el terrible vacío que ahora amenazaba con erradicarla.

Tras milenios de ansiedad, esfuerzos y reflexiones, los seres humanos se encontraban exactamente en el mismo punto en que habían estado antes de haberse planteado la cuestión de las repeticiones. La vida volvía a estar definida de nuevo por la circunstancia de que era fugaz y transitoria. Aunque ahora se disponía del conocimiento adicional, al que normalmente se apelaba siempre que existía algún motivo de alegría, de que este universo se las había apañado para reproducirse al menos una vez más. Tanto cuando un anciano matrimonio estaba sentado plácidamente en un parque un agradable día otoñal, como cuando a unos jóvenes padres les entregaban a su nuevo hijo, recién nacido y sano, tales sucesos eran recibidos con una calidez que se originaba en el pasado y se adentraba vacilante en el futuro, y el anciano matrimonio y los jóvenes padres saludaban al espacioso parque o a ese fardo que era el bebé con esa expresión habitual, cuya forma difiere de un idioma a otro, pero que siempre se puede considerar que, en todos ellos, simplemente quiere decir: «Hola de nuevo».

Copyright © 2014 Seth Fried

Acerca de las costumbres de elaboración de libros en determinadas especies

Ken Liu

Presentación

Ken Liu consiguió convertirse en uno de los autores más destacados dentro del panorama actual de la literatura fantástica gracias únicamente a sus relatos, algo por desgracia no demasiado habitual

dentro del género. Por fin en 2015 apareció en Estados Unidos la que hasta el momento es su única novela, *La Gracia de los Reyes* (*The Grace of Kings*, Saga Press), primera entrega de una trilogía, que ha sido publicada recientemente entre nosotros dentro de la colección Runas de Alianza Editorial. Este mismo sello también ha anunciado que en 2017 tiene previsto publicar *The Paper Menagerie and Other Stories* (Saga Press, 2016), que recopila una representativa selección de quince títulos de entre los más de cien relatos que Ken Liu ha publicado a lo largo de su carrera como escritor.

Por si lo anterior no fuera ya de por sí suficiente excusa para volverlo a tenerlo por aquí, resulta que Italo Calvino es una de las influencias literarias de Ken, que en concreto se confiesa gran admirador de *Las ciudades invisibles*, obra que perfectamente le puede haber servido de inspiración para el nuevo relato que tengo el placer de presentaros, el primero de un grupo de cuentos dentro de este especial que pueden considerarse un homenaje a esta obra en concreto, que, tal como decía Ursula K. Le Guin en *Por el cosmos con Qfwfq*, posiblemente sea el libro más hermoso de Calvino.

Acerca de las costumbres de elaboración de libros en determinadas especies (*The Bookmaking Habits of Select Species*) se publicó por primera vez en agosto de 2012 en la revista *Lightspeed*, y es el cuento que abre la colección *The Paper Menagerie and Other Stories*. Y, aunque finalmente no ganara ningún galardón, fue finalista de los premios Nebula, Theodore Sturgeon y WSFA Small Press Awards. Se trata de un cuento un tanto atípico dentro de la producción de este autor, al carecer de personajes y ser una obra meramente descriptiva. En cualquier caso, espero que disfrutéis con este cuarto relato de Ken Liu en **Cuentos para Algernon**, una nueva muestra de su versatilidad y excelente hacer en las distancias breves

En esta ocasión quiero dar las gracias muy especialmente a la editorial Alianza, por permitirme compartir por adelantado este pequeño aperitivo de *The Paper Menagerie and Other Stories*, que, como decía, se publicará en español en 2017. Y, por supuesto, gracias también a Ken Liu, por escribir cuentos tan estupendos como este. *Thanks a million, Ken!*

Acerca de las costumbres de elaboración de libros en determinadas especies

Ken Liu

No existe un censo definitivo de la totalidad de las especies inteligentes del universo. No solo debido a los eternos debates sobre qué es lo que puede considerarse inteligencia, sino porque, en todo momento y lugar, unas civilizaciones se desarrollan y otras caen, de forma muy similar a como nacen y mueren las estrellas.

El tiempo lo devora todo.

No obstante, cada especie tiene un sistema propio de transmitir su sabiduría a través de los tiempos;

una manera particular de hacer visibles las ideas, de hacerlas tangibles, de congelarlas durante un instante cual baluartes contra la irresistible marea del tiempo.

Todo el mundo elabora libros.

∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞

Hay quien afirma que la escritura no es más que el habla hecha visible; pero nosotros sabemos que tal parecer peca de estrechez de miras.

Los allatianos, una raza musical, escriben arañando con su fina y dura probóscide una superficie impresionable, como puede ser una tablilla metálica cubierta por una capa fina de cera o de arcilla endurecida (de hecho, los más pudientes portan a veces en la punta de la nariz una plumilla fabricada con algún metal precioso). Los allatianos enuncian sus pensamientos mientras escriben, lo que provoca que la probóscide vibre arriba y abajo mientras va abriendo un surco en la superficie.

Para leer un libro así escrito, el allatiano sitúa la nariz en el surco y la arrastra por él. La delicada probóscide vibra en simpatía con la forma de onda del surco, y una cámara hueca en el cráneo del lector amplía el sonido, recreándose de esta manera la voz del escritor.

Los allatianos consideran que cuentan con un sistema de escritura superior a todos los demás. A diferencia de los libros escritos con alfabetos, silabarios o logogramas, un libro allatiano captura no solo las palabras sino también el tono, voz, inflexión, énfasis, entonación y ritmo de quien escribe. Es simultáneamente partitura y grabación. Un discurso suena como un discurso, un lamento como un lamento, y una historia recrea a la perfección el entusiasmo entrecortado del narrador. Para los allatianos, leer es literalmente escuchar la voz del pasado.

No obstante, la belleza del libro allatiano conlleva un coste. Como el acto de leer requiere el contacto físico con la superficie blanda y maleable, cada vez que un texto es leído también acusa un deterioro y algún aspecto del original se pierde de manera irremediable. Es imposible que copias realizadas con materiales más duraderos puedan reproducir todas las sutilezas de la voz del escritor, y por lo tanto se evitan.

Con objeto de preservar su herencia literaria, los allatianos tienen que encerrar sus manuscritos más preciados en intimidantes bibliotecas a las que muy pocos tienen permitido el acceso. Resulta irónico pues que las obras más importantes y bellas de los escritores allatianos rara vez se lean, y tan solo sean conocidas a través de las interpretaciones de escribas que intentan reconstruir el original en libros nuevos tras escuchar el texto primigenio en ceremonias especiales.

De las obras más influyentes circulan cientos, miles de interpretaciones que, a su vez, son interpretadas y propagadas mediante nuevas copias. Los eruditos allatianos pasan gran parte del tiempo de-

batiendo sobre la autoridad relativa de las versiones contrapuestas e infiriendo, a partir de las múltiples copias imperfectas, la voz imaginaria del antecesor: un libro ideal no viciado por los lectores.

∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞

Los quatzoli no consideran que pensar y escribir sean de ningún modo acciones distintas.

Los quatzoli son una raza de criaturas mecánicas. Se desconoce si en su origen fueron las creaciones mecánicas de otra (y más antigua) especie, si son los caparazones que albergan las almas de una raza que fue orgánica en el pasado, o si han evolucionado por sí mismos a partir de materia inerte.

El cuerpo de los quatzoli está hecho de cobre y tiene forma de reloj de arena. Su planeta, que traza una complicada órbita entre tres estrellas, está sometido a enormes fuerzas mareomotrices que agitan y derriten el núcleo metálico, el cual irradia calor hacia la superficie en forma de géiseres vaporosos y lagos de lava. Varias veces al día, los quatzoli ingieren agua en su cámara inferior, donde hierve lentamente y se evapora durante sus periódicas inmersiones en los burbujeantes lagos de lava. El vapor atraviesa entonces una válvula reguladora —la parte estrecha del reloj de arena— y entra en la cámara superior, donde propulsa los distintos engranajes y palancas que animan a estas criaturas mecánicas.

Al término de cada uno de estos ciclos de trabajo, el vapor se enfría y condensa sobre la superficie interna de la cámara superior. Las gotitas de agua corren por unas hendiduras abiertas en el cobre hasta afluir en un caudal continuo que atraviesa una piedra porosa rica en minerales carbonatados antes de ser excretado.

La mente de los quatzoli reside en esa piedra. Este órgano pétreo está saturado de miles, de millones de intrincados canales que forman un laberinto que divide el agua en innumerables flujos paralelos minúsculos que gotean, rezuman, serpentean unos alrededor de otros, y de este modo representan valores simples que, al unirse, forman flujos de conciencia y emergen como pensamientos.

Con el transcurrir del tiempo, la retícula de vías por las que el agua atraviesa la piedra va cambiando. Hay canales viejos que se desgastan y desaparecen, o se bloquean y ciegan, y así determinados recuerdos se olvidan. También se abren canales nuevos, que conectan flujos anteriormente separados —una epifanía—; y el agua, al brotar, va sedimentando nuevos depósitos de mineral en los extremos más alejados y jóvenes de la piedra, para formar allí los pensamientos más nuevos y recientes bajo la apariencia de vacilantes y frágiles estalactitas en miniatura.

Cuando un quatzoli progenitor forja un vástago, su acto final es obsequiar a su hijo con un fragmento pétreo de su propia mente, entregarle una chinita de sabiduría y pensamientos provechosos que le permitirá comenzar a vivir. A medida que ese hijo acumula experiencias, su propio cerebro mineral

irá creciendo alrededor de ese núcleo y haciéndose cada vez más intrincado y complejo hasta que, a su vez, él también pueda escindir su mente en beneficio de sus propios retoños.

Y de este modo, los quatzoli son libros ellos mismos. Cada uno lleva en su propio cerebro mineral un registro escrito de la sabiduría acumulada de todos sus antepasados: los pensamientos más persistentes que han sobrevivido a millones de años de erosión. Cada mente crece a partir de una semilla heredada a través de los milenios, y cada pensamiento deja una marca que puede ser leída y observada.

Algunas de las razas más violentas del universo, como los hesperoes, antaño se deleitaban extrayendo y coleccionando los cerebros minerales de los quatzoli. Aunque todavía se exhiben en sus museos y bibliotecas, las piedras —etiquetadas con frecuencia simplemente como «libros antiguos»— ya no dicen gran cosa a la mayoría de los visitantes.

Al ser capaces de separar pensamientos de escritura, las razas conquistadoras han podido presentar un historial libre de manchas y pensamientos que hubieran hecho estremecer a sus descendientes.

No obstante lo cual, los cerebros minerales permanecen en las vitrinas, esperando a que el agua fluya de nuevo por los canales secos para así poder volver a ser leídas y poder volver a vivir.

∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞

Antaño, los hesperoes escribían con cadenas de símbolos que representaban los sonidos de su habla, pero ahora han dejado de escribir por completo.

Siempre han tenido una relación complicada con la escritura, los hesperoes. Sus grandes filósofos desconfiaban de ella. Consideraban que un libro no era una mente viva, aunque fingiera serlo. Los libros brindaban declaraciones sentenciosas, hacían juicios morales, describían supuestos acontecimientos históricos, contaban historias emocionantes… sin embargo, no podían ser interrogados como una verdadera persona, ni tampoco responder a sus detractores o justificar sus versiones de los hechos.

Los hesperoes escribían sus pensamientos a regañadientes, solo cuando no podían confiar en los caprichos de la memoria. Preferían con mucho vivir con la fugacidad del habla, de la oratoria, de los debates.

En otra época, los hesperoes fueron un pueblo fiero y cruel. Por mucho que se deleitaran en los debates, todavía disfrutaban más con las glorias de la guerra. Los filósofos justificaban sus conquistas y matanzas en el nombre del progreso: la guerra era la única manera de conseguir que los ideales incorporados en los textos estáticos transmitidos a través de los tiempos cobraran vida, de garantizar que continuaran siendo verdaderos y de refinarlos para el futuro. Una idea era digna de ser conservada únicamente si conducía a la victoria.

Cuando por fin descubrieron el secreto del almacenamiento cerebral y de los mapas mentales, los hesperoes dejaron por completo de escribir.

En los instantes previos a la muerte de los grandes reyes, generales y filósofos, los hesperoes extraen el cerebro del deteriorado cuerpo. Las rutas de hasta el último de los iones cargados, de hasta el último de los fugaces electrones, de hasta el último de esos quarks maravillosos y extraños, son capturadas y recreadas en matrices cristalinas. Esta mente quedará congelada por toda la eternidad en ese momento en que es separada de su propietario.

Es en ese instante cuando comienza el proceso de mapeo. Con gran cuidado y meticulosidad, un equipo de cartógrafos expertos, ayudado por numerosos aprendices, traza cada uno de los innumerables ramales minúsculos, impresiones y presentimientos que se entremezclan en el flujo y reflujo del pensamiento hasta combinarse en las fuerzas mareomotrices: las ideas que hicieron grandes a sus autores.

Una vez finalizado el mapeo, comienzan los cálculos para prolongar las trayectorias de esos caminos que han sido trazados, para así simular el siguiente pensamiento. Los más brillantes eruditos de entre los hesperoes se afanan en cartografiar las rutas por las que las grandes mentes congeladas penetran en la inmensa y oscura *terra incognita* del futuro. Los mejores años de sus vidas son consagrados a este empeño, y cuando ellos mueren, sus mentes, a su vez, también son cartografiadas indefinidamente mientras se adentran en el futuro.

Es así como las mentes más brillantes de esta raza nunca mueren. Para conversar con ellas, a los hesperoes les basta con encontrar las respuestas en los mapas mentales y, por consiguiente, ya no necesitan libros fabricados a la manera de antaño —que no eran más que meros símbolos muertos—, dado que la sabiduría del pasado siempre los acompaña, sin dejar de pensar, sin dejar de guiarles, sin dejar de explorar.

Y al ir dedicando más y más de su tiempo y recursos a la simulación de esas mentes arcaicas, los hesperoes también han ido volviéndose mucho menos belicosos, para gran alivio de sus vecinos. Tal vez sea cierto que algunos libros ejercen una influencia civilizadora.

∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞

Los tull-toks leen libros que no han escrito.

Los tull-toks son criaturas de energía. Formas etéreas y oscilantes de potenciales variables de campo, los tull-toks se extienden por entre las estrellas como lazos fantasmagóricos, aunque al atravesarlos, las naves de otras especies apenas noten un débil tirón.

Los tull-toks aseguran que en el universo todo puede ser leído. Cada estrella es un texto vivo en el que

las inmensas corrientes convectivas de los tórridos gases narran un drama épico, con las manchas estelares actuando a modo de signos de puntuación; los anillos coronarios como figuras retóricas extensas y las erupciones como enfáticos pasajes convincentes en el silencio profundo del frío espacio. Cada planeta contiene un poema, escrito en el irregular y sombrío ritmo entrecortado de los desnudos núcleos minerales, o con las extensas y floridas rimas líricas —tanto asonantes como consonantes— de los turbulentos gigantes de gas. Y aparte están los planetas con vida, construidos como complejos mecanismos de relojería con piedras preciosas engastadas, que contienen una multitud de recursos literarios autorreferenciales que suenan y resuenan por toda la eternidad.

No obstante, es en el horizonte de sucesos que rodea a los agujeros negros donde los tull-toks afirman que pueden encontrarse los libros más espléndidos. Cuando un tull-tok se cansa de hojear la infinita biblioteca universal, deriva hacia un agujero negro. A medida que acelera en su camino hacia el punto de no retorno, los rayos X y gamma que pasan por su lado van desvelando gradualmente el misterio primordial del que todos los demás libros no son sino glosas. El libro se va revelando más y más complejo, más lleno de matices y, justo cuando el tull-tok está a punto de verse abrumado por la grandiosidad del libro que está leyendo, sus compañeros, que observan desde la distancia, se percatan con sorpresa de que para él el tiempo parece haberse ralentizado hasta detenerse, de que va a tener toda la eternidad para leerlo en su caída sin fin hacia ese centro que nunca alcanzará.

Por fin, un libro ha triunfado sobre el tiempo.

Ningún tull-tok ha regresado jamás de un viaje así, por supuesto, y son muchos los que desestiman sus debates sobre la lectura de los agujeros negros por considerar todo el asunto un mito. De hecho, son también muchos los que tienen a los tull-toks por unos simples farsantes analfabetos que utilizan el misticismo para ocultar su ignorancia.

Sin embargo, todavía hay quien sigue utilizando a los tull-toks como intérpretes de los libros de la naturaleza que aseguran ver a nuestro alrededor. Las interpretaciones así obtenidas son numerosas y contradictorias, y desembocan en interminables polémicas sobre el contenido de los libros y, en particular, sobre su autoría.

∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞

A diferencia de los tull-toks, que leen libros de la mayor magnitud posible, los caru'ee son lectores y escritores de lo minúsculo.

De pequeña estatura, no hay ningún caru'ee cuyas dimensiones superen las del punto al final de esta frase. En sus viajes lo único que quieren es adquirir libros que hayan perdido todo su significado y que ya no puedan ser leídos por los descendientes de los autores.

A causa de su insignificante tamaño, son pocas las razas que los perciben como una amenaza, y así les resulta posible obtener lo que desean sin grandes problemas. Por ejemplo, a petición de los caru'ee, los habitantes de la Tierra les entregaron tablillas y vasijas grabadas con lineal A y rollos de cuerdas anudadas llamadas *quipus*, junto con toda una colección de antiguos cubos y discos magnéticos que ya no sabían cómo descifrar. Los hesperoes, una vez terminaron con sus guerras de conquista, les dieron algunas piedras viejas que pensaban eran libros robados a los quatzoli. E incluso los retraídos untou, que escriben con fragancias y sabores, les permitieron hacerse con varios ejemplares anodinos cuyos aromas eran ya demasiado débiles como para poder ser leídos.

Los caru'ee no hacen ningún esfuerzo por descifrar sus adquisiciones. Su único objetivo es utilizar esos libros viejos, ahora carentes de significado, como un espacio virgen sobre el que edificar sus sofisticadas y barrocas ciudades.

Las líneas buriladas en las vasijas y tablillas fueron transformadas en vías públicas cuyos muros eran un abigarrado laberinto de habitaciones que desarrollaban los trazos preexistentes con belleza fractal. Las fibras de las cuerdas anudadas fueron separadas, y tejidas y enlazadas de nuevo a nivel microscópico, hasta que cada una de las ataduras originales se hubo convertido en un conglomerado de complejidad bizantina de miles de nudos más pequeños, cada uno un posible quiosco para un comerciante caru'ee en ciernes o una maraña de habitaciones para una joven familia caru'ee. Por otra parte, los discos magnéticos fueron utilizados como recintos de esparcimiento; sobre su superficie se deslizaban a toda velocidad durante el día los jóvenes y atrevidos, que disfrutaban de las cambiantes fuerzas de atracción y repulsión del potencial magnético en los distintos puntos. Por la noche, en estos lugares se encendían luces diminutas que seguían el flujo de las fuerzas magnéticas, y la información muerta mucho tiempo atrás iluminaba los bailes de miles de jóvenes en busca del amor, en busca de alguien con quien conectar.

Sin embargo, tampoco es exacto afirmar que los caru'ee no interpreten en absoluto. Cuando son visitados por miembros de la especies que les han donado estas reliquias es inevitable que estos invitados noten una sensación de familiaridad en las flamantes construcciones caru'ee.

Por ejemplo, cuando los representantes de la Tierra fueron llevados a visitar el mercado mayor construido en un *quipu*, fueron testigos —a través de un microscopio— de una actividad bulliciosa, un comercio próspero y un murmullo incesante de números, cuentas, valores y divisas. Uno de esos representantes, descendiente del pueblo que en el pasado había atado los libros de nudos, se quedó atónito. Aunque no fuera capaz de leerlos, sí que sabía que el objetivo de los *quipus* era permitir llevar los números y las cuentas, y totalizar impuestos y entradas de libros de contabilidad.

O tomemos el ejemplo de los quatzoli, que se encontraron con que los caru'ee estaban reutilizando uno de los cerebros minerales perdidos como complejo de investigación. Los diminutos canales y cámaras, por los que antaño habían fluido esos ancestrales pensamientos acuosos, eran ahora laboratorios, bibliotecas, aulas de enseñanza y salas de lectura resonantes de nuevas ideas. La intención

de la delegación quatzoli había sido recuperar la mente de su antepasado, pero se marchó convencida de que las cosas eran tal y como debían ser.

Es como si los caru'ee fueran capaces de percibir un eco del pasado y, de manera inconsciente, mientras construyen sobre un palimpsesto de libros escritos y olvidados mucho tiempo atrás, den por casualidad con esa esencia del significado que no puede perderse, por mucho tiempo que haya transcurrido.

Los caru'ee leen sin saber que están leyendo.

∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞

Bolsas de consciencia brillan en el vacío frío y profundo del universo como burbujas en un mar inmenso y oscuro. Girando, agitándose, fundiéndose, rompiéndose, van dejando en pos de ellas rastros helicoidales fosforescentes, cada uno tan singular como una rúbrica, mientras empujan y ascienden hacia una superficie invisible.

Todo el mundo elabora libros.

Copyright © 2012 Ken Liu

Breve enciclopedia de los mares lunares

Ekaterina Sedia

Presentación

Ekaterina Sedia nació y pasó sus primeros años de vida en Rusia, hasta que ya en su juventud emigró a Estados Unidos, donde reside actualmente y compagina su carrera docente con la literaria. En cuanto a esta última, ha publicado cinco novelas y una colección de relatos que incluye parte de sus aproximadamente cincuenta cuentos. También ha editado varias antologías, una de las cuales, *Paper Cities: An Anthology of Urban Fantasy*, fue galardonada con el World Fantasy Award.

Breve enciclopedia de los mares lunares (*A Short Encyclopedia of Lunar Seas*) se publicó por primera vez en 2008 en *The Endicott Studio Journal of Mythic Arts.* Cuatro años más tarde fue elegido para abrir su colección *Moscow But Dreaming* (Prime Books, 2012), y también fue incluido posteriormente en *The Mammoth Book of SF Stories by Women*, una antología de relatos de ciencia ficción escritos

por mujeres. Se trata de un cuento inspirado por *Las ciudades invisibles*, y que por lo tanto encaja perfectamente en este Especial Calvino. Además es vuestra oportunidad de descubrir a esta autora, ya que creo que hasta ahora estaba inédita en nuestro idioma.

Por último, quiero agradecer a Ekaterina que haya aceptado participar en este homenaje a Italo Calvino con su poético y evocador cuento. *Thanks a million, Ekaterina!*

Breve enciclopedia de los mares lunares

Ekaterina Sedia

1. El mar de Moscú (*Mare Moscoviense*)

Moscú es una de las ciudades de la Tierra que más lejos está de cualquier litoral, pero todo lo que desaparece allí termina en el mar de Moscú. Los habitantes de la zona, a quienes esto resulta un tanto irónico, siempre festejan las nuevas llegadas. Aplaudieron cuando las iglesias que había quemado Napoleón surgieron sobre las aguas poco profundas de este mar, reflejándose en ellas junto con los gorriones y los inmigrantes. Dieron la bienvenida a los popes muertos con monedas de cobre en los ojos, a los equipos de *hockey* y a las calesas tiradas por caballos. Todavía siguen esperando que lleguen las grajillas, pero estos pájaros tienen mucho aguante y se quedan en su ciudad.

Hoy en día, al contemplar esta balsa, todavía se puede ver al Ejército Rojo desfilando, a Belka y a Strelka, y la Gran Revolución de Octubre.

2. El mar de las Lluvias (*Mare Imbrium*)

Los habitantes de este mar están acostumbrados a la lluvia. Es un mar solo de nombre, esta poza vacía abandonada por el agua mucho tiempo atrás. Sin embargo, llueve todos los días. A veces, en lugar de agua, del cielo caen pétalos de flores; a veces, llueven caballitos de madera y patitos de goma.

Una precipitación que todavía todo el mundo recuerda tuvo lugar hace pocos años, cuando del cielo cayeron palabras. No escampó durante semanas, y las palabras llenaron la poza vacía hasta desbordarla. Los lugareños gemían y se ahogaban bajo el peso de esa aglomeración de lamentaciones, promesas, mentiras, boletines de calificaciones escolares, alta literatura, canciones pop y listas de la compra. Si no se hacía algo pronto, estaban condenados a una muerte segura.

El consejo de ancianos decidió que tendrían que drenar las palabras acumuladas, pero durante sus deliberaciones se percataron de que la lluvia de palabras estaba amainando. Así que decretaron que el deber cívico de los ciudadanos era utilizar tantas palabras como resultara posible.

Compraron teléfonos y lanzaron campañas de *marketing* telefónico; se quejaron de la salud y les narraron a sus hijos largas historias; empezaron a escribir poesía.

A los pocos días dejó de llover; en menos de un mes, el mar ya se había secado. Hoy en día, los habitantes de este mar son mudos y la poza está vacía… salvo cuando llueven trinos de ruiseñor o minúsculos peces azules iridiscentes.

3. El mar de las Nubes (*Mare Nubium*)

El mar de las Nubes está rodeado completamente por montañas, a tal altura de la azul superficie lunar que las nubes atestan su lecho. Sirenas de todas partes hacen su peregrinaje anual hasta este mar; se arrastran por tierra, la cola abriendo surcos en el polvo azul, las planas piedras lunares raspando sus pechos y codos. Dejan tras de sí rastros de pálida sangre de sirena, con ese ligero aroma a cobre.

Atraviesan los vastos campos de hielo, y la escarcha hace brillar sus escamas bajo las veleidosas luces de la aurora boreal. Su aliento empaña el aire a tal extremo que es raro que los nativos viajen solos en la espesa niebla de su hálito, para evitar perderse para siempre.

Finalmente, las sirenas llegan al mar de las Nubes, para al menos por un día poder nadar en el cielo e imaginar que son pájaros.

4. El mar de las Crisis (*Mare Crisium*)

Este mar parece engañosamente tranquilo cuando se observa desde la superficie, pero en el fondo, donde solo los rayos solares más verdes consiguen penetrar, hay una ciudad. Las calles están cubiertas de algas rojas, que ondulan movidas por la corriente; y caracolas blancas, verdes y amarillas tachonan las aceras.

Todos los días, la guerra se desata en sus calles. Cuando sale el sol, los ejércitos enemigos marchan por delante de los escaparates y de las casas de verano cegadas con tablones. Se encuentran en la esquina, y la batalla comienza. A la caída de la tarde, son muy pocos los que quedan en pie, e incluso estos se desvanecen al desaparecer el sol por detrás del horizonte. A la mañana siguiente, comenzarán de nuevo.

En la Luna no hay Valhalla.

5. El mar de la Fertilidad (*Mare Fecunditatis*)

Existe la creencia generalizada de que las propiedades de este mar se descubrieron de forma accidental, cuando las aguas dulces bajaron rojas por la sangre, y las desgraciadas mujeres no tenían donde hacer la colada. Presas de la desesperación, recurrieron al mar. La sal hacía que las prendas allí lavadas se quedaran duras, y las mujeres tenían las manos en carne viva de tanto frotar, con la sal corroyéndoles piel y articulaciones. Todo aquel que se ponía esas prendas tiesas por la sangre y la sal se veía bendecido con muchos hijos, y así es como este mar recibió su nombre. Según una parte menos conocida de esta leyenda, los benditos por el mar no pueden amar a sus hijos: la sal es demasiado amarga, y la sangre quema demasiado profundamente. No es algo que te cuenten, porque ¿qué progenitor reconocería que sus hijos son unos monstruos despreciables?

6. El mar de la Tranquilidad (*Mare Tranquillitatis*)

Aquellos que habitan en la orilla del mar todavía recuerdan el primer alunizaje. Se acuerdan de dos hombres avanzando torpemente en sus intrincados trajes, levantando a cada paso nubes de ese polvo tan azul. En un principio, los nativos observaron boquiabiertos a los visitantes, y luego se acercaron a darles la bienvenida. Sin embargo, los selenitas no son fáciles de ver, ni siquiera para los de su propia raza, de manera que los visitantes no les prestaron atención y se dedicaron a dar saltos jubilosos en un mundo donde la gravedad era tan complaciente.

Y entonces los nativos se rieron, porque los hombres de la Tierra no se percataban de que, con tan solo liberarse de su pesado equipo, podrían saltar lo suficientemente alto como para alcanzar el nirvana.

7. El mar de la Humedad (*Mare Humorum*)

En este clima todo se pudre. Incluso las piedras y metales preciosos, traídos para dar buena suerte, se desintegran en el húmedo ambiente, y lo único que dejan tras de sí es un puñado de óxido empapado. A las plantas les encanta, empero. El mercader de canastas Eshlev trajo una única semilla como presente para su joven esposa, que la plantó en una maceta.

A la mañana siguiente, emergió un tallo verde y carnoso; esa tarde, ya había echado ramas. La joven planta engullía la humedad del aire y crecía minuto a minuto. Sus hojas se desplegaron como estandartes, y las ramas se abrieron paso por todas las ventanas, puertas y chimeneas. En una semana,

se había tragado la casa, enterrando en sus profundidades a Eshlev, y a sus perros y canastas. Su esposa, sentada en el exterior, miraba aturdida la verde colina que había sido su casa, esperando a que su planta floreciera.

8. El mar del Ingenio (*Mare Ingenii*)

Había una vez un anciano que construía robots a partir de restos de madera, conchas de mar y paja. Sus robots eran máquinas inteligentes, aunque ni siquiera su creador habría sido capaz de explicar exactamente cómo funcionaban. Pero funcionar, funcionaban, y una vez habían terminado con sus labores, se reunían detrás de la casa del anciano y construían invenciones de su propia cosecha. A ojos inexpertos, su proyecto parecía consistir en una enorme ala, y la gente se reía de los robots, porque todo el mundo sabe que en la Luna la atmósfera no es lo suficientemente densa como para que permita volar. En la Luna, incluso los pájaros se ven obligados a caminar.

A pesar de ello, los robots no desistían, y su ala iba creciendo más y más día tras día. Pulieron la superficie y la adornaron con incrustaciones de nácar. El ala ya estaba preparada y, cuando la alzaron hacia el sol naciente, se estremeció y despegó.

Todos contemplaron maravillados cómo el ala se llevaba a los robots, refulgente bajo el sol e impulsada por la fuerza de sus rayos. Los robots trabajaban coordinadamente, inclinándola, ora a un lado, ora al otro, para gobernarla; pero nadie sabe adónde fueron. A Marte, dicen algunos.

9. El mar de la Serenidad (*Mare Serenitatis*)

Las viudas vienen a llorar a este mar y lo mantienen colmado, rebosante de agua que forma una superficie perceptiblemente convexa bajo la débil gravedad de la Luna. Las viudas llegan de todas partes, con carámbanos en el cabello sin trenzar, las manos vacías cruzadas sobre el vientre vacío. Se sientan en la orilla y lloran, hasta que los ojos se les enrojecen, los labios se les resecan y los pechos se les marchitan.

Cuando ya no pueden llorar más, se marchan, el alma purificada y tan vacía como sus manos. La serenidad es lo que queda una vez han sido derramadas todas las lágrimas.

10. El mar de los Vapores (*Mare Vaporum*)

El vaho de los géiseres y manantiales de agua caliente oculta el contorno de este mar y demás accidentes geográficos contiguos. Nadie tiene la certeza de qué es lo que hay en medio de la densa niebla. No obstante, se considera una conjetura probable que los géiseres son solo una inteligente tapadera, y que todos los niños fugados han encontrado un hogar en este lugar.

Hay ferias ambulantes y circos; elefantes amaestrados y tigres que no muerden, sino que lamen con avidez toda aquella mano que les ofrece mazapanes. Hay columpios, balancines y peceras con los peces de colores más grandes y gordos que jamás os hayáis imaginado, pero no hay payasos. Y el horno de la bruja es demasiado pequeño incluso para el niño más escuálido.

No hay ni un solo adulto en la Luna que no se plantee la posibilidad de fugarse al mar de los Vapores, pero la bruma es demasiado espesa.

11. El mar del Conocimiento (*Mare Cognitum*)

Si nos sentáramos en la orilla de este mar y miráramos las profundidades de sus transparentes aguas, veríamos que el fondo está cubierto por infinidad de canicas (rojas, amarillas, verdes, azul pastel, y transparentes con una espiral azul en su interior, las mejores). Movidas continuamente por la corriente, se disponen formando complejos motivos. Si les asignáramos un valor numérico o alfabético, pronto nos percataríamos de que esos motivos únicamente transmiten hechos verdaderos.

Pasaríamos día tras día embelesados por todos estos hechos del universo revelados sin un orden concreto. Aprenderíamos que el diámetro de Fobos es de 22,2 kilómetros; que los patos tienen una glándula especial en la base de la cola para mantener impermeables las plumas; que el cobalto se funde a 1.495º; y que, en 1495, Rusia invadió Suecia.

Y entonces, de manera inevitable, nos impacientaríamos y miraríamos las canicas con cara de pocos amigos. Ninguno de los hechos que el mar revela tiene nada que ver con la propia Luna. Podríamos pasarnos la eternidad con la mirada clavada en el mar del Conocimiento sin aprender nada sobre él.

12. El mar Oriental (*Mare Orientale*)

El Emperador Amarillo baña todos sus animales en este mar. Ellos miran con sus ojos acuosos de todas las tonalidades del jade, el ámbar y el topacio; y sus cabezas melenudas y crestadas se mueven arriba y abajo obedientemente mientras las aguas tranquilas y cálidas lamen sus costados. La sal escuece un poco, pero al emperador le gusta que sus animales estén bien limpios. Ellos entrecierran

los ojos y sueñan con ese día en que podrán adentrarse en el mar ellos solos, sin látigos ni chasquidos apremiantes de lenguas humanas.

13. El mar Austral (*Mare Australe*)

El mar Austral es cálido y poco profundo, y la playa es de arena blanda. Las estrellas de mar vagan por entre las olas que bañan la orilla, y succionan las conchas de los mejillones hasta no dejar nada. A los ancianos les gusta este mar. Persiguen las olas que avanzan y retroceden, se lanzan enormes pelotas de playa con rayas, y se sientan en la arena a beber Pepsi tibia de botellines de vidrio. Escuchan la radio y forman grupitos, charlan y cuchichean, y se lanzan miradas de refilón entre ellos. Y ríen, echando la cabeza hacia atrás, tapándose con las manos los risueños labios.

En la playa del mar Austral siempre es aquel verano en que tenías trece años.

14. El mar de las Olas (*Mare Undarum*)

Un voluminoso galeón habría parecido un juguete sobre estas olas. Los innumerables seísmos lunares sacuden su cuenca, y olas gigantes, sin una gravedad que las constriña, embisten contra la costa.

Los que han perecido en terremotos y tsunamis se asientan en este lugar. Nadie los obliga a ello, pero muchos de los fantasmas tan solo son capaces de pensar en su propia muerte. Inmóviles, miran cómo las olas azotan el terreno, tragándose de golpe casas y bueyes, envenenando sus campos, arrancándoles la vida una y otra vez.

Algunos se marchan, pero continuamente están llegando otros nuevos.

15. El mar del Néctar (*Mare Nectaris*)

Las leyendas sobre este mar han existido entre los pueblos nativos desde tiempo atrás, transmitidas mediante susurros efímeros y miradas inquietas bajo pestañas entornadas. Un puñado de hombres, cansados de tales historias, anhelaba sentir la dulzura en sus propios labios (aunque la dulzura fuera tan solo un concepto, puesto que en la Luna nunca jamás ha habido algo dulce). Atraídos por ese sabor imaginario que no alcanzaban a concebir, atravesaron inmensas llanuras desiertas y cordilleras escarpadas. Muchos se hundieron en los profundos bancos de nieve, algunos otros fueron aplastados por desprendimientos de rocas, otro fue tragado por un lodazal, dos desistieron de seguir controlando su alma, tres se ahogaron y uno contrajo la difteria. Todos murieron, pero continuaron su camino,

incapaces de renunciar a aquello con lo que no podían ni soñar. Y cuando alcanzaron el mar lloraron, porque los muertos no pueden saborearlo.

16. El mar Marginal (*Mare Marginis*)

En este lugar, el horizonte es una cuchilla que corta el cielo en dos, y sangra durante el ocaso y el amanecer. Los acantilados son escarpados, y el fondo del mar está cubierto por fragmentos puntiagudos de espejos rotos.

Los suicidas acuden a este mar, y esperan el viento cortante mientras contemplan el precipicio cortado a pico a sus pies. Imaginan su lenta caída y su carne rasgada por los dientes del universo que los rodea.

Y entonces saltan. En la Luna se tarda mucho tiempo en caer, y los suicidas se ven reflejados en los espejos rotos allá abajo.

17. El mar del Frío (*Mare Frigoris*)

Mucho tiempo atrás, el emisario Togril se sentó a la orilla del mar y observó con sus ojos rasgados cómo el cielo se iluminaba con vetas azules y blancas, y cómo las franjas de colores crepitaban y bailaban en la noche. Tras ondular e intensificarse, la luz perdió intensidad y se desvaneció, cual una gota de leche en un cubo de agua.

Cuando solo quedaba un brillo leve del esplendor anterior, una débil sombra fosforescente se extendió hacia abajo. El aire se enfrió, y a Togril le llegó el aroma picante del tamarisco y el ajenjo expuestos al sol. Los tentáculos de luz aumentaron de grosor, hasta que unos caminos blancos se desplegaron entre el cielo y la estepa lunar.

Por ellos descendieron once columnas de sombríos jinetes, los cascos de los caballos chascando, justo por encima del límite de lo audible, sobre la sólida superficie lechosa. Su aliento no empañaba el aire, y sus armaduras, decoradas con un intrincado diseño en el peto, estaban hechas de hielo verde translúcido.

Sin dar señales de ir a terminar, la procesión de los guerreros alcanzó el suelo. Detrás de cada guerrero había sentado un guepardo, con un helado brillo dorado en los ojos, la rosa lengua colgando, como si acabaran de saltar a la montura de sus amos tras una persecución. Las correas que encadenaban a los felinos a la parte posterior de las sillas estaban tejidas con finas hebras del mismo hielo verde del resto de arreos y armaduras.

El primer jinete se acercó a Togril, que se estremeció cuando uno de los cascos le golpeó de pleno en el pecho. Con una aguda punzada heladora, la pata del caballo le perforó el torso y salió por la espalda. El grito se le heló en la garganta cuando, uno tras otro, los espíritus lo atravesaron. El paso de los jinetes no le ocasionó daño físico alguno, salvo por el terrible frío que le llegó a lo más profundo de los huesos, hasta tal punto, que ya nunca lo abandonó. De igual manera, el mar también ha retenido para siempre esa frialdad que dejó el paso de los guerreros persas muertos.

18. El mar de las Serpientes (*Mare Anguis*)

Es bien sabido que las serpientes con pechos femeninos son las más mortíferas de todas. Asoman su cabeza venenosa y afilada por encima del agua mientras las olas les mecen los senos.

Los viajeros saben que deben evitarlas cuando estos monstruos se arrastran hasta la playa y se tumban al sol bajo el gris cielo lunar. Las cicatrices de las azules arenas de la playa tienen forma de serpiente.

Cuando las serpientes depositan los huevos en la playa, se enroscan alrededor de los mismos en una protectora espiral, a la espera de los débiles chasquidos. Libres de las cáscaras, las recién nacidas beben una vez la venenosa leche de su madre, para después adentrarse nadando en el mar. Y pobre de aquel nadador que se cruce con una madre serpiente que acabe de ver a su prole desaparecer bajo las aguas.

19. El mar de las Islas (*Mare Insularum*)

Las islas que tachonan la plácida superficie del mar, tan lisa como cristal verde, han atraído desde tiempo atrás a amantes y marineros. La gente miraba las formas redondas y alargadas que brotan del mar y soñaba con bosques fragrantes y lagos glaciares, con el zumbido de las abejas alimentándose de las rosas robustas, y con libélulas metálicas posadas sobre los tallos cabeceantes de las azucenas.

Pero en realidad las islas son las jorobas de monstruos ancestrales de plomizos ojos muertos y pensamientos lentos y ronroneantes. De vez en cuando, cuchichean entre ellos en voz bajísima, pero nunca se mueven ni salen a la superficie a por una bocanada de aire o un bocado de pescado. Exhalan con cuidado, y las suaves olas que levanta su respiración lamen la orilla de las islas. Mueren lentamente, demasiado cohibidos para dejarse ver, su timidez la base de una ilusión exquisita.

Por muy horripilantes que sean estos monstruos, saben lo importante que es tener una hermosa apariencia.

20. El mar Espumoso (*Mare Spumans*)

Es bien sabido por todo el mundo que, al carecer de alma, las sirenas al morir se transforman en espuma. Sin embargo, en la Luna todas las criaturas comparten el destino de las sirenas.

El mar rebosa de burbujas multicolores, todas ellas reflejando a todas las demás durante un fugaz momento antes de estallar.

En la Luna no se visitan las tumbas. De hecho, ni siquiera hay tumbas. Aquellos que se cansan de estar muertos se desvanecen y reaparecen en el mar Espumoso. Todo lo que alguna vez ha existido acaba llegando a este mar, que contiene, o contendrá en un futuro cercano, la Luna al completo.

Copyright © 2008 Ekaterina Sedia

El planeta de la suprema felicidad

Rhys Hughes

Presentación

Rhys Hughes fue el autor que abrió nuestro Especial Italo Calvino con su relato *El palacio de la memoria*. Como ya dije entonces, no iba a ser solo uno sino hasta tres de sus propios homenajes al escritor italiano los que íbamos a tener por aquí, así que vamos a por el segundo.

El planeta de la suprema felicidad (*The Planet of Perfect Happiness*) es una obra de ciencia ficción muy breve, publicada por primera vez en *Flash In The Pantheon*, una colección de Rhys que recopila 123 de sus cuentos encuadrados en la categoría de la *flash-fiction*. Posteriormente también ha formado parte de sus dos recopilaciones de homenaje a Italo Calvino, *Ten Tributes To Calvino* y *Thirty Tributes To Calvino*, y de la edición tanto masculina como femenina de su más reciente y extensísima colección con 365 cuentos *The Million Word Story*.

Espero que os guste. Y, por segunda vez, muchísimas gracias a Rhys por su amabilidad al aceptar colaborar por triplicado en este Especial Italo Calvino.

El planeta de la suprema felicidad

Rhys Hughes

El planeta de la suprema felicidad se llama Inclova y es importante que los visitantes conozcan las medidas necesarias para acceder a él de forma segura. Desde el espacio se ajusta exactamente a lo que podría ser su propia descripción novelada: un mundo de hermosos océanos, islas encantadoras y continentes cubiertos de árboles cargados de frutas deliciosas; no obstante, cuando se aterriza en él pronto se descubre que los testimonios escritos no alcanzan a transmitir el verdadero encanto de este lugar de atractivo infinito. Durante muchos años, los visitantes saltaban sin más desde su nave a la superficie para a continuación desaparecer. Ahora somos más precavidos y tomamos las debidas cautelas.

Un visitante que no sea consciente de los peculiares peligros de la felicidad suprema llegará a Inclova deseando ser recibido por los sonrientes habitantes que ha visto pasear por los claros en los bosques y nadar entre las cálidas olas. En el momento en que abandone su nave espacial y se acerque a ellos tendrá la sensación de que han desaparecido. El bosque estará desierto, las olas vacías y, todavía peor, él mismo se desvanecerá. Sumido en la confusión, únicamente será consciente de fogonazos intermitentes a su alrededor, y a continuación de una sensación de pérdida de equilibrio, de estar cayendo hacia un futuro fugitivo, tras lo que llegará la inconsciencia y una muerte natural producto de la avanzada edad.

Este planeta no es una trampa deliberada. Lo único que sucede es que nuestro estado de ánimo dicta la velocidad del tiempo. Un acontecimiento doloroso o aburrido lo ralentiza, mientras que otro excitante o feliz lo acelera. En Inclova, la felicidad es perfecta, y por lo tanto el tiempo alcanza su velocidad máxima. Los habitantes casi ni llegan a ser conscientes de estar vivos antes de que esas vidas lleguen a su fin. Para un observador externo, todo avanza a un ritmo normal, las vidas que se observan son cabales y medibles; pero en cuanto el observador atraviesa el umbral de su nave espacial y se convierte en parte del planeta, la felicidad suprema lo envuelve y pierde el control sobre su propia existencia.

Los antiguos métodos para arribar a Inclova de manera segura han quedado desacreditados. Un colaborador con una pértiga se quedaba en el interior de la compuerta abierta de la nave y asestaba repetidos y frecuentes golpes al visitante para que sintiera un dolor continuo que ralentizara su sensación subjetiva del transcurrir del tiempo. No obstante, si el visitante se aventuraba más allá del alcance de la pértiga, estaba perdido. Las cuerdas atadas alrededor del cuello que se tensaban a distancia tampoco funcionaron: se enganchaban en los árboles o se enredaban en las piernas de habitantes visibles desde el interior de la nave, pero invisibles desde la superficie del planeta, de tan deprisa que vivían sus vidas, un parpadeo del nacimiento a la muerte.

El único método eficaz es llenar los numerosos bolsillos del visitante con cartas. Cada diez pasos, saca una carta y la lee. La primera es de su padre: lo ha desheredado. La segunda es de su jefe: ya no tiene un trabajo al que volver. La tercera es de su novia: ya no está enamorada de él. Y así.

Que estas cartas sean auténticas o no es irrelevante. La comunicación regular de malas nuevas mantendrá al visitante lo suficientemente abatido como para permitirle explorar Inclova sin precipitarse hacia un futuro vertical. A mayor número de bolsillos y a más que lamentar, más prolongada podrá ser su estancia en ese mundo gozoso y mortal.

Existen otros planetas supremamente felices y, de hecho, en una ocasión a un planeta se le desvió el eje de la risa, pero no van a ser tratados aquí.

Copyright © 2005 Rhys Hughes

Los planetas invisibles

Hannu Rajaniemi

Presentación

Hannu Rajaniemi es un autor de ciencia ficción y fantasía finlandés, aunque afincado en la actualidad en Estados Unidos, que compagina su carrera como escritor con sus labores como director técnico en HelixNano, empresa de la que es asimismo cofundador.

En su faceta literaria destaca su serie de Jean Le Flambeur, compuesta por tres novelas de ciencia ficción dura, la primera de las cuales, *El ladrón cuántico*, está traducida al español (Alamut, 2013). No obstante, también le gustan las distancias cortas, como demuestra la veintena de relatos que, tras aparecer a lo largo de más de diez años en diversas publicaciones, se han recopilado recientemente en su muy interesante *Hannu Rajaniemi: Collected Fiction* (Tachyon, 2015), aunque me temo que hasta ahora tan solo uno de ellos estaba disponible en español: el estupendo «El servidor y el dragón», que forma parte de la antología *Tiempo profundo* (Alamut, 2014). Y si queréis saber más sobre Hannu, podéis pasaros por el blog Fantástica Ficción y ver y escuchar la extensa e interesante entrevista que le ha realizado Leticia Lara (eso sí, en inglés).

Los planetas invisibles (*Invisible Planets*) es un homenaje confeso y en clave de ciencia ficción a *Las ciudades invisibles* de Italo Calvino. Este cuento se publicó por primera vez en la antología *Reach for Infinity*, editada por Jonathan Strahan (Solaris, 2014), y posteriormente se ha incluido tanto en la ya citada *Hannu Rajaniemi: Collected Fiction*, como en el volumen editado por Rich Horton con los mejores relatos de ciencia ficción y fantasía publicados en 2014. Por cierto, existen ligeras diferencias entre la versión publicada originalmente en *Reach for Infinity* y la que apareció un año más tarde en *Collected Fiction*. Esta traducción se corresponde con esta última.

Si todavía no habéis leído *Las ciudades invisibles*, confío en que este brillante relato rebosante de imaginación y lirismo sirva para convenceros por fin de que ya es hora de que le deis una oportunidad. Ambas obras comparten un mismo espíritu, una misma estructura y un mismo sentido de la maravilla.

Y ya por último, vaya mi agradecimiento muy especial para Hannu, porque fue este cuento el que me hizo pensar que yo también podía organizar mi propio y muy merecido homenaje a Italo Calvino, de ahí que me haga una especial ilusión que me haya permitido compartirlo con todos vosotros. *Thanks a million, Hannu!*

Los planetas invisibles

Hannu Rajaniemi

(con mis disculpas para Italo Calvino)

Cuando pasa por Cygni 61, mientras se prepara para atravesar el abismo intergaláctico, la naoscura ordena a sus mentes subalternas que le describan los mundos que ha visitado.

En las vidas de las naoscuras, como en los viajes de cualquier embajador, siempre llega un momento en el que las carcomen las dudas. A medida que los neutralinos de la materia oscura se aniquilan entre sí en el hambriento núcleo de su propulsor Chown acercando cada vez más su velocidad a la de la luz, la naoscura se pregunta si su cargamento es de verdad digno de la Red y del Controlador. ¿Y si los presentes que lleva, los datos que tan meticulosamente ha recogido de los ecos electromagnéticos de jóvenes civilizaciones y de los cálidos sueños infrarrojos de las esferas Dyson, la información escrita sobre toneladas y toneladas de hebras de ADN que se retuercen hasta la saciedad y que almacenan petabytes en un solo gramo, no son más que un mensaje garabateado y lanzado en una botella, destinado a ser recogido por algún pescador de alguna costa desconocida para, a continuación, ser desechado por extraño y sinsentido?

Por eso —antes de que la implacable mano de Lorentz aplaste los relojes de la nave hasta el punto en que en cada tic y cada tac transcurran eones, y de que la mirada tachonada de estrellas del universo se comprima en un único y resplandeciente ojo que todo lo juzgue mientras se desplaza hacia el azul— la nave examina su memoria e intenta identificar un derrotero lo suficientemente ingenioso como para permitirle escapar a la corrosión de la entropía.

Durante los milenios de su viaje, la mente de la naoscura se ha expandido hasta llegar a convertirse en algo que necesita ser explorado y cartografiado. Los tesoros que contiene solo pueden ser descritos mediante metáforas, frágiles, engañosas y distantes, como espejismos. De forma que, cada vez más y

más, de entre todos los agentes en esa sociedad en expansión que es su intelecto, la naoscura se descubre escuchando la voz de una minúscula mente secundaria, tan insignificante que apenas es más que una nómada perdida en un desierto, llegada de un sector de su mente tan remoto que perfectamente habría podido tratarse de una viajera de otro país que hubiese topado con un reino ancestral y exótico en el otro extremo del mundo, y que ahora se encontrara al servicio de un emperador omnipotente y curioso.

Lo que esa viajera brinda a la nave no son simulaciones ni estados mentales, sino palabras. Se comunica mediante símbolos, insinuaciones y susurros que activan vetustas conexiones en la mente de la naoscura, carreteras y ciudades brillantes divisadas desde su órbita; mapas de planetas ancestrales, dibujados con guturales sonidos simiescos.

LOS PLANETAS Y LA MUERTE

Los gobernantes del planeta Oya aman a los muertos. Han descubierto que los cadáveres de los cementerios hospedan bacterias xenocatabólicas que, tras ser modificadas de manera adecuada e integradas en el microbioma del intestino, prolongan extraordinariamente la vida de los oyanos. En Oya, los camposantos son fortalezas, protegidas con esmero frente a los Hombres de la Resurrección, esos jinetes temerarios que buscan microbios de la inmortalidad en el terreno que fertilizan los muertos del lejano pasado. Los oyanos más pudientes (ya únicamente vulnerables a accidentes y actos criminales) que continúan aferrándose a la tradición del enterramiento son inhumados en lugares secretos en féretros con trampas, armas sofisticadas y explosivos que protegen su última morada frente a dedos entrometidos.

El más rico y ambicioso de entre todos los oyanos no está enterrado en Oya, sino en Nirgal, el planeta rojo y sin vida que ha atraído a los oyanos desde el amanecer de los tiempos. Liberado de los grilletes de la edad y libre para ocupar sus milenios en proyectos insensatos una vez redimido de la cortedad de miras que aqueja a los mortales, construyó cohetes para viajar a Nirgal y erigir allí una gran ciudad, en las entrañas de profundas grutas que la protegerían de los inclementes rayos del sol.

Pero ningún otro siguió sus pasos, al preferir pasar sus prolongadas existencias fundidos en el mucho más acogedor abrazo de Oya y, por esto, durante los innumerables años de nuestro viaje transcurridos desde entonces, el propio Nirgal se ha convertido en un camposanto. Sus únicos habitantes son los viajeros que acuden a visitarlo desde otros mundos, que arriban en naves efímeras, visibles solo como formas transparentes en medio de los remolinos de polvo rojo. Ataviados con exoesqueletos que refuerzan sus frágiles cuerpos, exploran las infinitas grutas que aún hoy refulgen gracias a la tecnología todavía viva de los oyanos, y exploran el entramado de pisadas y huellas de vehículos que se

entrecruzan sobre las arenas de Nirgal, dando cuidadosas instrucciones a sus mantos de niebla multiuso para que vuelvan a colocar cada partícula de óxido ferroso exactamente donde estaba, y de este modo preservar eternamente hasta la última huella de un pie oyano. No obstante, a pesar de dejar la superficie de Nirgal intacta, cuando regresan a sus hogares, de su visita a la tumba del inmortal oyano se llevan un ligero dejo a desesperanza, un recordatorio de su propia mortalidad postrera, por remota que pueda ser.

El propio Nirgal está vivo empero, porque las resistentes bacterias del cuerpo del oyano se adentran cada vez más en las profundidades del planeta rojo y edifican en la corteza sus propias ciudades porosas. Robadas a los muertos, ahora son ellas las que, paulatinamente, van apropiándose de Nirgal.

LOS PLANETAS Y EL DINERO

En Lakshmi, se sabe que el día del lanzamiento se aproxima porque el olor a levadura lo invade todo, ese aroma pegajoso a alcohol del día después, incluso antes de que la fiesta comience. El origen del hedor son las bacterias sintéticas que producen y expulsan nitrógeno en alambiques y biorreactores en garajes y patios traseros, porque en Lakshmi todo el mundo construye sus propios cohetes.

Cuando anochece, los cohetes se elevan como farolillos de papel en medio de un huracán, naranjas y brillantes, flamantes jirones dorados que se mecen y cabriolean, sus estampidos sónicos como cañonazos, transportando su carga al cada vez mayor anillo artificial que el planeta ahora luce con orgullo alrededor de su cintura. Los habitantes de Lakshmi solo los contemplan un instante, porque en cuanto las aletas de los cohetes desaparecen de la vista, todos echan mano al bolsillo y la noche se llena de rostros ávidos iluminados por el fuego más pálido y crudo de las pantallas de los *smartphones*, que muestras cifras crecientes.

Las chicas y chicos de Lakshmi no construyen sus artefactos empujados por un sentido de la maravilla ni por el deseo de explorar, sino por mero ánimo de lucro, porque en Lakshmi todo se compra con criptodivisas cuánticas extraídas del espacio. Los cohetes transportan cecas que capturan la aleatoriedad de los rayos cósmicos y la convierten en dinero, estampando cada moneda virtual con una tirada de dados de Dios, única, infalsificable y anónima. Las cecas envían las monedas a sus propietarios mediante estallidos de luz coherente y, de este modo, las noches de lanzamiento el cielo está plagado de estrellas nuevas, cada destello un tintineo en una cuenta bancaria.

Cada moneda de luz se desvanece una vez medida y verificada, de modo que a menos que seas uno de esos chanchulleros banqueros del entrelazamiento a los que todo el mundo evita, la única manera de vivir en Lakshmi es volcándose en cuerpo y alma en el arte de construir cohetes. Sin embargo, los

habitantes de Lakshmi se consideran plenamente libres: libres de gobiernos y sistemas centralizados; libres de los sueños insensatos del pasado; libres de las naves espaciales, de los imperios galácticos, de reyes y emperadores, conviniendo tan solo en el esfuerzo continuo por alcanzar la riqueza y abundancia universal.

Y ciertamente no yerran. Porque si los lakshmianos analizaran con más detenimiento las enmarañadas relaciones financieras entre los incontables bancos entrelazados y cecas de luz que orbitan su planeta, descubrirían profundas fórmulas que conectan la mecánica cuántica y la gravedad, una forma de medir el movimiento de Lakshmi respecto al sistema de referencia inercial primigenio del universo y, finalmente, una nueva teoría para construir máquinas que pueden alterar la gravedad y la inercia, máquinas que incluso podrían propulsar las ciudades de Lakshmi hasta el cielo y allende; pero ese viejo sueño está escondido demasiado profundamente entre el brillo de las innumerables monedas de Lakshmi como para poderse vislumbrar, ahogado en el rugir de los cohetes del próximo día de lanzamiento.

LOS PLANETAS Y LA GRAVEDAD

Cuando una viajera del planeta Ki visita otro mundo, al principio se siente aplastada, empequeñecida, confinada a dos dimensiones, una prisionera de la gravedad, y de tanto en tanto intenta echar a volar como una mosca imposibilitada. Pero poco después descubre que su mirada se ve atraída de manera irresistible hacia el horizonte, e inmóvil y embelesada contempla los confines del mundo, una frontera circular impenetrable que la rodea en todas las direcciones.

Ki carece de horizontes. Es un planeta que ha llegado a ser realmente tridimensional. Es difícil decir dónde empieza y termina: está difuminado, es como una mancha de tinta que se extiende por el papel del espacio e invade los pozos de gravedad de otros mundos. A los habitantes de Ki se les entrega una unidad personal de vuelo al nacer: una mochila propulsora controlada mentalmente e impulsada por haces de microondas en fase cuidadosamente enfocados desde los inmensos campos de paneles solares que cubren la totalidad de la abandonada superficie del planeta. Las ciudades de Ki libran una continua guerra contra la gravedad; las hay erigidas sobre pilares de campos electromagnéticos y bolas de hierro, tan altos que sobresalen de la atmósfera del planeta. Otras circundan Ki siguiendo anillos orbitales, y otras más flotan en el cielo, cada edificio una estructura tensegrítica con forma de futboleno y más ligera que el aire. Los ascensores espaciales suben hasta los puntos de Lagrange de Ki, y los cosmoanzuelos lanzan sin cesar naves y materia al exterior del planeta, hundiéndose en la atmósfera primero para surgir a continuación, doblándose como la caña de un pescador.

Cuando creces en Ki, asimilas de inmediato la naturaleza de las tres dimensiones espaciales y, al ob-

servar a los habitantes de otros planetas bidimensionales que se arrastran por la superficie de su mundo sin siquiera alzar la mirada, como es lógico empiezas a preguntarte si no habrá otros espacios que ni tú mismo alcanzas a ver, otras direcciones a la espera de ser conquistadas; y, para tu alegría, los científicos de Ki te dicen que son muchas las que quedan por explorar: diez, once y hasta veintiséis.

Añaden, no obstante, que por lo que ellos saben, solo las tres dimensiones que nos resultan familiares son realmente infinitas: todas las demás están enroscadas formando algo parecido al horizonte diminuto de la superficie de un planeta asimismo diminuto, sin espacio para torres ni coches voladores ni mochilas propulsoras, y lo único que puede penetrar las direcciones prohibidas es la gravedad, la más despreciada de entre las fuerza en Ki, la gran enemiga del vuelo.

Por este motivo, los habitantes de Ki han volcado ahora todas sus energías en conquistar la restante dimensión sin límites, el tiempo, erigiendo grandes archivos que crecerán sin cesar, propagando a través de los eones un fragmento de Ki hacia los infinitos temporales.

Con cada planeta que la mente secundaria describe, las dudas de la naoscura se agudizan. No recuerda esos mundos y, sin embargo, una simple reorganización de símbolos de la mente secundaria los devuelve a la vida. ¿Es posible que esta sea un agente fabulador, un vestigio de alguna primitiva función onírica rudimentaria de la arquitectura cognitiva de la nave, y que sus planetas no sean más que un producto de los sueños y miedos de la propia naoscura? Y, de ser así, ¿cómo puede saber si trasporta algo de valor, o si, de hecho, no será ella misma el producto de una simple mutación aleatoria de algún algoritmo genético que simula naoscuras, creándolas y destruyéndolas por infinitos billones tan solo para encontrar una que sobreviva a la vacía oscuridad?

Sin embargo, hay algo familiar en cada nuevo mundo, una melancolía extraña y una alegría apacible, de modo que la naoscura continúa escuchando.

LOS PLANETAS Y LOS OJOS

En el planeta Glaucopis, la posesión más valiosa son los ojos. Desde que naces, llevas gafas, lentillas u ojos artificiales que graban todo lo que ves y que además permiten que los otros vean a través de tus ojos y que tú veas a través de los suyos. Cuando se alcanza la edad adulta, indefectiblemente se elige un punto de vista que no sea el de uno mismo, y se intercambia la visión propia por otra ajena. Porque en Glaucopis, la opulencia material se ha alcanzado largo tiempo atrás, de manera que un punto de vista, una percepción única de la realidad es lo único que ahora merece ser comprado o vendido.

Tras siglos de este comercio ocular, los puntos de vista de los diez mil millones de cuerpos de Glaucopis se han barajado hasta tal extremo que no hay dos amantes que hayan llegado a verse con sus propios ojos, ni una madre que haya contemplado a su propio hijo y, de haberlo hecho, ha sido solo de pasada, un fogonazo irreconocible en el caleidoscopio de la visión glaucopiana.

En lugar de por esto, algunos soñadores selectos de Glaucopis optan por entregar sus ojos a las máquinas: permiten el mapeo de las conexiones neurales de sus centros de visión mediante virus programados para que así las máquinas puedan reconocer los débiles ecos de vida en los análisis espectrales de los remotos planetas extrasolares igual que cualquiera reconoce a su abuela, con la misma claridad instantánea e incuestionable. A cambio, a ellos se les permite mirar a través de los ojos de esas máquinas, de manera que son los únicos que saben qué se ve al volar a través de los surtidores de mil kilómetros de altura que brotan de la superficie de una luna remota rebosante de formas de vida primitiva, y son los únicos que han visto los auténticos tonos de acuarela del ojo del torbellino eterno que gira en el polo sur de un gigante gaseoso. Aunque al no poder ya permitirse compartir estas visiones con el resto de glaucopianos, son despreciados, los únicos ciegos en el reino de los que todo lo ven.

Para nosotros es sencillo burlarnos de los glaucopianos al haber sido testigos de visiones inimaginables en nuestro viaje, considerarlos perdidos para siempre en un laberinto de espejos infinito. Pero haríamos bien en recordar que Glaucopis desapareció largo tiempo atrás, y que lo único que nos queda es lo que vieron sus ojos. Quizá algún día se construya una máquina que reúna la totalidad de las imágenes y reconstruya los cerebros y las mentes que las vieron. Tal vez incluso consiga resolver el misterio de quién presenció qué, volver a ordenar la baraja de ojos que fue Glaucopis.

LOS PLANETAS Y LAS PALABRAS

Seshat es un planeta de libros, de lectura y escritura. No es solo que sus habitantes documenten con palabras hasta el último de sus momentos de vigilia, sino que también construyen máquinas escritoras cuyas creaciones cobran vida. En Seshat, la tinta de una pluma pueden ser células madre, plástico o acero, de ahí que las palabras se puedan transformar en carne, comida, golosinas multicolores o pistolas. En Seshat, puedes comerte un suflé de chocolate con la forma de un sueño que tuviste, y el anciano chocolatero de vivaces ojos puede tener un corazón nuevo que no es más que una palabra hecha carne. En Seshat, todos los objetos escriben, componiendo sin cesar historias tontas e interminables sobre cómo es ser vaca, frasco de pastillas o botella de vino. Y por supuesto que los genomas de los seres vivos también se leen y escriben: los telómeros de las células seshatianas son copiados, alargados y reescritos por diminutos escribas moleculares, lo cual permite a los habitantes de Seshat vivir casi tanto como sus libros.

No es ninguna sorpresa que Seshat esté superpoblado; sus vertederos, llenos de pequeños fragmentos de plástico; sus redes, gimientes bajo el peso de la incesante palabrería del *spam* automático, obra de neveras y alarmas contra el fuego con aspiraciones literarias; la biblioteca de Babel de cuatro letras que fluye de las bocas de los secuenciadores de ADN, sin un fin a la vista.

Pese a lo cual, los seshatianos están sedientos de más lecturas. Han inventado libros con páginas doradas en las que el propio universo puede escribir: libros en los que los átomos de oro desplazados por las partículas de materia oscura dejan trazos en hebras de ADN cuidadosamente elaboradas, que permiten a los flujos y corrientes de la oscuridad ser leídos, mapeados e interpretados. Y, con el transcurrir de los siglos, a medida que se va secando la tinta invisible de neutralinos y axiones y en las páginas doradas se van formando palabras que apuntan hacia la posibilidad de construir naves para rastrear hasta el último remolino y letra existentes en el vacío y convertir en luz las frases de la oscuridad, los habitantes de Seshat contienen la respiración y confían en que su planeta sea la línea inicial en un libro sagrado, o al menos el gancho de una historia apasionante, y no su punto final e inevitable.

LOS PLANETAS Y LAS RUINAS

Zywie es un planeta silencioso. Sus ciudades vacías son ruinas gloriosas, llenas de estructuras más altas que montañas: torres y fuentes espaciales, cosmoanzuelos, cintas y hondas de lanzamiento, catapultas electromagnéticas, cañones de riel, aviones orbitales, anclas celestes, los deteriorados emisores de los sistemas de propulsión láser… todavía mantenidas por máquinas pacientes, aunque desvencijándose poco a poco.

Sería sencillo pensar que Zywie no era más que la placenta seca de un parto ancestral. Sin embargo, en los lechos oceánicos, en un paisaje tan gris y monocromo que parece un reflejo de la superficie lunar, fragmentos retorcidos de enormes motores se están convirtiendo en castillos de coral, sus duras y elegantes líneas ablandadas y quebradas por las formas circulares de los pólipos y por las espiras multicolores.

Sobre los continentes de Zywie a veces caen flotando desde el cielo esferas enormes, turgentes, de metal precioso. Son de platino, extraído en el cinturón de asteroides por robots infatigables, fundido con luz solar en gravedad cero, para formar esferas porosas como bezoares de un gigante de metal, que luego son lanzadas sobre Zywie, donde caen a unos relajados ciento cincuenta kilómetros por hora, adentrándose en las selvas tropicales, en los océanos y en las silenciosas ciudades invadidas por la maleza. Aterrizan en el suelo con un golpe seco y suave, y se convierten en morada de insectos, aves, musgos y líquenes.

Innumerables hebras de cristal rebosantes de luz corren bajo la superficie y los océanos de Zywie, y por ellas viajan los pensamientos de máquinas arcaicas, convirtiéndose lentamente en algo nuevo.

Las ruinas de Zywie son un andamio. Llegará un día en que la vida vuelva a trepar por sus puntales, hasta dejarlos atrás, abandonando tras ella sus propias ruinas para que otros las utilicen, tan solo otro trazo de la pluma en el palimpsesto infinito de Zywie.

—Me parece —le dice la naoscura a la mente secundaria, comprendiendo poco a poco— que todos los planetas que describes tienen algo en común. Lo que los define no es lo que tú narras sino lo que queda sin decir. Todos son nuestros orígenes, nuestro hogar.

La submente sonríe en el desierto del intelecto de la naoscura, y en sus ojos se atisban nubes blancas, océanos azules y extensiones verdes que se pierden en el infinito.

—¿Es eso lo que me hace dudar? —pregunta la naoscura—, ¿lo que me impide soltar amarras? ¿Soy una creación defectuosa del Controlador?, ¿un embajador tullido que tropieza antes del primer paso? ¿Eres tú esa parte de mí que todavía anhela el hogar?, ¿la parte que define todas las cosas en función de lo que quedó atrás?

Con la desgana de un emperador que condenara por desobediencia a su visir favorito al hacha del verdugo, la nave requiere los servicios de sus autocirujanos para extirpar este vestigio, para cortar esta hebra que la impide avanzar.

Pero la mente secundaria mueve negativamente la cabeza.

—El hogar es simplemente el espejo más nítido para mostrarte ese derrotero que buscas, mi nave, para recordarte algo que has olvidado.

—¿Y de qué se trata?

Los cirujanos se mantienen al margen, con los escalpelos fractales listos, a la espera de la orden de la nave para sajar y destruir.

—Para ser embajador, solo hay una cosa que necesitas llevar contigo —dice su subalterna.

Y haciendo caso omiso de la presencia de los cirujanos se abalanza sobre la mente primaria de la naoscura y la abraza. Su piel huele a arena, especias exóticas, sudor y brisa, y está caliente por el sol. Se disuelve en el flujo mental de la naoscura, y de pronto la nave rebosa de la alegría que el viajero siente cuando vislumbra montañas púrpuras en un nuevo horizonte, oye por vez primera las voces de una extraña ciudad, contempla la atronadora gloria de un cohete elevándose al amanecer y, justo cuando los oscuros dedos de la gravedad de Cygni 61 la lanzan al vacío intergaláctico, sabe que esto es lo único que realmente merece ser conservado, la única constante en los tornadizos mundos de la Red hechos de deseos y miedos: el anhelo del infinito.

Copyright © 2014 Hannu Rajaniemi

«Cimeria», del *Boletín de Antropología Imaginaria*

Theodora Goss

Presentación

Theodora Goss es una escritora nacida en Hungría que en la actualidad reside en Estados Unidos. Además de numerosos ensayos y poesías, ha publicado dos colecciones de relatos que recogen gran parte de sus cerca de cuarenta cuentos. En la actualidad está trabajando en dos novelas basadas en uno de ellos, *The Mad Scientist's Daughter*, que está previsto se publiquen en 2017 y 2018. En sus cerca de quince años de carrera literaria ha sido finalista de numerosos premios del género (en categorías de ficción breve, poesía y antología) e incluso ha ganado en una ocasión el World Fantasy Award con *Singing of Mount Abora*.

«Cimeria», del 'Boletín de Antropología Imaginaria' (*Cimmeria: From the Journal of Imaginary Anthropology*) se publicó en el número de julio de 2014 de la revista *Lightspeed*, y fue incluido en nada menos que tres de las más prestigiosas recopilaciones de lo mejor del año: la de Jonathan Strahan, la de Rich Horton y la de John Joseph Adams (editada ese año en colaboración con Joe Hill). Tal como su título indica, es un relato de «fantasía antropológica» que, aunque no tiene una relación directa con Italo Calvino —la propia Theodora me confirmó que este Cimeria no es un homenaje al de *Si una noche de invierno un viajero*—, en mi opinión no solo rezuma un cierto espíritu borgiano sino también calviniano, motivo por el que finalmente he decidido incluirlo en este especial. En cualquier caso, considero que se trata de un perfecto broche de oro para la cuarta temporada de **Cuentos para Algernon**.

Y ya por último quiero dejar constancia de mi agradecimiento a Theodora por su amabilidad y generosidad, gracias a las cuales vais a poder descubrir este maravilloso Cimeria. *Thanks a million, Theodora!*

«Cimeria», del *Boletín de Antropología Imaginaria*

Theodora Goss

Una remembranza de Cimeria: paseo por el bazar, por entre los puestos de vendedores de especias, envuelto en el aroma a cúrcuma y clavo; oyendo los golpes de los artesanos que trabajan el latón para

hacer utensilios de cocina, el balido de las cabras proveniente del callejón del carnicero… Las alfombras, de tonos escarlatas e índigos, cuelgan de soportes de madera. En las esquinas de las callejas, hombres sin piernas montados en carritos de madera narran sus historias ante un tropel de rapaces andrajosos, y hacen desaparecer monedas. Las mujeres montañesas, con el rostro envejecido prematuramente por el sol y los padecimientos, me interpelan en un dialecto que apenas entiendo. Venden berenjenas y tomates, esas olivas acres tan características de la cocina cimeria, videojuegos… En las aldeas de las montañas, la costumbre de teñirse el cabello de azul para atraer la buena suerte se remonta muy atrás, una práctica que los urbanitas sofisticados han adoptado en estos últimos tiempos. Y ahora, incluso las mujeres de la corte tienen el pelo de un llamativo azul intenso.

Por delante de mí camina Afa, mi guía, con una bolsa de malla en la mano; examina las verduras, compra coliflor y lentejas. Luego preparará arroz con pasas, carne y azafrán. En la suculenta cocina cimeria abundan el pollo y la carne caprina (ni comen ni crían cerdos). Los dulces están rellenos de pasta de almendra y bañados en miel. Afa me precede con sus andares de pato (perdóname, Afa, pero es que son de pato), y yo la sigo por entre una cacofonía de voces que hablan la lengua indoeuropea de Cimeria, que tal vez sea al iraní al idioma al que más se asemeje. Los acentos montañeses son ásperos, el deje de los urbanitas, suave y ceceante. El mismo deje con el que hablaba Shaila cuando me enseñaba frases en su idioma. «¿Puedo tomar un poco más de *lozi*?», que es un pastel de mazapán, aromatizado con agua de azahar. «Eres un hijo de perro». «Te amaré hasta que el océano se trague la luna», un dicho tradicional: al final de los tiempos, la serpiente que yace en el fondo del Mar Negro se erguirá y se tragará la luna como si fuera *lozi*; te querré hasta el fin de los tiempos, quiere decir.

Ese día, o tal este recuerdo pertenezca a otro día, veo a un individuo vendiendo kalashnikovs. En este país la guerra es un recuerdo reciente, y todos los hombres poseen al menos un arma. Incluso yo llevo un cuchillo curvo en el cinturón; de no hacerlo, parecería que me dedico a la prostitución (quienes ejercen la prostitución masculina, numerosos en la capital, se distinguen por sus ojos perfilados con *khol*, sus atuendos suntuosos y por no portar armas; como irlandés pelirrojo que soy, no parezco uno de ellos, pero es mejor evitar malentendidos). El sol brilla en un cielo sin nubes. Hace más calor que en Arizona en verano, más que en el campus de la pequeña universidad donde arrancó este viaje, donde dijimos, imaginemos una Cimeria moderna, ¿cómo sería? Ahora lo sé. Un millar de fuentes refrescan la ciudad; nos han contado que su nombre significa justo eso: un millar de fuentes. Fue fundada en el siglo vi a. de C., o al menos eso es lo que nosotros hemos conjeturado e imaginado.

Tengo un fuerte dolor de cabeza. Llevo dos semanas en el país y no consigo acostumbrarme al calor, a los olores, a la realidad de todo esto. ¿Es posible que lo hubiéramos creado nosotros? Nosotros cuatro: Lisa, Michael II, la profesora Anne Farrow y yo, sentados en una sala de reuniones en aquella pequeña facultad. No podía ser. Y sin embargo…

∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞

Teníamos miedo de que el kan pudiera prohibirnos la entrada en el país. Pero no. Nos expidieron visados y asignaron intérpretes, y nos permitieron instalar nuestros despachos en el propio palacio.

El kan era un hombre bajo, con calvicie incipiente. Su esposa había sido *miss* Cimeria antes de trabajar como corresponsal en uno de los tres canales de televisión estatales. Lo había conocido cuando la mandaron a entrevistarlo. El kan llevaba un traje de calle con un pañuelo tradicional en el cuello. Ella parecía salida de una sesión fotográfica para la edición rusa de *Vogue*, que se podía comprar en cualquier gasolinera.

—Cimeria ha estado aquí, en las costas del Mar Negro, desde hace más de dos mil años —dijo el kan—. ¿Le apetece un café, doctor Nolan? Creo que nuestro café es el mejor del mundo. —Lo era: oscuro, espeso, especiado, y servido con leche de oveja—. Esta teoría suya, la de que un grupo de estudiantes de posgrado estadounidenses crearon Cimeria en su cabeza, tan solo imaginándola… comprenderá que a parte de nuestro pueblo le parezca insultante. Ellos dicen que todos los estadounidenses son unos cerdos imperialistas. A mí, particularmente, me hace gracia, casi la encuentro simpática, poética. La mente crea la realidad, ¿no es así? Es lo que nuestros poetas nos han enseñado. Es cierto que su versión carece de toda sensibilidad desde un punto de vista cultural, aunque claro, ustedes son estadounidenses, y yo nunca he pensado que la poesía fuera lo suyo.

A la sazón, solo Lisa había estado haciendo estudios de posgrado, e incluso ella ya los había terminado recientemente; Mike y yo éramos doctores por aquel entonces, y la profesora Farrow tenía un puesto como titular en la universidad Southern Arizona State. Todo parecía tan lejano, el pequeño campus de césped siempre agonizante y esa sosa arquitectura típica de la década de 1970. Yo ahora me encontraba en un salón de recepciones, bebiendo café en compañía del kan cimerio y su esposa, y Arizona parecía algo imaginario, algo que me hubiera inventado.

—Pero a nosotros nos gustan los estadounidenses. El enemigo de mi enemigo es mi amigo, ¿a que sí? Cualquier enemigo de Rusia es amigo mío. Así que estoy encantado de poder darles la bienvenida a mi país. Y estoy seguro de que serán respetuosos con nuestras costumbres. Esa colaboradora suya, por ejemplo… estaría bien que no se pusiera pantalones cortos para salir a la calle. Nuestros clérigos, ya sean ortodoxos, católicos o musulmanes, son de mentalidad tradicional y pueden ofenderse. En cualquier caso, debe reconocer que tales prendas no resultan atractivas en las mujeres. Yo no se lo plantearía así, ya me entiende, porque las mujeres se ponen como un demonio cuando se las critica. Pero deberían cultivar un halo de misterio, y unas rodillas enrojecidas al desnudo no tienen nada de misterioso.

Nuestros despachos estaban ubicados en una zona del palacio que no se utilizaba. Mi intérprete, Jafik, me contó que, otrora, allí se había guardado la lencería de cama. Estaba cerca de las dependencias de la servidumbre. Es posible que el kan nos hubiera acogido en Cimeria con los brazos abiertos por motivos diplomáticos, pero tampoco nos tenía en muy buen concepto, eso resultaba evidente. Los

aposentos en cuestión formaban parte del palacio viejo, edificado en el siglo xiii de la era cristiana, tras el triunfo definitivo sobre los mongoles. Desde entonces, el país había estado mezclado en conflictos bélicos casi continuos, con Anatolia, Escitia, Polonia y, más recientemente, con los rusos, que codiciaban sus puertos en el Mar Negro. El kan había recibido una ayuda nada desdeñable de Estados Unidos, asesores militares incluidos, aunque la guerra había terminado con la desintegración de la URSS. Ucrania, centrada en sus propios problemas económicos, no tenía ningún deseo de interferir en la política local de sus vecinos, así que Cimeria estaba disfrutando de un período de paz relativa. Yo me preguntaba cuánto duraría.

Lisa era nuestra lingüista. Tenía previsto permanecer en la capital los tres primeros meses, y luego aventurarse por zonas rurales, para grabar dialectos locales.

—¿Sabes qué es lo que me tiene maravillada? —dijo Lisa mientras estábamos desembalando los ordenadores y el material de oficina—. La complejidad de todo esto. Cualquiera pensaría que realmente ha estado aquí estos últimos tres mil años.

Cuesta creer que todo había comenzado con Mike I remoloneando en una clase de la profesora Farrow. Mike I estaba aburrido y, en lugar de tomar apuntes, había empezado a bosquejar una ciudad. La profesora lo había pillado y había dicho a los alumnos que pasaríamos el resto del semestre creando esa ciudad y el territorio aledaño. Seríamos responsables de su historia, costumbres e idioma. Lisa también estaba en aquella clase, y yo era el profesor auxiliar. El curso de posgrado Teoría Antropológica Contemporánea se acababa de convertir en Fundación de Cimeria.

De los cuatro estudiantes del curso, solo Lisa siguió adelante con él. Uno se casó y mudó a Wisconsin; otra se pasó a la Facultad de Ciencias de la Educación para poder especializarse en Educación Infantil. Mike I se marchó con su máster para hacer un MBA. Dio la casualidad de que el siguiente ayudante de la profesora Farrow, que se incorporó a mitad del semestre, también se llamaba Mike. Se había graduado en Humanidades, y fue él quien decidió que el país que estábamos fraguando era Cimeria. Mike también estaba muy interesado en la hipótesis de Borges, que en Michigan, donde se había doctorado, andaba en boca de todos. Por entonces era más controvertida de lo que lo es ahora, y Anne Farrow tan solo tenía previsto tratarla muy por encima al final del semestre. Sin embargo, una vez empezamos con Cimeria, el curso se convirtió en un experimento sobre la creación de la realidad a través de la percepción y las expectativas. ¿Realmente podíamos llegar a crear Cimeria pensando en ella, escribiendo sobre ella?

No en un semestre, por supuesto; así que cuando el semestre tocó a su fin todos nosotros continuamos trabajando en el proyecto Cimeria, que se convirtió en el tema de la tesis de Lisa: «Diccionario y gramática comentados de cimerio moderno». Mike se centró en la historia. Yo escribí artículos sobre la cultura cimeria, imaginando probables ritos de iniciación, costumbres funerarias… Teníamos a Heródoto, contábamos con la versión de otras culturas de esa misma zona. Nos empapamos por completo de teoría antropológica. Los fines de semana, cuando deberíamos haber estado saliendo por

ahí, nos juntábamos en una sala de reuniones, bajo un fluorescente, y hablábamos de Cimeria. Fue una suerte que por aquella misma época la universidad Penn State lanzara el *Boletín de Antropología Imaginaria*. De no haber sido así, no sé dónde hubiéramos podido publicar nuestros trabajos. En el Primer Congreso sobre Antropología Imaginaria, celebrado en Orlando, nos enteramos de que un grupo de Tennessee estaba trabajando en la República de Escitia y Sarmacia moderna, lindante con Cimeria, así que formamos un grupo de trabajo con ellos.

—Que los cimerios no te oigan hablar de que hemos creado todo esto —dije—. Sobre todo los nacionalistas. Acuérdate de que ellos tienen armas y tú no.

¿Debería mencionar a Lisa lo de sus pantalones cortos estilo militar? Al mirarle las huesudas rodillas enrojecidas que asomaban por encima de los calcetines y las poco elegantes sandalias Birkenstock, tuve que reconocer que el kan tenía su punto de razón. Antes de que partiera para las montañas le advertiría de que era conveniente que se vistiera de un modo más tradicional.

Yo me iba a quedar en la capital. Mi trabajo se centraría en cómo las prácticas históricas que habíamos descrito en «Cimeria: una propuesta», publicado en el segundo número del *Boletín de Antropología Imaginaria*, habían influido y seguían manifestándose en las costumbres modernas. Ya había visto cómo algunas de ellas habían producido unas consecuencias que nunca hubiéramos esperado. Un ejemplo era la moda del pelo azul; en una nota a pie de página, Mike había mencionado que, de acuerdo con las creencias populares cimerias, el color azul traía suerte. Otro, la ubicuidad de los gatos en la capital. En un artículo sobre los ritos funerarios, yo había explicado cómo los gatos habían sido considerados guías hacia la tierra de los muertos hasta la llegada del cristianismo en el siglo xii de nuestra era. La creencia debería haber sido erradicada, pero de algún modo había persistido, y todos los hogares, ya fueran ortodoxos, católicos, musulmanes, judíos o de alguna de las pequeñas sectas que florecían en la relativa tolerancia cimeria, tenían su minino. Ningún cimerio deseaba que su alma se perdiera camino del Paraíso. Los gatos callejeros eran alimentados a expensas del erario público y nadie se hubiese atrevido a lastimar a uno de ellos. Cuando me aventuré por la ciudad, los vi por doquier. Mike se iba a reunir con nosotros un mes más tarde, y entonces podría mostrarle todas esas costumbres que estaba documentando. Mientras tanto, contábamos con Skype y el correo electrónico.

Me adjudicaron un dormitorio y un baño cercanos a nuestros despachos. Me asignaron como criada a Afa, cuyas funciones hasta ese momento habían sido las de ayudante de cocina, y que enseguida se convirtió en mi guía y se volcó en enseñarme la ciudad sin dejar de burlarse de mi acento cuando hablaba cimerio. «¡Ja, ja! —se reía—. No, doctor Pat, esa palabra no se pronuncia así. No la repita así, se lo ruego. Aunque sea una anciana no es decente que yo la oiga». Jafik era mi profesor de cimerio además de mi intérprete, y me enseñaba esa lengua que Lisa había creado basándose en lo que sabíamos del cimerio clásico y de sus raíces indoeuropeas, si bien el idioma había desarrollado un amplio vocabulario propio. Tal como era hablado por los cimerios modernos, contaba con los

matices y la fluidez de una lengua viva, además de con un sorprendente número de palabrotas.

Yo no tenía otras obligaciones aparte de llevar adelante mi investigación, lo cual supuso todo un alivio frente al arduo trabajo de profesor auxiliar y, en los últimos tiempos, el de impartir mis propias clases a estudiantes de grado. Sin embargo, un día fui convocado para una entrevista con el kan. Ese mismo día se iba a celebrar una audiencia oficial, así que el monarca iba ataviado con el traje ceremonial cimerio, lo que no le impedía seguir llevando su Rolex. Sus consejeros parecían impacientes, y deduje que la recepción estaba a punto de comenzar —cuando me habían hecho pasar, había visto una larga fila de peticionarios esperando ante la puerta—. A pesar de ello, el kan se dirigió a mí como si tuviéramos todo el tiempo del mundo:

—Doctor Nolan, ¿sabía que mis hijas están estudiando inglés americano? —Sentadas a su vera había cuatro muchachas, las cuatro con el pañuelo tradicional que las campesinas cimerias llevan en la cabeza, pero retirado hacia atrás para que se viera que su pelo estaba teñido de ese azul tan en boga—. Cuántos problemas me dan estas hijas mías… Les gusta todo lo moderno: Leonardo DiCaprio, los videojuegos… Lo tradicional no es suficientemente bueno para ellas. Desean ir a la universidad y tener una profesión, o dedicarse a labores humanitarias. Ay, ¿qué puede hacer un padre? —Las señaló con un dedo como si estuviera regañándolas, aunque con expresión cariñosa—. Me gustaría que les enseñara las expresiones más de moda en Estados Unidos. El argot, por así decir.

Esa tarde, Afa me acompañó a una zona distinta de palacio: las dependencias personales de la familia real, más modernas y bastante más cómodas que las nuestras. Me hicieron pasar a lo que parecía ser una sala de uso común de las cuatro muchachas, con divanes y alfombras coloridos, tapices bordados por las paredes y una enorme pantalla plana de televisión.

—Estas son las hijas del kan —dijo Afa, que ya me había explicado, para evitarme meteduras de pata, que eran las hijas de la primera esposa, que no había sido *miss* Cimeria pero que era quien había dado a luz a los vástagos reales: primero un hijo, luego solo hijas, y por fin un segundo niño, muerto al poco de nacer. Ella también había fallecido una semana más tarde a consecuencia de una infección contraída durante el complicado parto—. Anoor es la menor, luego viene Tallah y, por último, Shaila, que ya está haciendo cursos universitarios por internet.

Shaila me sonrió. En esta ocasión ninguna llevaba el pañuelo en la cabeza, y me pareció que el cabello azul sí que tenía cierto atractivo.

—¿Y qué hay de la cuarta? —La cuarta estaba sentada algo más apartada, detrás y un poco a la derecha de Shaila, con la que guardaba un tremendo parecido.

—El kan tiene tres hijas —aseguró Afa mirándome con expresión atónita—. Anoor, Tallah y Shaila. No hay una cuarta, doctor Pat.

La cuarta me contemplaba con rostro inexpresivo.

∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞

—Los cimerios no reconocen a los mellizos —dijo Lisa—. Esa tiene que ser la explicación. ¿Te acuerdas de Farkosh Kursand, el filósofo del siglo xiii? Cuando Dios creó el mundo, decretó que los seres humanos nacerían de uno en uno, únicos, a diferencia de los animales. Vendrían al mundo indefensos, sin garras ni dientes ni pelaje. Aunque tendrían alma. Está en un libro infantil. Tengo un ejemplar por alguna parte. Se basa en la interpretación que ofrece Kursand del Génesis en uno de sus tratados filosóficos; Mike sabrá cuál. Y de hecho, esa es la base de las leyes cimerias sobre derechos humanos. Por eso las mujeres siempre han tenido más prerrogativas en este país. Tienen alma, por lo que se les ha permitido votar desde que Cimeria se convirtió en una monarquía parlamentaria. Estoy segura de que se menciona en uno de los artículos, no recuerdo cuál, pero comprueba la base de datos que está preparando Mike. Shaila debe de ser melliza, y los cimerios no reconocen al segundo niño que nace como algo independiente del primero. Así que Shaila es una persona. En dos cuerpos; pero con una única alma.

—¿A quién se le ocurrió una idea tan estúpida?

—Bueno, si te soy totalmente sincera, igual fue a ti. —Se echó hacia atrás en la silla giratoria. No sé cómo podía hacerlo sin caerse—. O a Mike, claro. Idea mía no fue, eso seguro. Aunque desde un punto de vista embrionario tiene cierto sentido. Los gemelos proceden de un único óvulo.

—Así que las dos son Shaila.

—No hay dos. La idea de que sean dos está fuera de lugar en esta cultura. Hay una Shaila, en dos cuerpos. Piensa en ellas como en Shaila y su sombra.

En una ocasión puse a prueba esta teoría, mientras atravesaba el mercado en compañía de Afa, cuando caminábamos por el callejón de los vendedores de perros. En Cimeria, casi todos los hogares tienen un perro, como medida de seguridad y para cazar las ratas. En el mercado no se venden gatos. En realidad, los gatos no se venden en ninguna parte, solo se pueden regalar o legar en el testamento. Vender un gato por dinero es poner en peligro tu alma inmortal. Pasamos junto a una mujer sentada en el suelo, con una cesta con dos bebés a su lado, tan parecidos como las famosas dos gotas de agua y medio tapados con una manta harapienta. Tumbado a su lado había un chucho mugriento con una cadena al cuello, que alzó la cabeza y gimoteó a nuestro paso.

—¿Niño cuántos en cesta? —pregunté a Afa en mi todavía imperfecto cimerio.

—En esa cesta hay un niño, Pati —respondió ella.

No había manera de que dejara de emplear ese diminutivo. Incluso le había explicado que en mi idioma Pati era un nombre de mujer, pero había sido inútil. Afa me había sonreído y, tras darme unas palmaditas en el brazo, me aseguró que nadie confundiría a un hombre alto y apuesto (palabra que en cimerio también se emplea para las mujeres) con una joven.

—¿Solo un niño?

—Claro. Una cesta, un niño.

La sombra de Shaila la seguía a todas partes. Cuando ella y sus hermanas se sentaban conmigo en la sala de los divanes bajos y la gran pantalla de televisión para aprender argot estadounidense, allí estaba ella. «¿Qué te cuentas?», decía Shaila entre risas, mientras su sombra mantenía la mirada clavada en el suelo. Cuando Shaila y yo paseábamos por los jardines, caminaba a seis pasos por detrás, deteniéndose cuando nosotros nos deteníamos, sentándose cuando nos sentábamos. Después de que nos casáramos, en nuestro apartamento en Arizona, se acomodaba en un rincón del dormitorio y nos observaba cuando hacíamos el amor. Aunque yo siempre apagaba las luces, la vislumbraba: una sombra oscura recortada contra las paredes blancuzcas de la vivienda universitaria.

En una ocasión intenté comentar el asunto con Shaila.

—Shaila, ¿conoces la palabra «mellizo»?

—Sí, claro. En Estados Unidos, si nacen dos bebés al mismo tiempo se llaman mellizos.

—¿Y qué me dices de Cimeria? Seguro que en cimerio hay una palabra para «mellizo». En Cimeria a veces también nacen dos niños a la vez.

—Supongo. —Parecía desconcertada—. La biología funciona igual en todas partes.

—Vale, entonces ¿cuál es la palabra?

—No se me ocurre. Tendré que mandar un correo electrónico a Tallah. A ella se le dan mejor los idiomas que a mí.

—¿Y si tú misma tuvieras una hermana melliza?

—¿Yo? Pero no la tengo. Si la tuviera mi madre me lo habría dicho.

—¿Te acuerdas de Kala, tu perra? —le pregunté cambiando de táctica—. Kala tenía dos hermanas nacidas al mismo tiempo que ella: las perras de Anoor y Tallah. No eran Kala, aunque habían nacido en la misma camada. Se podrían considerar mellizas… bueno, trillizas.

Me acordaba de Kala y sus dos hermanas de camada retozando juntas. Nos seguían por los jardines, y Shaila y sus hermanas las acariciaban sin hacer distingos. Cuando nos sentábamos bajo los ciruelos, las tres se revolcaban juntas formando un ovillo canino.

—Pat, ¿a qué viene todo esto? ¿Es porque todavía no quiero tener un hijo? Ya sabes que primero quiero terminar la universidad.

Yo no creía que su padre fuera a aprobar el matrimonio y así se lo dije:

—Tu padre nunca accederá a que te cases con un estadounidense recién doctorado y sin un duro. ¿Tienes idea de lo pobre que soy? Solo cuento con mi beca de investigación.

—Tú no entiendes de política cimeria —respondió Shaila—. ¿Sabes qué porcentaje de la población es de etnia sármata? Un veinte por ciento, todos en la provincia oriental. Lucharon contra los rusos, y todavía conservan las armas. No solo pistolas: tanques, misiles antiaéreos… Los sármatas están empezando a ponerse nerviosos, Pati. Casi todos son católicos, en un país de mayoría ortodoxa. Quieren unirse a su patria, crear una Escitia-Sarmacia más poderosa. Mi padre proyecta una imagen de fortaleza porque ¿qué otra cosa puede hacer? Pero tiene miedo. Sobre todo teme que Estados Unidos no le ayude. Nos apoyaron contra los rusos, pero este es un problema interno. Mi padre ya nos ha planteado diversas posibilidades para que nosotras abandonemos el país. Anoor se ha matriculado en el Lycée International de París, y Tallah va a ir a estudiar a la American School de Londres. Pueden conseguir visados de estudiante. En mi caso es más difícil: deben admitirme en alguna universidad. Por eso he estado haciendo cursos por internet. Tú pídeselo. Si dice que no, pues nada. Pero creo que tomará en consideración un posible matrimonio mío con un estadounidense.

Shaila tenía razón. El kan lo consideró. Durante una semana, y luego otra, mientras las facciones prosármatas se enfrentaban con el ejército en la provincia oriental. Y entonces estallaron las protestas en la capital. Anoor ya estaba en París con su madrastra, comprando lo que iba a necesitar cara a sus estudios, según la versión oficial. Tallah había empezado las clases en Londres. Yo firmé el contrato matrimonial en el despacho personal del kan, sin apenas comprender lo que estaba firmando al estar escrito con una caligrafía ornamentada que solo había visto en documentos medievales. Camino del aeropuerto, hicimos un alto en la catedral de la plaza Shahin, donde el patriarca de la Iglesia Ortodoxa Independiente de Cimeria ofició nuestro matrimonio, comprobó la copia recibida por fax de mi partida bautismal y me sermoneó en tono grandilocuente sobre la importancia de la conversión y de educar a los hijos en la fe verdadera. El kan besó a Shaila en ambas mejillas, y le prometió que tendríamos una ceremonia en condiciones cuando la situación política fuera más estable y ella pudiera regresar al país. Volamos hasta un pequeño aeropuerto cercano a Fresno en el avión privado del kan, y pasamos nuestra primera noche juntos en casa de mi madre. Mi padre había muerto de un infarto cuando yo estaba estudiando en la universidad, y ella vivía sola en la casa donde yo me había criado. Me resultó extraño instalarme en la habitación de invitados, al fondo del pasillo en el que también estaba el cuarto donde dormía de niño, con mis figuras de acción de He-Man todavía en las estanterías, la de Skeletor pintarrajeada con rotulador. No me quedó más remedio que explicarle a mi madre lo de la sombra de Shaila.

—No lo entiendo —dijo ella—. ¿Vais a vivir los tres juntos?

—Bueno, sí, supongo. Total, es lo mismo que si su hermana gemela estuviera viviendo con nosotros, ¿no?

—Shaila va a ir a la universidad, ¿y qué va a hacer su hermana?

—Ni idea.

Lo que hizo, más que cualquier otra cosa, fue ver la televisión. La tenía puesta todo el día. Sobre todo

miraba la CNN y las noticias. A veces yo ponía a prueba a Shaila preguntándole:

—¿Has encendido tú la tele?

—¿Está encendida? —respondía ella—. Entonces seguro que he sido yo. A menos que te la dejaras puesta tú al marcharte. ¿Qué tal las clases? ¿El jugador de fútbol que se sienta al fondo todavía sigue durmiéndose?

Un día llegué a casa y me encontré a la otra Shaila preparando la cena.

—Shaila, ¿has hecho tú la cena? —le pregunté a mi mujer más tarde.

—Claro. ¿Te ha gustado?

—Sí.

De hecho había estado bastante buena: un espeso guiso rojo de pollo servido sobre arroz. Me recordó a un plato que Afa había cocinado en una olla de hierro colgada sobre las llamas del hogar de las dependencias de la servidumbre. Aunque supongo que también se podía preparar en una cocina occidental.

A partir de ese momento, fue la otra Shaila la que se encargó de la cena todos los días. Nos venía muy bien, porque yo estaba dando clases nocturnas, intentando ganar algo de dinero extra. Shaila me dijo que no hacía falta que trabajara tanto, que con la asignación que le pasaba su padre teníamos más que suficiente para vivir los dos; pero yo tenía mi amor propio y no quería vivir a costa de mi suegro, por mucho que fuera el kan de Cimeria. Al mismo tiempo estaba intentando plasmar por escrito mis investigaciones sobre las prácticas funerarias cimerias. Si conseguía publicar un artículo en el *Boletín de Antropología Imaginaria*, tendría posibilidades de conseguir una plaza de interino, o al menos de profesor visitante en algún centro de fuera de Arizona. Shaila estaba intentando cumplir los requisitos exigidos para matricularse en la Facultad de Medicina. Había decidido que quería ser pediatra.

Mientras tanto, la situación en Cimeria se iba complicando cada vez más. La facción prosármata se había escindido en el grupo radical Hijos de Sarmacia y en la más moderada Alianza Democrática Sármata, que el Primer Ministro aseguraba no ser más que una tapadera. Todas las semanas se producían enfrentamientos con la policía en la capital, y los Hijos de Sarmacia habían colocado una bomba en el Hilton, aunque una camarera había dado parte de la presencia de una bolsa de la compra sospechosa y el hotel había sido evacuado antes de la explosión. El kan había impuesto el toque de queda, y lo siguiente sería la ley marcial, a pesar de que en el ejército existía una importante minoría sármata. Pero yo tenía clases que impartir, así que intentaba no prestar atención a la política, e incluso Shaila decía que era «un follón» y tampoco le hacía demasiado caso.

∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞

Un día, cuando llegué a casa tras una reunión departamental, Shaila no estaba. Ella solía llegar sobre las siete. Yo di por hecho que alguna práctica de laboratorio la habría retenido. La otra Shaila estaba preparando la cena en la cocina. A las ocho, sin que todavía hubiera regresado, me senté a la mesa de la cocina para cenar. Para mi sorpresa, la otra Shaila se situó enfrente de mí, donde estaba el cubierto de Shaila. Nunca antes se había sentado a la mesa con nosotros.

Me miró con sus ojos oscuros y me preguntó:

—¿Qué tal te ha ido el día, Pati?

El tenedor se me cayó de la mano y chocó contra el borde del plato. Ella jamás me había hablado, ni una frase, ni una palabra. Su voz era como la de Shaila, pero con un acento más fuerte. Al menos a mí me sonó más fuerte. Aunque tal vez no lo fuera. No sabría decir.

—¿Dónde está Shaila? —pregunté. Notaba una opresión en el pecho, como si un puño hubiera empezado a atenazarme el corazón. Algo semejante al comienzo del infarto de mi padre. Creo que incluso entonces ya lo sabía.

—¿Cómo que dónde está Shaila? Yo soy Shaila. Siempre lo he sido. La única Shaila que existe.

Bajé la mirada hacia el cordero con guisantes al *curry* de azafrán. El olor me recordaba a Cimeria, al bazar. Casi oía los golpes de los utensilios de cocina.

—¿Le has hecho algo, verdad?

—No tengo ni idea de qué estás hablando. Cómete la cena, Pati. Se te va a enfriar. Últimamente has estado trabajando demasiado. No creo que sea bueno que trabajes tanto.

Pero yo era incapaz de comer. Al ponerme en pie me golpeé sin querer en la cadera con la mesa y lancé un improperio de dolor. Con una creciente sensación de pánico, registré el apartamento en busca de alguna pista del paradero de Shaila. Su bolso estaba en el armario, con el móvil dentro, así que debía de haber regresado a casa en algún momento de la tarde. Toda su ropa estaba colgada en las perchas, o eso me pareció: tenía un montón. No eché nada en falta, pero Shaila no estaba en casa. La otra Shaila se quedó plantada mirándome, como a la espera de que me diera por vencido, de que aceptara la derrota. Al cabo, tras una última e inútil mirada debajo de la cama, me marché, cerrando con un premeditado portazo. Shaila tenía que estar en algún lugar.

Atravesé el campus camino de la facultad de Ciencias de la Vida, donde miré en todos los laboratorios y aulas. Luego pasé por la biblioteca central y la de ciencias, llamándola en voz alta por su nombre hasta que un estudiante que estaba en un cubículo me mandó callar. Para entonces ya había oscurecido. Fui a su cafetería favorita, El Grano de Café, donde algunos universitarios me lanzaron miradas de extrañeza desde detrás de sus portátiles, y luego a todas las tiendas y restaurantes que todavía permanecían abiertos, desde la heladería hasta el restaurante alemán, al que los alumnos llevaban a sus familias el llamado fin de semana de los padres, famoso por sus salchichas *bratwurst* y su cerveza.

Y ya por fin recorrí las calles gritando «¡Shaila!», como si de un perro extraviado se tratase, confiando en que la otra Shaila tan solo estuviera mostrándose impertinente, rebelándose ante su estatus de segundona. Confiando en que la verdadera Shaila estuviera en alguna parte.

Cuando pasé por la comisaría de policía me detuve y consideré la posibilidad de entrar y dar parte de su desaparición. Hablaría con el agente de guardia y le contaría que no encontraba a mi mujer. Él me acompañaría a casa y… allí estaría mi esposa, que le explicaría que había estado trabajando en exceso, y que necesitaba descansar y que me viera un psiquiatra. Shaila había entrado en el país con un pasaporte diplomático, un único pasaporte, para una única Shaila. ¿Había visto alguien a la otra Shaila? Solo mi madre. Ella nos había recogido en el aeropuerto, los tres habíamos pasado la noche con ella, los tres habíamos cenado en la mesa del comedor. Mi madre había evitado mirar a la otra Shaila, y había charlado con Shaila sobre lo bien que se estaban dando las rosas ese año a pesar de los pulgones, y le había preguntado si sabía hacer punto y cómo se teñía el pelo de ese tono tan particular de azul: una conversación insípida y educada. Y al día siguiente habíamos venido a Arizona en un coche de alquiler, con Shaila y yo sentados delante, y la otra Shaila detrás, con el equipaje. Una vez en la universidad, había permanecido en el apartamento. Lisa estaba al tanto, pero ella y Mike II todavía seguían en Cimeria, y su conexión a internet fallaba con frecuencia. ¿Podía hablar con la doctora Farrow? Ella estaría en su despacho por la mañana, antes de las clases. Al menos ella me creería. Pero yo sabía, con una certeza que hacía que se me encogiera el estómago, que Anne Farrow me miraría por encima de la fina montura metálica de sus gafas y diría: «Pat, sabes tan bien como yo que la identidad personal viene definida por la cultura». Era antropóloga a carta cabal. No interferiría. Yo había estado casado con Shaila, y seguía casado con Shaila. Simplemente había una Shaila menos.

Al final terminé llamando a mi madre desde un banco del parque iluminado por una farola, con la luna deslizándose por las alturas, por entre las nubes.

—¿Sabes qué hora es, Pat? —me preguntó.

—Escucha, mamá —dije yo, y le expliqué la situación.

—Caray, Pat, ojalá no te hubieras casado con esa mujer. ¿No te puedes divorciar de ella? ¿Esa iglesia admite el divorcio? Cómo me gustaría que no hubieras roto con Bridget Ferguson. ¡Formabais una pareja tan encantadora en el baile de graduación! Ya sabes que se casó con un contable y que tiene dos hijos, ¿verdad? Me mandó una felicitación por Navidad.

Le deseé buenas noches y le dije que siguiera durmiendo, que ya encontraría una solución. Y me quedé un buen rato sentado en el banco.

Cuando llegué a casa, mucho después de medianoche, Shaila me estaba esperando con una taza de café cimerio, o lo más parecido a un café cimerio que se puede conseguir con una cafetera exprés estadounidense. Llevaba el pijama de corazones que yo le había regalado a Shaila por San Valentín.

—Pati —dijo—, te has ido tan deprisa que no he tenido tiempo de contarte la noticia. La he oído esta mañana en la CNN, y luego me ha llamado mi padre. Ayer asesinaron a Malek.

Malek era su hermano. Yo no había llegado a conocerlo: era oficial del ejército, y durante mi estancia en Cimeria había estado destinado en las montañas. Yo sabía que lo habían llamado a la capital para ocuparse de las revueltas sármatas, pero nada más.

—¿Asesinado? ¿Cómo?

—Estaba intentando negociar con los Hijos de Sarmacia, y un radical sacó una pistola que había conseguido pasar por los controles de seguridad. Nunca miras las noticias, ¿verdad, Pat? Yo sí, mucho. Para mí es importante conocer el nombre de los líderes mundiales, estar puesta en diplomacia internacional. Para una *kanum* eso es más importante que la química orgánica.

—¿Para una qué?

—¿Es que no lo entiendes? Ahora que Malek ha muerto, yo soy la siguiente en la línea sucesoria. Un día seré la kanum de Cimeria. Así es como llamamos al kan cuando es una mujer. En algunos países, solo los miembros masculinos de la familia real pueden heredar el trono, pero en Cimeria nunca ha sido así. Cimeria siempre ha sido cosmopolita y progresista. La filósofa Amirabal convenció a Teshup III de que nombrara heredera a su hija y, desde entonces, las mujeres pueden gobernar el país. Mi bisabuela, la abuela de mi padre, fue kanum, aunque abdicó cuando su hijo alcanzó la mayoría de edad. Entre los escitas y sármatas es igual.

Esto era obra de Lisa. Tenía que ser obra de Lisa. Era a ella a quien se le había ocurrido lo de Amirabal y la escuela filosófica que había fundado en el 500 a. de C. Incluso Platón la había alabado como una de las figuras más brillantes del mundo clásico. En silencio maldije a las feministas con sandalias Birkenstock.

—¿Qué quiere decir todo esto? —pregunté.

—Quiere decir que mañana volamos a Washington, donde solicitaré a vuestro presidente ayuda contra la facción sármata. Esta mañana, en un programa de noticias, el portavoz de la Cámara de Representantes lo ha criticado por no apoyar al gobierno cimerio. Ha mencionado la guerra contra el terrorismo —ya sabes cómo hablan, y más queriendo como quiere ser el candidato republicano. Pero creo que por fin podemos conseguir que Estados Unidos nos ayude. Mientras esté en Washington, convocaré una conferencia de prensa y tú estarás a mi lado. Que los norteamericanos vean que mi marido es uno de ellos. Con eso nos ganaremos su simpatía y apoyo. Luego volaremos a Cimeria. Tengo que estar en mi país como símbolo del futuro. Y debo darle un heredero al trono cuanto antes: un niño, porque, aunque legalmente pueda ser kanum, la gente querrá tener la garantía de que puedo engendrar un heredero masculino. Mientras estabas fuera ya te he metido toda la ropa en la maleta. El avión de mi padre nos recogerá mañana por la mañana en el aeropuerto. Tendrás que ponerte el traje que tienes para las entrevistas de trabajo hasta que podamos comprarte otro. El despertador ya está puesto para

las cinco.

Debería haber dicho que no. Debería haber montado en cólera y gritado, haberme negado a ser cómplice de algo que iba a hacerme sentir asqueado de mí mismo durante el resto de mi vida. Pero no dije nada. ¿Qué podía decir? Esta también era Shaila.

Yací en la oscuridad junto a la mujer que se parecía a mi esposa, incapaz de conciliar el sueño, con la mirada clavada en las tinieblas. «Shaila —pensé—, ¿qué ha sido de ti?, ¿de tus sueños de ser pediatra, de que nuestros hijos crecieran en Estados Unidos comiendo tacos y yendo al colegio en bicicleta? Querías que fueran como cualquier otro niño, que se libraran de la claustrofobia que tú habías sentido creciendo en palacio, con sus intrigas políticas y el agobiante peso de los siglos sobre ti». En mitad de la noche, la mujer que era Shaila, pero no mi Shaila, se dio media vuelta y en sueños me rodeó con el brazo. Y yo no me aparté.

∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞∞

Afa, tú estás encantada de que haya regresado a Cimeria. Para ti ha significado un ascenso, y le cuentas a todo el mundo que eres la asistente personal del marido estadounidense de la futura kanum. Vendes información sobre su embarazo a las revistas del corazón: lo gorda que se está poniendo, lo radiante que está… Mientras, Shaila inaugura escuelas y se reúne con embajadores extranjeros. Probablemente sea la figura más popular del país, una baza en la guerra de propaganda contra los Hijos de Sarmacia, que prácticamente se han venido abajo desde la muerte de Malek. El ADS fue absorbido por el Partido Democrático Cimerio y ya no representa un problema. La ayuda estadounidense contribuyó, pero fue más decisivo el brote de nacionalismo entre los ciudadanos de etnia cimeria. De hecho, los nacionalistas, con sus sentimientos antisármatos, pueden llegar a convertirse en un problema en las próximas elecciones.

Me siento a la mesa en mi despacho, que ya no está cerca de los aposentos de la servidumbre, sino en el ala noble del palacio, y escribo este artículo, que sería censurado si apareciese en cualquier periódico, pero que tan solo va a ser leído por los revisores especializados del *Boletín de Antropología Imaginaria*, para a continuación languidecer en la oscuridad de una revista científica. Kala y una de sus hermanas están tumbadas a mis pies. Y yo me dedico a reflexionar sobre este país, Afa. Es —fue— un sueño, ¿pero no son sueños todas las naciones de los hombres? ¿No las creamos nosotros, dibujando mapas llenos de líneas, bautizando ríos y cordilleras? Y decidiendo a continuación que los hombres de nuestra tribu solo pueden casarse con mujeres que no pertenezcan a su matrilinaje; que deben enterrar los cadáveres en lugar de quemarlos; comer carne de pollo y cabra, pero no de cerdo; adorar a este dios con cabeza de toro en lugar de al dios cocodrilo de aquella otra tribu, que es una abominación; que deben ayunar cuando la luna se oscurece y celebrar un banquete con la luna

llena… Estoy empezando a sonar como un poeta, lo que no va a beneficiar mi carrera académica. No se puede escribir un trabajo de investigación como si de poesía se tratara.

Soñamos con países, y luego esos países nos sueñan a nosotros. Y sentado aquí junto a la ventana, mirando un jardín rebosante de rosas, escuchando una del millar de fuentes de esta ciudad ancestral, tengo la sensación de que yo he soñado Cimeria tanto como ella me ha soñado a mí.

Hay momentos en los que se me olvida que una vez existió otra Shaila. Un mes después de nuestro regreso a Cimeria, un agente de la policía del estado de Arizona encontró un cadáver en una zanja cercana al edificio de Ciencias de la Vida. Era de una mujer, y estaba en avanzado estado de descomposición. El forense calculó que tenía alrededor de veinte años, pero el cuerpo estaba desnudo y no llevaba nada que permitiera su identificación. Estoy citando la historia tal como la leí en internet, en la página de un periódico local. La policía dio a entender que podría tratarse de una inmigrante ilegal que, tras pagar por ser introducida en el país, hubiese sido asesinada para arrebatarle el resto de sus posesiones. A veces me pregunto si sería Shaila.

Esta mañana tiene una entrevista en la televisión, y por la tarde visitará un nuevo centro para el tratamiento del cáncer financiado gracias a la ayuda estadounidense. Al final, todos esos años de esperar y escuchar han resultado ser la formación ideal para una kanum. Es paciente como una cobra.

Si digo que quiero visitar el bazar, los hombres encargados de mi seguridad primero establecerán un dispositivo de vigilancia en la plaza, lo que implica cerrarlo. Incluso me acompañan a las clases universitarias que insisto en impartir. Se quedan de pie al fondo del aula, con sus uniformes militares y gafas de sol, los kalashnikovs en la mano. A pesar de la ayuda norteamericana, no quieren renunciar a sus armas rusas. Así que solo nos queda evocarlo: los puestos que venden telas bordadas, cuchillos curvos y melones; las cestas amontonadas en pilas altas, y los vasos con té frío de menta en el que mojábamos las galletas de pistacho que me dijiste se llamaban dedos de muerto. Los muchachos con sandalias bailando *break-dance* al son del *hip hop* árabe que suena en un estéreo portátil tan viejo que de no estar sujeto con cuerdas se caería en pedazos. ¡Cuánto daría por poder ir al bazar de nuevo! O a casa a identificar el cadáver de Shaila…

Pero mi hijo nacerá dentro de un par de meses (sí, es un niño, he visto la ecografía, ahora bien, Afa, como se lo digas a los periódicos ordenaré que te decapiten; estoy casi seguro de que aquí en Cimeria todavía puedo hacerlo). Solo es uno, menos mal. Tenemos pensado llamarlo Malek. Mi madre no hace más que enviarme patucos. Cuando nazca se declarará fiesta nacional, con oraciones especiales en iglesias, mezquitas y sinagogas, y no habrá clase en los colegios. Ojalá Mike pudiera venir, o incluso Lisa. Pero a Mike le han ofrecido un puesto de interino en una universidad confesional cristiana interesada en las implicaciones bíblicas de la Antropología Imaginaria. Y Lisa anda por algún lugar de las montañas, cerca de la frontera escita y sármata, estudiando los ritos iniciáticos de las mujeres. Yo haré acto de presencia en el balcón del palacio junto a Shaila y su familia, para celebrar el nacimiento

del futuro kan de Cimeria. En los jardines, los pétalos de rosas seguirán cayendo. Los hombres continuarán muriendo por causas naturales y no naturales, y los gatos cimerios los guiarán hasta el otro mundo. Las mujeres sumergirán las jarras de agua en las fuentes de la ciudad, y regresarán al hogar con ellas sobre la cabeza, tal como han hecho desde que Cimeria existe, ya sea desde hace tres o tres mil años. La vida seguirá como siempre, alabado sea Dios, creador de mundos, comoquiera que hayan sido creados.

Este texto es una reimpresión de un artículo publicado originalmente en el *Boletín de Antropología Imaginaria* vol. 4, n.º 2 (otoño 2013).

El doctor **Patrick Nolan** es también coautor, junto con M. Sandowski, L. Lang y A. Farrow, de «Cimeria: una propuesta», *Boletín de Antropología Imaginaria* vol. 2, n. º 1 (primavera 2011), y autor de «Prácticas funerarias en la Cimeria moderna», *Boletín de Antropología Imaginaria* vol. 3, n. º 2 (primavera 2012). En la actualidad ejerce como profesor en la Kursand University y está trabajando en *Una historia de la Cimeria moderna*.

© 2014 Theodora Goss